



FSAS
008

VIAJES



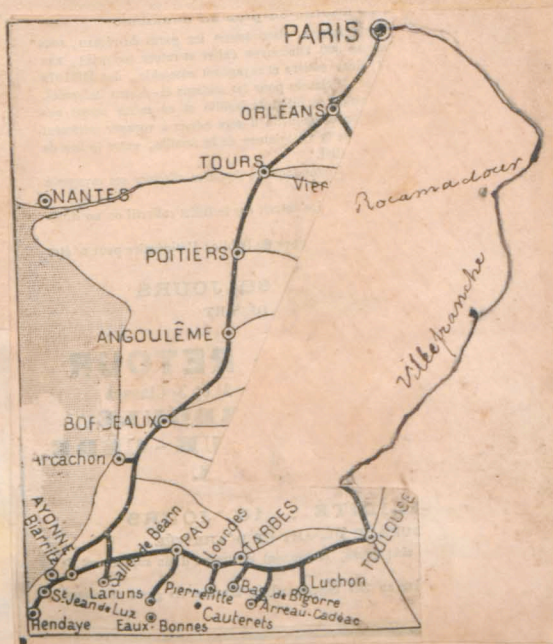
PEREGRINACIONES EN FRANCIA

POR

SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER

Miembro honorario de la Sociedad de Escritores y Artistas de Madrid, Honorario
de la Sociedad de Geografía de Berna, Correspondiente de la Academia
de la Historia de Caracas, etc. etc. etc.

de la Historia de Bogotá S.





TOURS
102
La Cathédrale

PEREGRINACIONES EN FRANCIA

LA CIUDAD DE TOURS

I

El calor era muy fuerte, y los campos que atravesábamos á todo vapor estaban quemados por el sol. Sin embargo, los árboles frutales se inclinaban casi hasta el suelo, agobiados por el peso de las frutas, que en este año han sido abundantísimas. Pasámos por la estación de CHOISY-LE-ROI, lugar tristemente célebre en la época de Luis XV y en donde está sepultado uno de los vengadores de la corrupción de ese rey: el autor de la *Marselesa*, Rouget de Lisle. De JUVISY —en donde tiene un observatorio astronómico Camilo Flammarion— seguimos sin detenernos hasta ETAMPES, en donde fue preciso bajar precipitadamente del vagón para tomar otro tren, y lo mismo nos sucedió más lejos cuando se dividió la línea que debía llevarnos á TOURS.

Pasámos por frente á la histórica ciudad de BLOIS sin detenernos. Sin embargo, bien hubiéramos deseado ver el famoso castillo que habitó Luis XII y embelleció Francisco I; en donde se hospedó Carlos V; que vio verter la sangre de los poderosos duques de Guise, y morir á Catalina de Médicis llena de remordimientos.

Tampoco visitámos á *Amboise*, castillo fuerte que tuvo grande auge en tiempo de los reyes de Francia del siglo XV.

Llegámos á TOURS á las tres y media de la tarde; nos alojámos en el *Hotel de Burdeos*, y una vez que dejámos allí nuestras maletas, nos echámos á la calle con intención de ver la ciudad y la apariencia general de ella antes de visitar sus monumentos.

Es una ciudad tranquila, simpática, pintoresca, rebozando de recuerdos históricos y sobre todo religiosos.

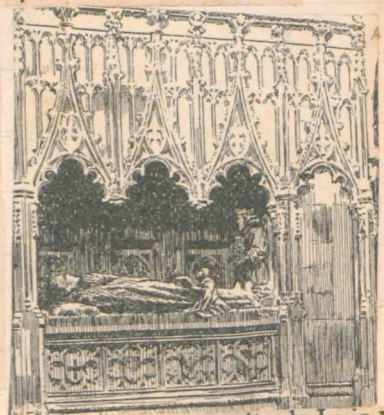
Predicó allí el cristianismo por primera vez San Gaciano en 250 (enviado por el Papa San Fabián) y fue el primer Obispo de aquella ciudad, que los romanos llamaron *Turous*. Sin embargo, la religión de Cristo no hizo verdaderos progresos entre los habitantes de TOURS sino en el siglo IV, cuando vivió y murió entre ellos el famoso San



Martín, del cual hablaremos después. Esta ciudad, que era importante por su hermosa posición á las orillas fertilísimas del río Loira, tuvo mucho que sufrir de las invasiones de los bárbaros y de los árabes. Más tarde llegaron hasta ella los normandos, en el siglo IX y en el X, y los ingleses, cada vez que tenían guerra con Francia. El Rey Luis XI la amó particularmente y habitó el castillo de PLESSIS-LES-TOURS, hoy ruina informe. Sus habitantes se enorgullecen porque han nacido y vivido allá varios hombres importantes, como el Obispo-historiador Grego-

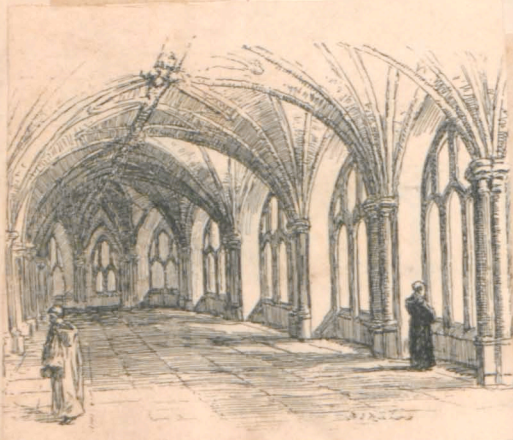
rio de Tours, el célebre *Alcuino*, etc. La tumba de San Martín atraía en la Edad Media á gran número de peregrinos á TOURS, y á su lado se retiraron santa Clotilde y santa Radegunda, reinas que buscaron en ese santuario la paz que en su tiempo sólo se hallaba en los sepulcros.

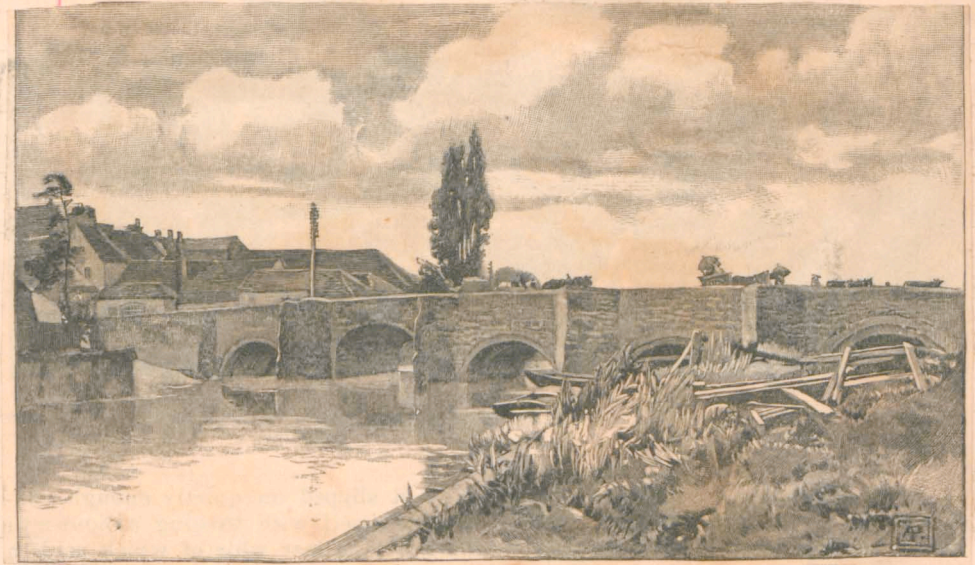
En los tiempos modernos, TOURS tiene la gloria de haber sido la patria de uno de los literatos franceses modernos de más fama: *Honorio de Balzac*, cuya casa señalan en la estatua de bronce se encuentra en la plaza del Palacio de Justicia. En TOURS nació también la demasiado co-



nocida señorita de la Vallière—triste favorita de Luis XIV—y además otras personas notables por diferentes motivos, pero cuyos nombres no son conocidos fuera de Francia.

Desde los hermosos y monumentales puentes que ponen en comunicación las dos riberas del Loira, TOURS presenta un aspecto curioso y original. A un lado se ve una pintoresca isla coronada de verdura y atravesada por el antiquísimo *Puente Viejo*, mientras que más lejos otro puente moderno sirve de intermediario entre la antigua ciudad, hermozada por jardines y plazas y el barrio alto

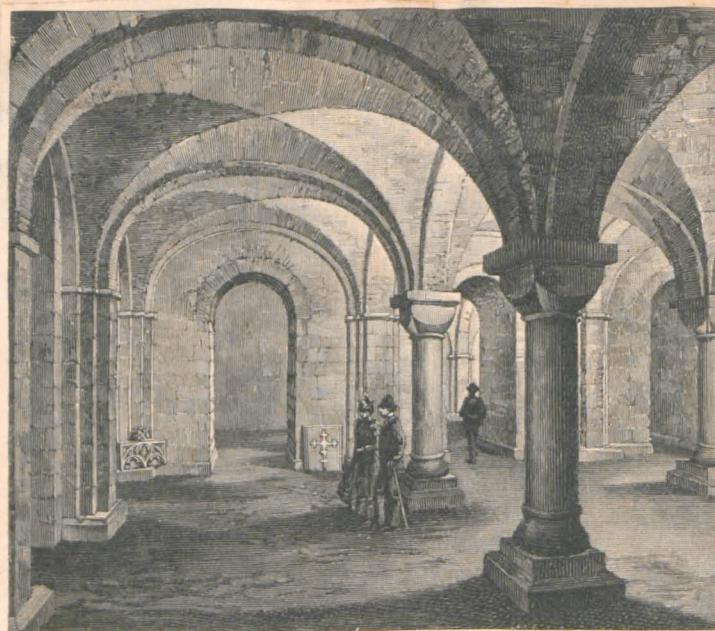




de San Sinforiano. Por todas partes se levantan campanarios y torres de las muchas iglesias y conventos que encierra la ciudad, así como las copas de los árboles que embellecen los nuevos paseos.

Es ésta una ciudad que goza de las ventajas de la moderna civilización; sus vías de comunicación son buenas, y baratos los tranvías de sangre y de vapor que se encuentran en todas las calles principales. Véanse hermosas tiendas de toda clase de mercancías, y en las calles circulan elegantes damas ataviadas á la moda parisiense, así como mujeres del pueblo vestidas con sus cofias á estilo antiguo, enaguas bastante cortas y zapatos con hebilla.





La Catedral
II

Como era natural, nos dirigimos en primer lugar á la Catedral, cuyas torres se veían á lo lejos.

Empezada á levantar desde mediados del siglo XII, no se concluyó sino al cabo de cuatrocientos años. Con ese motivo el estilo del edificio no es armonioso por completo, pero el conjunto es muy bello. En el exterior se levantan dos torres, hermanas pero no enteramente iguales, de 70 metros de altura, las cuales han conservado el estilo romano más antiguo; lo demás es de estilo ojival de la mejor época. El rosetón que señorea la puerta principal está adornado con vidrios de colores antiguos, y antiguos son y magníficos los que se encuentran en todas las ventanas de la Catedral. Dícese que estos vidrios, cuyos colores son perfectos, existen allí desde el siglo XIII, y es la más bella colección que se puede encontrar en Europa. Por lo demás, no hay en el interior de la Catedral ninguna otra cosa tan interesante como esos vidrios azules, rojos, verdes y sombreados que representan escenas de la Historia eclesiástica.

Antes de la Revolución—que destruyó los monumentos más bellos que existían en Francia—TOURS poseía un templo muy superior á la Catedral, y que era particular-



mente venerado y visitado por los peregrinos desde el siglo IV en adelante, porque encerraba las cenizas del mayor santo que ha tenido TOURS, las de San Martín. Aquel santuario magnífico fue bárbaramente destruido en 1802, con el objeto de abrir una calle, y hoy sólo se conservan de él un claustro y dos torres viejas, que resistieron á la fuerza de la pólvora con que volaron el resto del templo.

Sin embargo, los turenenses no podían conformarse con la destrucción del santuario dedicado á su glorioso santo, y les dolía en el alma que aquel sepulcro bendito, cerca del cual habían ocurrido maravillosas escenas y hechos milagrosos durante mil quinientos años, no tuviese su iglesia propia. Desde mediados del presente siglo se empezaron á recoger limosnas para levantar un nuevo templo; á esta idea se adhirieron los Arzobispos que se sucedieron en la Sede de TOURS; tomó parte en ello el mundo cristiano entero; de todos los países católicos en que se tuvo



6 06



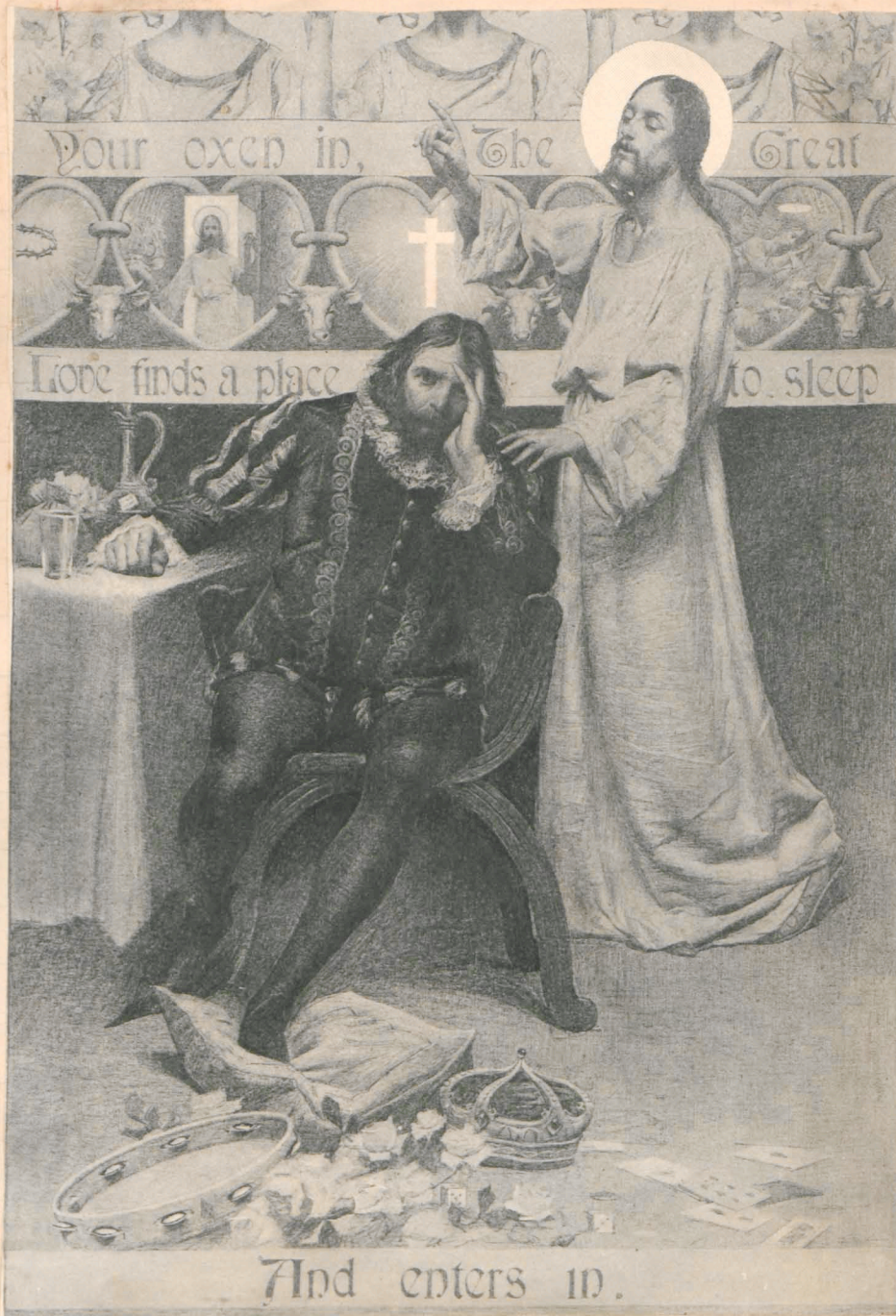
BASILIQUE DE SAINT-MARTIN

C. Poigné, Phot.

Tours.

noticia del proyecto, enviaron dinero para auxiliar la santa empresa; compráronse las casas que se habían levantado sobre el sitio mismo en donde se hallaba originalmente la tumba de San Martín, y allí han construido una magnífica capilla, que debe formar una parte de la basílica que al fin se levantará en honor del santo turense. Por ahora es un curioso monumento de estilo romano bizantino, que encierra la cripta subterránea que contiene la tumba de San Martín, nombre que se encuentra á cada paso en TOURS.





SAN MARTÍN DE TOURS

Llamábase Francia antiguamente "la hija mayor de la Iglesia" y con sobrada razón, porque éste fue uno de los primeros países que aceptó el Cristianismo; y no bien



el Emperador Constantino se declaró discípulo de Cristo cuando en las Galias aparecieron centenares de Apóstoles para predicar la Fe: pocos años después, no se encontraba ya población importante ninguna en la cual no reinase la verdadera religión. San Gaciano evangelizó á TOURS y sus contornos, pero tanto él como sus discípulos habían sufrido persecuciones de los paganos, de las cuales al fin se libró merced á la conversión de Constantino. Muerto San Gaciano—primer Obispo de TOURS—y su sucesor, el pueblo—á quien correspondía entonces la elección de los Obispos—se fijó en un hombre muy santo que había sido la mano derecha de San Hilario, Obispo de Poitiers, para combatir el arrianismo, y que se había retirado á vivir en un monasterio fundado por él, en el cual obraba diariamente extraordinarios milagros. Soldado y noble, abandonó las pompas mundanales para

dedicarse á Dios, combatiendo al espíritu pagano con sus predicaciones, su ejemplo y los portentosos milagros que Dios obraba por medio de él: he nombrado á San Martín.

Aclamado Obispo por todos los habitantes de TOURS, era San Martín tan humilde que fue preciso hacerle violencia para sacarlo de su monasterio y llevarle á la ciudad, en donde fue consagrado el 14 de Julio de 370. Contaba ya 54 años cuando fue elevado al poder supremo que entonces ejercían los Obispos en sus diócesis: la autoridad que éstos ejercían era no solamente espiritual sino también temporal; no solamente tenían que convertir á los paganos con sus predicaciones, sino bautizarlos personalmente; administraban justicia; visitaban á los





enfermos; socorrían á los pobres y amparaban á las viudas y huérfanos. Aún se conservaban entre los cristianos las costumbres depravadas del paganismo, y los Obispos tenían que cuidar de la buena fama de los que convertían y enseñarles la parte más elemental del cristianismo. A los Obispos tocaba defender á los esclavos del despotismo de los amos y á los primeros señalarles sus deberes; al mismo tiempo tenían que asistir á concilios,

promulgar leyes eclesiásticas y civiles, y defenderse con las armas en la mano contra sus enemigos.

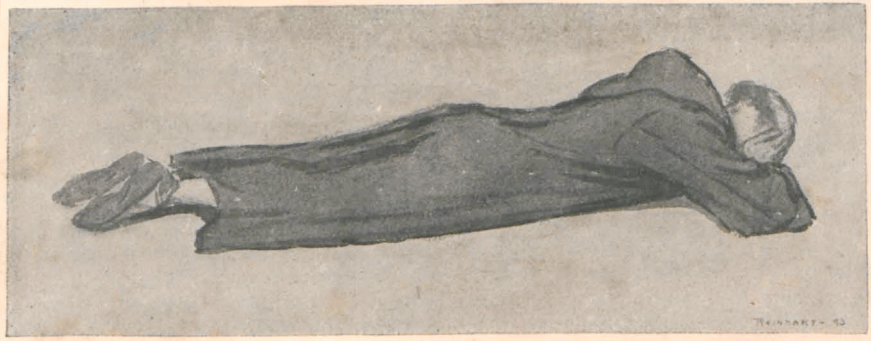
No es, pues, de extrañar que todos los primeros Obispos de la era cristiana fueran santos, puesto que sólo por medio de verdaderos milagros podían cumplir con sus múltiples deberes.

San Martín tenía que apartarse de vez en cuando de la ciudad; huir de sus apremiantes trabajos para implorar en el silencio y la soledad de un retiro completo la inspiración de Dios, para lograr atender con buen éxito á los abrumadores quehaceres de su carga episcopal. Fundó entonces un monasterio en las inmediaciones de las grutas en las cuales se retiraba San Gaciano cuando se veía perseguido por los paganos.

Uno de los mayores empeños de San Martín era rescatar á los cautivos; á ese objeto dedicaba cuantas



ofrendas le hacían, y emprendía viajes penosísimos para ir á rescatar á los prisioneros. Una vez un emisario del Emperador preparaba el sacrificio de una multitud de cautivos que habían sido tomados después de una batalla. La ejecución debía efectuarse al salir el sol: lo supo el piadoso Obispo y, levantándose en la mitad de la noche, se fue á prøsternar delante de la puerta de la habitación del Emisario imperial y en silencio se puso á orar, pidiéndole á Dios ablandase el corazón de Aviceno (que así se llamaba el Jefe de los imperiales). Este dormía profundamente, cuando le despertó una voz que le decía:



—¡Duermes, y el siervo de Dios se halla á tus puertas!

Inmediatamente llama á sus servidores:

—¡Que abran las puertas!—exclama—pues Martín se halla afuera y Dios no perdonaría que injuriasen á su Obispo.

Los centinelas se ríen diciendo:

—Nuestro Jefe sueña!..... ¡Cómo había de venir aquí todo un Obispo!

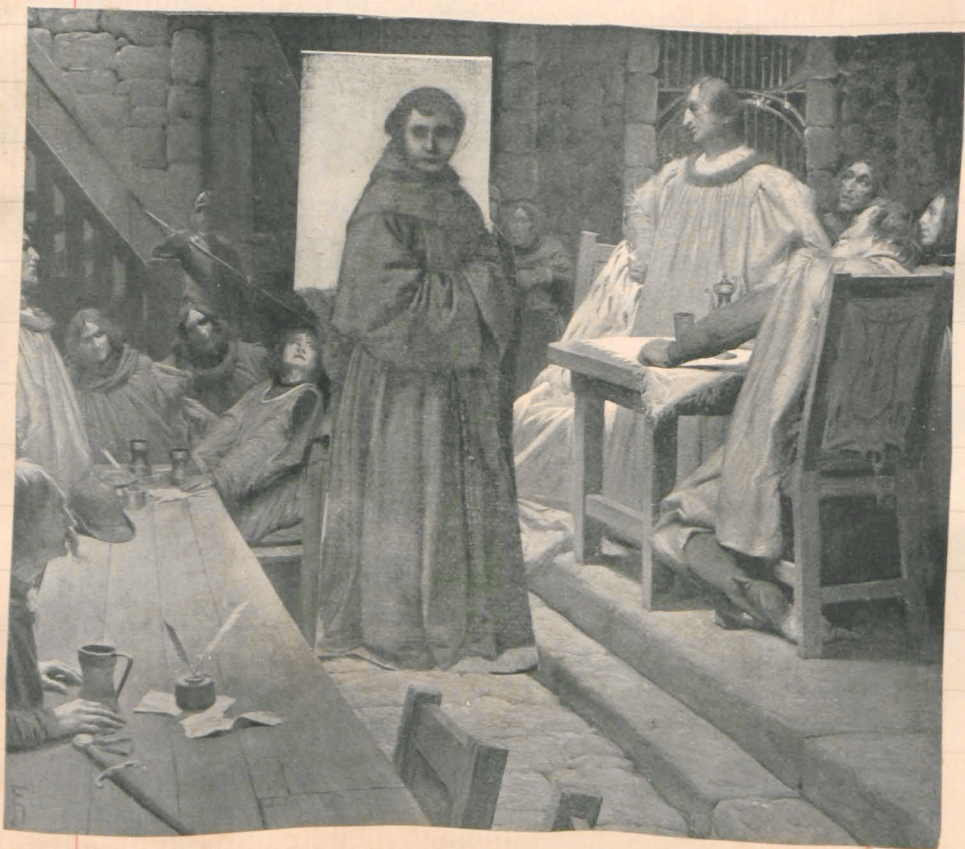
Sin embargo, se asoman: la noche estaba oscurísima y no ven nada. Así se lo aseguran á Aviceno, que vuelve á dormirse. Pero como inmediatamente oye la misma voz, se levanta y personalmente corre á la puerta principal, la abre y efectivamente encuentra allí á Martín.

—Señor, le dice inclinándose, ¿por qué hacéis esto? Ya entiendo lo que deseáis ... Retiráos, os lo suplico, y os juro que se hará lo que os place... Me espanta la idea de veros á mis puertas como un infeliz, pues Dios podría castigarme si no hago vuestra voluntad.

En aquellos tiempos no se amaba tanto al Dios de los cristianos como se le temía:

Habiéndose apartado Martín, Aviceno llamó á sus soldados y mandó que pusiesen en libertad á todos los cautivos. Así fue como al aclarar el día siguiente, la espantada población, que se había aterrado con la idea de presenciar el sacrificio de aquellos infelices, sólo encontró una tropa de hombres que buscaban á San Martín para manifestarle su gratitud.

La mujer de Aviceno mandó á San Martín un frasco





llo de aceite para que lo bendijera, y ungir con su contenido á los enfermos. De allí para adelante—dicen los biógrafos del santo—aquel frasco estaba siempre rebo-sando de aceite, y es tradición que el santo aceite que sir-vió en la coronación de Enrique IV fue tomado del vaso que

contenía el aceite bendito por San Martín mil doscientos años antes (1).

Cada vez que San Martín tenía noticia de que se iba á cometer alguna crueldad é injusticia en el mundo cristiano, se ponía en marcha y llegaba á exigir que no se llevara á cabo lo que se preparaba: unas veces hacía uso de su elocuencia, otras de sus ruegos, y siempre después de haber pedido á Dios la inspiración necesaria para conseguir su objeto.

En sus viajes de caridad, á los cuales le impulsaba el deseo de hacer el bien, solía encontrarse con otros prela-dos y santos que iban con la misma misión. Así se vio en la Corte del Emperador con San Ambrosio, Obispo de Milán, y desde entonces los unió una tierna amistad, como le unía también el mismo cariño á San Paulino de Nola.



¿Quién no ha oído referir aquel episodio referente á la juventud de San Martín, cuando éste dio la mitad de su capa al pobre que carecía de abrigo? Después refieren sus biógrafos otros muchos incidentes de su vida en que se repiten escenas análogas. Los enfermos eran socorridos y curados por el santo y muchas veces Dios obró portentosos milagros que producían grande impresión entre las poblaciones aún paganas é idólatras. El famoso Obispo de Orleans, monseñor Dupanloup, dice:

“Creo en los milagros de San Martín, y creo en ellos porque los relatos de sus contemporáneos llevan el sello de la más estricta veracidad, y por el mucho bien que emanaba de ellos. Para persuadir, para domar las poblaciones ciegas y empedernidas, era preciso renovar los prodigios de los tiempos apostólicos. El mundo pagano no cedió sino merced á las virtudes y á los milagros de los Apóstoles: para semejante obra, para llevar á cabo esta gran transformación de las almas, eran necesarios los milagros.”

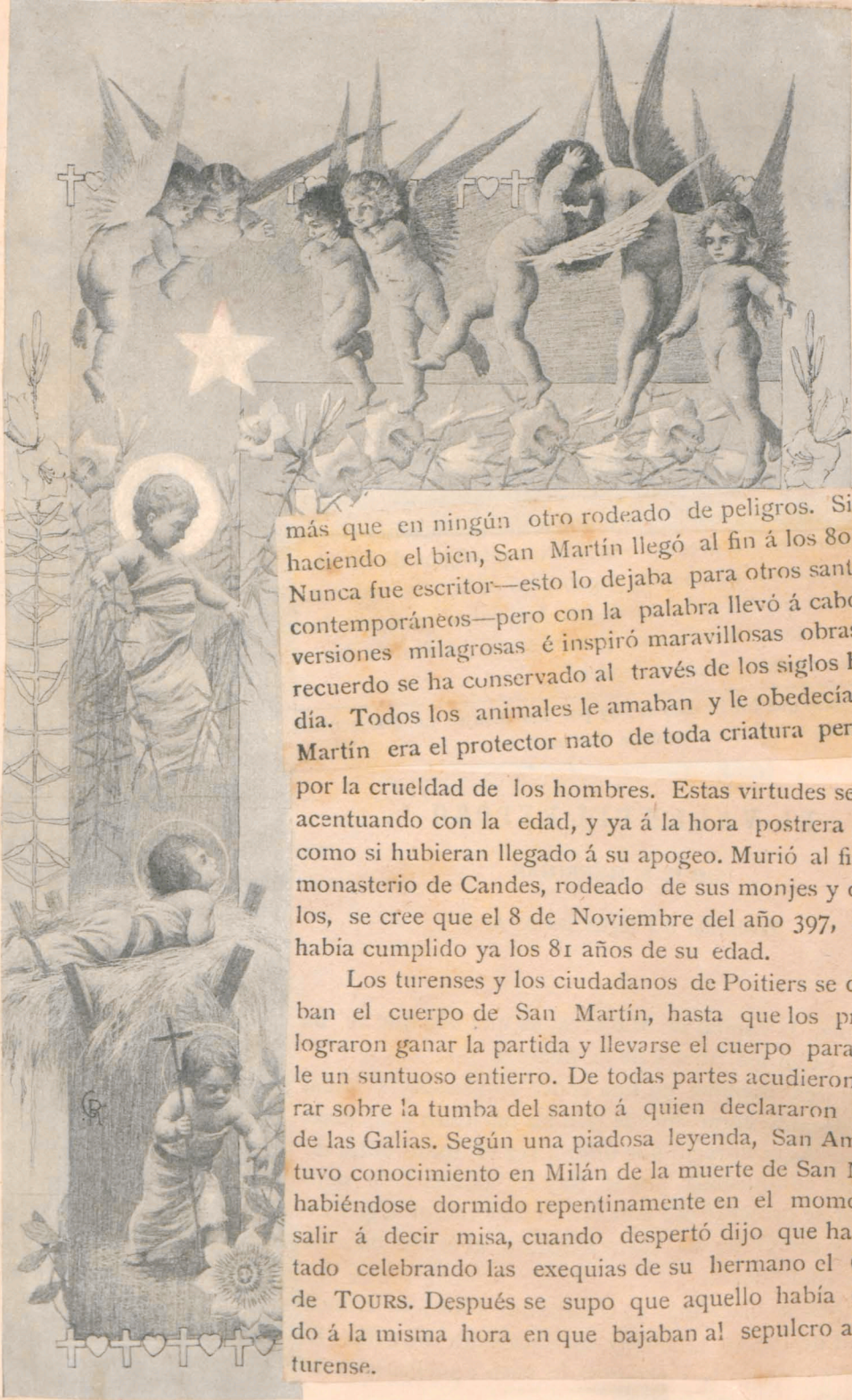
(1) Dícese que fue llevado al Rey por los monjes de Marmoutiers sacados por el Gobernador de la Tur-na.



Las visitas pastorales de San Martín tenían siempre por consecuencia la conversión de pueblos enteros, que siendo todavía idólatras se agolpaban á su paso á escuchar su voz inspirada. Convertida la Turena, el santo visitó las otras Provincias de la Galia, siempre humilde, á pie y sin escolta, durmiendo sobre la paja, manteniéndose apenas con los alimentos más sencillos que podía encontrar.

Dícese que, no contento con evangelizar las Galias, entró á Suiza, penetró en la Saboya y en Alemania, después de visitar muchos sitios en donde aún se encontraban templos paganos, los cuales se derrumbaban á su paso. Muchas veces vio su vida amenazada por los idólatras, pero siempre salía ileso de las pruebas á que le sometían los enemigos de la fe cristiana. El poder de su influjo era tal, que ya nada se hacía en la Turena sin su beneplácito, de manera que la Religión cristiana hacía prosélitos diariamente. Siempre armado espiritualmente de punta en blanco, hasta su muerte no dejó de batallar contra el espíritu del mal y de las tinieblas, saliendo de aquellos combates victorioso pero lleno de mansedumbre y de caridad.

San Martín fue contemporáneo de San Hilario de Poitiers, de San Ambrosio (el enérgico Arzobispo de Milán), de San Agustín, de San Atanasio, de San Jerónimo, etc.; como á ellos, el Príncipe del pecado le rodeaba de asechanzas y procuraba tentarle para impedir que trabajase en la salvación del Cristianismo, en aquel siglo



más que en ningún otro rodeado de peligros. Siempre haciendo el bien, San Martín llegó al fin á los 80 años. Nunca fue escritor—esto lo dejaba para otros santos, sus contemporáneos—pero con la palabra llevó á cabo conversiones milagrosas é inspiró maravillosas obras cuyo recuerdo se ha conservado al través de los siglos hasta el día. Todos los animales le amaban y le obedecían. San Martín era el protector nato de toda criatura perseguida

por la crueldad de los hombres. Estas virtudes se fueron acentuando con la edad, y ya á la hora postrera parecía como si hubieran llegado á su apogeo. Murió al fin, en el monasterio de Candes, rodeado de sus monjes y discípulos, se cree que el 8 de Noviembre del año 397, cuando había cumplido ya los 81 años de su edad.

Los turenenses y los ciudadanos de Poitiers se disputaban el cuerpo de San Martín, hasta que los primeros lograron ganar la partida y llevarse el cuerpo para hacerle un suntuoso entierro. De todas partes acudieron á llorar sobre la tumba del santo á quien declararon Patrón de las Galias. Según una piadosa leyenda, San Ambrosio tuvo conocimiento en Milán de la muerte de San Martín: habiéndose dormido repentinamente en el momento de salir á decir misa, cuando despertó dijo que había estado celebrando las exequias de su hermano el Obispo de TOURS. Después se supo que aquello había ocurrido á la misma hora en que bajaban al sepulcro al santo turense.

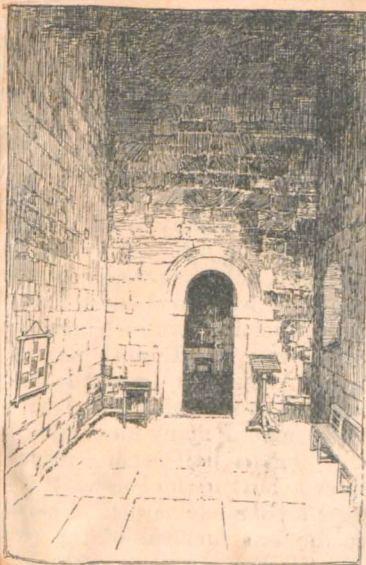


OUR LADY OF SORROWS.—BY VAN DYCK.
From a photograph by the successor to Laurent, Madrid.

III

LA TUMBA DE SAN MARTIN DE TOURS

Cuando murió el santo Obispo de Tours, San Martín, eran tan numerosas las peregrinaciones que enviaba todo el mundo cristiano á orar sobre su tumba, que la Capilla en que estaban sus restos no alcanzaba á contener á los devotos visitantes, por lo cual uno de sus sucesores en la Sede de Tours, San Perpetuo, resolvió levantar allí una Basílica que fue terminada en el último tercio del siglo v. Era aquél un templo magnífico: medía 160 pies de largo y 60 de ancho; el techo estaba sostenido por 120 columnas forradas en ricos mármoles, mosaicos y piedras preciosas, y el sarcófago que encerraba los despojos mortales del santo



era de metales preciosos. Más tarde San Eloy, por orden del Rey Dagoberto, fabricó un sepulcro de oro finísimo y piedras preciosas para encerrar en él el cuerpo del santo. Pero aquellos tiempos eran de continuas guerras, asaltos, incendios y desórdenes, y repetidas veces el sepulcro de San Martín estuvo á punto de perecer con la iglesia que lo encerraba. Las peregrinaciones á la tumba no cesaban, porque continuamente ocurrían allí curaciones milagrosas y portentos sobrenaturales, de los cuales tratan circunstanciadamente las biografías del santo, escritas en diferentes ocasiones durante toda la Edad Media. Todos los santos de aquellas épocas de fe sencilla, todos los príncipes, todos los hombres importantes de Europa acudían á prosternarse al pie de la tumba de San Martín y pedirle gracias que su intercesión frecuentemente obtenía de Dios para sus protegidos.



Para cuidar de la tumba sagrada, San Perpetuo había fundado una Congregación de religiosos que ocupaba un vasto monasterio al lado del templo. Andando el

tiempo, aquella Congregación monástica se regularizó; San Martín se convirtió en iglesia colegial, con 200 Canónigos para el servicio del culto, regidos por un *Abad honorario*, que era siempre el Rey de Francia, el cual iba á TOURS á recibir su investidura. El último que fue á tomar posesión del cargo honorífico fue Luis XIV. El Delfín de Francia y el Rey de Inglaterra llevaban también el título de Canónigos laicos de San Martín.

Los perseguidos y desgraciados iban de todas partes del mundo á asilarse cerca del sepulcro de San Martín, en donde podían vivir en completa seguridad, pues nadie se atrevía á sacarlos de allí contra su voluntad. Asiláronse á su sombra, alejadas del mundo y sus engaños, Santa Clotilde, Santa Radegunda, las Reinas Ultrogoda, Ingoberga y Luitgarda—mujer de Carlomagno. Esta última, murió allí y fue sepultada al pie de una de las dos torres que se conservan del antiguo templo.

Pero las vicisitudes por las cuales ha pasado el sepulcro de San Martín son numerosas y dramáticas. Después de una vida de luchas contra los enemigos del Cristianismo, sus cenizas se han visto expuestas á los mayores peli-



18
18

gros de perderse, y lo poco que queda de sus huesos se conserva casi por milagro. En el siglo VIII, los árabes, dueños de España, atravesaron los Pirineos y avanzaron sobre Burdeos, incendiando las poblaciones y destruyendo los templos. Como tuviesen noticia de las riquezas que



encerraba la tumba de San Martín, se dirigieron precipitadamente hacia TOURS, y ya alcanzaban á ver los relucientes techos de la basílica del Apóstol de las Galias, cuando Carlos Martel logró vencerles completamente en una batalla. En el siguiente siglo los normandos volvieron repetidas veces á TOURS, pero los Canónigos pusieron en seguridad los huesos del santo, llevándoselos á las ciudades de Orleans, Auxerres y otras, en donde no temían la invasión normanda. En el siglo X el templo fue

10
19

presa de las llamas, y sólo lograron salvar la tumba del santo, pero sobre el mismo sitio levantaron, en el siglo XI una iglesia soberbia, mucho más hermosa que la primera, la cual fue visitada por varios Papas (1) y embellecida por muchos soberanos, no solamente de Francia sino de toda Europa, los cuales visitaban la tumba de San Martín é iban á invocar su protección. Sin embargo, desde que se había hecho tan popular la peregrinación á Santiago de Compostela, en Galicia de España, este santo dividía con el de TOURS la piedad de los cristianos entre uno y otro, acabando el Apóstol de Compostela por atraer mayor número de peregrinos de Italia é Inglaterra, además de los de España, pero sin que menguase en nada la inmensa popularidad de que gozaba San Martín en Francia, en Alemania y en el Norte de Europa.

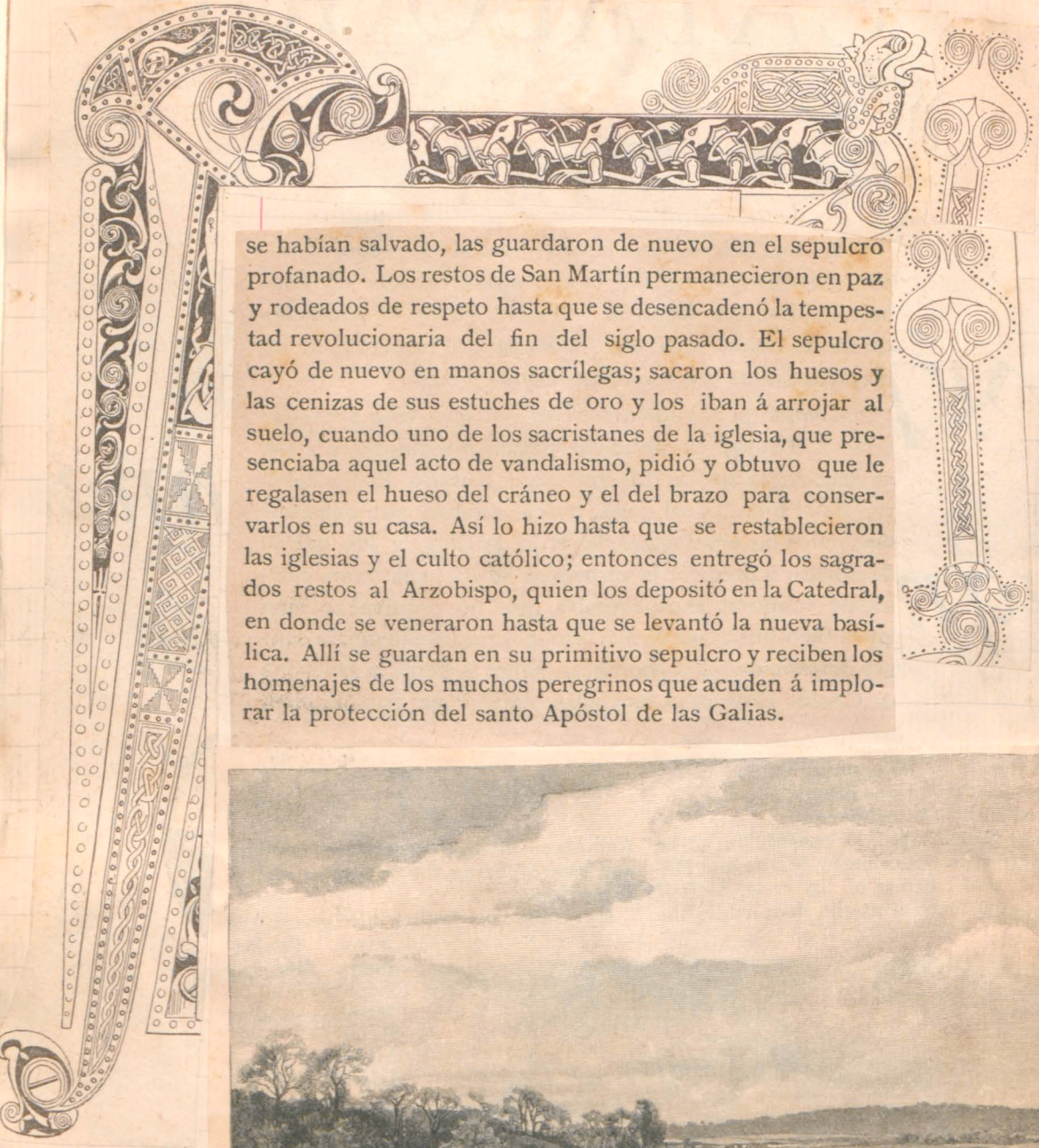
Presa de las llamas varias veces la basilica, conservó empero, intacta su hermosa estructura de piedra y mármol, sus magníficas vidrieras (las cuales dicen que eran aún más bellas que las de la Catedral), su majestuoso sepulcro, rodeado siempre de cirios y de lámparas, á cuyos pies ocurrían prodigios que llenaban de entusiasmo á



cuantos iban allí. La riqueza del sarcófago, las joyas y los objetos de valor que había en San Martín tentaron á los hugonotes, que se habían apoderado de TOURS, y resolvieron hacerse dueños de todo. Después de profanar los altares y apoderarse de los tesoros, quisieron arrojar á las llamas los huesos de San Martín; con ese objeto hicieron una hoguera en un rincón del templo, sacaron del sarcófago los santos despojos y los arrojaron al fuego. Sin embargo, uno de los Canónigos guardianes del sepulcro logró sacar de las llamas una parte del cráneo del santo, el hueso de un brazo y un retazo del velo de seda que envolvía el cadáver.

Saciada la cólera de los hugonotes y saqueado el templo, lo abandonaron, mientras que los Canónigos recogían las cenizas que quedaban y, uniéndolas á las reliquias que

(1) Pascual II, Inocencio III, Alejandro III, etc.



se habían salvado, las guardaron de nuevo en el sepulcro profanado. Los restos de San Martín permanecieron en paz y rodeados de respeto hasta que se desencadenó la tempestad revolucionaria del fin del siglo pasado. El sepulcro cayó de nuevo en manos sacrílegas; sacaron los huesos y las cenizas de sus estuches de oro y los iban á arrojar al suelo, cuando uno de los sacristanes de la iglesia, que presenciaba aquel acto de vandalismo, pidió y obtuvo que le regalasen el hueso del cráneo y el del brazo para conservarlos en su casa. Así lo hizo hasta que se restablecieron las iglesias y el culto católico; entonces entregó los sagrados restos al Arzobispo, quien los depositó en la Catedral, en donde se veneraron hasta que se levantó la nueva basílica. Allí se guardan en su primitivo sepulcro y reciben los homenajes de los muchos peregrinos que acuden á implorar la protección del santo Apóstol de las Galias.





Quando visitámos la iglesia de San Martín bajámos á la cripta venerada, y apenas pudieron nuestros ojos distinguir alguna cosa en la oscuridad del recinto. Vimos el altar, sostenido por cuatro pequeñas columnas é iluminado por cuatro lámparas siempre encendidas. Debajo de él está la santa caja, en medio de otras dos lamparillas rojizas que derraman su misterioso resplandor sobre las santas reliquias. Todo en este pequeño y devoto recinto convida al recogimiento y á la oración, y siempre hay allí fieles rezando é implorando la protección de San Martín.

Visitámos, también en Tours varias iglesias antiguas, entre ellas la de Nuestra Señora la Rica, que es curiosísima, y admirámos las hermosas vidrieras que en todas ellas se encuentran; vimos al pasar casas y torres que llevaban las señales de los siglos anteriores, pero en resumen nada particular notámos en las calles. De éstas, unas son al estilo moderno, anchas, provistas de hermosas tiendas y faroles de gas, y surcadas por tranvías; y otras angostas, solitarias y anticuadas, como las que aún se encuentran en los barrios apartados de París.

En una ocasión tomámos el tranvía de vapor y fuimos á visitar los restos de la famosísima abadía de Marmoutier, á media legua de la ciudad, sobre la orilla derecha del Loira, toda ella colmada de recuerdos de los mayores santos que ha tenido TOURS.

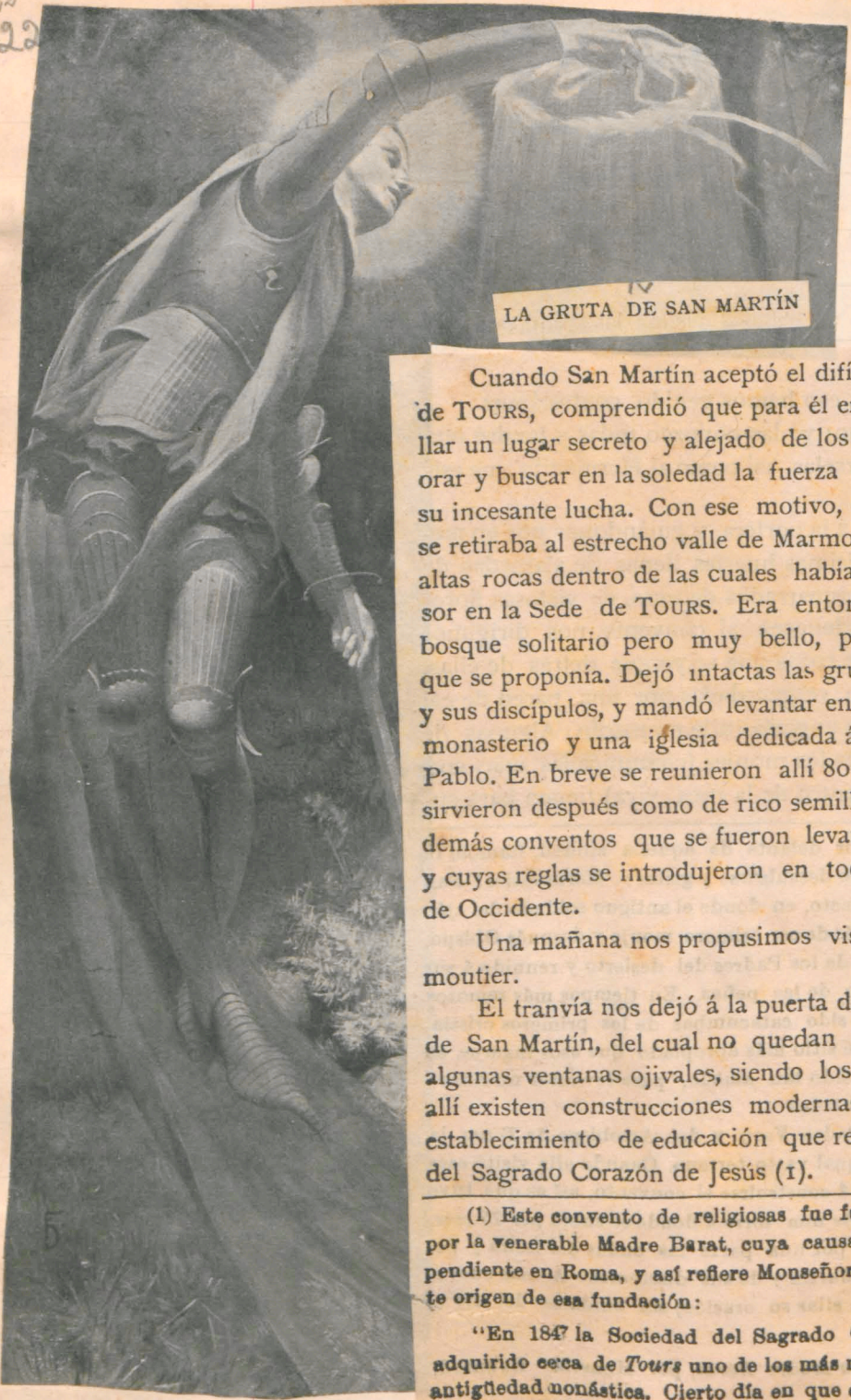
Quando por primera vez San Gaciano vino á establecerse á TOURS, en donde el paganismo imperaba á sus anchas, hacía apenas dos siglos que Nuestro Señor había venido al mundo; así, pues, frescas estaban aún entre sus discípulos las enseñanzas del Hijo de Dios, y los que se dedicaban á predicar la verdadera fe cristiana eran realmente hombres excepcionales, que no esquivaban, sino antes bien buscaban el martirio, porque sabían que la sangre derramada haría fructificar sobre la tierra la Doctrina de Cristo. Enviado á las Galias por el Papa San Fabián, tuvo Gaciano que librar ruda batalla contra los idólatras para reunir un núcleo de cristianos que propagasen la fe. Vivía la mayor parte del tiempo en las grutas de Marmoutier, y allí fue en donde por primera vez estableció una iglesia, se rodeó de discípulos y fue nombrado Obispo de aquel pequeño rebaño cristiano, rodeado por una turba de



enemigos paganos.

A pesar del atraso de la civilización en aquel siglo, aquellos tiempos é ir contemplando paso á paso la difusión del Cristianismo en el mundo:

23
22



LA GRUTA DE SAN MARTÍN

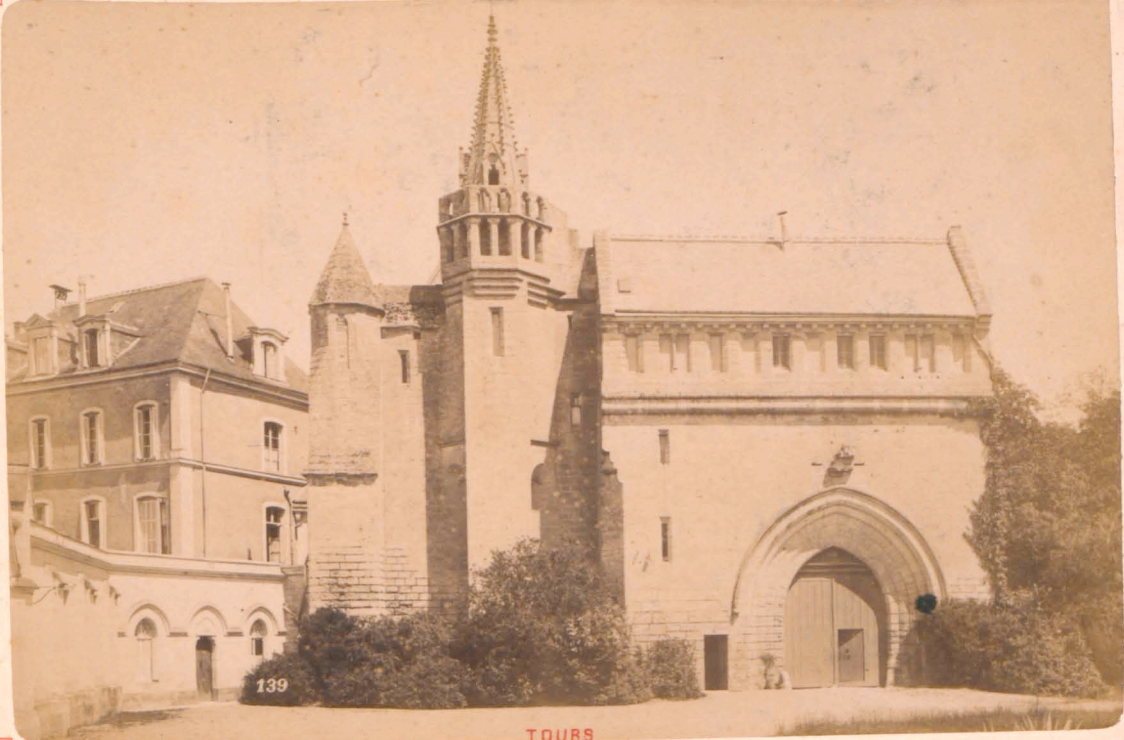
Cuando San Martín aceptó el difícil cargo de Obispo de TOURS, comprendió que para él era indispensable hallar un lugar secreto y alejado de los hombres, en donde orar y buscar en la soledad la fuerza que necesitaba para su incesante lucha. Con ese motivo, como ya lo dijimos, se retiraba al estrecho valle de Marmoutier, limitado por altas rocas dentro de las cuales había vivido su predecesor en la Sede de TOURS. Era entonces aquel lugar un bosque solitario pero muy bello, propio para el objeto que se proponía. Dejó intactas las grutas de San Gaciano y sus discípulos, y mandó levantar en la parte exterior un monasterio y una iglesia dedicada á San Pedro y á San Pablo. En breve se reunieron allí 80 monjes, los cuales sirvieron después como de rico semillero para poblar los demás conventos que se fueron levantando en las Galias y cuyas reglas se introdujeron en todos los monasterios de Occidente.

Una mañana nos propusimos visitar el valle de Marmoutier.

El tranvía nos dejó á la puerta del antiguo convento de San Martín, del cual no quedan ya sino la portada y algunas ventanas ojivales, siendo los demás edificios que allí existen construcciones modernas: las del magnífico establecimiento de educación que regentan las religiosas del Sagrado Corazón de Jesús (1).

(1) Este convento de religiosas fue fundado personalmente por la venerable Madre Barat, cuya causa de canonización está pendiente en Roma, y así refiere Monseñor Baunard el interesante origen de esa fundación:

“En 1847 la Sociedad del Sagrado Corazón de Jesús había adquirido cerca de Tours uno de los más memorables restos de la antigüedad monástica. Cierta día en que el Padre Varin pasaba



TOURS
DETAIL DE MARMOUTIERS XIIIÈ SIÈCLE

012.
Al entrar al primer patio nos encontramos con unos Hermanos de la Doctrina Cristiana, que acababan de llegar también.

—¿Desean ustedes visitar las grutas? preguntó uno de ellos.

—Cabalmente á eso hemos venido, contestámos.

—Está bien, dijo; yo las conozco todas y tendré mucho gusto en señalárselas, así como al Hermanito que está conmigo.

Pidió una llave á la portera, y guiándonos por en medio de unas hermosísimas huertas llenas de alamedas de árboles frutales, de emparrados de uvas, de vistosas flores y legumbres, que pertenecen al convento, nos dirigimos hacia el anfiteatro de rocas que se yergue detrás de ellas. Estas rocas se hallan resguardadas por una pared de cal y canto que deja una angosta calle en medio. Algunas de las antiguas celdas de los monjes (comunicadas unas con otras y horadadas dentro de la roca viva) tienen para su-

en buque de vapor por delante de aquella ciudad, llámóle la atención ver al barquero descubrirse y gritar: 'Marmoutier! San



A. CASTAÑE

bir á ellas escaleras de piedra recientemente restauradas, balconcitos volados y torrecillas pegadas contra la piedra. En cada una de aquellas estrechísimas celdas, convertidas en otras tantas capillitas, hay un altarcillo en donde suelen decir misa los sacerdotes que visitan aquel lugar. Así vimos las grutas de San Gaciano, las de San Martín y las de los Siete Durmientes.

—¿Y ésta qué significa? preguntámos á nuestro guía.

Martín! Allí era, en efecto, en donde el antiguo soldado del ejército de Juliano, después de ser primero monje y después Obispo, había vivido á ejemplo de los Padres del desierto y reunido á sus discípulos en el hueco de las peñas. En tiempos más remotos aquellas cuevas habían sido catacumbas de los primeros cristianos de la comarca. ¡Qué sitio más apropiado que esos lugares, en donde Jesucristo había sido tan amado, para levantar un nuevo albergue al Sagrado Corazón!

“A instancias del Padre Varin y del Arzobispo de *Tours*, la Madre Barat compró aquel vasto terreno. Cuando ella visitó esos sitios apenas empezaba á construirse el convento, así es que tuvo que alojarse en lo alto de una torre á donde se subía por 75 escalones, y que dominaba por una parte las ondas del Loira y por otra las cuevas de San Martín y de sus discípulos. A esas cuevas bajaba y prolongaba en ellas su oración, sin cuidarse del frío ni de la humedad....”

(Véase la *Vida de la Madre Barat*, por Monseñor Bannard, página 358).



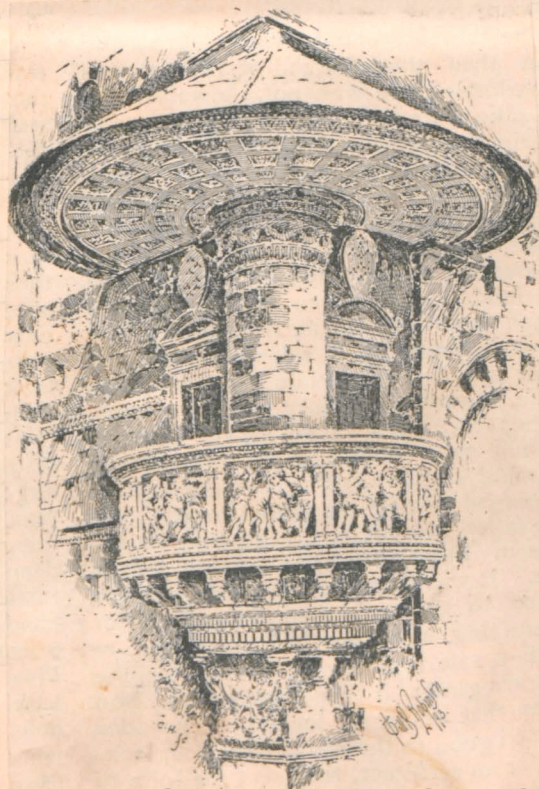
25
25

—Aquí, contestó el buen Hermano—levantando la sotana y echando el manteo al brazo para subir los escalones labrados dentro de la roca—aquí fueron enterrados los Siete Durmientes, cada uno en su nicho, en estas excavaciones dentro de la roca viva, y aquí los sepultaron... Vean ustedes: uno, dos, tres, cuatro, cinco... no veo sino cinco sepulturas pero deben de ser siete. Una, dos, tres, cuatro, cinco..... no hay más realmente.

—Eso no importa, le dijimos; pondrían dos en una sepultura. No se preocupe usted con esto, sino díganos qué significa esta leyenda.

—Significa, me contestó muy serio, que estos eran siete monjes de Marmoutier que se amaban particularmente y pidieron á Nuestro Señor que no los separase nunca. Dios escuchó sus ruegos: murieron todos un mismo día, ó mejor dicho, se durmieron en el Señor... para resucitar siete años después... Pero esto último debe ser fábula, agregó, porque en esta capilla (y nos mostraba una gruta vecina) están siete losas de mármol con los nombres de los siete santos varones discípulos de San Martín.

Efectivamente allí encontramos un altarcillo contra



26
26

la roca desnuda, y en el suelo siete losas de mármol, recientemente restauradas, con los nombres de los *Durmientes* grabados con letras de oro encima de cada lápida.

Ya para entonces se nos habían unido dos mujeres

que parecían pertenecer á la clase burguesa; dijeron que eran oriundas de Bretaña, y manifestaban una completa ignorancia de la historia de San Martín. Cuando el Herma-





no nos señaló la gruta en donde San Martín se retiraba de preferencia á hacer oración y en la cual tantas veces había sido perseguido y tentado por el demonio, una de ellas exclamó:

—¿Y hace bastante tiempo que murió este santo?

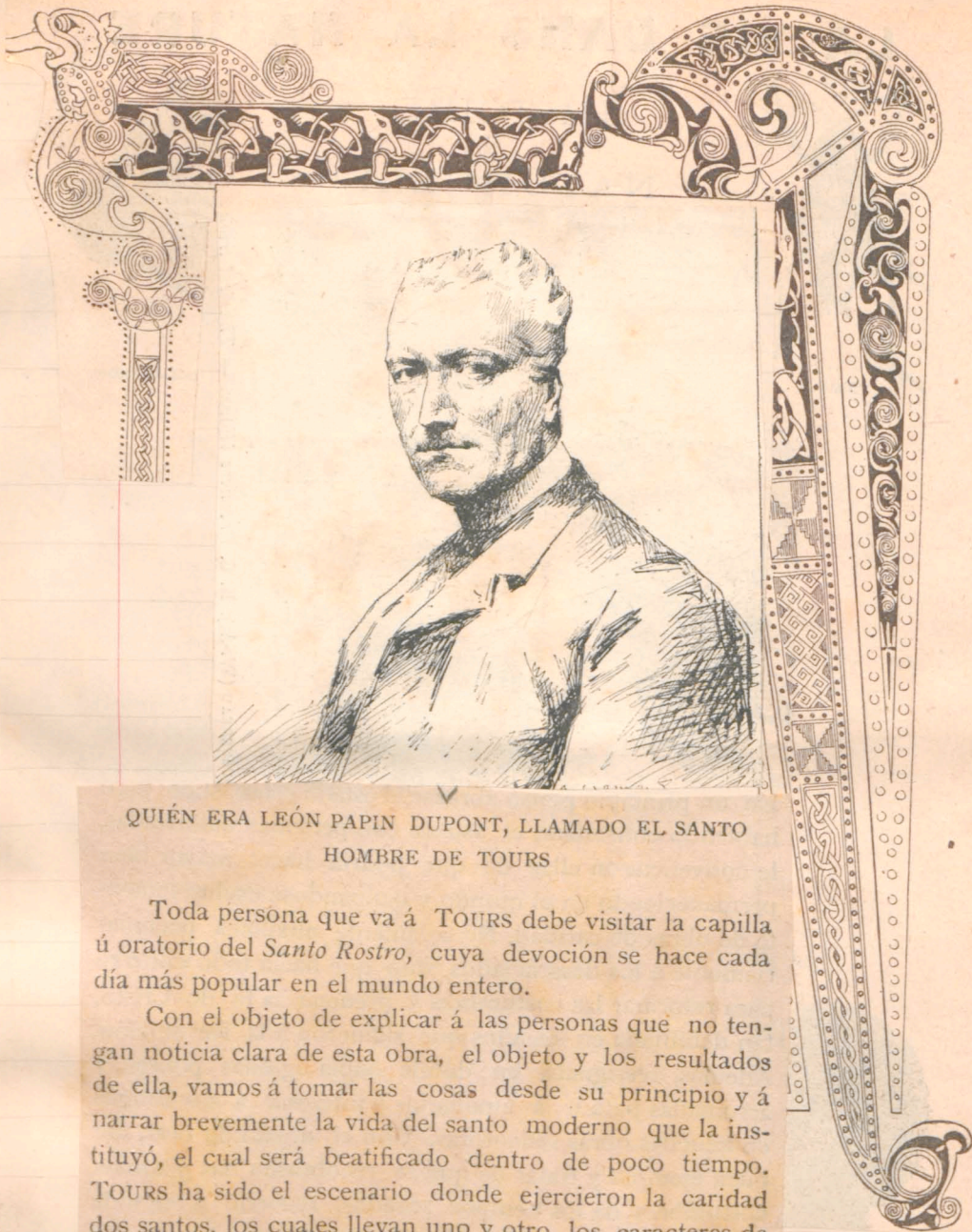
—¡La friolera de mil quinientos años! le contestámos.

La sorpresa de las pobres mujeres fue grande, y de allí para adelante todo lo miraban con asombro y hasta con pavor.

Bajámos también á una cueva hondísima en donde se gozaba de una frescura deliciosa, y en cuyo fondo manaba una fuente pura y cristalina. El calor era canicular, y hacía contraste la frialdad casi excesiva de aquella agua con el violento sol, que reverberaba hacia afuera.

De allí no regresámos por el lado del convento sino que seguimos el camino que costea las rocas y las colinas que van á morir cerca del Loira. El buen Hermano entró á una casa en donde guardaban la llave de una iglesia dedicada á Santa Radegunda, y la pidió para hacérnosla ver.

Tanto la casa como el barrio en donde se encuentran, llevan el nombre de la Santa, en memoria del tiempo en que residió en aquel lugar, cuando fue á asilarse cerca de la tumba de San Martín. Esa iglesia, de estilo romano, sirve como de vestíbulo á la gruta llamada *merovigia*, que ha conservado todo el aspecto vetusto y curiosísimo del siglo VI, y cuyos muros ennegrecidos vieron correr las lágrimas de la desgraciada reina cuyo nombre lleva.



QUIÉN ERA LEÓN PAPIN DUPONT, LLAMADO EL SANTO
HOMBRE DE TOURS

Toda persona que va á TOURS debe visitar la capilla ú oratorio del *Santo Rostro*, cuya devoción se hace cada día más popular en el mundo entero.

Con el objeto de explicar á las personas que no tengan noticia clara de esta obra, el objeto y los resultados de ella, vamos á tomar las cosas desde su principio y á narrar brevemente la vida del santo moderno que la instituyó, el cual será beatificado dentro de poco tiempo. TOURS ha sido el escenario donde ejercieron la caridad dos santos, los cuales llevan uno y otro los caracteres de la época en que vivieron. Ya hablamos del santo del siglo IV, cuando empezaba á propagarse el Cristianismo; veamos ahora los principales rasgos del santo del siglo XIX, cuando los enemigos de Nuestro Señor Jesucristo reúnen todas sus fuerzas para combatir sus doctrinas.



Hijo de una familia hidalga de Bretaña establecida en la Martinica — esa Isla que tenía por patrono á San Martín — nació en ella *León Pavin Dupont* el 24 de Enero

de 1797. Era rico, y como hubiese perdido á su padre desde la infancia, enviaronle á París á estudiar. En esa gran ciudad en donde tantos jóvenes se pierden, sucedióle lo contrario al americano: allí se convirtió á una fe sincera, y desde los 20 años dedicó su vida y su fortuna á obras de caridad. Concluidos sus estudios universitarios, León Dupont regresó á la Martinica al lado de su madre; á los 30 años se casó, pero enviudó en breve, y entonces determinó volver á Francia con el objeto de confiar la educación de su hija única á la Superiora de las Ursulinas de TOURS, en cuyo convento se había educado su madre.

En TOURS fijó su residencia el honrado americano con su madre, su hija y dos sirvientes de raza africana. En un principio pensó abrazar el estado eclesiástico; pero habiendo consultado el asunto con personas autorizadas, le convencieron ellas de que podría hacer mayor bien permaneciendo en el mundo y ocupándose exclusivamente de obras de caridad. No solamente auxiliaba pecuniariamente á los desgraciados, sino que hacía todo esfuerzo para reformar las costumbres y predicar la fe de Cristo, tan debilitada en los años que siguieron á la Revolución. Además, averiguaba en dónde había iglesias pobres y arruinadas para ir á auxiliarlas é interesar á sus amigos en aquellas obras redentoras. Con el objeto de orar, dar buen ejemplo y tratar de que se recobrasen las piadosas costumbres de los tiempos pasados, recorrió á pie toda la Francia, de peregrinación en peregrinación, visitando los santuarios de la Virgen Santísima y de los santos y dejando siempre al partir alguna rica ofrenda. Sobre ese tema escribió luego un libro muy devoto y curioso intitulado: *Año de María ó Peregrinación á los santuarios de la Madre de Dios.*

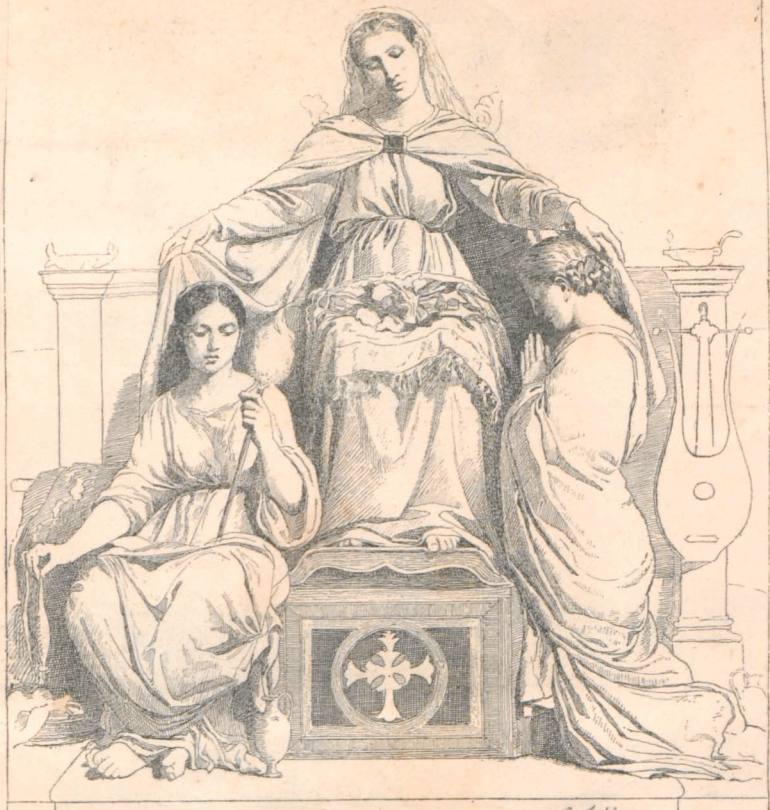
Pero hasta entonces había sido demasiado dichosa la piedad del señor Dupont, y Dios tuvo á bien enviarle una prueba muy cruel que aquilatase su virtud. Su vida



se deslizaba tranquilamente entre su madre y su hija, encantadora niña de quince años que reunía todas las cualidades del alma á todos los atractivos de la belleza física. Su padre la veía crecer y desarrollar una inteligencia precoz y vivísima; y al notar en ella cierto amor á las vanidades del mundo y sus engaños, y cierto deseo de vivir para disfrutar de los goces de la vida, el corazón cristiano de aquel hombre ejemplar tuvo miedo del porvenir, y tembló por la felicidad de su hija en este mundo y en el otro. “¡Dios mío! exclamó, levantando su espíritu al cielo, si prevéis que mi hija haya de apartarse algún día del camino recto, lleváosla antes de que esto suceda: prefiero verla morir, antes que entregada á las vanidades del siglo.”

¿Era acaso aquél uno de esos presentimientos que suelen tener los padres y que Dios en su bondad escucha? ¿Quién lo podrá decir? Lo cierto es que pocos días después la niña, que acababa de cumplir quince años, cayó á la cama con una fiebre que fue aumentando, y los médicos declararon en breve que su mal era mortal. El padre se inclinó ante los decretos misteriosos de la Providencia, aceptó la copa del dolor y vio morir á su hija tan amada, después de cinco días de enfermedad, sin proferir una queja. A los que iban á darle el pésame contestaba estas admirables palabras: “¿Por qué llorar entre los muertos á la que vive en el Señor? Yo sé que mi hija está ahora más cerca de mí que antes. Dos murallas nos separaban é impedían nuestra unión: la suya ha caído, la mía también se derrumbará con el tiempo, y entonces nos veremos reunidos para siempre.”

De allí para adelante dedicó su vida—entenebrecida



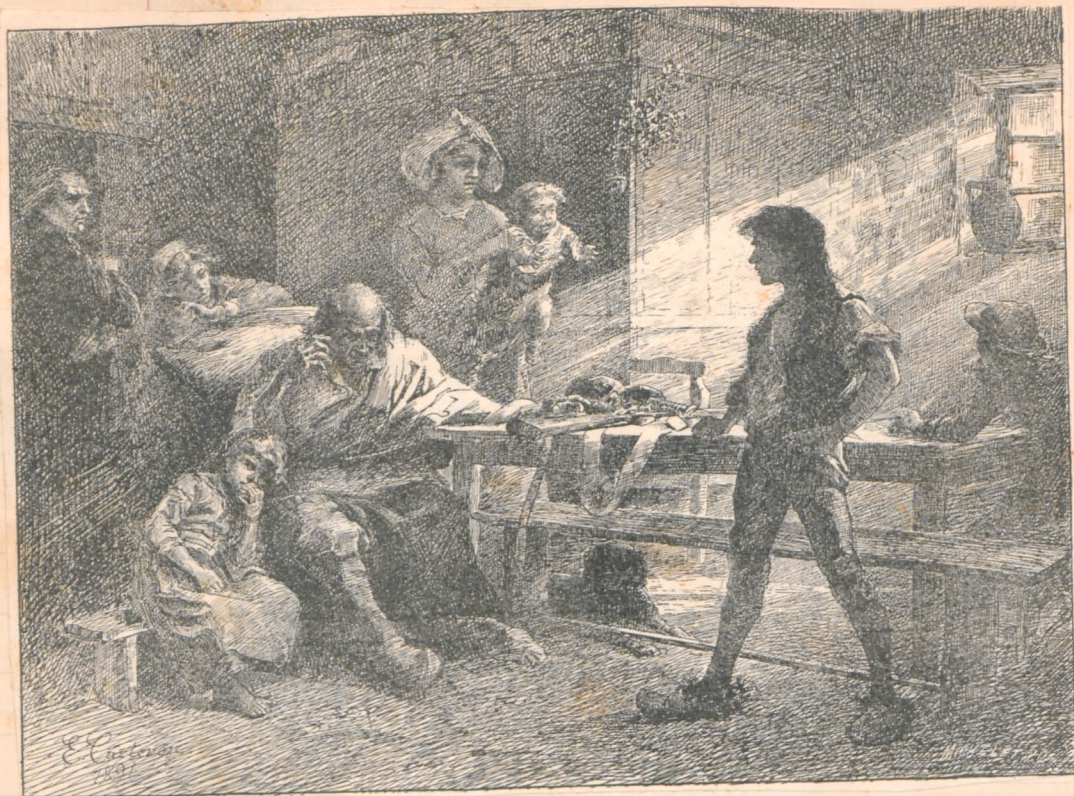
MICHELET SC.

C. Le manteau de la Vierge. —

en la tierra con aquella pena inmensa—solamente á las obras de caridad y de santidad: en ella, y en la oración y las prácticas más severas de la penitencia cristiana encontró todo su consuelo. Con la parte de su fortuna que había destinado para dotar á su hija, fundó en TOURS la benéfica obra de las Hermanitas de los Pobres. Como al

principio el personal era escaso y muchos los pobres que se recogían, él se consideraba en el deber de ir casi diariamente á visitar el establecimiento, y no solamente lo visitaba, sino que prestaba alegremente á sus moradores los más útiles y humildes servicios. Limpiaba y barría la casa, curaba las llagas de los enfermos, conversaba con todos, hacía oficio de jardinero para ayudar á cultivar las huertas, y rara vez salía de la casa sin dejarle una crecida limosna.

32



A él principalmente se debe el haberse hallado el sepulcro de San Martín, así como la compra del terreno y la construcción de la presente Basílica, que ya permite á los devotos ir allí en peregrinación como en los primeros tiempos de la Edad Media.

Como es natural, el hombre santo del siglo XIX debía profesar grandísima devoción al hombre santo de la Edad Media, el que más trabajó en la fundación del cristianismo en TOURS y en todas las Galias. Parecióle un crimen dejar por el suelo la iglesia del santo Apóstol de Francia, y que sus sagrados huesos estuvieran asilados en una iglesia ajena y como de prestado. Todos los días iba á orar en el sitio en donde se conservaba, antes de la Revolución, el sepulcro de San Martín; visitaba en altas horas de la noche las otras catorce iglesias de TOURS que habían sido arruinadas por la Revolución al fin del siglo pasado, y pedía á Dios inspiración para trabajar con buen éxito en que las volviesen á dedicar al culto divino.



FIG. 5.—LEGENDARY LIKENESS OF CHRIST.
(Original in San Silvestre, Rome.)
Supposed by an unknown Contemporary Artist.



—THE ST. VERONICA IMAGE.

VI

ORIGEN DE LA DEVOCIÓN DEL SANTO ROSTRO

La devoción tan popular al Santo Rostro se debe al *santo hombre de Tours*, el señor Dupont, quien resolvió fundar una Archicofradía religiosa para reparar con oraciones las blasfemias y las profanaciones del santo nombre de Dios. Lo que motivó en él esta devoción y le hizo el apóstol por excelencia de la reparación y de las obras expiatorias fue un acontecimiento, ó más bien una serie de acontecimientos místicos muy notables, ocurridos por entonces en el Carmelo de TOURS. Vivía por ese tiempo en aquel monasterio una joven religiosa oriunda de Bretaña y llamada María de San Pedro, á quien la protección especial de San Martín parecía haber atraído al monasterio de TOURS, más bien que á otros muchos que conocía y que hubieran quedado menos distantes del lugar de su



FIG. 3.—ANCIENT HEBREW MEDAL—SHOWING PROFILE LIKENESS OF CHRIST (ABOUT THE FIRST CENTURY).



nacimiento (1). La serenidad de su carácter, su sencillez y fervor llamaron la atención desde su entrada al convento y se vio que Dios tenía sobre ella designios especiales. Las primeras revelaciones divinas con que fue favorecida tuvieron por objeto la obra reparadora de las blasfemias y el establecimiento de una cofradía para atender á esa necesidad: todo esto llegó al conocimiento del señor Dupont, quien trabajó en el sentido de establecer dicha cofradía, con autorización del Arzobispo de TOURS. Las subsiguientes revelaciones de la Hermana San Pedro versaron sobre el culto especial del Santo Rostro de Nuestro Señor Jesucristo, que El se dignó indicar á su sierva como medio especial de reparar las blasfemias. Hizole comprender que "las personas que se aplicasen al ejercicio de dicha reparación tributarian á Nuestro Señor el mismo hom-

(1) Véase la *Vida de la Hermana San Pedro*, por el abate Janvier Tours.



naje que le tributó la Verónica, cuando esta devota mujer limpió con su velo el Rostro divino encubierto de saliva, de sangre y de polvo; y que El las contemplaría con el mismo agrado con que contempló á esa santa mujer el día de su Pasión."

Sobre tan grave y místico asunto tuvo frecuentes conferencias el señor Dupont, tanto con la misma Hermana favorecida con dichas revelaciones, como con la Madre Priora de las Carmelitas de TOURS. Comprendió todo lo que tenía de práctico y de oportuno el culto al Santo Rostro; lo apropiado que era á las necesidades de la época el hacer de él el signo exterior y manifiesto de las obras reparadoras de que tanto necesita el mundo, y especialmente Francia. La misión de la Hermana San Pedro había terminado y, el 8 de Julio de 1848, fue á buscar su recompensa en el cielo; pero el "hombre santo de TOURS" se constituyó en continuador y propagador de esa misión tan honrosa y tan grande.

Regalaronle en 1851 un grabado, enviado de Roma por una comunidad de religiosas benedictinas, que representaba la sagrada faz del Salvador estampada sobre el velo de la Verónica, y que era la fiel representación de la reliquia del Vaticano. Queriendo tenerla con el debido respeto, lo mandó poner en un marco negro y la colocó en el lugar más visible de su salón de recibo, colocando ante ella una lámpara que estaba encendida dia y noche. Aquello le daba motivo para hablar con cuantos le visitaban de la devoción que todo cristiano debe profesar al divino Rostro de Nuestro Señor Jesucristo, vilipendiado por los hombres, no sólo en el tiempo de su Pasión, sino ahora, por medio de las blasfemias é insultos de los pecadores.

A poco de haber empezado á popularizarse aquella devoción, llovieron hechos milagrosos en la casa del señor Dupont: curábanse los cojos y baldados, los tísicos

36
36



y otros enfermos recuperaban la salud, y los ciegos la vista; los incrédulos, al presenciar estos hechos milagrosos, adquirían ó recobraban la fe de sus primeros años. ¿Y cómo, me diréis, se llevaban á cabo estos hechos sobrenaturales? A veces con sólo las oraciones del santo dueño de casa, que imploraba los auxilios del Señor en favor de los que iban á solicitarlo; las más de las veces con las uncciones que les hacía del aceite que ardía ante la imagen del Santo Rostro: esto bastaba para que desapareciesen los males, y el enfermo regresase sano á su casa.

La fama de aquellas curaciones repercutió por toda la Francia y los países extranjeros, y durante veinte años una multitud de peregrinos invadió día y noche aquella casa bendecida por Dios. El señor Dupont se dedicó más y más á esta grande obra y renunció á toda ausencia de TOURS. Su sala se convirtió en un oratorio, en donde to-



dos los días, á hora fija, se rezaban las hermosísimas letanías del Santo Rostro compuestas por la Hermana San Pedro, y que de día en día se llenaba más y más con las muletas que allí dejaban, en acción de gracias, los cojos é inválidos que habían sido curados.

El "hombre santo de TOURS" había cumplido 63 años cuando tuvo el dolor de perder á su buena y anciana madre, que le había acompañado en sus penas y tribulaciones y compartido la santa vida que llevaba, y cuya fervorosa piedad había sido la edificación de cuantos la conocían. El mismo la ayudó á bien morir, y el recuerdo de un fallecimiento tan lleno de santa alegría y de bendiciones del cielo inundó siempre de paz el dolor que le causó su pérdida y el tierno recuerdo que de ella conservó.

Lo sobrenatural era el elemento y la vida del señor Dupont. Fincaba sus mayores delicias en la oración y la lectura de la Sagrada Escritura, la cual repasaba sin cesar, hasta el punto de saberla casi toda de memoria. El amor que profesaba á Nuestro Señor era tal, que no sabía



—THE "ECCE HOMO"—BY GUIDO.

hablar sino de El, ni en otra cosa pensaba. "Es preciso hablar de Dios ó callar,"—decía;—y sobre ese tema solía improvisar discursos llenos de elocuencia y de unción. Hablaba del Señor con entusiasmo, pero al mismo tiempo con humildad, y detestaba las lisonjas. En invierno como en verano se levantaba á las tres de la mañana y hacía oración; oía luégo la misa de cinco y media, en la cual comulgaba cada día, y el resto del día lo dedicaba al auxilio espiritual y corporal del prójimo; atendía á las diferentes obras que presidía, contestaba la infinidad de cartas que de todas partes del mundo le escribían respecto de la devoción al Santo Rostro; visitaba las casas de Beneficencia, consolaba á los tristes y oraba por los pecadores. Pero ya se sabía que no había que darle las gracias por los beneficios que prodigaba, porque era lo único que

30
39



le impacientaba. Humilde y ocultamente visitaba á los presos y protegía eficazmente á los artesanos sin trabajo, procurando hacerles comprender el bien que se encuentra en la honradez y la virtud, tanto en este mundo como en el otro.

Su alma tranquila y serena conservaba imperturbable paz en medio de los acontecimientos más adversos, y su semblante reflejaba la continua alegría que interiormente



sentía. Habitaba las altas regiones del alma, en donde jamás se encuentran la tristeza y el abatimiento, y por eso solía decir: "Solamente los paganos deben estar tristes. Cuando por medio del bautismo se tiene la dicha de poseer un padre como Dios, se debe estar siempre contento: solamente los esclavos de Satanás son desgraciados y dignos de compasión." De su boca no salía una palabra de crítica contra el prójimo; jamás tampoco toleraba en su presencia ninguna conversación indigna de un cristiano.

Conocían y llamaban en TOURS al señor Dupont con el nombre del "hombre santo"; y hubo vez de que con

ese sólo título llegase una carta para él, y de que se la llevasen del correo sin la menor duda de la persona para quien era dirigida. Todo católico piadoso que pasaba por TOURS iba á saludarle y á orar unos momentos en su oratorio; él por todos rogaba sin distinción, y tenía relaciones personales ó epistolares con todas las personas notables por su piedad que había en el mundo.

La edad avanzada de 78 años á que había llegado, trajo consigo enfermedades que le impedían ocuparse activamente de las obras de caridad que tenía á su cargo; y como no pudiese ya salir de su casa para ir á oír misa, le llevaban semanalmente la sagrada comunión; pero no quiso pedir autorización para que le dijese misa cada día en su cuarto, porque su humildad le hacía considerarse indigno de toda merced extraordinaria y excepcional.

A medida que avanzaba el mal eran más violentos los dolores que experimentaba, y por último la parálisis invadió todo su cuerpo, pero sin que jamás se le oyese ninguna queja. Recibió la extremaunción y el santo viático con el más acendrado fervor, y durante su agonía, que duró ocho días, no dejó de rezar esa invocación al Santo Rostro que le era tan familiar y tan querida: "¡Ojalá muera yo abrasado en la sed ardiente de contemplar el Rostro adorable de Nuestro Señor Jesucristo!" Había





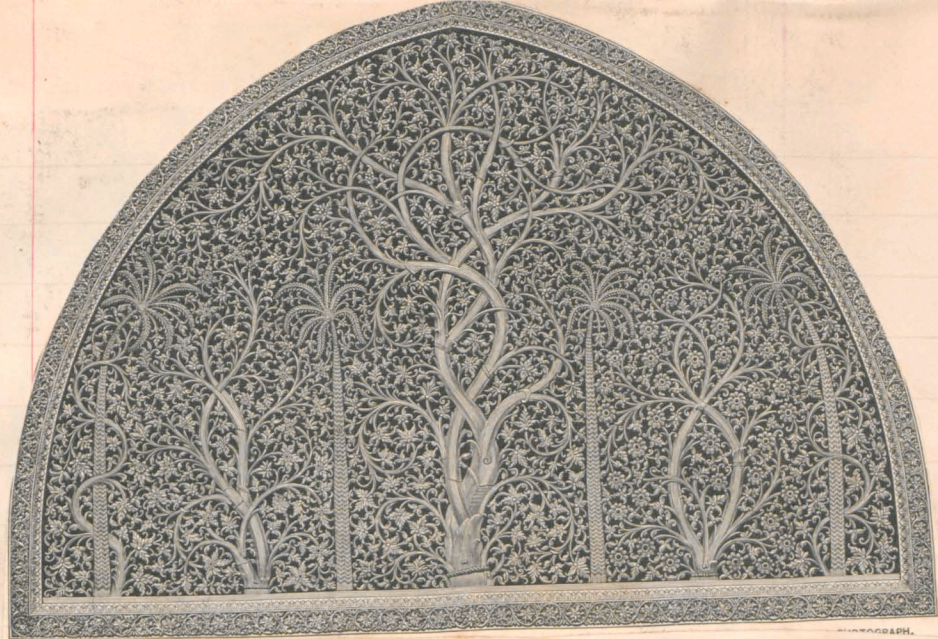
cumplido hacía algunas semanas los 79 años, cuando expiró al fin el 18 de Marzo de 1876. Expuesto su cuerpo en el lecho fúnebre durante dos días, fue visitado por miles de católicos de TOURS y de los alrededores, y á sus funerales concurrieron cuantos tuvieron noticia del acontecimiento. Sus exequias fueron una especie de triunfo religioso, una de esas manifestaciones públicas que solamente produce la santidad de una persona, y fueron celebradas en la catedral ante una inmensa multitud en la cual estaban representadas todas las clases de la sociedad, así como todas las Ordenes religiosas y casas de beneficencia de la ciudad.

La casa en donde habitó “el hombre santo de TOURS,” durante 45 años, fue comprada y transformada en capilla



pública por el señor Arzobispo de TOURS, y desde entonces es un santuario visitado por una infinidad de peregrinos de todas nacionalidades.

Desde 1883 se empezaron las informaciones eclesiásticas para la beatificación y canonización del justo á quien oficialmente declaró la Sede de TOURS "fallecido en olor de santidad." En primer lugar se le declarará *venerable*; con el tiempo, *beato*; y por último, *santo*.



VII

LA CASA ORATORIO DEL SANTO ROSTRO EN TOURS

Un día resolvimos visitar la famosa Capilla que en un tiempo fue la casa de habitación del fundador de la devoción del *Santo Rostro*.

Llegámos á la puerta, atravesámos un pequeño vestíbulo, empujámos una puerta y nos hallámos en la Capilla. De repente nos encontramos en un recinto tan oscuro que en un principio no alcanzámos á ver sino el resplandor de las ceras y la lámpara que ardía ante el altar... Poco á poco nos fuimos acostumbrando á las tinieblas y pudimos ver lo que contenía el Oratorio. Formado del antiguo salón y el comedor del señor Dupont, componíase de tres partes ó capillitas muy altas de techo, comunicadas entre sí. La parte central forma el Oratorio propiamente dicho y las laterales están dedicadas á Nuestra Señora de los Dolores y á San Pedro. El altar central, señoreado por una estatua del *Eccehomo*, ocupa el antiguo lugar de la chimenea. La imagen del *Santo Rostro*, en un hermosísimo marco y rodeado de *ex-votos*, está á la derecha, en el mismo lugar que ocupaba antes, y arde á sus pies la lámpara de cristal del "hombre santo de Tours," siempre encendida desde 1851.

Del lado de la Epístola se ve desplegada la bandera del Sagrado Corazón, facsimile del glorioso estandarte

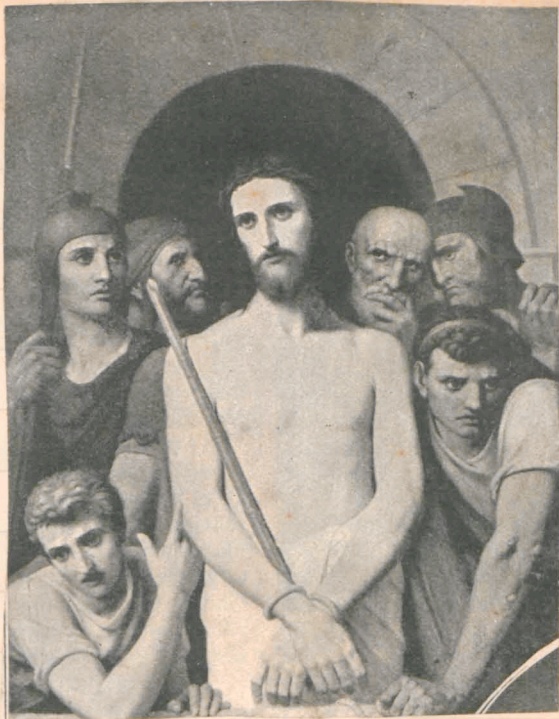
44
44



que llevaban los zuavos de Charette en la batalla de Patay (1); y cerca de él, y sobre su gran pupitre de antaño, está la misma Biblia que tan asiduamente leía el señor Dupont. De un lado y otro del altar véñense aglomeradas muchísimas muletas y bastones que demuestran la milagro-



(1) Batalla que se libró en 1870 contra los prusianos, y en la cual se distinguieron especialmente los zuavos pontificios comandados por el General Charette.



sa curación que allí han obtenido multitud de cojos, baldados y parálíticos; y en las paredes están grabadas piadosas inscripciones que recuerdan las virtudes del siervo de Dios y los principales rasgos de su vida.

Después de un rato transcurrido en ese devoto Oratorio, en donde es tan profunda la paz, tan natural el recogimiento, tan ferviente la plegaria por las propias y ajenas necesidades, salimos de él, y tomando una escalera á la derecha del vestíbulo, subimos al piso alto de la casa. Allí pudimos contemplar con piadoso interés la sencilla y modesta alcoba del "hombre santo de TOURS," tal como la dejó cuando subió su alma al cielo. Todavía están sus libros predilectos sobre la chimenea; y enfrente del venerado lecho en donde expiró se ve sonreír, en un cuadro pintado al óleo, su hermosa y apacible fisonomía tantas veces reproducida por la fotografía. La ventana abierta nos permitía ver el diminuto patio ó jardín, con el banco en donde él tantas veces se sentó á leer y á meditar, y no se oía ruido alguno en todo el tranquilo y apartado recinto. Parecía que lo hubiese dejado impregnado de la misma paz y alegría espiritual que inundó toda su vida.

46
46

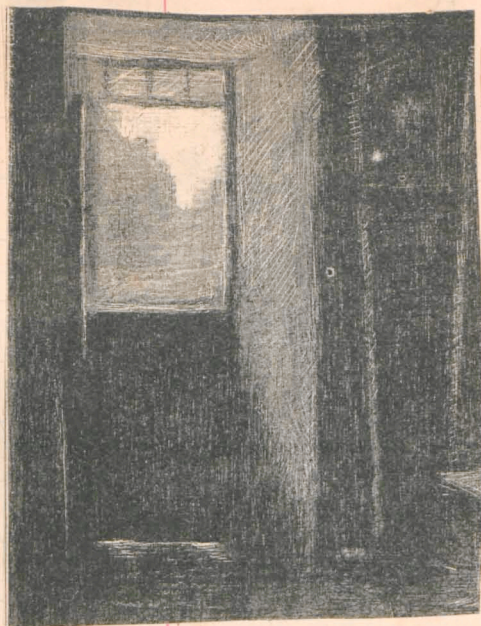
Las demás piezas de la casa están habitadas por los sacerdotes continuadores de la obra del "santo hombre de TOURS," de quienes justo es hacer una mención especial, atendida la importancia de su misión y de los trabajos de que se ocupan. Cuando Monseñor Colet, Arzobispo de TOURS, transformó el Oratorio privado del señor Dupont en Oratorio público y autorizó solemnemente en él el culto de la imagen que el siervo de Dios había venerado durante tantos años, concibió al mismo tiempo el pensamiento de reunir cierto número de sacerdotes dedicados á honrar el divino Rostro de Nuestro Señor Jesucristo, y especialmente encargados del cuidado del Oratorio y de servir á los fieles y peregrinos que vienen á visitarlo. Los constituyó en comunidad bajo el título de "sacerdotes del Santo Rostro" y les dio una regla apropiada á la vida activa y á la vida contemplativa á la vez (1). Era su objeto primordial estudiar, contemplar y adorar el Santísimo Rostro de Nuestro Señor Jesucristo y propagar luego, por cuantos medios están á su alcance, esa dulce y provechosa devoción en el mundo. Con ese objeto viven en la casa del señor Dupont, al lado del Oratorio, y se ocupan allí de todo lo concerniente á la obra. Redactan los *Anales*

del Santo Rostro, en cuya revista mensual se da cuenta de todas las conversiones y curaciones milagrosas que la devoción al Santo Rostro sigue produciendo en todas partes del mundo; dirigen la Archicofradía del Santo Rostro, erigida en 1885; envían á todo el que lo solicita frasquitos del aceite que arde en la lámpara del señor Dupont, y á cuya unción se deben tantos prodigios; inscriben en un libro especial las recomendaciones que se les hace de oraciones por el remedio de diferentes necesidades, y las acciones de gracias por los beneficios recibidos, y dos veces al día rezan por todas esas intenciones las letanías del Santo Rostro.

Estos mismos sacerdotes educan en su casa, para el servicio del culto y de las peregrinaciones, varios niños á quienes instruyen y forman en la piedad; especie de escolita apostólica que forma parte de la Obra y que



(1) Véase la *Vida del señor Dupont* por el Abate Janvier.



47
47
puede suministrarle en cambio serias vocaciones. Por último, y con el título de auxiliares diocesanos, los sacerdotes del Santo Rostro ayudan en su ministerio á todos los párrocos enfermos ó que, por cualquier motivo, necesitan del contingente de su caridad y de su abnegación.

La devoción al Santo Rostro es hoy tan popular en el mundo católico, que casi no se encuentra en Francia comunidad, capilla ó iglesia en que no se vea una imagen del divino Rostro de Nuestro Señor Jesucristo como la que El dejó estampada en el velo de la Verónica, alumbrada noche y día por la rojiza luz de una lamparita que arde ante ella, y á cuyos pies se encuentran siempre fieles orando devotamente. En una de las ciudades que visitamos durante esa misma excursión, vimos al lado de la

imagen con su lamparita encendida, un reclinatorio ante un grande atril sobre el cual estaban pegadas las letanías del Santo Rostro, para que las rezase el que allí se acercara; y siempre recordaremos la impresión con que leímos en ellas la invocación siguiente, tan singularmente apropiada para nuestras peregrinaciones en esos calurosos días de Agosto:

“¡Oh Rostro adorable, quemado por los ardores del sol y bañado de sudor en los viajes, ten piedad de nosotros!”

En la estrecha y solitaria calle de las Ursulinas, no muy lejos de la Catedral, está el convento de las Carmelitas de TOURS, y á él nos encaminámos al salir de la casa del señor Dupont. Golpeámos en la maciza puerta, atravesámos un patiecito lleno de flores, y, guiadas por la Hermana tornera, entrámos al pequeño locutorio de ese monasterio en donde vivió y murió como una santa aquella Hermana María de San Pedro, á quien hizo Nuestro Señor tan maravillosas revelaciones. Al través de la oscura y pequeña reja, que no nos dejaba distinguir cosa ninguna, hablámos con una de las religiosas, quien nos dio algunos pormenores interesantes sobre la devoción al Santo Rostro, tan popular en todos los conventos Carme-





litas, y sobre todo en aquel en donde tuvo su origen. Como el día de la Santísima Trinidad fue aquel en que la Hermana San Pedro tuvo sus principales revelaciones, es ese el día en que con gran pompa se celebra en el monasterio de TOURS la fiesta del Santo Rostro, que aún no tiene día fijo en el calendario. La Comunidad hace una solemne procesión en las huertas y jardines de la casa llevando á su cabeza el estandarte del Santo Rostro, y es

de suponerse que la santa religiosa que consagró su vida á la propagación de esa devoción, recibirá en esas ocasiones un nuevo aumento de gloria en el cielo. Las Carmelitas aún no han obtenido de la Santa Sede la aprobación de un oficio especial del Santo Rostro que puedan rezar con el oficio divino; empero, según nos dijo nuestra interlocutora, tienen fundadas esperanzas de conseguir en breve esa merced.





VIII

LA CIUDAD DE POITIERS

Ibamos de camino para la ciudad de Poitiers.

El tren que tomámos—de una sola vía—nos condujo á una estación en donde se reúne á la gran vía férrea que pone en comunicación á París con Burdeos.

Ni el paisaje ni las poblaciones que atravesámos entre Tours y Poitiers, durante un trayecto de tres horas, tienen cosa alguna digna de mención especial.... Por todos lados llanuras monótonas, cruzadas por caminos



reales empolvados y sombreados por altos árboles; aldeas á cada paso, entre las cuales erguía su campanario la iglesita parroquial; casas de campo más ó menos hermosas, rodeadas de cuidados jardines; alquerías entre praderas en donde pacía el ganado y cuyos árboles cargados de frutas tentaban las miradas del viajero; y á lo lejos algún antiguo castillo fuerte ó macizos murallones medio des-



truidos por la mano del tiempo, restos de fortalezas feudales, pues aquellos campos fueron la cuna de la Nación francesa, la cual tuvo que luchar reciamente contra toda clase de enemigos para llegar poco á poco á constituirse en poderosa nación. Los lugares que atravesábamos con la velocidad del vapor que nos impelía, habían presenciado hechos portentosos: allí combatieron los Romanos contra los Pictones dueños del país; allí Clodoveo venció

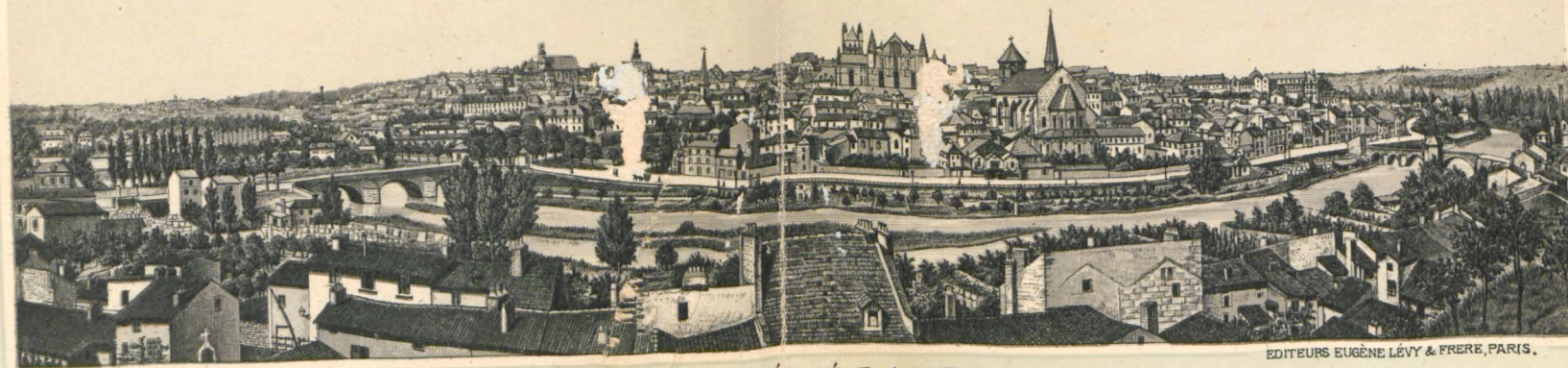


á los Visigodos de Alarico en el siglo VI; allí Carlos Martel salvó á Europa de la terrible invasión de los Sarracenos, batiendo á Abderramán en el siglo VIII; allí Juan el Bueno perdió la batalla que presentó al Príncipe Negro de Inglaterra, con lo cual Francia se vio humillada y supeditada por los ingleses durante largos años. Allí vivaquearon los ejércitos protestantes de Coligny, que habían sitiado á Poitiers, defendido por las tropas de Car-



los IX..... Pero forzoso es detenernos: el tren entraba á la estación de Poitiers, y teníamos que bajar apresuradamente del vagón antes de que se pudiese en marcha de nuevo, pues sólo se paraba algunos minutos en esta ciudad.





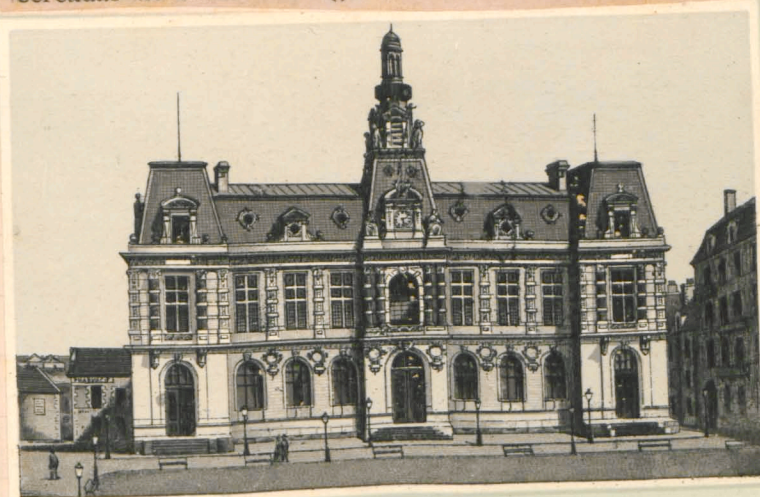
VUE GÉNÉRALE.

EDITEURS EUGÈNE LÉVY & FRÈRE, PARIS.

Poitiers, la ciudad de San Hilario y de Santa Rade-
gunda, es muy poco visitada por los viajeros, y rarísima
vez la han visto los Americanos que á Francia vienen. Y
sin embargo, cuán interesante es, y qué mina de recuer-
dos ofrecen al católico y al historiador estos sitios ilustra-
dos por tantos hechos antiguos, este obispado que rebosa
de gloriosas tradiciones, y esta población escalonada so-
bre las colinas que dominan el río Clain, y en la cual so-
licitan á porfía establecerse cuantas órdenes religiosas
existen en la Iglesia! La estación se encuentra en la par-
te baja de la ciudad, que se halla edificada sobre una espe-
cie de meseta alta que se inclina sobre el río, y el ómni-
bus del "Hotel de Francia," en el cual entrámos, trepó
difícilmente las empinadas calles que nos condujeron á la
hermosa Plaza de Armas. Aquel es el centro de la ciudad
y en ella se encuentra la Casa del Ayuntamiento, hermo-
so edificio del Renacimiento y por cierto de mérito ar-
quitectónico. No parece la ciudad capaz de soportar los
gastos que deben ocasionarla tantos edificios públicos
como posee, á saber: Museos, Universidad y Liceos, nu-
merosísimos conventos, gran Casa Arzobispal, muchísi-
mas iglesias, Catedral, Palacios de Justicia y otros, Parque
magnífico, Bibliotecas públicas, una Escuela de Derecho
(fundada en el siglo xv), y suntuosas casas antiguas per-
tenecientes á familias de la nobleza del país; y todo esto

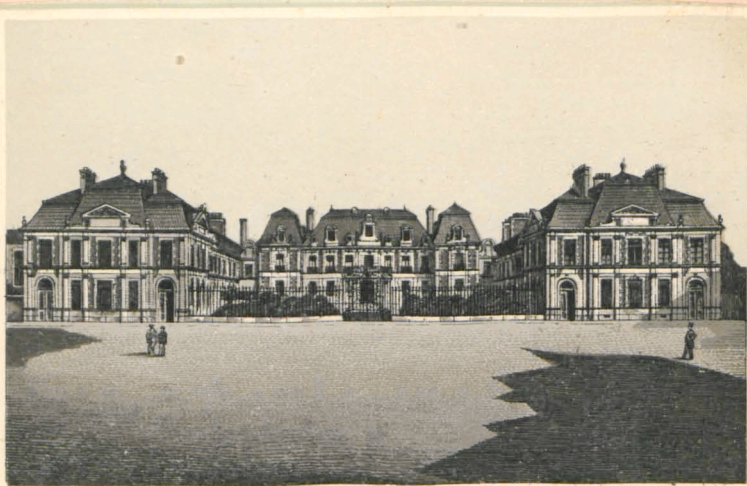
59
53

con poco más de 37,000 habitantes! Las calles principales
han sido modernizadas y véñse en ellas buenas tiendas y
almacenes de estilo parisiense, pero, afortunadamente, to-
das las demás han permanecido tales como las edificaron
en los siglos de la Edad Media. La mayor parte de ellas,
cercadas de edificios antiguos, son angostísimas, escabro-



HÔTEL DE VILLE.

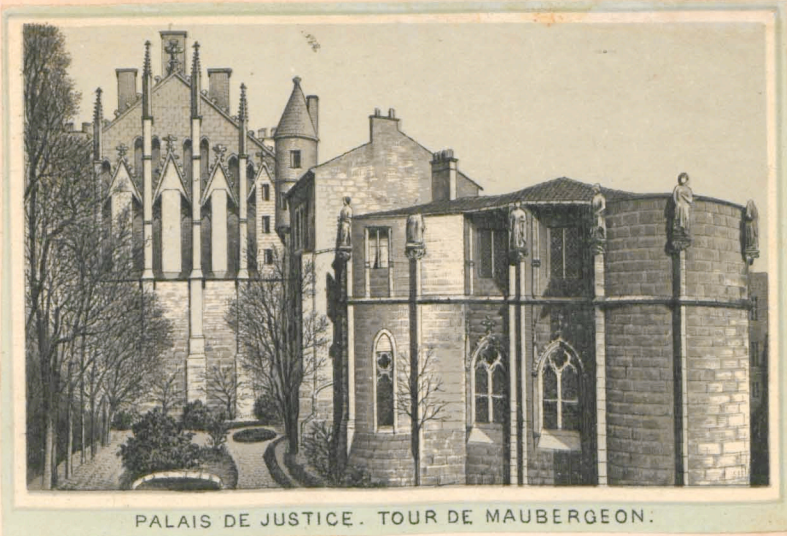
sas, empinadas, tortuosas y en extremo originales. Como
en aquellos barrios apartados del centro se hallan casi to-
dos los conventos, los portones se encuentran á largas
distancias unos de otros; casi todas las estrechas ventanas



LA PREFECTURE.

de los edificios tienen rejas de hierro, y por encima de las paredes se asoman las copas de los árboles que cubren de verdor y de sombra los vastos jardines de los monasterios. Por eso nos ha quedado de nuestra breve permanencia en Poitiers la rara y solemne impresión de una persona que, al volver al tráfago del mundo, recordase con recogimiento y agrado los días de ejercicios espirituales que acabase de hacer.

Como fuesen ya las 6 p. m. no pudimos aprovechar la tarde de nuestra llegada para ver monumentos, así fue que tomámos un coche y nos fuimos á conocer el hermoso parque de Blossac, que se halla á la extremidad de la ciudad. A su entrada hay dos grupos labrados en mármol, que representan los Goces y los Dolores maternos; el parque se extiende hacia el río, y se disfruta en él de una hermosa vista del valle del Clain; pero apenas pudimos recorrer algunas de las anchas alamedas de árboles, cuyas hojas habían amarilleado antes de tiempo con el calor del verano, excepcionalmente seco y ardiente en este año. Empezaba á oscurecer cuando regresámos al hotel. Al frente de él preparaban los atriles para que tocase una banda militar, cuyos acordes, no muy armoniosos por cierto, oímos durante largo rato desde nuestro cuarto, sito en la parte de atrás de la casa.



PALAIS DE JUSTICE. TOUR DE MAUBERGEON.

Al día siguiente temprano, después de oír misa en la Capilla de un Liceo, empezamos á visitar la ciudad y sus monumentos. Un firmamento de zafiro se extendía sobre nuestras cabezas, y el sol de Agosto calcinaba esas calles solitarias en donde no se oía más ruido abajo que el de nuestras pisadas, ni otro sonido arriba que el de las campanas de los conventos. Si encontrábamos alguna persona, de seguro era una monja, ó una Hermana de la Caridad, ó algún sacerdote que pasaba como una sombra y, de improviso, entraba ó salía de alguna puerta embebida dentro de la pared, que se abría y cerraba en silencio. Empezamos por buscar la calle de la Trinidad, adonde nos llevaba nuestro deseo de hacer una visita á la Superiora del Convento de "Hijas de Nuestra Señora," en nombre de sus hermanas colombianas. Habiendo entrado al ancho zaguán del Convento, y expuesto á la buena Hermana tornera el objeto de nuestra visita, ésta nos hizo subir al locutorio y, dejándonos ahí, fue á anunciar nuestra llegada á la Madre Superiora.

La fundación de este benéfico y santo Instituto de educación se remonta á los principios del siglo XVII. Juana de Lestonnac, Marquesa de Montferrant, habiendo enviudado después de varios años de cristiano y ejemplar matrimonio, y llevando ya una vida eminentemente san-



ÉGLISE ET RUE ST PORCHAIRE.

ta y contemplativa, resolvió acabar de alejarse del mundo y fundar una Orden de religiosas dedicadas á la enseñanza de las niñas (1). Esta fundación era tanto más necesaria en aquella época cuanto que el proselitismo protestante hacía estragos entre la juventud católica; y alarmados con esto los espíritus cristianos y pensadores, hacía mucho tiempo que pedían á Dios suscitase una mujer fuerte, capaz de subsanar tantos males y de hacer frente á las enseñanzas calvinistas. Bajo la protección del nombre de Nuestra Señora, y calcadas sus constituciones sobre el modelo de las de la Compañía de Jesús, la nueva Orden fue fundada y aprobada por el Papa Paulo v, en 1607, en la ciudad de Burdeos, y muy pocos años después establecida en Poitiers, en donde la fundadora residió algún tiempo. La santa madre de Lestonnac, declarada recientemente Venerable por la Santa Sede, murió en 1640, dejando floreciente su Orden, que no solamente se ha

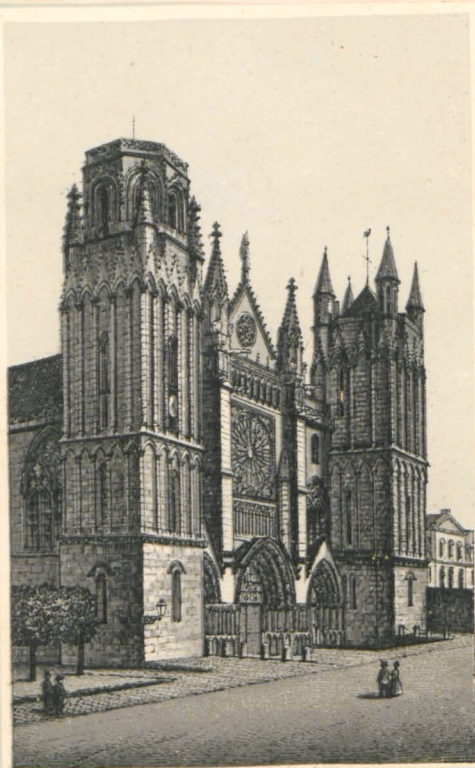
(1) Véase la *Vida de la V. M. Juana de Lestonnac*, por el Reverendo Padre Mercier. París, 10, rue de Mézières.

propagado en Francia y otros países de Europa, sino también en varias ciudades de la América del Sur. En Bogotá tenemos un Convento de dicha Orden, generalmente conocido bajo el nombre de "Monjas de la Enseñanza," el cual, en los cien años que cuenta de existencia, ha educado 13,000 niñas y hecho muchos bienes á la sociedad. Contemporánea de la Orden de la Visitación, se asemeja á éste el de Nuestra Señora en cuanto á que no tiene Superiora general: cada casa se gobierna por sí misma y aunque manteniendo filiales relaciones con la de Burdeos, á la cual respetan como á su cuna y casa madre, y afectuosa correspondencia con todas las otras, no depende cada una sino de su propia Superiora. En estos últimos años ha tomado gran preponderancia la Casa de Poitiers, por ser ésta la que ha tomado especialmente á su cargo el trabajar en favor de la canonización de su santa Fundadora; y el celo y actividad que en ello ha desplegado la Reverenda Madre Nicolás, Superiora de dicha Casa de Poitiers, le han merecido el agradecimiento de toda la Orden.

Hasta aquí íbamos en nuestras reflexiones, sentadas en silencio en el apacible locutorio, cuando se abrió la puerta y adelantóse hasta la reja que nos separaba de ella la misma Reverenda Madre Nicolás de quien acabamos de hablar. Esta religiosa, que representa unos 60 años de edad y lleva 10 de regir el monasterio, reúne á la distinción de sus modales una benevolencia y amabilidad exquisitas: sentimos al verla por primera vez como si siempre la hubiésemos conocido, tal fue la cariñosa acogida que de ella recibimos. Vivamente interesada en el monasterio tan distante de sus "queridas Hermanas de Bogotá," y muy gozosa de hallar quien las conociese tan bien como nosotras y pudiese darle noticias de ellas, recibió con mucho agrado unas fotografías que le habíamos llevado del monasterio colombiano; obsequiándonos, en cambio, para éste con dos vistas de la capilla del de Poitiers; capilla que visitámos personalmente un rato después. Hizo llamar á otras de sus religiosas para que les hablásemos de las de Bogotá; informáronse todas del estado del con-

58
58

vento colombiano; y la visita que hicimos en el francés nos dejó la más grata impresión de esa unidad de las casas religiosas, que, manteniendo en todas la misma regla y el mismo espíritu, no puede ser destruída ni por el tiempo, ni por la variedad de idiomas, ni por la diferencia de costumbres.



ÉGLISE CATHÉDRALE ST PIERRE.

Al salir del monasterio nos dirigimos á la Catedral, hermoso edificio romano en unas partes, y ojival de estilo inglés en otras. Su frontispicio recientemente restaurado no tiene gran mérito, tanto más cuanto que las torres que se levantan á uno y otro lado no están concluídas y son muy bajas, lo que hace parecer pesado y trunco aquel edificio que en su interior es bello é imponente.



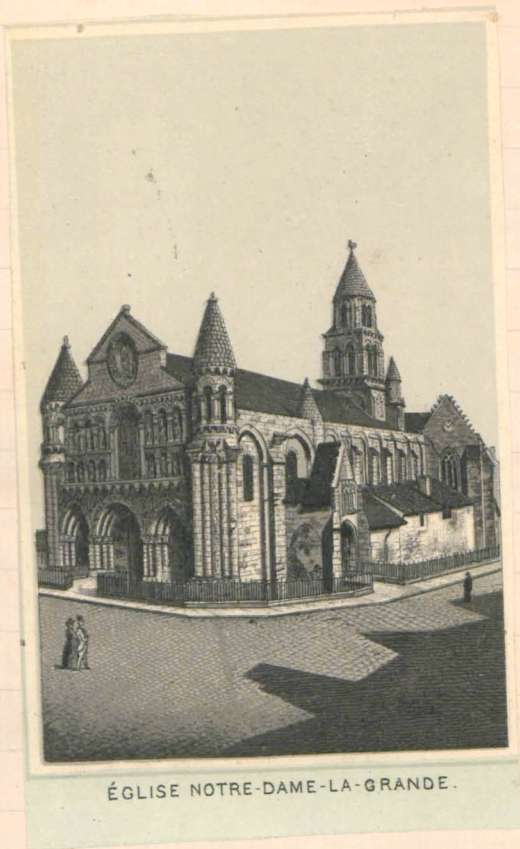
TEMPLE SAINT JEAN.

Cerca de él visitámos un antiguo templo en donde ya no hay culto religioso, llamado *San Juan*. Este es curiosísimo por el hecho de que aún se conserva en medio de él el antiquísimo bautisterio de los primeros cristianos, á quienes bautizaban siempre por inmersión. Se cree que allí San Hilario cristianizó á San Martín de Tours. Un hombre que cuida del edificio y nos señaló lossarcófagos, lápidas y molduras que allí se exhiben, nos dijo que un sabio jesuíta—ausente por el momento de Poitiers—ha dedicado su vida á estudiar aquellas curiosidades arqueológicas. “Y han de saber ustedes, agregó, que el Padre Delacroix, está escribiendo una obra muy erudita sobre el asunto, que pronto se dará á la estampa.”

La antigua iglesia llamada *Nuestra Señora la Grande* es uno de los monumentos más interesantes de Poitiers, como arquitectura romano-bizantina del siglo XI. La riquísima fachada ostenta tres órdenes de arcos, antes llenos de figuras religiosas, hoy sólo se conservan allí las mutiladas estatuas de San Hilario, San Martín y algunos de los Evangelistas. En la parte superior de la portada se

ve un Cristo en actitud de bendecir, cuya época es incierta; y debajo de él multitud de bajos relieves que representan la vida de la Santísima Virgen. A uno y otro lado véanse dos torrecitas de estilo cónico muy antiguas, y hacia

60
60



ÉGLISE NOTRE-DAME-LA-GRANDE.

atrás una torre más elevada, que pertenece á una época más moderna. El interior no ofrece mayor interés, por haber sido recientemente renovado y adornado con pinturas de mal gusto.



61
61



NO. 12.—“THE LIGHT OF THE WORLD”—BY HOLMAN HUNT, R.W.S.

IX

SAN HILARIO

De la iglesia de San Hilario en Poitiers se ve desde lejos surgir su hermosa torre. Este santo doctor de la Iglesia ha dado gloria y honor al Obispado de Poitiers como San Martín á la Sede de Tours. Hilario pertenecía por su familia á esa alta aristocracia de las Galias que se había aliado á las familias patricias de Roma. Parece que sus padres ya eran cristianos cuando nació á principios del



siglo IV. Como todos los galo-romanos de su posición social recibió brillante educación en las principales escuelas de la Galia, como las de Poitiers y luego la concluyó en Roma y en Grecia. Ya en los umbrales de la edad madura contrajo matrimonio, del cual nació esa hija encantadora, llamada Abra, á quien más tarde había de escribir su padre, desde el fondo de su destierro, esa carta admirable que tantas veces ha sido citada desde entonces. En ella proponía á su hija un matrimonio místico, pero recomendándole se considerase libre para aceptarlo ó para rehusarlo. Al leer los términos en que hablaba Hilario de ese divino sér, reconoció Abra al que había enajenado ya su corazón; y el santo doctor se dio por bien servido de todos sus trabajos y padecimientos, al ver á su hija enaltecida con el título de esposa de Jesucristo (1).

(1) Cuando, en 1863, hizo su profesión religiosa en el Carmelo de Poitiers la nieta del ilustre Conde de Maistre, recordóle este hecho el Obispo de la Diócesis, en el discurso elocuentísimo que en aquella ceremonia pronunció. Haciendo alusión á la perla preciosa y al rico manto que prometía Hilario á Abra en esa carta, á nombre del divino Esposo que le ofrecía, agregó Monseñor Pie: "¡Cuán bien inspirada estuvisteis al venir á buscar aquí ese manto y esa perla que enajenaron el corazón de vuestra predecesora: manto espléndido que no pertenece sino á las que huellan bajo sus pies los fútiles adornos del siglo; perla única que solamente adquieren las almas que desprecian las vanidades del mundo."



Hilario recibió el bautismo hacia el año 343, junto con su esposa y con su hija. Cuando murió el Obispo de Poitiers - Majencio - San Hilario fue aclamado Obispo por toda la población, cosa que ya vimos había sucedido á San Martín en Tours y esto sin que hubiese recibido aún las órdenes sacerdotales. El obedeció la voluntad de Dios y recibió las sagradas órdenes y la consagración episcopal de manos del Obispo de Burdeos. Desde ese instante puso al servicio de la iglesia todos los tesoros de ciencia que había adquirido y vino á ser uno de los más renombrados defensores y firmes columnas del catolicismo. Dedicóse á combatir y extirpar la herejía de Arrio y vengó victoriosamente la Fe en los concilios de Beziers y de Poitiers. Una orden del Emperador condenó al destierro á ese valiente defensor de la ortodoxia, y le envió en 356, á las extremidades de la Frigia; pero desde allí Hilario, siempre temible para los enemigos de la Fe, reanimó con sus escritos y con su palabra ardiente el valor de los Obispos de Oriente. Asustados los arrianos con el prestigio de que gozaba en esas apartadas regiones, obtuvieron del Emperador que le volviese á enviar á Francia. Hilario entonces, no sin formular contra Constancio una nueva epístola acusatoria, regresó á Poitiers entre los aplausos de todo el mundo católico. Su regreso á la patria y á su diócesis fue para él una continua ovación: la Galia le recibió con los brazos abiertos, como á un hijo victorioso que vuelve del combate. Numerosos discípulos, y entre ellos el que había de ser el grande Obispo de Tours, acudieron á ponerse bajo su dirección y á que él les enseñase los rudimentos de la vida monástica; y los últimos años de su vida episcopal gozaron de relativa paz y merecidos honores. Entre los brazos de su discípulo San Liano, expiró Hilario el 13 de Enero de 368, y su alma santa fue á recibir en el cielo la gloriosa recompensa que el Señor tiene preparada para los campeones de su Iglesia.

63
64

La veneración que los habitantes de Poitiers habían manifestado por el grande Obispo durante su vida, se tradujo después de su muerte por continuas peregrinaciones á su tumba. Los frecuentes milagros que allí ocurrían atestiguaron manifiestamente la santidad de Hilario, y en breve la capilla de San Juan y de San Pablo, en donde había sido enterrado, cambió su nombre por el del atleta de la fe; esa iglesia completamente destruída por los vándalos, se levantó de sus ruinas en 407, gracias á las órdenes y liberalidades de Clodoveo, vencedor de Alarico. Incendiada segunda vez por los sarracenos en 732, y tercera vez por los daneses y los normandos en 863; restaurada completamente en 1049, y consagrada en ese mismo año, en presencia de 13 Arzobispos y Obispos; nuevamente saqueada por los protestantes en 1562, y medio demolida por la Revolución en 1793; al fin la volvieron á entregar al Obispo de Poitiers y fue abierta al culto el 9 de Octubre de 1808. Reconstruída, en cuanto era posible, sobre sus antiguos planos, la basilica recuperó en 1875 algo de su antiguo esplendor.

En cuanto á las reliquias del Santo, han pasado por numerosas peripecias y traslaciones de un lugar á otro, para evitar las profanaciones de los invasores y saqueadores de la iglesia. Varias veces los Canónigos de San Hilario tuvieron el dolor de verse despojados de parte de ellas, y solamente en 1658 pudieron colocarlas en un magnífico

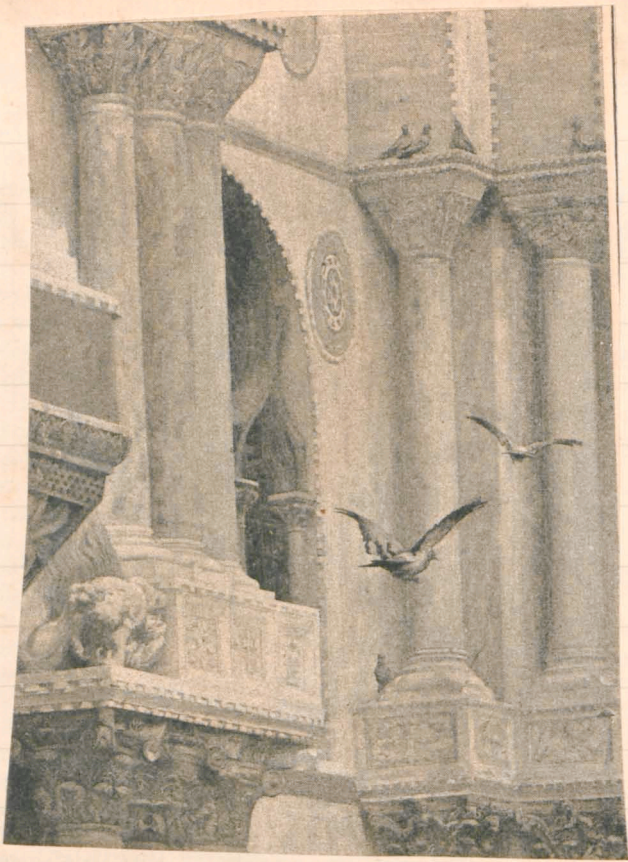
relicario, en donde permanecieron en paz hasta 1792, en cuya nefasta época de la Revolución el relicario fue despojado de sus principales adornos, y casi sólo por milagro fueron salvadas las reliquias. En 1866 pudo restaurarse el relicario y recuperar una parte de su primitivo esplendor, pero sólo en 1892 se guardaron en él las sacras reliquias con toda solemnidad y se le restituyó á su puesto, colocándole dentro de una magnífica urna, costeadá por el Cura y los fieles de la Parroquia.

Esta basilica de San Hilario es indudablemente, como monumento, el más característico de Poitiers. Con el transcurso del tiempo se ha hundido un poco; de manera que

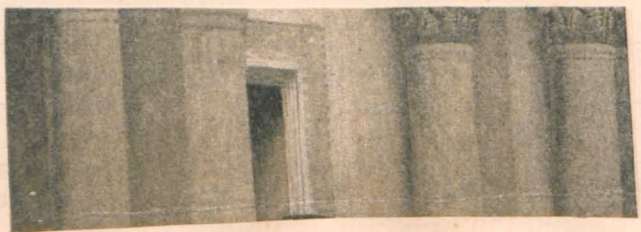


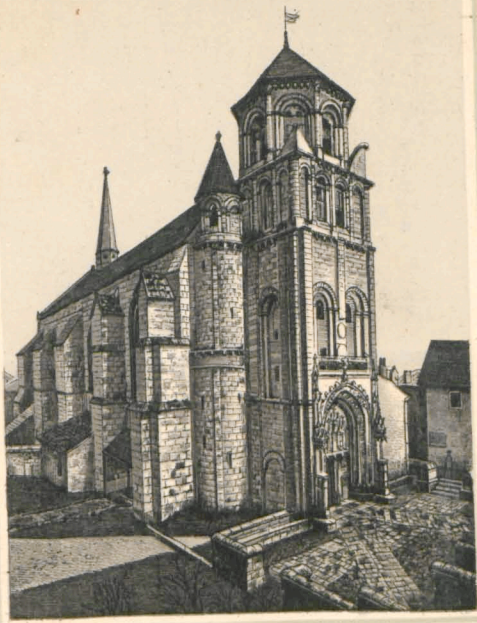
es preciso bajar escalones para entrar á ella. Su interior está dividido en siete naves angostas, y forman el presbiterio multitud de plataformas de diferentes alturas, á las cuales hay que subir por escalones de piedra unos y de mármol otros. La luz le entra por en medio de seis cúpulas, pero no tiene torres ni nada que sobresalga en lo exterior, lo que le da cierto aspecto de templo pagano. Debajo de la gradería que sube de cada lado hacia el altar mayor, está la cripta, á la cual bajámos por algunos esca-

65
66



iones, y allí, dentro de la urna ya citada, sobre una especie de altar de piedra, sostenido por cuatro columnas de mármol verde, descansan los huesos venerados del santo que tan intrépidamente combatió por los derechos de la Iglesia, y que en 1850 recibió solemnemente de Pío IX el título de Doctor de la Iglesia Universal. Varias pinturas adornan el interior de la cripta, y unas letanías, pegadas á la entrada de ella, proclaman al venerado santo "río impetuoso de la elocuencia sagrada," "sostén inamovible de la fe católica" y "temible vencedor del arrianismo."





ÉGLISE ST^E RADÉGONDE.

De allí nos encaminámos á la iglesia de SANTA RADEGUNDA, para nosotras lo mejor y más interesante de Poitiers. Los recuerdos histórico-religiosos que ha dejado allí profusamente aquella Reina del siglo VI, habían sido nuestro principal atractivo para visitar aquella ciudad, así como á ella habíamos tenido especial devoción desde muchos años atrás.

Pero antes de mencionar cuáles son los restos y reliquias de Santa Radegunda, que conserva religiosamente la capital del antiguo Condado de Poitou, quiero trazar una biografía, más completa que la de los santos ya mencionados en estas páginas, de aquella santa, enteramente desconocida en América, pero muy popular en Francia. Indudablemente sería más conocida y venerada, si el nombre que lleva fuera más eufónico y armonioso. Y por eso, ya que se ha cometido la injusticia de desatender su memoria, quiero que al menos este escrito dé á conocer lo que fue aquella Reina de Francia, cuya existencia, con las mil pruebas y reverses de ella, forma un cuadro completo de las costumbres salvajes de los Reyes Merovingios y de las penalidades y martirios que sufrían las mujeres de esa época, en cualquiera posición social en que se hallasen.

67
68



STATUE DE STE RADEGONDE.



SANTA RADEGUNDA

I

Empezaba la Edad Media. . . . En el hermoso país que hoy llamamos Francia, el Cristianismo había subido al trono franco, protegido por una mujer que convirtió al altivo bárbaro, Jefe de los francos salianos, á la fe de Cristo. Aunque católico de nombre, Clodoveo conservó en gran parte sus costumbres y sentimientos paganos, pero á pesar de eso era el mejor de todos los jefes bárbaros de su tiempo. Los demás eran *arrianos*, mientras que la iglesia de Roma había dado á Clodoveo el título de Hijo Mayor suyo.

Vencidos los romanos en las batallas de Soissons y Tolbiac, Clodoveo se había apoderado de una gran parte de las Galias. Los jefes anteriores á este rey no eran sino simples Generales, que dominaban ciertas tribus tudescas cuyo idioma no era uniforme. Aquellas tribus estaban compuestas de hombres feroces, belicosos y valientes hasta el frenesí, como todos los adoradores del dios Odin: vivían del robo y del botín, y nada los detenía en

su marcha cuando se trataba de llevar á cabo empresas que deberían reportarles alguna tangible ganancia. La tribu más ardiente en la guerra era la llamada de los *salianos*, comandada por jefes de la raza de *Meroivig*; bárbaros que deberían conservar siempre los cabellos largos, lo cual era prueba de nobleza entre ellos y por eso se llamaban *cabelludos* (ó merovingios).

Clodoveo había logrado reunir bajo su cetro no sólo á los *salianos* sino á otras muchas tribus, de las cuales la mayor parte se convirtió cuando él aceptó la fe de Cristo; pero á pesar de lo mucho que trabajó para que todos sus súbditos fuesen cristianos, cuando ocurrió su muerte en 511, todavía existían muchos paganos entre ellos, y aun algunos de los jefes de sus ejércitos profesaban públicamente el paganismo y conservaban templos consagrados á Odin. No fue sino al cabo de muchos años que los monjes, que predicaban sin cesar y sufrían frecuentemente el martirio, pudieron al fin desarraigar las prácticas idólatras y convertir aquellas poblaciones feroces é indómitas á las prácticas del cristianismo.

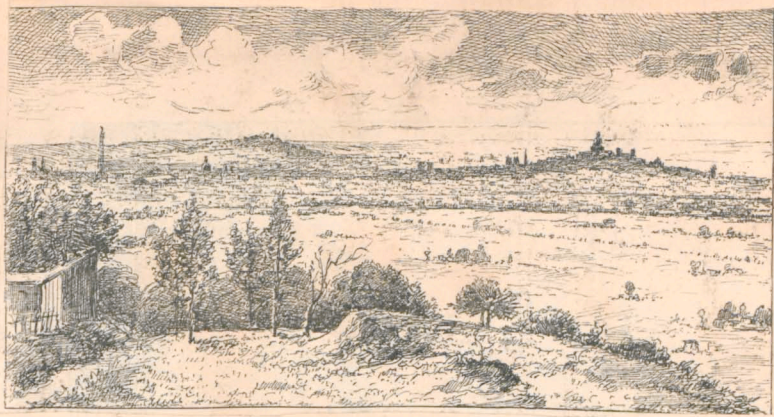
Como miles de mujeres habían quedado abandonadas en los campos y arrasadas poblaciones, después de que las invasiones bárbaras habían arruinado sus habitaciones y asesinado á sus parientes, levantáronse multitud de monasterios por todas partes para darlas asilo. Sólo en los conventos hallaban protección aquellas desgraciadas, puesto que sólo allí podían vivir en paz. En torno de los monasterios (construídos como fortalezas para defenderse de sus enemigos), se agrupaban las gentes del pueblo bajo, acabando aquéllos por convertirse en crecidas poblaciones, núcleos de todas las ciudades europeas. Podría asegurarse, pues, que los monasterios fueron la cuna del cristianismo, es decir, de la civilización.

Gran número de parientas de los reyes francos fueron religiosas: *Albofleda*, hermana de Clodoveo, y *Teodigilda*, hija de éste, profesaron como monjas; *Ultrogoda*,

69
70



esposa de Childebarto, fundó en las inmediaciones de París un convento, cuya iglesia, San Germán de Prés, aún existe hoy en el centro de la ciudad. Podríamos citar, además, muchas otras princesas que concluyeron su vida en la clausura monástica, pero bastarán estos ejemplos para dar color á nuestra narración.



70
71

El imperio de Clodoveo fue dividido entre sus cuatro hijos: Thierry, Clodomiro, Clotario y Childeberto. Estos tenían sus Estados independientes, pero solían unirse cuando se ofrecía alguna expedición que podía producir suficiente botín para contentarlos á todos. Veamos el resultado de una de estas expediciones guerreras, para las cuales unían sus fuerzas los hijos de Clodoveo.

Corría el año de 530. En el corazón de la Germania, y al pie de un alto cerro coronado de pinos, hallábase el castillo fuerte de Bertario de Inselsberg, penúltimo Jefe de los turingios. El castillo—si castillo puede llamarse una gran construcción, compuesta de piedras amontonadas y sin labrar, y de madera bruta—había sido atacado por los ejércitos unidos de Thierry y Clotario, quienes hallando descuidados á sus defensores, se habían apoderado de él, incendiándolo y degollando á la guarnición.

Cansados de ver correr la sangre á torrentes, Thierry y Clotario mandaron suspender el degüello, cuando ya no encontraron un solo hombre que matar. Una multitud de mujeres y de niños, llorando y gimiendo, yacían agazapados al pie de un grupo de árboles, rodeados de cuantos objetos de valor habían sacado del castillo los vencedores, antes de entregarlo á las llamas. Concluído el degüello, los vencedores se acercaron á las mujeres y á los niños, atáronlos del cuello de dos en dos en colleras, y en seguida los dos Jefes se ocuparon en dividir los despojos, para subdividirlos luégo entre su tropa, según el merecimiento de cada soldado.

Hacíase la división del botín en completa paz y sin que promediase disputa alguna entre aquellas fieras, cuan-



do de repente salió de entre los escombros del edificio incendiado, un grupo, que dejó á todos atónitos. Componíase de una niña como de ocho á diez años, blanca y hermosa como una aparición celestial, la cual llevaba de la mano á un niño de dos á tres años, tan bello como ella. La niña llevaba los brazos descubiertos hasta el hombro, el cabello derramado sobre la espalda, y una túnica blanca la cubría del cuello á los tobillos, estaba ésta manchada con la sangre de los cadáveres que la rodeaban.

Sin espantarse con el aspecto feroz de los vencedores, fijó sus azules ojos en ellos, con aire noble y mirada grave y profunda.

—¿Quién eres?—le preguntaron.

—La hija de Bertario.

—¿Cómo te llamas?

—Radegunda.

—¡Vén conmigo!—exclamó Thierry con aire imperioso.

—Nó—rugió Clotario—serás mi esclava.

—¡Esclava!—exclamó la niña sin amilanarse. Soy hija de un Jefe noble: no seré tu esclava.

—¡Insolente!—gritó el primero. ¡Vivirás para servirme!

Radegunda fijó nuevamente la mirada en el que la reclamaba: era un hombre alto, grueso, de gesto duro; llevaba derramada sobre la espalda una selva de cabellos ásperos, de color rojo vivo, que le caían hasta la cintura, los cuales se confundían con sus larguísimos bigotes, de color más oscuro y mezclados con canas; la mirada de sus ojillos color de acero, era cruel y repugnante, y llevaba la frente señalada por la cicatriz de una herida recibida en un combate anterior. Vestía un sayal de tela blanca, apretado al cuerpo con un cinturón de cuero bruto, del cual pendía una enorme espada; un paje le llevaba á mano un casco de metal y una hacha corta, arma que usaban los francos en los combates y que llamaban *francisca*.



Después de haberle mirado de hito en hito, Radegunda hizo un gesto desdenoso y dio un paso atrás.

—¡Jamás contigo!—contestó sin manifestar miedo.

—¡Vén conmigo!—exclamó Clotario.

Clotario era mucho más joven que Thierry: alto, gallardo, rubio, y, aunque tan cruel y sanguinario como su hermano, la juventud le daba un aspecto más agradable. La niña volvió á mirarle, y, pareciéndole menos cruel que el primero, quiso acercársele.

—¡Te lo prohíbo!—aulló Thierry, abalanzándose sobre Radegunda, que procuró ampararse tras de Clotario.

Este se interpuso. Levantáronse voces desacordes entre los espectadores de esta escena. Los subalternos rodearon á sus Jefes, y, como perros de presa, se prepararon todos á combatir entre sí.

Clotario, que era muy sagaz y á quien no convenía romper la paz con su hermano, pero que tampoco sufría que le contrariasen, exclamó:

—¡Te daré, en cambio de esa niña, doce esclavos de los que me han tocado en la repartición de hoy!



Thierry le miró sorprendido.

—¡Mentecato!—dijo entre dientes ... ¡Acepto!—agregó en alta voz.

Clotario se volvió hacia Radegunda.

—¡Es muy hermosa!—dijo. Será mi mujer.

—¡Tan niña!—repuso su hermano.

—Crecerá.

—¿Y las otras mujeres que tienes?... ¿No son tres ya?

—Será la cuarta, cuando llegue á la edad núbil. Entretanto, la haré educar.

Mandó entonces á la cautiva que soltase al niño que llevaba de la mano.

—Es mi hermanito—dijo Radegunda—é irá conmigo á todas partes. Me han matado á todos mis parientes; no quedamos sino él y yo.





—No necesito de un párvulo: ¡déjalo!

—¡Nunca lo abandonaré!—exclamó la niña con una energía digna de la raza indómita á la cual pertenecía.

Clotario miró al pequeñuelo con desprecio.

—Puedes llevarle—dijo— si no me fastidia y si no gime demasiado.

Poco rato después se pusieron todos en marcha, de regreso á Soissons, capital del Reino de Neustria, que pertenecía á Clotario.

En el sitio en que fue cautivada santa Radegunda, levantaron en los siguientes siglos una iglesia, que fue destruída por los protestantes; pero aún se conserva un pequeño claustro que lleva su nombre, en el antiguo villorrio de Helfta, en la Sajonia, situado cerca de Eisleben, la patria de Lutero. En Franconia, en el antiguo Reino de Baviera, y en la aldea de Mudesheim, se encuentra todavía una iglesita dedicada á Santa Radegunda, porque allí descansó una noche, cuando iba en el séquito de Clota-

74
75



rio, en vía para Soissons (1).

Durante los siguientes diez años, la joven ituringia vivió retirada en una casa de campo del Rey de Neustria. Este quiso que Radegunda recibiese una educación como la tenían las jóvenes galo-romanas. Envió allí los mejores maestros que cultivasen su espíritu enseñándola la lengua latina y su literatura; y no solamente la dieron una completa educación cristiana, sino que también aprendió teología y leía con delicia las obras de los Santos Padres: Hilario, Ambrosio, Jerónimo y Agustín. Además, era muy dada á las obras de misericordia: visitaba, asistía y amparaba á los menesterosos y enfermos. Era muy hábil en toda suerte de labores femeninas y, rodeada de sus sirvientas, se ocupaba de las obras propias de la mujer. Había estudiado algo de medicina, ciencia indispensable

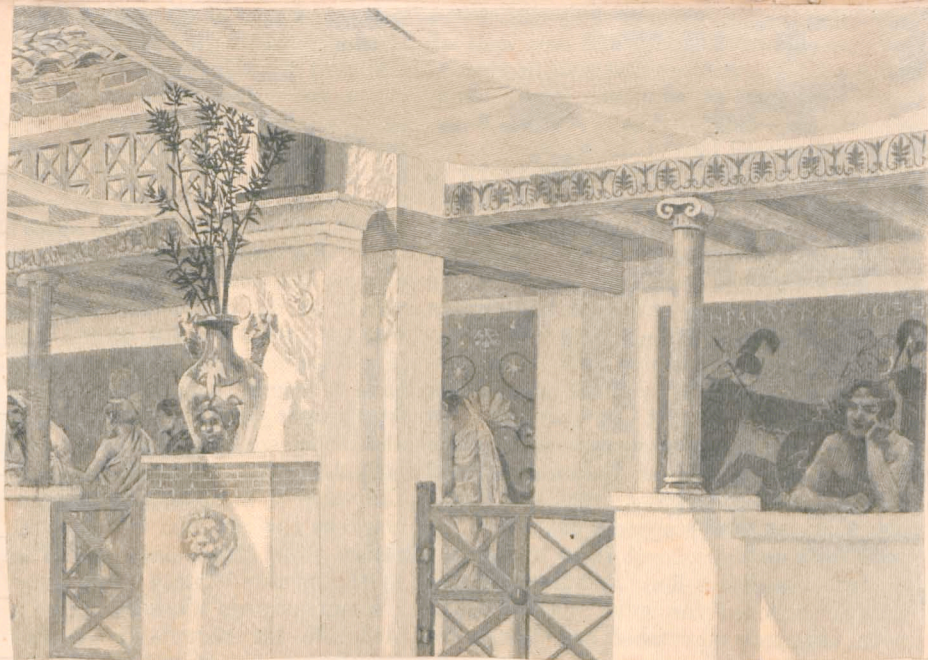
(1) Allí se reúnen los católicos el día de la Asunción y el 13 de Agosto, día de Santa Radegunda, y oyen una misa, á la cual se han concedido numerosas indulgencias.

75
76



en aquellos tiempos en que eran tan difíciles las comunicaciones entre las ciudades y el campo; entonces no había facultativos que profesasen el arte de curar, exceptuando solamente los que había en las Cortes de los Reyes y en las de los nobles Condes y Obispos, que ostentaban un tren al igual de los Jefes de los pueblos que hoy llamamos Reyes. Así era que cada matrona, cada dueña de casa, era la médica nata de la familia, hijos, sirvientes, paniaguados y siervos.

Pero Radegunda no era sólo bella é instruída, sino que en toda ocasión era un ángel de bondad. De todas las mujeres de su tiempo los cronistas la citan como la más culta, de carácter más noble, más recto y más abnegado. A pesar de ser tan niña cuando perdió á sus padres y cayó prisionera, jamás olvidó las desgracias de su familia, y refería frecuentemente con todos sus pormenores cuanto había presenciado antes de su cautiverio y lo sucedido hasta entonces. Amaba y protegía á cuantos la rodeaban, y prefería á su hermanito Amalafredo, de quien no se separaba jamás. Sin embargo, y á medida que fue creciendo, cada día le causaba más horror la idea de llegar á ser esposa de aquel feroz Clotario que había tenido parte en el degüello de sus parientes. Por otra parte, la espantaba la vida en el palacio del semi-pagano rey franco, que no era cristiano sino de nombre y vivía más por el estilo de un sectario de Mahoma que como un discípulo de Cristo. Se había casado sucesivamente con cuatro mujeres, las cuales vivían todas en su palacio, y pretendía tomar por quinta esposa á la desgraciada Radegunda.



76
77

El día en que reanudamos nuestro relato, los habitantes de Atries —la quinta que poseía Clotario sobre las orillas del río Somme— se hallaban agitados, unos por la curiosidad y otros por el temor. Acababan de saber que el rey franco debería enviar á buscar á Radegunda con el obieto de llevársela á Soissons, la capital de sus Estados,

en donde preparaban fiestas reales para celebrar las nupcias de la infeliz turigense con el feroz franco.

Desde el momento en que la infeliz princesa recibió la noticia de sus próximas nupcias su agitación no tuvo límites. Vagaba desesperada por sus habitaciones, como una ave enjaulada que presiente la llegada del gavilán que la ha de devorar. La quinta, edificada á las orillas del hermoso y apacible río de la Somme, era un edificio de madera levantado sobre una antigua villa romana, cuyos jardines extensos rodeaban la habitación y la dividían de las chozas de madera sin labrar en donde vivían los siervos, hortelanos y campesinos que cuidaban de la propiedad. Los aposentos de Radegunda tenían una ancha galería que caía casi á plomo sobre la corriente del río, lugar que amaba mucho la cautiva, y al cual regresó después de haber recorrido toda la casa en busca de un consuelo que no hallaba.

Al inclinarse sobre las barandas de la galería, Rade-



gunda notó que alguno había atado á un poste en la orilla del río una barquita, la cual estaba sola en aquel lugar.

—Oh!—pensó la infeliz princesa,—¡quién pudiera huír de aquí, embarcarse, dejarse llevar por la corriente é irse á ocultar lejos, muy lejos de este hombre que pretende hacerme suya....

Llamó á su camarera predilecta, niña de 14 años, llamada Inés, que la acompañaba á toda hora.

—Inés, la dije, vienen de parte de mi señor á llevarme á Soissons; yo no lo puedo soportar..... quiero huír!

—Huír, princesa ... pero es imposible!

—No lo es ... Ves aquel bote? . . . allí nos embarcaríamos las dos é iríamos á pedir asilo en algún convento.

—Señora, no nos abrirían las puertas si sospecharan que íbamos huyendo de Clotario, pues bien sabrían que

correrían la suerte de aquellos conventos que el rey mandó incendiar con todos sus moradores por motivos menos graves.

—Entonces, Inés, no pediremos asilo en ninguna parte. Díos se condolerá de mí: iremos á parar adonde El quiera.



Como empezaba á oscurecer, Radegunda logró atravesar los aposentos sin ser vista ni reconocida. Su exaltación era tal que sólo pensaba en huir. Al fin llegó á la orilla del río y, sin aguardar el auxilio de Inés, desató la barca, se arrojó dentro de ella con su camarera y, sin cuidarse de otra cosa, empujó la embarcación con los remos que encontró adentro y empezaron á bajar por la corriente.

—Gracias, Dios mío! exclamó Radegunda, dejando escapar un suspiro de hondísimo alivio.

A poco andar, la barca sin dirección se acercó á la playa y empezó á dar vueltas en un remolino. Asustada Radegunda con aquello, logró pasar á tierra con su camarera, y siguió huyendo desalada por entre el bosque hasta que, al clarear el día, se halló cerca de una gruta en la cual entró á descansar.

Pero el Jefe de la guarnición que custodiaba la quinta descubrió en breve que se había escapado la princesa y salió en su persecución. Según una piadosa leyenda, al llegar el caballero que iba adelante al sitio en que se ocultaba Radegunda, quiso apoderarse de ella, pero las patas delanteras del caballo se hundieron dentro de la piedra y se vio detenido sin poder continuar su marcha.

79
80

Hasta hoy día señalan (en Mirsy-sur-Aisne) una piedra que conserva dos hondos agujeros en forma de cascos: señales, según dicen, del caballo de aquel sicario del rey franco. En una gruta cercana hay una fuente muy visitada por los peregrinos y devotos, porque—según la leyenda—brotó milagrosamente del suelo á la voz de Radegunda. Apresada al fin, fue conducida á Soissons. Clotario



quiso verla, y, aunque la encontró cabizbaja y llorosa, anuncióle inmediatamente que al día siguiente sería su esposa.
Aterrada al oír tal sentencia, la desdichada cautiva se arrojó á sus pies; le hizo presente que su vocación no era para el matrimonio sino para el claustro, y le suplicó que la permitiese dejar la Corte é irse á refugiar en un monasterio, en donde oraría sin cesar por él.



—Orarás por mí en mi palacio, respondió Clotario riendo.

Insistió de nuevo Radegunda con lágrimas y sollozos, y él le contestó con burlas, diciéndole que ella le daba un espectáculo nuevo para él, puesto que todas sus demás mujeres habían aceptado su mano con regocijo, y hasta entonces encontraba una que pretendiera resistir á su voluntad.

—Mira, la dijo, tenía yo una esposa llamada Igonda, menos joven y encantadora que tú, pero tan buena que jamás se atrevió á negarme cosa que yo mandase. A poco de nuestro matrimonio me dijo que tenía una hermana que la envidiaba la fortuna que había alcanzado casándose conmigo, y me suplicó la buscase un esposo rico para que se contentase. Mandé llamar entonces á Aregonda (que así se llama la hermana de Igonda) para hablarla, y como me pareció hermosa la tomé yo mismo



por esposa. Y ¿qué te parece que hizo Igonda?

Radegunda, que conocía las escandalosas crónicas del palacio de Clotario, no contestó sino bajando la cabeza para ocultar sus sonrojos.

—¿Piensas acaso, continuó diciendo Clotario, que Igonda se resentiría cuando le di parte de lo que había hecho? Nada de eso; me contestó humildemente: “Que haga mi señor según su capricho; lo único que le suplico es que guarde para mí una parte de su corazón, y eso me bastará.”

—Señor! Señor Dios del Universo! exclamó Radegunda en un raptó de desesperación, prosternándose delante de un crucifijo que había en el aposento; ¡socorredme, libradme de esta Corte corrompida y de este hombre que me quiere llevar á ella!

Clotario la miró en el colmo de la sorpresa: ¡jamás nadie se había atrevido á tanto en su presencia!

—Radegunda! exclamó dando un grito que hizo temblar los maderos de las puertas y heló la sangre de cuantos le oyeron.

La infeliz prisionera se cubrió la cara con las manos pero permaneció arrodillada. Clotario la tomó de un brazo bruscamente y la levantó.

—Apréndete de una vez, dijo reciamente, que cuando yo mando, mando, y nadie se resiste jamás.

Dicen algunos historiadores que—como la princesa, a pesar de todo, siguiera resistiéndose á las órdenes del tirano—Clotario tuvo al fin que suplicar á los santos Obispos Medardo y Germán que obtuviesen de ella que consintiese en casarse con él.





042

II

La ciudad de Soissons era la capital del Reino de Neustria, herencia que tocó á Clotario I á la muerte de su padre Clodoveo. Llamada Noviodunum antes de la dominación romana, éstos la titularon *Augusta Suessionum*, y arrancada del poder de los romanos, Clodoveo hizo de ella su capital hasta que ésta se trasladó definitivamente á París.

Al día siguiente de aquel en que Radegunda tuvo que someterse á la voluntad del feroz Clotario, Soissons estaba de gala. Desde el palacio de Clotario hasta la iglesia que fue llamada después San Medardo, todas las calles estaban atestadas de gente y los edificios adornados con ricos cortinajes: celebraban con gran pompa los desposorios del rey con la princesa turingia.

Radegunda no podía conformarse con su suerte ...

83
84



Ni las ricas telas llevadas de Italia por los francos, y con las cuales la había obsequiado su bárbaro esposo; ni las joyas valiosísimas, fruto de la rapiña de aquellos conquistadores, con que la habían ataviado; ni las aclamaciones de la población entera y las músicas con que la habían recibido en aquella capital... nada podía consolarla de su hondísima humillación, ni curar su profunda tristeza. Durante la ceremonia nupcial, Radegunda lloraba interiormente con gran desconsuelo, y desde el fondo de su alma pedía á Dios que le enviase la muerte si tenía misericordia de ella. Aunque no se la veía verter lágrimas, su abatimiento demostraba lo mucho que sufría, y después de haber jurado fidelidad al matador de su familia, al cruel tirano é inmoral rey franco, salió de la iglesia pálida, sombría, pero asombrosamente bella, mucho más hermosa que las cuatro anteriores esposas de Clotario.



Y ¿qué hacía el clero, dirán nuestros lectores, que no impedía que se llevase á efecto semejante sacrilegio? ¿Qué podía hacer en contra de aquellos bárbaros que amenazaban volver á la religión de Odin y derribar los templos cristianos si no disimulaban su conducta? Cada vez que Clotario tomaba una nueva esposa juraba sobre su alma abandonar á las anteriores y enviarlas á un convento y vivir solo con la última; pero apenas había obtenido la bendición de la Iglesia, regresaba á su palacio, las llamaba á todas en torno suyo y organizaba de nuevo el harén.

Ciertamente no todos los obispos y sacerdotes doblegaban sus principios ante la voluntad de los reyes y señores: con frecuencia muchos de ellos preferían las persecuciones, el martirio y la muerte más bien que admitir ciertos escándalos. Pero si todos lo hubieran hecho así, la marcha de la civilización, que avanzaba lentamente por caminos torcidos al parecer, se hubiera retardado aún muchos siglos; y si el Cristianismo tenía frecuentemente que ampararse bajo el sangriento manto de aquellos feroces reyes, no por eso perdía su santidad y su carácter civilizador.

La desgraciada reina vivía humillada y aterrada ante la depravación que presenciaba y los crímenes que se cometían en torno suyo, sin poderlos impedir ni siquiera

85
86



disminuirlos en lo más mínimo. ¡Tál parecía como si de propósito hubieran todos hecho voto de quebrantar los mandamientos de la ley de Dios! Con gusto Radegunda hubiera sufrido los mayores martirios, lejos de aquella Corte perversa, más bien que gozar de las comodidades que en ella continuamente le brindaban. No era el menor de sus tormentos el tener que soportar las preferencias de Clotario, quien la quería tener siempre á su lado y la obligaba á presenciar escenas que la escandalizaban, sin poderlo manifestar. Consolábase de sus penas ejerciendo las mayores obras de caridad que se pueden imaginar, y fundó hospitales y casas de refugio al lado de los palacios del rey. Para poder vigilar mejor esos establecimientos píos, los visitaba diariamente disfrazada de sirvienta, y de aquella manera cumplía con los oficios más humildes: curaba á los heridos y leprosos, ayudada á bien morir á los agonizantes, amortajaba á los difuntos, y hubo vez en que, como no hubiese lugar en los hospitales, llevó á su propio aposento á las pobres mujeres enfermas para cuidarlas personalmente. Como Clotario solía enfurecerse cuando su esposa favorita huía de las bacanales de palacio para ir á refugiarse al pie de los altares, y como enviaba entonces emisarios en su persecución, ella se veía á veces en la necesidad de presenciar las fiestas cortesanas. Pero esto lo compensaba llevando, bajo sus ricos atavíos, punzantes cilicios, que la hacían sufrir indecibles dolores.

Mientras más retraída y más fría se mostraba Rade-
gunda, más enamorado de ella estaba el Rey. Para ella
eran los obsequios más valiosos de cuantos llevaba á su
palacio 'después de alguna guerra en que conquistaba las
riquezas de sus vecinos; para ella eran los halagos y las



preferencias, pero también para ella eran los sufrimientos,
las amarguras, los tormentos, pues no podía vencer la re-
pugnancia que la causaba cuanto veía en aquella Corte.

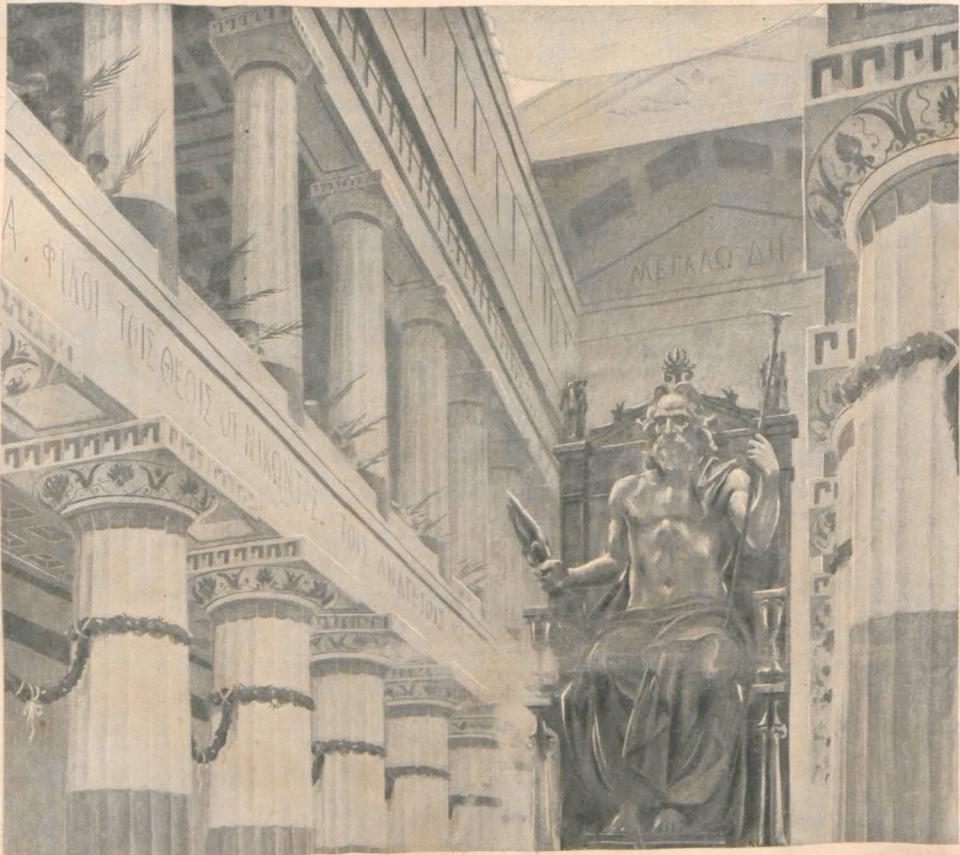
Uno de los pocos solaces que solía buscar Radegun-
ga era el de pasear á caballo por los alrededores de Sois-
sons para visitar á los aldeanos y amparar á los que en-
contraba más desgraciados, más miserables y hambrientos.
En aquella época era tal la miseria que reinaba en Fran-
cia, que solían morir de hambre los infelices siervos



cuando se perdían las cosechas, sin que nadie se afanase por ello y ni los gobernantes lo supiesen siquiera.

Un día salió la Reina de paseo, en busca de desventurados que socorrer: llevaba consigo un séquito de guerreros armados, pues Clotario estaba en guerra con uno de sus hermanos y temía alguna emboscada. Yendo por un camino que atravesaba el bosque, empezó á llover y amenazaba fuerte tempestad. Uno de los señores del séquito alcanzó á ver por en medio de los árboles un edificio, se lo indicó á la Reina y todos se dirigieron hacia él. Era un templo de madera, circundado por una galería sostenida por columnitas de piedra y mármol.

Radegunda levantó los ojos y dio un grito de horror al ver el edificio.



—¡Es un templo pagano!..... ¡Ved, agregó, la espantosa figura del dios de la guerra! Dirigiéndose luégo á los

caballeros que la rodeaban, les dijo: ¡Ahora mismo es preciso que derribéis ese símbolo del paganismo!

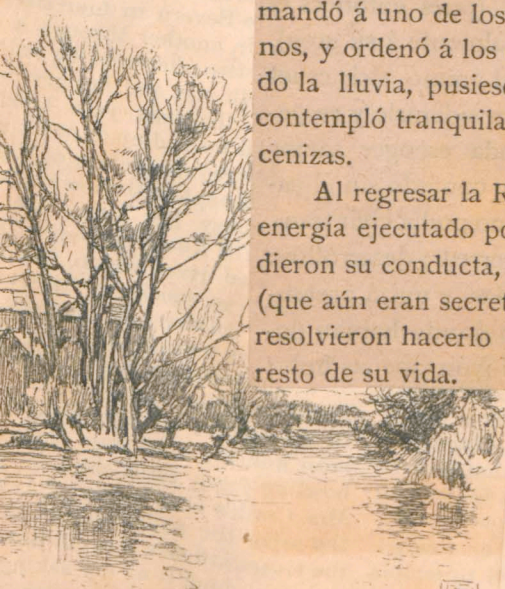
Gran número de los acompañantes de Radegunda eran secretos adoradores de Odin, por lo cual, á pesar de las órdenes de la Reina, no se atrevieron á obedecerla. Entonces ella, que no temía á nadie, arrancó una hacha de las manos del caballero que tenía más cerca, y aguijoneando su caballo se puso de un salto en medio del templete. En el centro de éste se veía la estatua de Odin, labrada en madera: mandó que la derribasen, lo cual hicieron algunos de sus acompañantes. Sin embargo, la mayor

parte de la guardia permanecía alejada, mientras que se desencadenaba sobre aquel punto una terrible tempestad de truenos y relámpagos, los cuales iluminaban con fatídica luz el derrumbe del templo pagano.

No lejos de allí se encontraba una secreta colonia de paganos, que vivían en un grupo de casas de madera, ocultas en el bosque, y tenían á su cargo el cuidado del dios Odin y del culto que le rendían. Viendo lo que sucedía, apenas concluyó la tempestad se acercaron á los demolidores, empezando por insultarles, y en seguida, arrojándoles piedras para defender su propiedad.

Radegunda, que había permanecido á la intemperie durante todo aquel rato, miró con desdén á los paganos, mandó á uno de los caballeros que apartase á los aldeanos, y ordenó á los otros que, como ya hubiese concluido la lluvia, pusiese fuego al templo, espectáculo que contempló tranquilamente hasta que lo vio convertido en cenizas.

Al regresar la Reina á Soissons, se supo el acto de energía ejecutado por ella: los fervientes cristianos aplaudieron su conducta, pero muchos de los señores francos (que aún eran secretamente paganos), juraron vengarse y resolvieron hacerlo de una manera que la amargase el resto de su vida.



Ocho años habían transcurrido desde aquél en que la desventurada Radegunda abandonó su pacífico albergue en las orillas del río Somme para ir á recibir una corona, que fue de espinas para ella, en la ciudad de Soissons. Clotario continuaba prodigándole sus preferencias, pero ella

89
90

no había podido ejercer influencia benéfica sobre los malos instintos de aquel hombre: en su Corte continuaban perpetrándose crímenes que ella nunca lograba impedir, á pesar de los esfuerzos que hacía á toda hora para dar buen ejemplo á cuantos la rodeaban.

Entretanto, había crecido su hermano Amalafredo, y Radegunda, con el intento de apartarlo del lado de Clota-

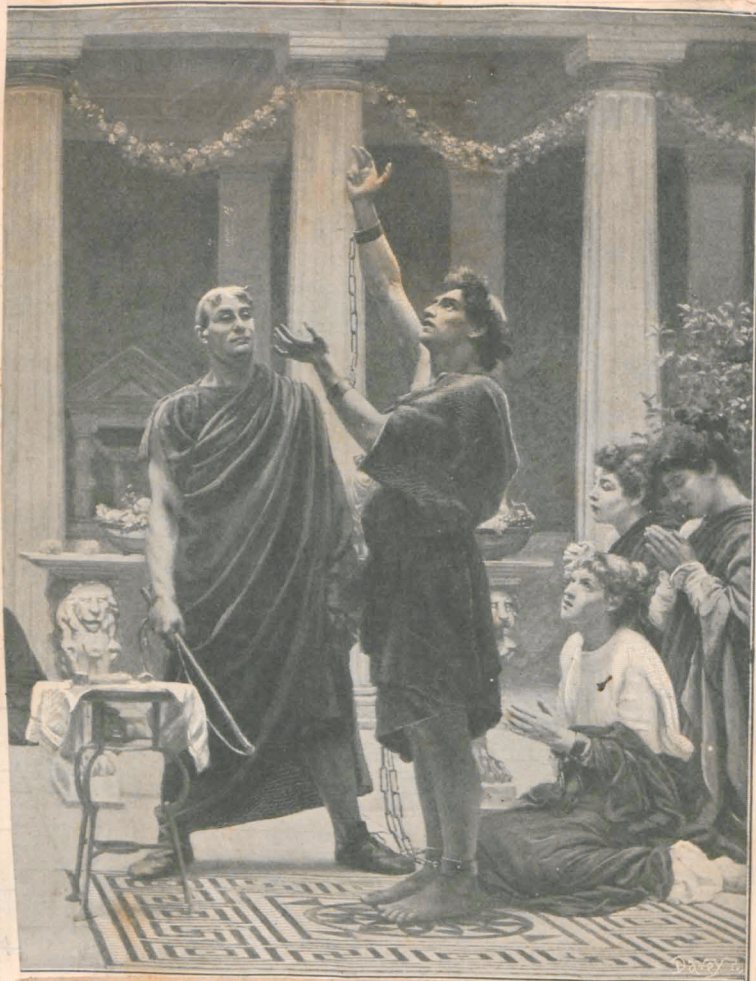
rio, que lo odiaba, le había enviado cerca del Obispo Medardo, que residía entonces en Noyón. Este santo Obispo, que después fue canonizado, era de raza franca por su padre, y descendiente de romanos por su madre; de manera que unía á la civilización de la segunda la energía del primero. Educado por San Remigio y consagrado por él al sacerdocio, fue elegido Obispo de Vermond; pero como aquella ciudad fuese destruída por los vándalos, Medardo tuvo que ir, con la mayor parte de su grey, á pedir asilo en la ciudad fortificada de Noyón, en donde fundó una iglesia cuyos cimientos se conservan aún. Su noble carácter, unido á su celo evangélico; su energía indomable para hacer el bien y conservar á sus súbditos libres del dominio de los señores vecinos (pues entonces el Obispo gobernaba temporal y espiritualmente á su grey), habían influído de tal manera sobre el ánimo del cruel Clotario, que éste se veía obligado á considerarle y respetarle. No había podido, pues, Radegunda escoger mejor protector para su hermano; pero había contado sin el carácter belicoso de su raza. Amalafredo no podía vivir tranquilo al lado del Obispo; necesitaba guerrear; desarrollóse en él un gran deseo de conquistar glorias, y quizá pretendía recuperar algún día los terrenos en donde habían dominado sus antepasados. Fugóse de Noyón apenas hubo cumplido veinte años, é inconsideradamente, sin consultarlo con su hermana, pidió un puesto en los Ejércitos que Clotario reunía para salir á una aventurada expedición contra un señor vecino. Clotario no solamente le aceptó en sus Ejércitos, sino que, contrariando á Radegunda, que le pedía no le admitiese, le concedió el mando de una compañía compuesta de turingios que habían estado guerreando bajo las órdenes del Rey franco desde la demolición del Reino de Turingia.

III

Los paganos de la Corte de Clotario, que odiaban á Radegunda, se llenaron de gozo al ver regresar á Soissons al hermano de la Reina, á quien ella amaba más que á su vida y por quien se hubiera sacrificado sin vacilar. Creyeron asegurada su venganza y se ocuparon activamente en madurar sus planes y preparar la trama que debería dar por resultado el agraviar mortalmente á la desdichada Reina.



Salía Radegunda una mañana de palacio, disfrazada de sirvienta para ir á cumplir con los deberes que se había impuesto en el hospital vecino, cuando notó que había una gran concurrencia en la plaza en donde hacían ejercicio los soldados de Clotario. No solamente estaba aquel recinto lleno de soldados, sino que muchos curiosos rodeaban un sitio que llamaba la atención no sólo de los guerreros sino también de los ciudadanos.



Preguntó qué sucedía; y le contestaron que acababan de degollar los soldados á un oficial por orden del Rey.

—¿Su nombre? exclamó temblando y presa de un presentimiento fatal.

—Amalafredo, el hermano de la Reina.

Radegunda regresó á palacio casi fuera de sí, y se entregó á un dolor inmenso que nada podía calmar. Años después, al referir su agitada vida, decía llorando todavía:

—Arrancada de mi patria, cautiva, infeliz, el asesinato de mi hermano me hizo ver que aún tenía enemigos inexorables que me perseguían; ese nuevo dolor abrió otra vez en mi corazón las tumbas de los parientes que perdí en la infancia. Desde ese día he llorado sin cesar su temprana muerte y no he vuelto á tener un momento de alivio.

IV

Pocos días después de aquella escena, el Obispo de Noyón vio llegar á las puertas de la Catedral á Radegunda vestida de luto y acompañada de un gran séquito.

Había sido tal la tristeza y desesperación de la infeliz reina cuando supo que su querido Amalafredo había sido degollado por órdenes de su esposo, que éste, fastidiado con sus lágrimas y reconvenciones, le había permitido partir en busca de consuelos al lado del que había sido preceptor de su hermano. Clotario había exigido, sin embargo, que Radegunda llevase consigo un gran séquito de cortesanos de la confianza del Rey franco, los cuales llevaban orden de no perderla de vista.

Radegunda no había hablado una sola palabra ni se había desmontado en ninguna parte desde que salió de Soissons hasta que llegó á Noyón. Allí habló por primera vez: preguntó en dónde podría hallar al Obispo Medardo.

Dijéronle que estaba en la Catedral. Seguida por su séquito fue entonces á desmontarse á las puertas del templo.

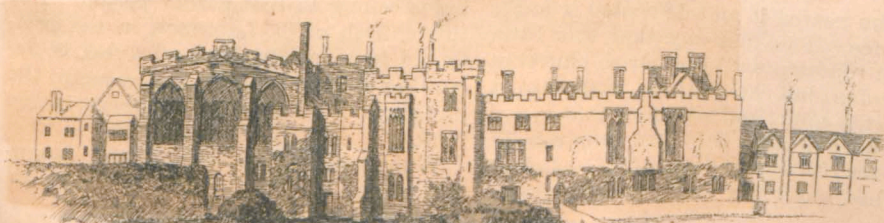
Acababa el buen Prelado de decir misa y bajaba las gradas del altar mayor, cuando se le presentó la Reina, la cual, arrojándose á sus pies, exclamó:

— Santo sacerdote del Altísimo, vedme aquí, no como Reina sino como humilde postulante.... Vengo á suplicaros que, en el momento mismo, me consagréis al servicio del Señor.

— No os entiendo, hija mía, contestó Medardo.

— Deseo abandonar la vida mundanal, despojarme de estos profanos vestidos, y ser la esposa del Rey del cielo, repuso ella en voz alta.

Pero antes de que hubiera contestado el sorprendido Obispo, los señores francos que acompañaban á Radegunda levantaron la voz y amenazaron al santo con sus partesanas.



93 94

—Cuidado! dijo el principal de ellos. No hagáis tal, padre, que no lo permitiremos jamás!

—Ay de tí! agregó otro, si te atreves á separar á nuestro Rey de su querida esposa.

—Silencio! exclamó entonces Radegunda con dignidad, que aún soy vuestra Reina y habéis de obedecerme! Y volviéndose al Obispo, tornó á postrarse en el suelo, y levantando las manos agregó: Señor! Señor! compadeceos de mí..... Clotario ha roto los lazos que me ligaban á él, con el asesinato de mi hermano Amalafredo..... Yo juré ser suya si le conservaba la vida, pero ya nada le debo y renuncio á soportar más tiempo la existencia que llevo! Consagradme á Dios!..... consagradme ahora mismo.

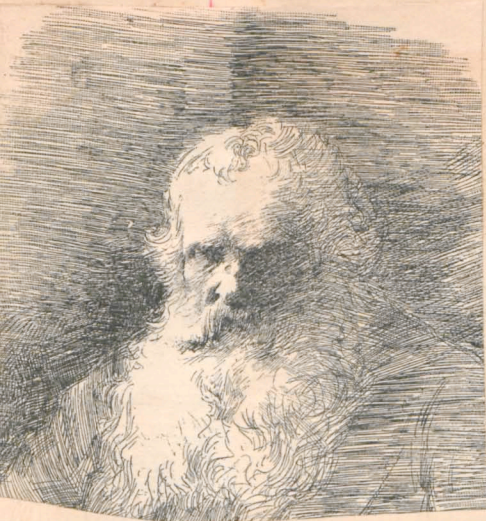
—No hará tal! gritaban los feroces guerreros, y si lo hace lo pagará con la vida.

El pueblo sorprendido se arremolinaba en torno de los actores de aquella escena extraña, y que parecería inverosímil si no la refirieran gravísimos cronistas.

Entretanto el Obispo no sabía qué partido tomar. Como conociera á fondo la vida de Radegunda, su santidad y las maldades de Clotario, comprendía que éste debería de haberla exasperado sobremanera para que ella se atreviese á dar un paso tan heroico; además, le indignaba la muerte de su pupilo Amalafredo. Pero por otra parte recordaba aquellas palabras de San Pablo: "Guardaos de separar á la mujer del marido," y en silencio levantaba su espíritu á Dios y le pedía que le inspirase.

Viendo que callaba mientras que Radegunda continuaba prosternada á sus pies en ademán de súplica, algunos de los guerreros francos más audaces subieron al presbiterio y pusieron las manos sobre el santo Obispo. Pero éste, soltándose de aquellos atrevidos, levantó el báculo en el aire con un aspecto tan noble é imponente, que todos dieron un paso atrás.

—De rodillas todos! dijo con voz sonora... ¿Olvidáis acaso que en mi iglesia soy tan soberano como lo es Clotario en su palacio? De rodillas! repito, y pidamos al cielo que me inspire lo que debo hacer.



94
95
Al decir esto se hincó ante el altar, movimiento que todos imitaron instintivamente.

Medardo era un anciano cuyos cabellos blancos como la nieve le caían en torno de su noble y hermosa cabeza: aquel aspecto venerable unido á su reputación de santidad, y el temor que abrigaban los francos por el Dios de los cristianos, produjo honda impresión en todos los circunstantes, los cuales aguardaron en silencio que concluyese su oración el ungido por la Iglesia.

En el entretanto Radegunda se pone de pie, hace una seña á su camarera predilecta (la misma Inés que vimos en la quinta de las orillas del río Somme), y se retira con ella á la sacristía. Allí le manda abrir un lío

que había hecho llevar desde Soissons; saca de él un vestido completo de religiosa, el cual se pone después de haberse despojado del regio manto y demás atavíos de corte, y así vuelve á presentarse en la iglesia sin atender al peligro que podía correr en medio de los enfurecidos sicarios de su marido. Diríjese sin vacilar al altar mayor, en el momento en que el Obispo termina su oración y se levanta; y ofreciéndole un velo le dice:

—Aquí me tenéis, señor, pronta para que me consagréis á Dios.... No tardéis más, os lo suplico, porque el Buen Pastor podrá pedirnos cuenta del alma de su cordero, que descarriado una vez vuelve ya á refugiarse en sus brazos.

Aquellas palabras acallaron los últimos escrúpulos que conservaba Medardo todavía, y sin replicarla extendió las manos sobre Radegunda, hincada al pie del altar, y cubriéndola con el velo de las postulantes, pronunció las palabras sacramentales que rompían para siempre

los lazos que la unían á Clotario, y consagróla diaconesa (1).

(1) Las *Diaconesas* eran mujeres doncellas, viudas ó separadas de sus maridos, que la Iglesia primitiva consagraba para que fuesen servidoras en los hospitales (especie de Hermanas de la Caridad), quedando comprendidas en el Cuerpo Eclesiástico. Empero, se cometieron tantos abusos con respecto á esta Orden, que los Concilios de las Galias acabaron por prohibir la consagración de diaconesas en su jurisdicción.



95
96



Mientras que la Reina rompía la diadema de ricas joyas que llevaba sobre la frente, se quitaba el cinturón de oro macizo, distintivo de su rango, que le ceñía el talle, y depositaba estos objetos, junto con otras joyas de su uso, sobre el altar para que se diesen limosnas á los pobres de la ciudad—los guerreros que la habían acompañado, pero que no se habían atrevido á interrumpir aquella ceremonia sagrada, salían del templo, buscaban los caballos que habían dejado á la puerta y regresaban á todo correr á la Corte de Clotario á darle cuenta de lo sucedido.

Bien sabía Radegunda que su esposo trataría de arrebatarla del asilo que había escogido; y aunque el buen Obispo, á pesar de su edad avanzada, le ofrecía dejarse sacrificar si era preciso, ella no quiso aceptar una protección que hubiera de costar tan caro al anciano Prelado.

—Jamás permitiré semejante cosa, dijo, ni dejaré que la ciudad de Noyón sufra por culpa mía.

—Si esa es tu resolución, hija mía, ¿qué piensas hacer?

—Proporcionadme, señor, una escolta y los medios de viajar sigilosamente hasta Tours; allí me refugiaré en el convento que guarda la tumba de San Martín; allí se halla todavía Clotilde, la madre de Clotario, y á su lado viviré en paz. Jamás el Rey se atreverá á allanarlo.

El santo Obispo, que pasaba ya de los 90 años, no se sintió con fuerzas para defender á Radegunda de su marido si éste se presentaba á reclamarla, así fue que accedió al deseo de la Reina y ésta se puso en marcha con dirección á Tours. Allí iba á buscar asilo seguro al lado de la tumba de San Martín; único lugar en el mundo que su cruel tirano no se hubiese atrevido á invadir.

En cada etapa en donde se detuvo la santa dejó imperecederos recuerdos que los peregrinos visitan con



respeto, y allí obtienen gracias y favores de la Providencia Divina por intercesión de la santa Reina. Dicese que cuando ésta llegó á Tours, aún no había muerto Santa Clo-

97 98

tilde, su suegra, y que probablemente con ella vivió en la gruta que vimos en las cercanías de Marmoutier y que lleva el nombre de Santa Radegunda.

Devotísima del santo Apóstol de las Galias, visitó todos los lugares que tenían algún recuerdo de San Martín, y en Chinon (célebre después en tiempo de Juana de Arco), permaneció algunos días. Allí vio al famoso ermitaño llamado el B. Juan de Chinon, y señalan una fuente, una gruta y otros recuerdos de los dos santos.



98
99

Pero en breve vio turbada la paz de su espíritu. San Medardo le envió un mensajero para advertirla de las intenciones de Clotario, y entonces supo que, si bien el Rey no había maltratado al santo Obispo como se temió, permanecía siempre enfadado é iracundo y había anunciado que iría á Tours con un ejército, sitiaria la ciudad si le resistía y sacaria de ella á Radegunda por la fuerza, aunque se ocultase en el santuario más sagrado.

Aquella noticia consternó á la desventurada Reina. Por una parte temía la presencia y los halagos de su bárbaro esposo; por otra, le repugnaba servir de manzana de discordia entre el Obispo que la había dado asilo en Tours y el Rey franco que la reclamaba. Resolvió entonces partir sigilosamente é ir á refugiarse en una casa de campo que la pertenecía, llamada *Saix*. Allí existe todavía una capilla dedicada á la Santa, que se llama *de la Avena*. Según la piadosa tradición que aún conserva-



los labriegos, se efectuó allí un milagro cuyo aniversario celebran todos los años el 28 de Febrero. Refieren que la Santa, huyendo una vez de los emisarios de Clotario que iban á prenderla, vio á pocos metros de distancia á los soldados que llegaban á todo galope en briosos caballos. Aterrada, se acerca á un labriego que sembraba avena en el campo y le suplica asegure no haber visto pasar á nadie por allí desde que empezó á arrojar las semillas sobre la tierra. Inmediatamente brotaron las semillas,



crecieron las espigas y se levantaron hasta ocultar á la Reina y á las doncellas que la acompañaban.

Viendo que tampoco en Saix estaba segura, determinó pasar á Poitiers y asilarse cerca de la tumba de San Hilario, en donde se ocultó.

Durante muchos meses ignoró Clotario el paradero de Radegunda, y cuando lo supo ya se habían enfriado su ardor y su cólera. Acabóle de calmar San Germán, Obispo de París, quien no solamente le inspiró resignación para sobrellevar la separación de una esposa que no podía amarle, sino que recabó de él, además, dos importantes concesiones: que la devolviese el Rey franco la dote que la había señalado al tiempo de casarse con ella, y que la regalase un terreno á las puertas de Poitiers en donde pudiese levantar un monasterio de religiosas. Los piadosos habitantes de Poitiers habían recibido con entusiasmo á Radegunda, y muchas doncellas de la nobleza de la ciudad la acompañaron en el retiro que había escogido. Entretanto que construían el convento, la Santa hizo un viaje á Arles, acompañada por su fiel Inés. Su objeto era estudiar las reglas que San Cesáreo había promulgado en aquella ciudad para los monasterios de religiosas. Además, preparóse con tiempo estudiando y conferenciando con los Santos más doctos de su tiempo, para lograr así llevar á cabo una fundación digna del deseo ardiente que la devoraba de hacer el bien á las mujeres desdichadas de su época.

El mundo cristiano se encontraba entonces en una

situación crítica, y á cada paso amenazaba hundirse nuevamente en la barbarie. Sólo la ley de Cristo podía salvarle, y por ese motivo Dios suscitó en las almas de los buenos un deseo vehementísimo de impedir á todo trance el cataclismo que amenazaba al Cristianismo. Como sólo Dios podía remediar aquellos males, era preciso recurrir á la oración para impedir que volviese á imperar el mal en todos los corazones humanos; y la multitud de monasterios que se levantaban por todas partes probaba que los cristianos habían comprendido su misión. Según Montalembert, "un religioso ó una religiosa es una persona que se aparta del mundo activo para trabajar con mayor tranquilidad no solamente en su propia salvación sino en la de los pecadores, rogando á Dios por ellos y ofreciéndose en holocausto con actos de penitencia."

Aterrada Santa Radegunda con la corrupción y la inmoralidad que reinaba á su rededor—pues desde su infancia sólo había visto actos de crueldad, de odio y de desobediencia á todos los preceptos del Evangelio;—persuadida de que su presencia en la Corte no solamente no mejoraba en nada al Rey ni contenía su depravación, sino que, por el contrario, parecía autorizarla, se apartó, como hemos visto, para siempre del mundo. En seguida, inspirada por Dios, resolvió sacrificar su vida entera, hacer penitencia continua para obtener el perdón de los crímenes cometidos por los reyes y príncipes pecadores y, como representante suya, ofrecerse por ellos en holocausto.

Desde la raíz del Cristianismo, las mujeres de alta alcurnia se gozaban en sufrir el martirio para defender su fe.

En el siglo primero, el Papa San Clemente dió el velo de religiosas á dos sobrinas de Tito y Domiciano, que se ofrecían á Dios para expiar las persecuciones iniciadas por sus parientes contra los discípulos de Cristo. Desde entonces hasta el siglo VI, ¡cuántas princesas no



habían abandonado la corrupción de las Cortes para tratar de rescatar las almas de sus parientes! Eufrosina, la sobrina del Emperador Teodosio; la hermana y la hija del Rey franco Clodoveo; las Marcelas, Paulas, Fabiolas, Melanias, que se entregaban á las más crueles penitencias para rescatar las almas de los corrompidos miembros de la aristocracia romana, son ejemplos brillantes de ello!..... En todas partes las mujeres daban estos ejemplos de abnegación, piedad, caridad y sacrificio, y por ese motivo no se hundió el mundo en el mar de barbarie que le amenazaba. ¡Desdichados de los tiempos en que la mujer abandona los senderos de la virtud para entregarse á la sensualidad y á los goces materiales; cuando su espíritu no busca en la abnegación y el sacrificio su dicha y su vida; cuando reina en ella el egoísmo; cuando ha olvidado lo que es amar para el bien y desconoce los afectos puros del alma!..... El día en que la mujer olvide los preceptos del Cristianismo y se entregue completamente á la vida material, ese día la civilización cristiana habrá claudicado y el mundo se verá entregado á la barbarie y al salvajismo!

No son los hombres los llamados á purificar la atmósfera moral del mundo, sino las mujeres, y éstas deberían seguir el ejemplo de las santas de los primeros tiempos del Cristianismo, ahora en que la sociedad parece encontrarse en una situación muy semejante á aquella del fin del Imperio Romano, cuando reinaba como ahora el amor loco á los goces materiales y el temor al dolor físico y moral.

La mujer americana no debe dejarse contagiarse con el mal que nos viene de Europa, sino conservarse pura, espiritual, abnegada y cristiana en toda la acepción de esta santa palabra.





V

Entre los monasterios de monjes que había en las cercanías de Poitiers, había uno regido por un caballero de la nobleza del país, quien había vendido cuanto poseía para entregarse á Dios y hacer el bien á los labriegos á quienes protegía y enseñaba. Llamábase Juniano y con el tiempo fue también canonizado. Cuando Santa Radegunda se estableció en Poitiers en un convento provisorio, mientras se edificaba otro más grande en las puertas de la ciudad, Juniano, que era ya anciano, quiso que la santa conservase como recuerdo suyo una cadena que él había llevado como penitencia contra las carnes desde hacía larguísimos años. En cambio, la Reina le mandó suplicar como un favor que no se pusiese jamás otros vestidos que los que ella misma le tejiera: así lo hizo hasta el fin de sus días, es decir, durante los 40 años que ella duró encerrada en el convento que tomó después su nombre, y él en la abadía que había fundado en el campo.

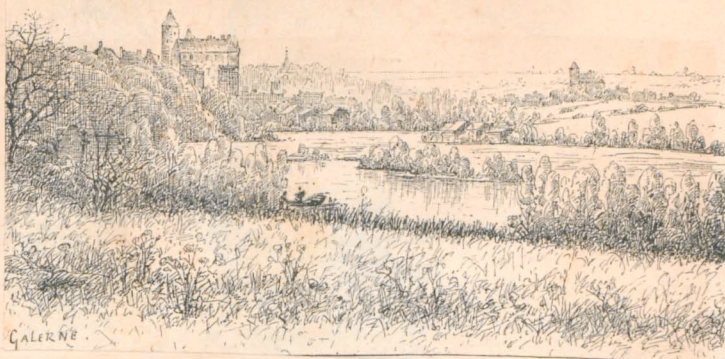
La amistad más abnegada y más pura unía á la Santa con varios bienaventurados de su tiempo, como San Gregorio de Tours, San Fortunato, San Germán y otros monjes que sostenían con ella asidua correspondencia y mutuamente se aconsejaban y se alentaban en la vía espinosa que habían emprendido en bien de la humanidad, sin excusar sacrificios ni perdonase á sí mismos la más leve falta.

¡Tiempos de contrastes son aquellos del principio de la Edad Media! ¡Si por una parte nos estremecemos con

las crueldades é inhumanidades de unos, nos pasma también la ternura y dulce caridad de otros! Entonces todo se llevaba á los extremos: lo bueno como lo malo, la depravación como la santidad, la dignidad más excelsa como la abyección más profunda, lo más grande como lo más pequeño. Las almas más elevadas se veían haciendo contraste con los espíritus más mezquinos; nada era mediano, nada moderado: era un caos lleno de luz y tinieblas, en donde se fraguaba la actual civilización. Esa era

la Edad Media, la edad de transición que conservaba toda la pureza de la infancia, todo el candor y mansedumbre de la sociedad en su principio, junto con las desenfrenadas pasiones y salvajes instintos del hombre silvestre todavía.





VI

La ex-Reina había construido un magnífico y sólido monasterio, casi una fortaleza; una ciudadela rodeada de altísimos murallones, propios para que las religiosas pudieran defenderse en caso de ataque. En el interior de aquellos muros, no solamente se encontraba un inmenso edificio de habitación con torres para vigilar los contornos y una hermosa iglesia, sino espaciosos jardines, huertas, baños, galerías, prados para criar animales domésticos, y cuanto pudieran necesitar las reclusas sin salir para nada de allí.

El día de la inauguración definitiva de aquel monasterio, todos los habitantes de Poitiers y de otras ciudades vecinas se agolparon á los alrededores del convento para ver á la Santa por última vez. Esta atravesó las calles alfombradas de flores, acompañada por 200 jóvenes de las familias más nobles, (y algunas de sangre real), antes de encerrarse para siempre en el recinto preparado para ella.

La regla fundada por Santa Radegunda, dice Dantier (1), era la misma de San Cesáreo. No tenía nada de austera ni de dura. Las monjas se ocupaban especialmente en obras literarias; representaban piezas religiosas que componía su fundadora ó algunas de las más doctas entre ellas, copiaban asiduamente las obras de los Santos Padres y las iluminaban con primor. Pasaban el día alternativamente orando, bordando y tocando varios instrumentos. No comían nunca carne ni tomaban vino, pero no

(1) *Las Mujeres en la Sociedad Cristiana.*



carecían de otras dulzuras de la vida; recibían las visitas de los obispos y altos empleados del reino, así como de los viajeros ilustres y personajes que llegaban á Potiers.

La ex-Reina no quiso nunca ser abadesa de su convento. Nombró primero superiora á su antigua camarera, la fiel Inés, y la obedecía como la última sirvienta. Se ocupaba de los oficios más humildes del monasterio: barría, cocinaba, cargaba agua y leña, y á toda hora estaba alerta para servir á sus compañeras, dándoles ejemplos prácticos de sumisión y rendimiento. Llevaba constantemente cilicios; y atormentaba su cuerpo con disciplinas y toda especie de heroicas mortificaciones y ayunos.

Algunos años después de haberse encerrado en el convento, Santa Radegunda envió emisarios cerca del Emperador Justino II con el objeto de solicitar de él un pedazo de la *verdadera cruz*; y envióselo aquel Soberano dentro de un rico relicario engastado en piedras preciosas. Conducido con toda solemnidad á Poitiers, el precioso regalo del Emperador fue depositado en la iglesia del convento fundado por Radegunda, conocido hasta el día con el nombre de Santa Cruz.

Un día se le presentó un italiano llamado Venancio Honorio Clemenciano, el cual pidió que le hiciesen capellán del convento, para poderse allí dedicar descansadamente á la poesía. Presentó como muestra de su habilidad una vida de San Hilario de Poitiers y otra de San Medar-

do, ambas en verso latino, y preparaba otra de San Martín de Tours, cuya tumba había ido á visitar. Aquel sacerdote poeta tomó el nombre de Fortunato y después llegó á ser Obispo de Poitiers. Sus obras son otros tantos cuadros de las costumbres de su época, y en ellas pinta con mucha gracia y naturalidad todas las personas de alguna importancia que conoció. Escribió también la vida de Santa Radegunda: en ella refiere las costumbres del monasterio, y cómo pasaban todas aquellas largas horas oyendo referir á la Santa sus aventuras, desde el día en que perecieron degollados sus padres y parientes hasta aquel en que había encontrado un puerto seguro dentro del claustro que la separaba del mundo. Refería Fortunato cómo Radegunda, á pesar de su ancianidad, recordaba sus primeros años, llorando todavía la cruel muerte de los suyos, y lamentando sobre todo el degüello de su querido hermano á quien jamás olvidaba.

Entretanto que Radegunda dedicaba los últimos años de su vida á ejercicios de piedad y actos de caridad, Clotario se encenegaba más y más en los vicios, declaraba la guerra á sus hermanos y sobrinos y se apoderaba de los Estados de los que no podían resistirle, hasta hacerse dueño de toda la Francia. Pero á tal punto llegó la violencia de su carácter, que no sólo hizo morir á cuantos se le oponían en su familia, sino que enfadado con un hijo suyo—Cramno—le hizo quemar vivo junto con su mujer y sus hijos.

Desde su apartamiento del mundo, se esforzaba Radegunda por llevar la paz y la concordia á la familia del que había sido su esposo, y si no siempre lo pudo conseguir, algunas veces sí impidió con sus consejos y juiciosas advertencias muchas desgracias y matanzas entre las familias merovingias, y mandó decir muchas misas por el alma de Clotario cuando éste murió.

La muerte de aquel indómito franco lo caracteriza.

Reinaba en Francia entonces una fiebre perniciosa que mataba en pocas horas. Clotario estaba de cacería cuando sintió los síntomas de la enfermedad y, como comprendiese que estaba herido de muerte, exclamó, levantando las manos al cielo y cayendo de redondo al suelo:

—¡Wah! ¿Qué pensáis de ese Rey del cielo que así deja morir á los más poderosos reyes de la tierra?

Durante cuarenta años, aunque sin verse jamás, Rade- gunda y Juniano, el santo abad de Chaunay, se comu-

nicaban casi diariamente su pensamiento, el cual no tenía ya otro objeto en el mundo sino hacer el bien al prójimo. En tanto que ella fundaba hospitales y asilos para los enfermos y los desvalidos, él se ocupaba en proteger á los labriegos; en las vastas dehesas que rodeaban su monasterio criaba caballos y bueyes de buena raza, que prestaba á los labradores pobres cada vez que los necesitaban para sus faenas campestres y para llevar á los mercados los frutos de sus sementeras. Durante las épocas de hambre y escasez, las madres de familia acudían al convento de Juniano á recibir auxilios de toda especie, vestidos, alimentos y leche para los niños.





VII

Radegunda había cumplido 68 años cuando Dios quiso (en 589) llamarla á recibir la recompensa de su santa vida. Murió en medio de sus religiosas, que la amaban tiernamente y no podían conformarse con perderla.

Mandó antes de entregar su alma á Dios que cuando expirase le quitaran la cadena de Juniano, que no había querido abandonar durante 40 años, y se la llevasen á él, para que supiese al recibirla que su alma ya no existía sobre la tierra y orase por ella.

La infausta noticia fue considerada como una calamidad nacional. San Gregorio de Tours fue personalmente á oficiar en los funerales de la Santa, y se sorprendió muchísimo cuando, en vez de la faz arrugada de una anciana, encontróla resplandeciendo con una belleza sobrenatural.

Cuando el séquito mortuario llegaba á la Catedral de Poitiers, en donde iban á celebrar sus exequias, se encontraron con otra procesión fúnebre que llegaba de opuesta dirección conduciendo otro cadáver: era el de Juniano, quien, por una misteriosa providencia de Dios, había muerto el mismo día y á la misma hora que la Santa!

Quien no conociera la Historia podría dudar de la verdad de aquel hecho extraño; pero lo refieren los escritores contemporáneos y lo repiten las leyendas locales, lo cual garantiza su veracidad y manifiesta á las claras una vez más que no hay nada tan inverosímil como los hechos.

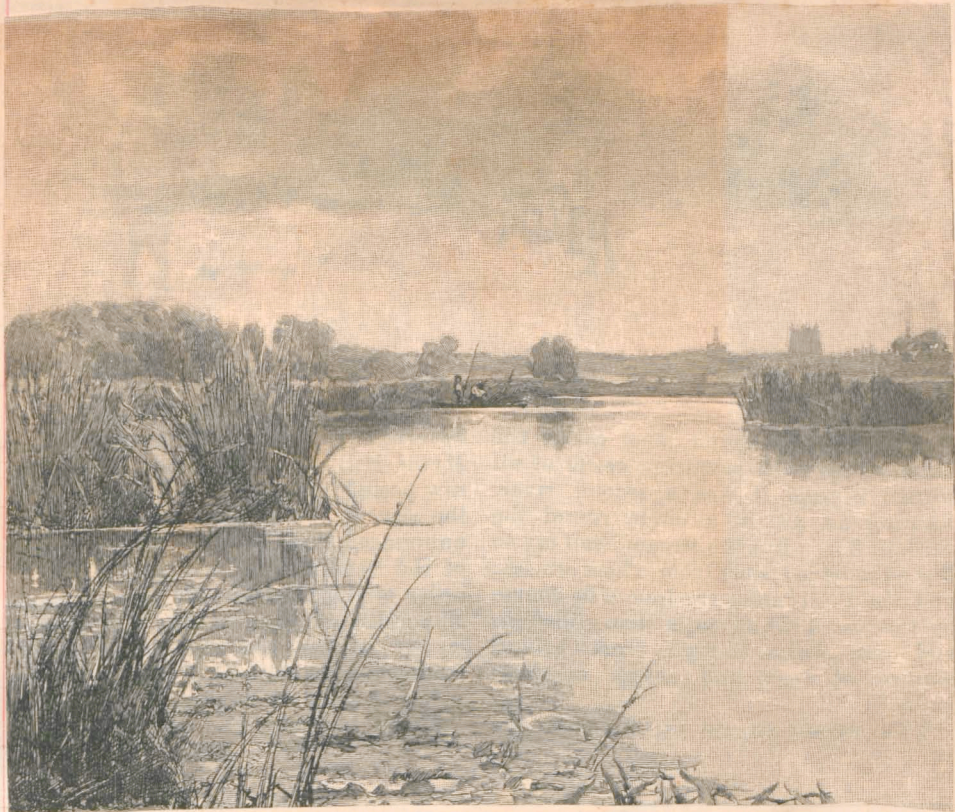
Antes de concluir queremos mencionar, aunque sea brevemente, una anécdota que pinta las costumbres de la época y lo que eran las mujeres de ese siglo vi,



en el cual figuraron—entre los francos, los godos, los visigodos y lombardos—mayor número de mujeres notables que en ningún otro.

Con la muerte de Radegunda—quien realmente regía el convento fundado por ella, aunque no se titulaba Abadesa—dos mujeres, ambas de sangre real, pretendieron apoderarse del mando supremo del monasterio. Como ni una ni otra quiso cejar en sus pretensiones, olvidaron sus votos de clausura y humildad y ambas se salieron del monasterio en busca de defensores que les ayudasen á llevar á cabo sus deseos. La primera que regresó á él se apoderó de las torres y fortaleza de defensa, con algunos hombres armados que había reunido al efecto, mientras que la otra atacaba á los atrincherados con máquinas de guerra que había conseguido con sus amigos de fuera del monasterio.





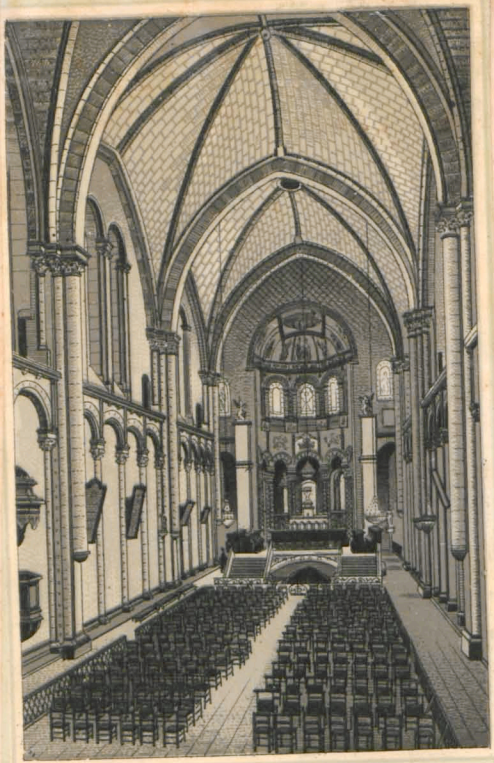
140
111

Un hecho tan escandaloso alarmó á todo el país. Varios Obispos y sacerdotes las mandaron amonestar amenazándolas con excomuniones. Pero ellas recibieron tan mal á los mensajeros que, según se dijo, hasta hicieron ahorcar á algunos de ellos, y permanecieron largos meses hasta que una de las contendientes tuvo que darse por vencida, y la otra entró victoriosa en el convento como en país conquistado por la fuerza de las armas.

¿Quién hubiera dicho á Radegunda que los muros y fortalezas que había mandado edificar para que sirviesen de defensa á las religiosas contra los ataques de enemigos profanos, hubiesen servido por la primera vez para alimentar una guerra doméstica entre las mismas mujeres que lo deberían habitar con fraternal cariño?

Y si de esto hablamos, es para probar una vez más la santidad y dulzura de aquella Reina, tan diferente, por cierto, de algunas de sus compañeras. Viviendo éstas á su lado y recibiendo sus ejemplos, parecían haberlos olvidado después de su muerte, puesto que el recuerdo de ellos no les había impedido manejarse con aquel salvajismo y dejarse llevar por las indómitas pasiones de su raza y de

111 112



INTÉRIEUR DE L'ÉGLISE. S^TE RADEGONDE.

VIII

Hemos visto ya quién era Santa Radegunda y cuál fue su vida: veamos ahora los recuerdos que aún guarda Poitiers de la esposa de Clotario.

La iglesia—que es lo único que se conserva del antiguo monasterio—se llamó primero de *Santa María extramuros* (*hors-les-murs*); después de *Santa Cruz*, cuando la Santa recibió y colocó allí el fragmento de la Cruz del Salvador que le envió el Emperador de Constantinopla; y hoy lleva simplemente el nombre de su fundadora.

En la puerta de la iglesia, cuando fuimos á visitarla, nos rodearon numerosas vendedoras de ceras, solicitando cada cual que le comprásemos una para encender ante la tumba. Sabido es que Radegunda se complacía en hacer, con sus propias manos, ceras para las iglesias, y que, por este motivo, es patrona especial de las que la imitan en su piadoso oficio. Ese día la venta era más considera-

ble que otras veces, por ser una de las festividades de la Santa: comprámos una cera y entrámos con ella á la cripta, llena de luces y de flores. Conmemorábase un hecho extraordinario ocurrido á la santa Reina un año antes de su muerte: apareciósele Nuestro Señor y dejó estampada su divina planta en una piedra de la celda. Aquella piedra fue colocada después en un altar que nos señalaron, pero no alcanzámos á ver la huella sagrada del *paso de Dios* (*pas de Dieu*) porque la habían cubierto de hermosas flores. Dicha piedra está colocada entre dos estatuas: la de Nuestro Señor Jesucristo, de pie y pintado en una actitud de indecible majestad, y la de Radegunda arrodillada á sus pies, y levantando hacia él su frente coronada con una diadema de oro, y sus ojos llenos de amor y de humildad. Una reja defiende el altar de las piadosas deprecaciones de los peregrinos.

La iglesia es de estilo romano, de tres naves, y parece sumamente antigua. No es, sin embargo, la edificada en el siglo VI. Varias veces fue incendiada durante las guerras de los siglos medios y las distintas invasiones de los enemigos de Francia. Nótanse en ella tres ó cuatro estilos diferentes y reconstrucciones sucesivas, pero afortunadamente—según opinión de arqueólogos sapientes—la cripta, bajo el altar mayor, que encierra los restos mortales de la Santa, se encuentra tal como estaba cuando allí depositaron sus huesos. El sarcófago de mármol negro—hoy desprovisto de las ricas joyas que antes ostentaba,—perteneció á una época menos antigua, al siglo XI.

En tiempo de las invasiones de los normandos, se llevaron el cuerpo á Auvernia; devuelto después á Poitiers permaneció en su puesto hasta que, durante los aciagos días de la Reforma, fue sacrílegamente arrancado de su féretro. Una turba de enemigos del catolicismo se apoderó de los monumentos religiosos de Poitiers y los arruinó; arrancaron de la cripta los huesos de la Santa y quemaron parte de ellos, junto con preciosos documentos y anales y libros piadosos. Sólo se salvó el cráneo de la Santa, con otras pequeñas partes de su cuerpo, y éstos son los que se encuentran hoy en el sarcófago. Durante la Revolución del fin del siglo pasado, por una excepción,

no sufrieron sus cenizas insultos ni sacrilegios. La iglesia permaneció cerrada y sin culto, pero el sarcófago no fue violado. Los habitantes de Poitiers atribuyen á la intercesión de Santa Radegunda el que los invasores alemanes no llegasen á entrar en la ciudad en 1870-71.

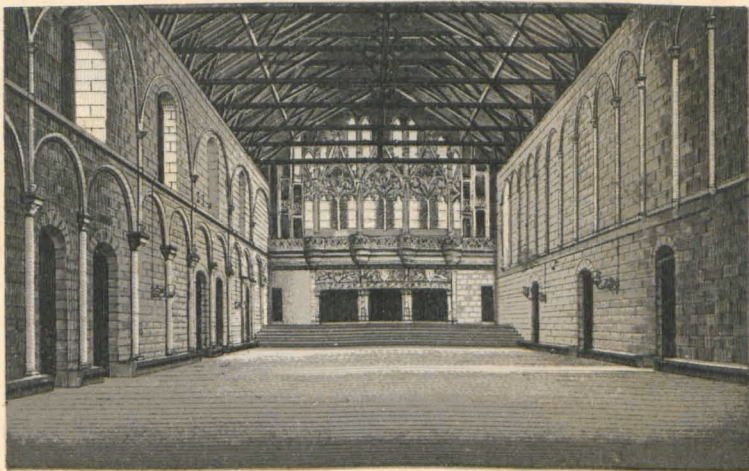
Frente á la cripta se ve una hermosa estatua de mármol de la Santa, obra del escultor Girardon: ésta fue don de Ana de Austria y de Luis XIV á la Patrona de Poitiers. En los muros adyacentes y en la cripta se ven multitud de losas de mármol y *ex-votos* que conmemoran los milagros obtenidos por la intercesión de la Santa; y en los

hermosísimos vidrios antiguos de las ventanas han representado los hechos culminantes de su historia.

Una de las campanas de la iglesia lleva las armas de Francia grabadas de un lado; fue regalo de Luis XIII, que se curó de una grave enfermedad por intercesión de Santa Radegunda. Fuera de ésta, poseía la iglesia antes de la Revolución multitud de ricas ofrendas enviadas por Reyes, Obispos y grandes personajes que habían obtenido favores de la Santa; pero si aquellas riquezas materiales han desaparecido, queda aún su recuerdo indeleblemente grabado en Poitiers, y sus habitantes le manifiestan su devoción con toda clase de piadosas demostraciones. Nada más concurrido que la *Novena* preparatoria á su solemnísima fiesta; la *Archicofradía de la tumba de Santa Radegunda* cuenta con numerosísimos asociados y preciosas indulgencias; y es muy tierna la costumbre que hay en la ciudad de vestir á los niños de *morado* durante cierto tiempo, en memoria de los colores de la Santa.

Además de Poitiers, otras muchas ciudades de Francia le rinden culto muy especial y son centro de concurridas romerías. La peregrinación nacional que va cada año de París á Lourdes, se detiene siempre de paso en Poitiers para colocarse bajo la protección de la *Madre de la Patria*; y nosotras, antes de continuar nuestro viaje hacia la gruta de Massabielle, tuvimos á insigne honor y privilegio el hacer otro tanto.

714
115



PALAIS DE JUSTICE . SALLE DES GARDES.

Soutien



PROMENADE DE BLOSSAC.



XI

BURDEOS.

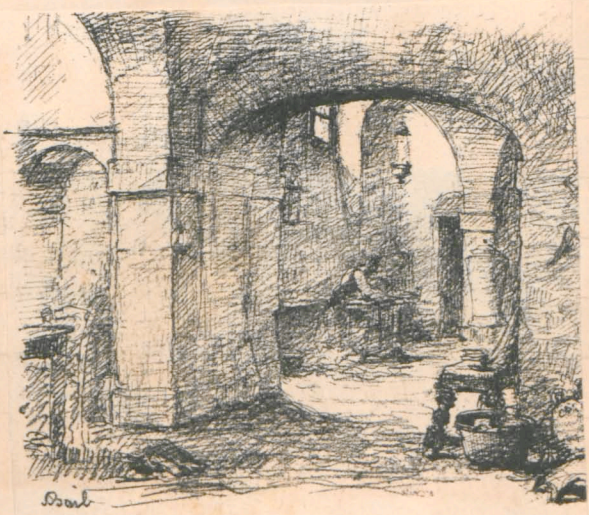
El día 3 de Agosto salimos de Poitiers en dirección á Burdeos.

Vimos á un lado los restos de las antiguas y derruidas fortificaciones de Poitiers, que tántos asaltos tuvieron que soportar durante la Edad Media y las guerras civiles y parcialidades armadas en la época de las luchas con los ingleses y con los calvinistas de los siglos XVI y XVII.

Sin detenernos, pues íbamos en tren expreso, pasámos á *Ligugé*, sitio en donde San Martín edificó el primer monasterio según la regla de San Benito, que se fundó en las Galias.

La ciudad más importante que hay en el trayecto es la de Angulema, por delante de la cual atravesámos á todo vapor. Nada nos llamó la atención en la vía hasta que llegámos á la gran ciudad comercial de Burdeos.

¿Quién no ha oído hablar de Burdeos, su comercio con América y su renombrado vino? Esta ciudad, que posee hoy más de un cuarto de millón de habitantes, está situada en las orillas del caudaloso río Garona, y es, por cierto, uno de los puertos más importantes de Francia. Fundada por los *Biturigos Vivisques*, pueblo valientísimo, que se defendió largo tiempo de la invasión romana, la antigua *Burdigala* se convirtió en la capital de la Aquitania II en la época de César. Sus habitantes pertenecían á una raza distinta de la que poblaba el resto de las Galias, y su idioma y costumbres tenían mucha semejanza con las de los pueblos iberos. Invadieron el territorio, después de los romanos, primero los visigodos y luégo los francos de Clodoveo. Los descendientes de éste formaron de la Aquitania un reino independiente siempre asolado por los normandos y amenazado por los árabes, siempre sufriendo con las guerras internas entre los descendientes de Clodoveo, que sin cesar combatían; siempre presa de los señores más audaces y víctima de todos. Sin embargo, en medio de ese desorden permanente avanzaba paulatinamente la civilización impulsada por el Cristianismo, el cual fué llevado allí muy en su principio, y en aquella raza diferente de la de los habitantes del resto de las Galias no se encontró dificultad en plantear las doctrinas del Evangelio.





II

El siglo IV fué el de oro para Burdeos. La obra de su civilización tocaba á su apogeo. La industria, el comercio, la literatura y la cultura eran en la Aquitania tan adelantados como en Roma, y se preciaba de haber dado á las letras hombres del mérito del conocido gramático Ausonio, maestro y amigo del hombre que más brillo ha dado á su ciudad natal: San Paulino, Obispo de Nola. Este Santo pertenecía á una familia cristiana, pero no

se había hecho bautizar, y en sus primeros años se dedicó más bien á la política y á las letras que al estudio de la Religión de Cristo. Era, además, poeta, orador, brillantísimo escritor, y en Italia desempeñó altísimos empleos políticos, los más altos á que podía aspirar un ciudadano de su época. Paulino gozó de la vida bajo todos aspectos; fué casado con una española tan noble, tan virtuosa, tan inteligente como él; la vida—á los 40 años—parecía brindarle todos los encantos; el mundo ofrecerle todos los halagos; sus talentos le abrían las puertas de los empleos más lucrativos; su fortuna era inmensa; su popularidad grandísima en todas partes; y sin embargo de todo esto, de improviso abandona el mundo y sus vanidades, comprende la imperfección de todo lo terrestre, y en la voz de San Victorio (1) y en la de San Martín, el Apóstol de las Galias, oye la voz del Cielo. Hace un pacto con su noble esposa, la zaragozana Terasia, por el cual convienen en vivir santamente. Venden todos sus bienes para dedicarlos á asistir á los pobres; él se corta los cabellos, y ambos visten el tosco sayal que entonces usaban los religiosos.

Al tener noticia de aquel hecho—nada extraño entre los primeros cristianos pero rarísimo cuando se trataba de personas de la elevada posición de Paulino—San Martín, yá muy anciano, San Ambrosio, San Jerónimo, San Agustín y demás piadosísimos cristianos sus contemporáneos, aplaudieron aquel acto de abnegación y valor, pues el monje de esos tiempos no se puede negar que era el verdadero civilizador del mundo, y á la regla monacal se debe la cristianización de Europa. Se necesitaba que hubiese en sus filas hombres de las clases altas de la sociedad para que diesen buen ejemplo; hombres elocuentes y piadosos para que atrayesen al Cristianismo á los que vivían aún alejados de él; hombres enérgicos, valientes, convencidos, para que hiciesen frente á los jefes, señores y reyes que pretendían llamarse cristianos, pero que continuaban viviendo como paganos.

(1) Obispo de Ruan, llamado "el San Martín del Norte de Francia."



Su maestro Ausonio—que era cristiano pero tibio— se afligió muchísimo con la retirada de San Paulino, del mundo, pues él era más amante de las Musas que de Cristo.

Durante la primera época de su apartamiento del mundo, vivía San Paulino con Terasia en una pobre casa de campo, en donde se ocupaban en distribuir limosnas á los necesitados. No poseían ya sino un pan para comer ellos, cuando llegó un mendigo á pedir auxilio.

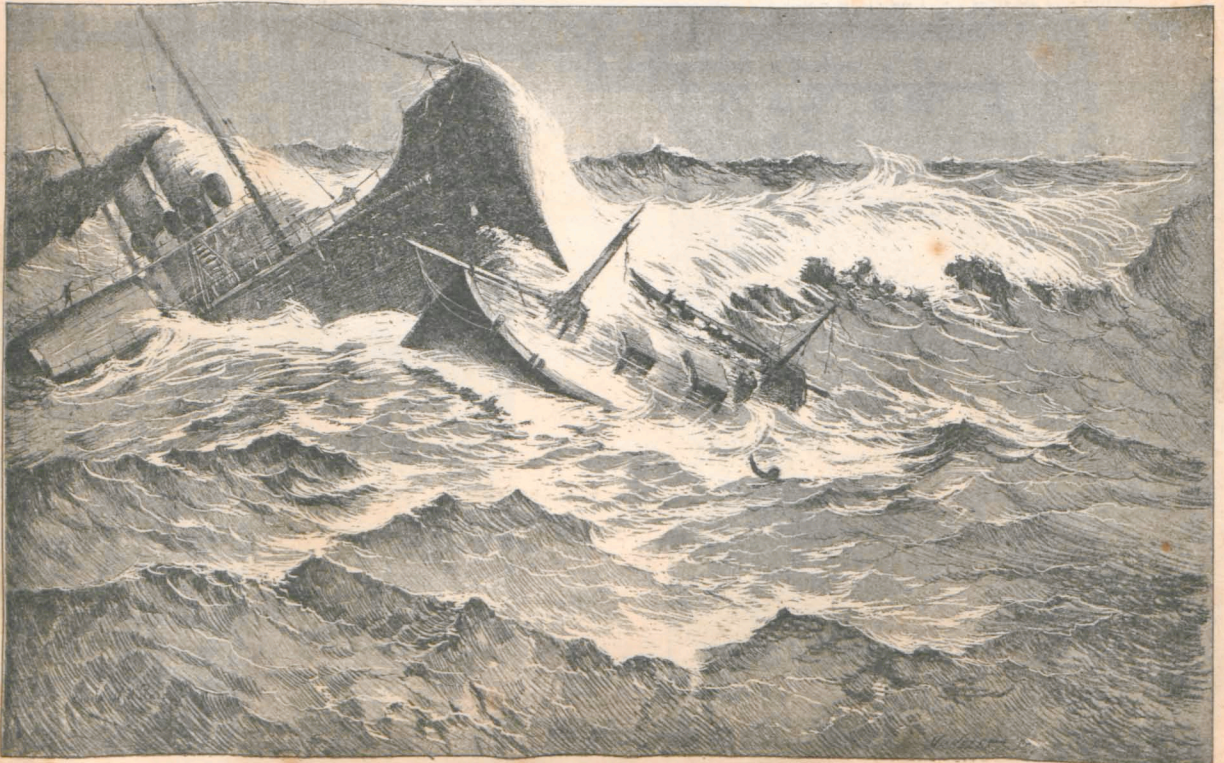
—Nada podemos darle, dijo Terasia á su marido, porque sólo tenemos un pan.

—No importa, contestó el Santo, Dios nos mandará auxilios.

Pero Terasia, más prudente y menos confiada, despachó al pobre sin darle nada.

Esa noche se desató una horrible tempestad y naufragó un buque de Paulino lleno de provisiones que él había pedido.

—Ves, dijo el Santo á su mujer, culpa tuya es que se haya perdido esa barca: el haber negado un auxilio al menesteroso nos ha costado un castigo de Dios.



120
121

No se sabe si fué entonces ó después, cuando se retiró á Nola, que tuvo lugar otro hecho legendario; pues de ello no hay prueba, y los biógrafos del Santo recogieron el hecho de la tradición popular. Dicen que un día se le presentó á Paulino una pobre mujer llorando, porque los infieles le habían llevado cautivo á su hijo, y pedían un crecido rescate por él. El Santo todo lo había distribuído ya.

—No puedo daros dinero, la contestó, y sólo me queda un bien en el mundo que ofrecereros.

—¿Cuál?

—Mi libertad. Esta os la daré en cambio de la del hijo de la viuda.

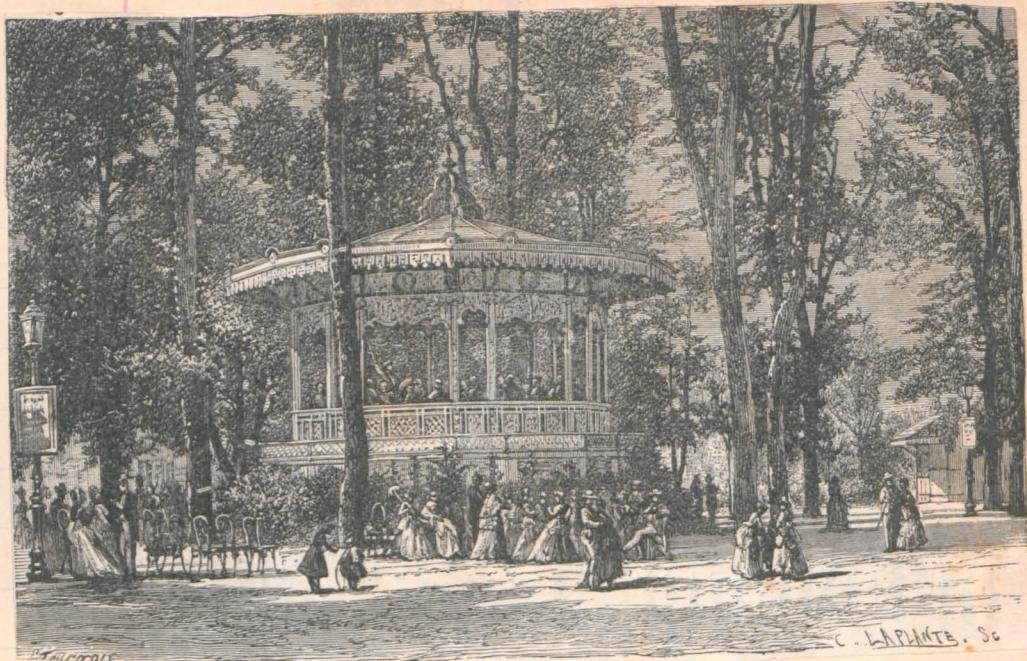
Partió entonces, y como lo hizo San Vicente de Paúl, en siglos posteriores, se entregó en el lugar del cautivo.



Permaneció algún tiempo esclavo en Africa, hasta que su amo se condolió de él y le puso en libertad.

Se retiró después á Nola al pie de la tumba de San Félix, y allí vivió muchos años propagando la fe cristiana por medio de sus escritos y de predicaciones. Muerta Terasia, fué proclamado Obispo de Nola. Allí inventó las campanas para las iglesias, las cuales en un principio se llamaron *Nolas*.

Murió en su Obispado el 22 de Junio de 431. Sus restos se hallan en Roma, pero Nola posee algunos fragmentos de sus sagrados huesos.



III

Como llegamos á Burdeos á las seis de la tarde no había ya tiempo para visitar monumentos; dejámos esto para el día siguiente, y después de comer en el hotel *Richelieu*, en donde nos alojámos, nos dirigimos al hermosísimo Jardín público, á oír la música que allí se toca á las 8. Seguimos á la multitud que se dirigía hacia aquel paseo; pero ya empezaba á oscurecer, y sólo pudimos ver el hermoso parque á la luz de los faroles de gas que empezaban á encender. El Concierto tenía lugar en una isla que había en el centro de un lago artificial. Dicha isla está llena de árboles, arbustos, cuadros de vistosas flores, y tomámos asiento al pie de una enramada de plantas que rodea el kiosco en donde tocaba la banda militar. A más de que la música era buena, el espectáculo no dejaba de ser interesante. Los oyentes llegaban por bandadas; familias enteras, petimetres, señoritas de la alta sociedad y muchachas del pueblo, ancianos y niños, pobres y ricos. . . . allí se juntaban y se confundían todas las clases sociales y todas las edades. En breve se llenaron los muchísimos asientos que había allí al efecto; las personas que se quedaron sin lugar circulaban continuamente en torno de la islilla; y mientras que los árboles se dibuja-

ban en el agua, que las flores impregnaban el aire con su delicioso aroma y que las luces se veían multiplicarse dentro del espejo del lago, nosotras nos entreteníamos escuchando la conversación de un grupo de niñas que teníamos cerca. Estas, que tendrían de 14 á 16 años, habían formado rueda y hablaban entre sí, y al mismo tiempo se sonreían y miraban al descuido á los jóvenes que, con una flor en el ojal, el lente incrustado en un ojo, una sonrisa de fatua importancia en los labios y el sombrero ligeramente inclinado, pasaban y repasaban en torno de las muchachas, se tropezaban contra las silletas que estaban en la mitad de la vía y se alejaban con un ¡Pardon! muy cortés, para regresar un momento después. Más lejos notámos un par de viejos que iban á escuchar la música y sin duda á recordar los tiempos de su juventud; niños jugaban y reían, las madres los vigilaban y reñían, y las sirvientas que los cuidaban no dejaban tampoco de buscar entre la multitud á sus conocidos y amigos. Parecía como si la población entera de Burdeos hubiese acudido á buscar solaz y algún fresco bajo aquellos árboles, pues el calor era muy fuerte, y es esta ciudad sumamente bochornosa durante el estí



El acento y lenguaje de la gente del pueblo es aquí desagradable, la pronunciación dura y el timbre de la voz fuerte; son exagerados sus movimientos y ruidosos en el hablar de su idioma familiar, corrupción del francés y del vascuence.

Regresámos al hotel, y nos costó trabajo encontrar el camino, teniendo para ello que dar una gran vuelta por calles poco iluminadas. Sin embargo, al llegar al centro de la ciudad, notámos en ella grande animación; las tiendas iluminadas con luz eléctrica y de gas, y el magnífico teatro brillantísimo por fuera con los innumerables picos de gas que lo rodean.

Burdeos es una gran ciudad moderna, en la cual se conservan incrustados muchos edificios antiguos, pero en

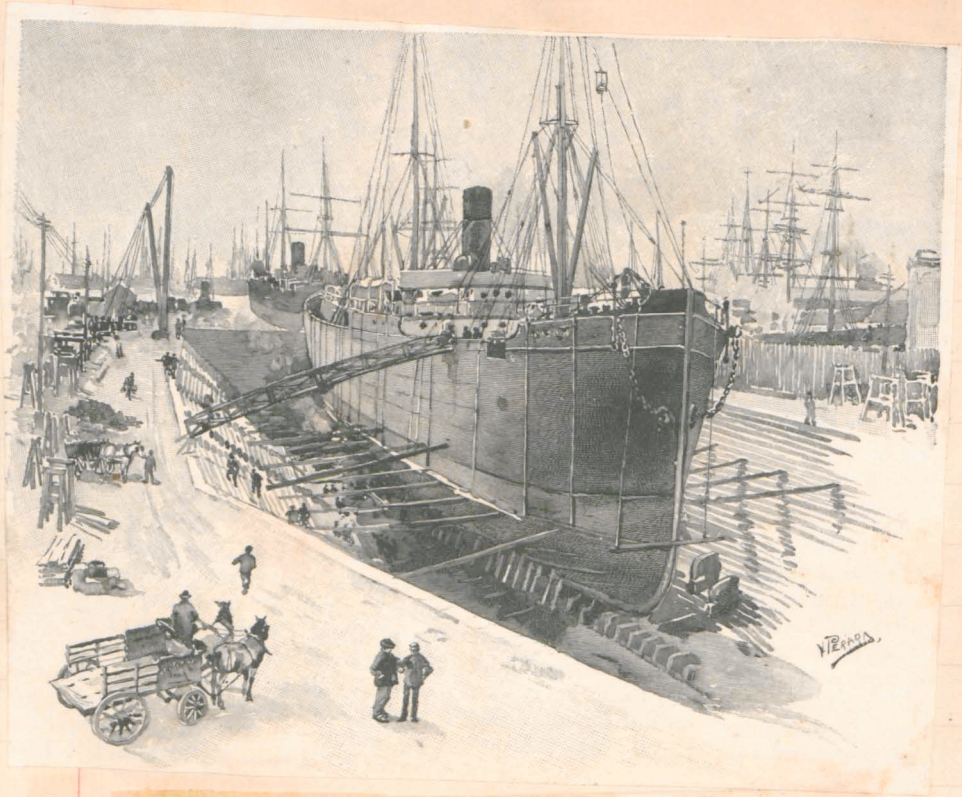


realidad no es interesante, ni sus monumentos sobresalientes, aunque algunos hay muy curiosos como restos de otras edades.

El soberbio y anchuroso río Garona está lleno de embarcaciones, y sus malecones cubiertos de barracas, frecuentados por multitud de negociantes, de cargueros que corren de un lado á otro y de marinos pertenecientes á



123
124



todas las naciones. Cargamentos altísimos de barriles están depositados en el suelo, ó pasan sin cesar en innumerables carros, y nos llamó la atención el aspecto de los caballos y de los bueyes que tiran de dichos carros: á los primeros les ponen anchos sombreros de paja en la cabeza durante los calores del estío; los segundos ostentan una especie de capa de tela blanca, antifaces de lienzo con flecos, y entre los cuernos una lanuda piel de cordero para que no los lastime el yugo, costumbre que se nota en el Sur de Francia y en el Norte de España.





IV

A la mañana siguiente de nuestra llegada á Burdeos visitámos sus principales curiosidades y monumentos. Las plazas nuevas que adornan la población no tienen término medio: ó son inmensas, como la llamada de *Quinconces*, ó muy pequeñas como las que se encuentran en la parte antigua de la ciudad. Dos de sus iglesias tienen la particularidad de poseer al lado una torre aislada y separada del cuerpo del edificio principal.

La Catedral ó San Andrés es bastante hermosa y los conocedores la consideran como uno de los edificios góticos de mayor mérito arquitectónico de la antigua Aquitania. Conjunto de estilo romano y gótico, posee partes que fueron edificadas en el siglo XI y partes en el XIV. Su exterior es bello con sus dos campanarios en forma de flechas, las antiguas esculturas que representan la Cena de Nuestro Señor Jesucristo y una estatua de Clemente V.



125
126



quien antes de ser Papa fué Arzobispo de Burdeos, y, en 1300, se ocupó en la construcción de La Catedral. En el interior se conservan buenos cuadros de *Jordaens*, el *Veronesco* y *Agustin Carraci*. Al recorrer las naves laterales, encontramos detrás del altar mayor, dos monumentales estatuas de Nuestra Señora, la una en su advocación del *Carmen* y la otra de *Mater Amabilis*, ambas de pie sobre el pavimento y rodeadas de macetas, ramilletes de flores y muchas luces. Apenas había un metro de distancia entre las dos; y sorprendidas nosotras al ver que no tenían pedestal, ni siquiera baranda que las aparte de sus numerosos devotos, además de estar colocadas en un sitio muy incompetente y estorboso para el paso, preguntámos

el motivo de ello y se nos dió una explicación bastante curiosa. Parece que, hace algunos años, quisieron trasladarlas á dos capillas que les habían preparado en La Catedral, y poner á cada una en su respectivo altar, pero no se pudo esto llevar á efecto, porque no lo consintieron los fieles. Acostumbrados éstos á verlas en el mismo sitio desde tiempo inmemorial y á rezar literalmente á sus pies, consideraron como agravio personal el proyecto de colocarlas fuera de su alcance, y como tomase tal oposición el carácter de un verdadero motín, hubo que ceder ante la voluntad popular (1).

Rodeada de arbustos y de flores, encuéntrase á algunos pasos de distancia de La Catedral la torre llamada *Peyberland*, cuyas partes antiguas y bien conservadas hacen contraste con las renovaciones que le han hecho después de la gran revolución. En aquella tempestuosa época el bello monumento gótico fué vendido en pública

subasta, y empezaban á demolerlo para aprovecharse de las labradas piedras cuando afortunadamente fué rescatado á tiempo; hoy la han coronado con una estatua dorada de la Virgen... de un gusto dudoso.

La iglesia más interesante de Burdeos es San Seurin, la antigua y primitiva Catedral, dentro de la cual tuvieron lugar los acontecimientos más importantes de la historia de la Aquitania y de la de Guyena durante la época de la dominación inglesa, que duró 300 años. El interior, que conserva el estilo más antiguo, encierra una cripta del siglo IV al VI que contiene el sepulcro de Santa Verónica y el de San Fuerte, primer Obispo de Burdeos. A pesar de que los vidrios de las ventanas son modernos, toda la iglesia es tan antigua, que la parte más reciente de ella fué edificada en el siglo XV.

Pero si esta es la iglesia más antigua é interesante, indudablemente la más hermosa es la de San Miguel, á pesar de estar situada en un barrio distante del centro. Este edificio gótico, el más bello de Burdeos, y el que más nos llamó la atención en él, fué construído en el siglo VIII pero reedificado en los siguientes. Las esculturas que co-

(1) Estos curiosos detalles sobre las dos estatuas nos los dieron las Religiosas de Nuestra Señora (llamadas de la Enseñanza en Colombia) que fuimos á visitar al salir de la Catedral. Su monasterio, situado en la Calle del Palacio Galiano, es la Casa Central de esa Orden fundada por la Venerable Madre Juana de Lestonnac, de la cual hicimos mención en el relato de Poitiers, y con gran benevolencia fuimos recibidas por su dignísima Superiora la Reverenda Madre Lacombe.

127
128



ronan la portada son realmente preciosísimas, y la estructura interior es en extremo original y artística. Los numerosas capillas laterales, de las cuales cada una parece mejor que la otra, están separadas de la nave por altas rejeras de hierro cubiertas de labrados; y hermosísimos son los altares, cuadros y confesionarios que encierran.

Del otro lado de la calle, y frente á los jardines que rodean la iglesia, se ve una torre aislada, de más de cien metros de altura, obra del siglo XV: dijéronnos que debajo de ella hay una cripta en donde se conservan intactas varias momias sacadas de un cementerio que allí había, y cuya tierra tenía la propiedad de conservar los cuerpos.

Como aquellas momias eran anónimas, no nos pareció que

128
129

valiera la pena el bajar á verlas ; y así—después de recorrer varias otras calles, cuyos almacenes son una copia en

pequeño de los de París, y de comprar una vista de Burdeos tomada de lo alto de esa curiosa torre que acabábamos de ver—regresámos al hotel á preparar nuestra partida hacia los Pirineos.

Al paso vimos las estatuas de varios de los hombres célebres oriundos de Burdeos, como el Marqués de Tourny, antiguo Gobernador de la ciudad, y á quien ésta le debe sus más hermosos monumentos, y las colosales de Montaigne, de Montesquieu y de algunos de los famosos Girondinos de la revolución. Berquín, el autor tan conocido de *Sandford y Merton*, del *Amigo de los Niños* y de tantos otros libros encantadores escritos para la infancia, es gloria también de Burdeos, pues si no nació en la ciudad misma, sí en una cercana población llamada Langoiràn.



129
130



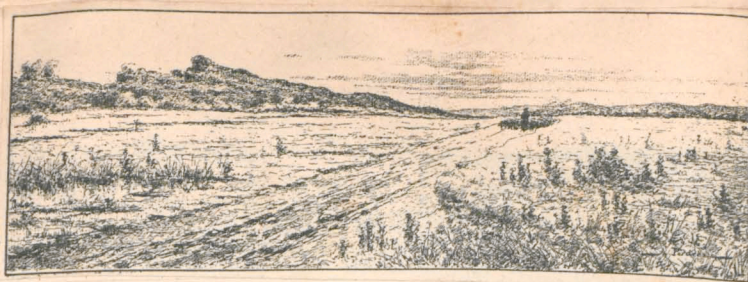
XII

PAU Y SUS CURIOSIDADES HISTÓRICAS Y RELIGIOSAS.

I

Salimos de Burdeos á las 3½ de la tarde y tomámos el tren que debería conducirnos hasta Pau.

Todos aquellos campos, sembrados de viñedos extensos son los que producen el famoso vino de Burdeos, que consume el mundo entero. Pero á poco cesaron las plantaciones y entrámos en las extensas y áridas llanuras llamadas de Las Landas; tierras arenosas, estériles, que sólo producen pinos y están en su mayor parte cubiertas de movedizos pantanos poblados de sanguijuelas, que hacen aquella comarca, no sólo impropia para la cultura, sino también pernicioso para la vida humana, pues es en extremo malsana. Sin embargo, en los últimos 20 años se han propuesto sembrar allí pinos marítimos, que son los únicos árboles que crecen fácilmente en esa clase de terreno, y esto produce madera que exportan en los vecinos puertos. En las estaciones en donde nos deteníamos veíamos interminables pilas de madera preparada para la venta. Esta nueva industria empieza á dar vida á una sección



130
131

territorial de cerca de un millón de hectáreas de tierra que antes estaban en su mayor parte despobladas.

Por lo demás, nada de particular notamos en la vía: aunque lo deseábamos, no llegamos á ver aquellos labriegos que habitan el interior de ese país y que, según dicen, andan vestidos de piel de ovejo y levantados á más de un metro sobre el suelo, los pies apoyados en zancos (para no enterrarse dentro de aquellos pantanos), y con un larguísimo bastón en la mano.

Pasámos á todo vapor por frente de Pouy—pueblo hoy llamado San Vicente de Paúl, por haber nacido allí aquel Santo—y ya empezaba á oscurecer cuando salimos de Las Landas y entrámos en el antiguo Bearu ó Baja Navarra, patrimonio de Enrique IV, cuyo recuerdo de allí para adelante deberíamos encontrar á cada paso.

Nación independiente desde el siglo X, los soberanos del Bearn tenían primero su Corte en Orthez, ciudad de los Bajos Pirineos que hoy nada tiene de interesante. Reemplazada por Pau en 1460, ésta empezó á crecer y á convertirse en una población que tuvo su mayor auge en época en que la hermana de Francisco I, Margarita de Valois, la convirtió en un centro protestante que estuvo á punto de envenenar á Francia y de sumir á este país en la herejía de Calvino.

Llegámos á Pau á las 10 p. m. del día 4 de Agosto, y nos fuimos á hospedar en el Hotel Enrique IV, que se encuentra en el centro de la ciudad.

Temprano nos levantámos al día siguiente y salimos á la calle. Desgraciadamente la mañana estaba opaca y lluviosa, y aquello nos impidió gozar debidamente del paisaje de Pau, cuya hermosura tiene tanta fama.

Pau debe su existencia al castillo, y éste su nombre á los *Pals*, que así se llamaban en lengua bearnesa las altas *estacas* que hincaron en el suelo antes de levantar las murallas de las fortalezas.

La ciudad actual es bastante poblada (cuenta más de

731
132

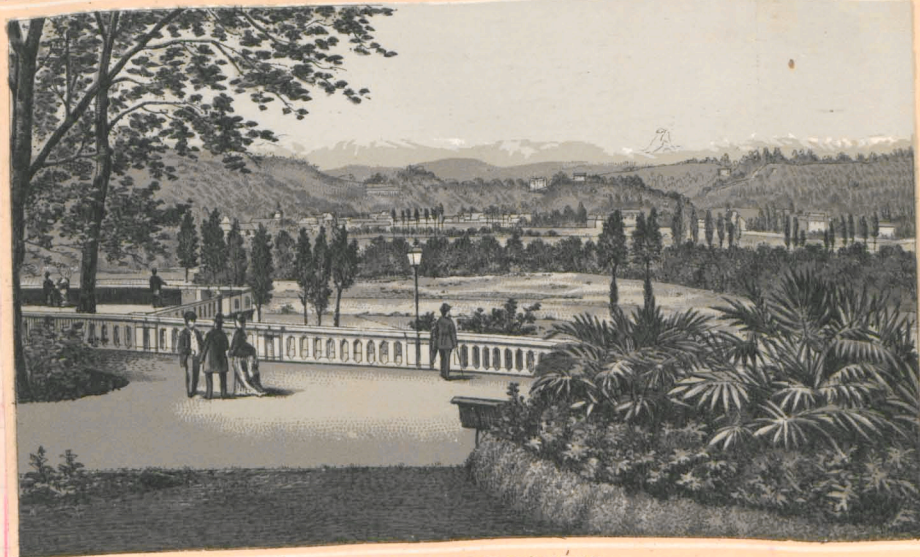


VUE GÉNÉRALE.

33,000 almas), y posee hermosísimos paseos. La Plaza Real, que ostenta en su centro una magnífica estatua de Enrique IV, es una de las más bellas de Francia, no solamente por los grandiosos edificios que la circundan (casi todos hoteles monumentales), sino porque mira sobre el valle llamado del Gave de los Pirineos. Nos aco-



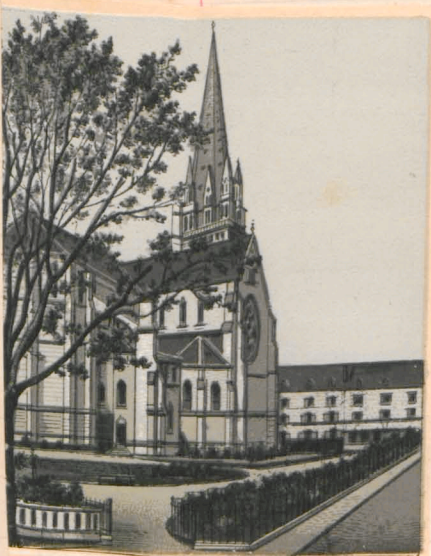
PLACE ROYALE



CHAIÑE DES PYRENÉES.

damos sobre una barandilla de mármol blanco que termina la plaza por un lado, prolongándose como un larguísimo balcón sobre un precipicio, en cuyo fondo se ve la parte baja de la ciudad, poblada de quintas rodeadas de jardines y parques; y desde allí contemplamos las partes que la niebla nos permitía ver del pintoresco panorama. Al frente, en los sitios más bajos del valle, corría el Gave, río que íbamos á ver sin cesar durante gran parte de nuestro viaje; del otro lado de él veíanse casas de campo, bosquecillos y muchos viñedos; y cerraba la vista una cadena de cerros bastante altos, uno de los cuales (el Pic du Midi d'Ossau) se levanta á cerca de 2,800 metros sobre el nivel del mar, el de Bigorra á 2,877 y, más lejos, mide 3,000 la aguja helada de Viñemala. A pesar de la fama que tiene este paisaje, indudablemente los de Suiza son más bellos y sorprendentes.

Visitamos las iglesias de San Martín y Santiago, las cuales nos parecieron poco interesantes bajo el punto de vista del arte y de la historia. La primera es del siglo XIII, y posee algunas vidrieras dignas de atención; rodeada un lindísimo jardín, lleno de flores muy frescas y cuidadas. La segunda es una iglesia enteramente moderna.



ET L'EGLISE ST MARTIN.

133
134



LA PROMENADE DU MIDI.

II

El vestido popular de los bearneses es hermoso y elegante: chaqueta y pantalones azules con un cinturón rojo vivo, y en la cabeza una *boina* azul (especie de cachucha) ribeteada de encarnado. El tipo tan conocido de Enrique IV se ve impreso todavía en sus francas y abier-



STATUE DE HENRI IV PLACE ROYALE.



VUE PRISE DU PARC BEAUMONT.

tas fisonomías, de ojos negros y barba puntiaguda; en cambio no vimos mujeres bonitas entre las muchas que encontrámos y viniendo del mercado, y mejores que ellas nos parecieron los hermosísimos duraznos que vendían.

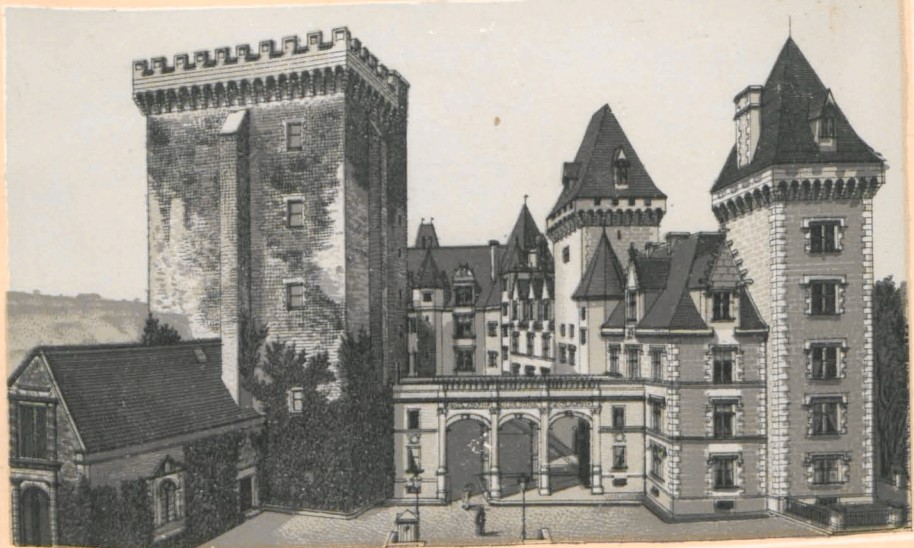
Lo más interesante que hay en Pau es el Castillo, pero mientras llegaba la hora de ir á verle estuvimos paseando en el preciosísimo parque de Beaumont, desde el cual se disfruta también de hermosa vista sobre el río y paisajes circunvecinos.

Hay en aquella ciudad (muy frecuentada por los extranjeros de toda Europa, por ser sana y de clima benigno en el invierno), varios templos protestantes, una capilla rusa y una Sinagoga. Parece que, desde la época de los padres de Enrique IV, han quedado en aquel lugar y en sus contornos muchas familias de religión calvinista, que nunca quisieron abjurar de ella, á pesar de la conversión de su Rey al Catolicismo.

La fundación del Castillo se debe á Oéntulo I, á quien su padre, el Duque de Gascuña, le concedió la soberanía del vizcondado de Bearn en 820. Reconstruído en el siglo XIV, el Castillo de Pau ha conservado un aspecto feudal que no han podido dañar las renovaciones y restauraciones no siempre de buen gusto que ha sufrido en este siglo.



LE GRAND HOTEL GASSION



ENTRÉE DU CHÂTEAU.

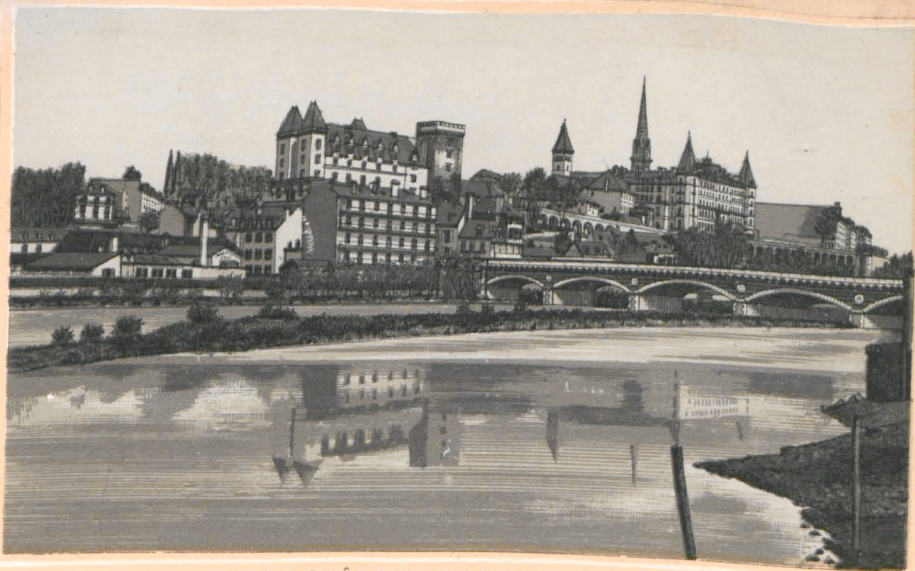
III

Construído el Castillo en forma de fortaleza sobre un costado del cerro que mira sobre el valle, lo defendían seis torres y un puente levadizo, hoy de piedra. Los antiguos fosos se han trasformado en alamedas de árboles, verdes pensiles y bosquecillos floridos.

Atravesámos el puente, dejámos á la izquierda la capilla moderna, construída sobre la antigua (y en la cual no se ha dicho misa desde que la habitó D^a Isabel II de España en los primeros tiempos de su destierro) y entrá-



LE CHÂTEAU ET LA BASSE VILLE VUE, PRISE DU PARC.



LE CHÂTEAU PRIS DE JURANÇON.

mos al patio de Honor por un pórtico de estilo Renacimiento, sostenido por dos torres, una de las cuales es moderna y la otra antigua: ésta segunda fué llamada del *Pájaro*, porque, en la época de la construcción del Castillo, estaba aislada, carecía de escalera, y los defensores del fuerte subían á ella por escaleras de mano, para mayor seguridad y más facilidad para defenderse.

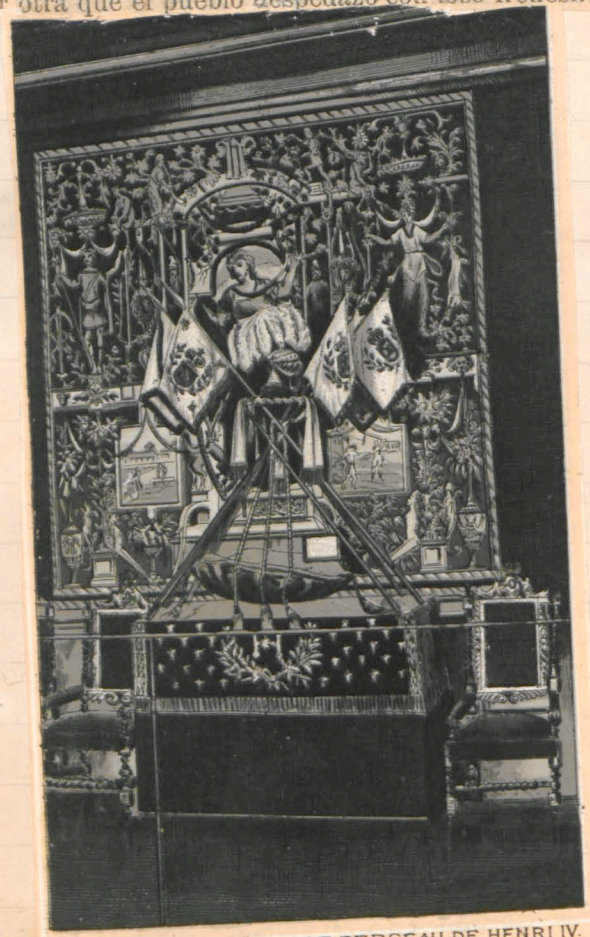
El patio de Honor ha conservado su estilo original, y se le considera como un hermoso modelo de la arquitectura del siglo XVII.

En una pieza baja encontrámos algunos viajeros que aguardaban al *cicerone* que debería pastorearnos y señalar las curiosidades del interior del Castillo.

A poco se abrió una puerta y penetrámos, como manso rebaño en pos de su pastor, en algunas piezas en las cuales se encuentran tapicerías antiguas y muebles más ó menos auténticos que pertenecieron á la antigua familia real del Bearn. La escalera de honor es bastante característica, pero parece de muy poca importancia al viajero que ha visitado las moradas de Reyes de otras naciones. En el primer piso sólo nos llamó la atención por su interés histórico el gran salón de recepción, en el cual el matador de Enrique II de Francia—Gabriel de Lorges,

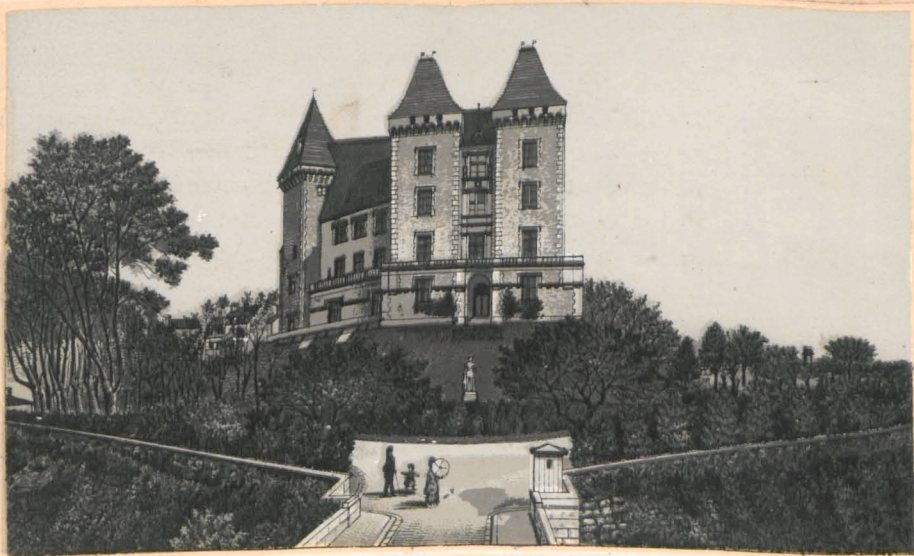
Castillo como si fuera una iglesia.
dicen las Memorias del tiempo, que éstos tratasen el por los soldados de Napoleón, quien no quiso impedir, Lo poco que dejaron los revolucionarios fué robado que difieren los padres cuando volvieron de la cacería. el niño cayó abajo y se mató. La tradición no refiere lo

pórfido, algunos muebles antiguos esculpidos en la época del Renacimiento con aquel estilo inimitable, varias tapicerías de los Gobelinos y de Flandes etc. Pero lo más digno de atención es una inmensa concha de tortuga que se ve en el aposento en que nació Enrique IV, y que sirvió de cuna al futuro Rey de Francia. En la época de la Revolución lograron salvar la cuna sustituyéndola por otra que el pueblo despedazó con loco frenesí.



CHÂTEAU DE PAU. LE BERCEAU DE HENRI IV.

A la salida visitamos la capilla moderna, que no tiene mayor mérito artístico, edificada sobre el sitio que ocupaba el antiguo oratorio del Castillo bearnés. Antes de regresar á la ciudad recorrimos los preciosos jardines que rodean el edificio, y nos sentamos sobre un banco en



LE CHÂTEAU PRIS DU PARC.

la terraza, de donde se domina una hermosa vista sobre el Gave. A nuestros pies vimos la antiquísima torre llamada de la Moneda, casi en ruinas, algunas calles de la ciudad baja, y á lo lejos un *parque* pintoresco y cubierto de arboleda, el cual no tuvimos tiempo de visitar. Los antiguos habitantes de Pau aseguran que en altas horas de la noche se ven salir de la arruinada torre de la Moneda los espectros de los católicos que Juana de Albret hacía arrojar á un pozo allí cuando negaban á Calvino y su herejía. Desde allí veíamos las ventanas de otra de las torres, ¿serían acaso aquéllas las que causaron la muerte del hijo mayor de Juana de Albret? Cuentan que un día, estando ella ausente en una cacería, la nodriza del niño se entretuvo en arrojar á éste de una ventana á otra en donde estaba un paje, el cual lo recibía en sus brazos y, como si fuese una pelota, le volvía á tirar á la nodriza. El juego se prolongaba, con gran contento de ambos, cuando de improviso uno de los dos se distrajo y el niño cayó abajo y se mató. La tradición no refiere lo que dijeron los padres cuando volvieron de la cacería.

Lo poco que dejaron los revolucionarios fué robado por los soldados de Napoleón, quien no quiso impedir, dicen las Memorias del tiempo, que éstos tratasen el Castillo como si fuera una iglesia.

138
140



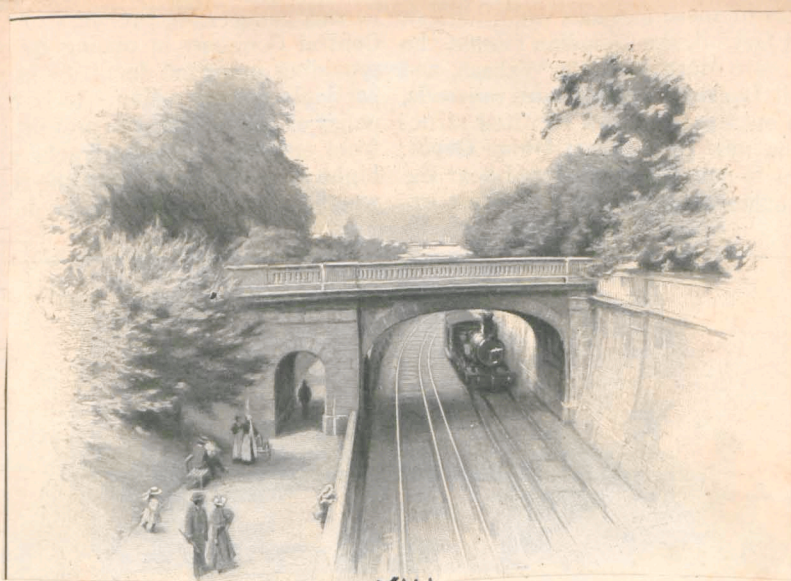
LE CHÂTEAU PRIS DE JURANÇON .

Dos hombres importantes, importantísimos en la Historia, nacieron en Pau : Enrique IV en el siglo XVI, y en el pasado aquel caballero de fortuna que, como su Jefe y contemporáneo Napoleón, surgió de la nada y recorrió uno á uno los escalones que deberían llevarle á un trono. Careciendo, afortunadamente para él, de la loca ambición del hijo de Córcoga, el vecino de Pau, el soldado Bernardotte ha dejado vástagos en el trono de Suecia que conservan la corona y el cetro que les legó su abuelo.

No encontramos, empero, quien nos señalase la casa en donde nació Juan Bautista Julio Bernadotte en su ciudad natal. ¡Tan cierto es que nadie es profeta en su tierra !



ATTELAGE BÉARNAIS.



139
141

XIII
Sourdes

Corto es el trayecto de Pau á Lourdes. Apenas se gasta una hora en él, pero el paisaje es en extremo pintoresco, montañoso y variado. Después de la estación de Bezings nos detuvimos algunos momentos en Coarraze, sitio agreste, en el cual la varonil y espartana Juana de Albret mandó criar á su hijo allí; descalzo, pobremente vestido, alimentado como los labriegos, el futuro Enrique IV pasó su infancia al aire libre y se hizo fuerte, robusto y sano, de manera que sin dificultad pudo después arrostrar, sin sentirlos, los trabajos de las campañas y de las guerras en medio de las cuales pasó toda su juventud.

Pueblos se sucedían á pueblos en las orillas del camino; caseríos, estancias, castillos, casas de campo, chozas, huertas, viñedos, y árboles frutales agobiados bajo el peso de sus frutas; jardines sementeras de maíz, de avena, de trigo, de papas; tendidos pensiles en las faldas de los vecinos cerros, corrientes de agua cristalina, bosquecillos de abetos y de pinos, rocas abruptas, todo esto y mucho más pasaba delante de nuestros ojos como en un movedido panorama





ÉGLISE DU ROSAIRE N. D. DE LOURDES.

De repente nos levantámos de nuestro asiento como impulsadas por un resorte; al volver un recodo del ferrocarril se nos presentó de improviso el valle de Lourdes. ¿Quién no ha leído hasta la saciedad, descripciones de él? ¿Quién no ha visto miles de estampas que lo representan? ¿y quién no ha suspirado por visitarlo?... Allí estaba, pues, al fin, tal como se nos había presentado mil veces á la imaginación; era tal como lo habíamos visto y, sin embargo, cuánta más belleza había en la realidad que en nuestros ensueños! al frente se nos presentó la Basílica con sus rampas de mármol blanco, sus escaleras, su flecha aguda coronando los edificios superpuestos en torno de la gruta, y rodeando el valle la multitud de hermosos conventos, suntuosos hoteles, edificios varios, alamedas.... El tren dió una revuelta y se nos presentó sobre una eminencia el antiguo Castillo feudal; el río al pie, que hace un semicírculo por el valle, y, después de bañar la población, pasa por frente de la gruta santa y corre á perderse entre los lejanos bosques. Yá más cerca

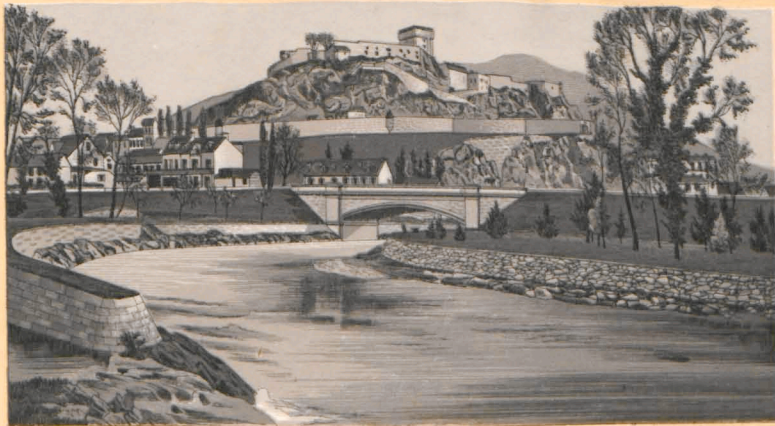


FORT DE LOURDES.

vimos el puente de mármol que atraviesa el río, un campo verde rodeado de alamedas y señoreado por una hermosa estatua de mármol y una corona de arbustos á uno y á otro lado. . . . La máquina dió un prolongado silbido, y todo aquel soñado espectáculo desapareció en el momento en que entrábamos á la estación de Lourdes.

Al salir del andén tomámos puesto en el ómnibus del *Hotel del Boulevard*, que nos habían recomendado en Pau. Atravesámos la parte antigua de la ciudad, seguimos un bonito camellón orillado de árboles, después de pasar por el puente viejo que pone en comunicación las dos orillas del Gave, entrámos á la parte nueva de la población colmada de buenos hoteles y ostentosas tiendas llenas de objetos de devoción, y nos detuvimos á la puerta del Hotel.

¿Qué se puede decir de nuevo de Lourdes? ¿Quién no ha leído multitud de descripciones en todos los tonos y en todos los idiomas acerca de este Santuario bendito?





VUE GÉNÉRALE DE LOURDES.

Procuraremos, sin embargo, hacer una corta descripción del país, de lo que se ve en él, de su origen, su historia y su situación actual.

Fundada la población de Lourdes ó de Lourde, como antes se llamaba, sin la *s* final.—por alguna tribu vasconense, vegetó durante largos años, ó quizá siglos, sin llamar la atención. Según una tradición antiquísima y ciertamente absurda, Carbes (1) fué fundada por una reina de Eto-

pia, llamada Carbis la cual abandonó su país en la época de Moisés y, pasando el Mediterráneo, escaló los Pirineos, se detuvo en el país que después se llamó Carbes y dió á una su hermana, llamada *Lapurda*, un valle que con el tiempo cambió su nombre por el de Lourdes, derivación, dicen de *Lapurda*.

Como todas las Galias y los vecinos Pirineos, Lourdes fué conquistada por los romanos, quienes edificaron sobre sus rocas un castillo que aún se ve allí. Pasó después sucesivamente por las manos de los visigodos y de los musulmanes hasta que cayó en las de Carlo Magno; vino al poder de los ingleses con la Aquitania, y volvió á incorporarse después en el reino de Francia. Varias veces su Castillo fuerte fué guarida de los albigenses, pero según parece, no pudieron los hugonotes, en siglos posteriores, obligar á sus habitantes á abrazar el protestantismo. Cuando todas las poblaciones vecinas habían abandonado el Catolicismo con la reina Juana de Albret, los habitantes del valle de Lourdes se conservaron fieles á su

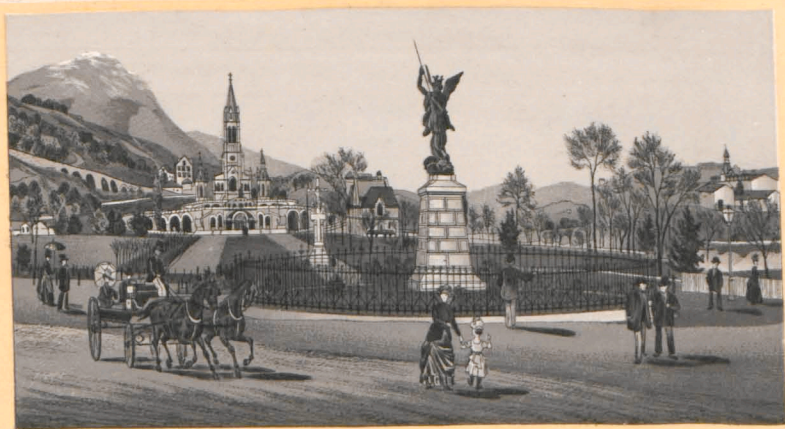
(1) Excepto los que recuerden que allí descansan los despojos mortales de Monseñor Pegramale, el santo y venerado "cura de las apariciones."

143
145

fe hasta que el país volvió al Catolicismo después de la coronación de Enrique IV.

Administraba el país y residía siempre en el Castillo fuerte un Gobernador nombrado por el Rey de Francia; pero cuando éste resultaba exigente y tirano, los labriegos de los contornos y los habitantes de los poblados solían unirse para declararse en guerra abierta contra el Gobernador que no les acomodaba. La última vez que así lo hicieron y fueron derrotados, se les castigó arrasando las murallas de la pequeña ciudad y convirtiendo su Castillo en una especie de Bastilla, á la cual enviaban á los jóvenes de la aristocracia francesa cuya conducta no era del gusto de su familia ó del Rey. En la época de la gran revolución francesa, el Castillo sirvió de prisión á muchos nobles del país; allí Napoleón mandó encerrar á un Embajador inglés, Lord Elgin, así como á varios hidalgos españoles que no quisieron aceptar la dominación de José Bonaparte en la Península.

La historia civil de Lourdes no deja, pues, de tener algún interés, pero éste desaparece completamente en la actualidad, como se eclipsan pálidas estrellas al lado del sol, para dar campo á las maravillas religiosas que allí se han efectuado. Si el Castillo ha perdido su prestigio y se encuentra hoy desmantelado y desprovisto de guarnición militar, á sus pies en el valle los milagros que han tenido lugar en la gruta de Mosabielle han convertido al antes desconocido Lourdes en uno de los lugares más conocidos y populares del mundo entero.



ST. MICHEL BOULEVARD DE LA GROTTÉ.

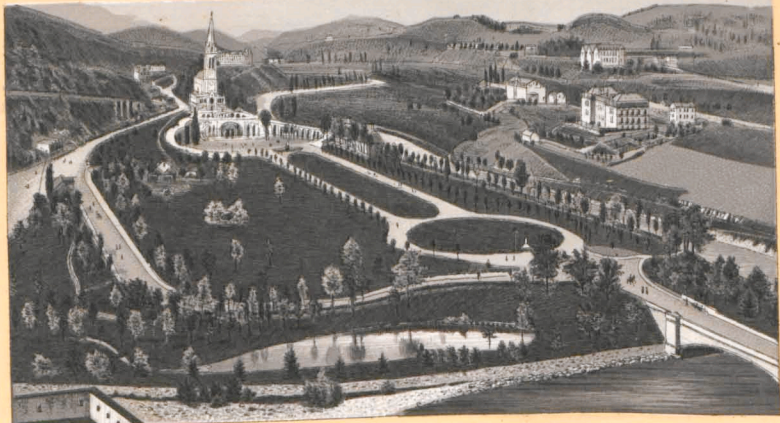


VUE GÉNÉRALE DE LA BASILIQUE.

Después de dejar nuestras maletas en el Hotel y averiguar la hora de la comida, salimos inmediatamente á dar el primer vistazo á la población. Nos dirigimos en primer lugar á la ciudad vieja, eu busca de las cartas que deberían aguardarnos en el correo, como dijimos antes, la parte vieja no tiene nada digno de atención, salvo el almenado y silencioso castillo que se levanta en su centro y la iglesia parroquial, de estilo romano, que no visitamos ese día y que no tiene ningún interés. Además, todo el cuidado del que á Lourdes va se fija en los nuevos templos levantados á la Virgen en las cercanías de la gruta de Masabielle; y la iglesia nueva que han comenzado á edificar para reemplazar la antigua, demasiado pequeña para la actual población, nunca será visitada por la gran masa de los peregrinos á quienes la milagrosa aparición de la Virgen á Bernardita Soubiros es lo único que les induce á visitar ese rincón de los Pirineos.

Las casas que no son hoteles son pobres y mal construídas, pero en cambio hay infinidad de hoteles de toda especie y para toda clase de peregrinos de todas las categorías sociales, y los almacenes de objetos piadosos son tan numerosos que forman calles enteras. Todos estos almacenes tienen una profusión variadísima de objetos de devoción; desde las inmensas camándulas que compran á porfía los peregrinos y sobre todo las gentes del pueblo, y que llevan atadas en dos vueltas á la cintura y colgando hasta el suelo, hasta los objetos más preciosos y artísticos que en ese género se fabrican. Las estatuas de Nues-

745
147



GRANDE AVENUE VUE D'ENSEMBLE.

tra Señora de Lourdes se ostentan en gradación en todas las vidrieras, desde la de tamaño natural hasta la de dos ó tres pulgadas de grande, y se podrían pasar dos ó tres días enteros examinando los mil "recuerdos de Lourdes" de oro, plata, marfil, mármol, madera, porcelana etc., etc., que por todas partes y en todas formas se venden.

Al regresar del correo atravesámos el Gave por el puente nuevo y nos dirigimos á la hermosa explanada que se extiende desde las tres iglesias superpuestas hasta el río. Este es de forma oblonga, sembrada de menuda yerba que forma una alfombra verde como la esmeralda, y rodeada de dos hileras de árboles; tiene en la parte más cercana al Gave una estatua de San Miguel, y en la parte yecina á la Basílica la preciosa estatua de la Virgen, estatua de mármol en actitud elegantísima y coronada con una diadema de oro. Es diferente, y, en nuestro humilde sentir, mucho más bella que la que se encuentra en la gruta en donde la Madre de Dios hizo sus apariciones á Bernardita.

Después de la estatua se encuentra una gran plaza que rodea por tres lados la iglesia del Rosario al frente, y á uno y otro lado de la monumental gradería; más lejos, sobre arcos superpuestos, está la rampa que sube hasta la Ba-



APPARITION DE LA STE VIERGE A BERNADETTE.

cinturón azul y orlada la cabeza del letrero de oro: "Je suis l'Immaculée Conception." Al pie se ve crecer un rosal silvestre que se llena de flores en la primavera. Adentro de la gruta un enorme candelabro lleno de ceras y una triple hilera de cirios, algunos de los cuales son enormes, arden noche y día ante la desnuda roca que presencié las maravillas de la aparición de la Virgen y constantemente asisten á los milagros que allí se efectúan. Un verdadero bosque de muletas y de toda clase de bastones y cañas cuelgan de la bóveda superior de la gruta y atestiguan las curaciones de los que abandonaron en aquel lugar bendito el apoyo que antes necesitaban sus miembros paralizados. El pavimento de la parte exterior está embaldosado, y de cada lado multitud de bancos dan asiento á los que allí van á orar y á oír á los predicadores, los cuales se dirigen á los peregrinos desde un pequeño púlpito de mármol que se halla á la derecha del especta-

sílica, edificada encima de la iglesia de la Cripta. Debajo de ésta construyeron la del Rosario, de manera que hay tres iglesias superpuestas sobre la roca inmensa á cuya base está la gruta de Massabielle, la cual queda en línea recta debajo del altar mayor de aquellas iglesias, pero sin que se la pueda ver desde la plaza.

Sin necesidad de preguntar el camino (pues por las muchas descripciones que de Lourdes habíamos leído, conocíamos de antemano todos aquellos lugares), pasámos sin detenernos por debajo de los arcos que sostienen la rampa y nos dirigimos hacia la gruta, la cual se encuentra detrás de varios edificios bajos y como á media cuadra de las orillas del Gave.

La gruta mide unos cinco ó seis metros de altura por ocho de ancho y seis de profundidad, y una reja la divide de la parte exterior. Como á tres ó cuatro metros del suelo, en medio de las ramas de los arbustos que allí crecen, y en el mismo lugar en donde Bernardita vió á la Virgen, se encuentra la estatua de mármol blanco con su



VIERGE DE LA GROTTTE.

dor. A la izquierda de éste hay una fuente que derrama por tres llaves el agua milagrosa, y más lejos 12 llaves más permiten á los peregrinos el proveerse á sus anchas de aquella agua (1). Por allí mismo están las piscinas en donde se bañan los enfermos, y todas aquellas llaves proveen al mundo entero de la maravillosa agua de Lourdes.

Al frente de la plazoleta que se extiende ante la gruta, corre sosegadamente el hermoso río Gave, cuyas cristalinas ondas bañan aquellos fértiles campos, apareciendo y desapareciendo entre ellos como una ancha cinta azul orlada de gasa blanca. El río está represado por una muralla y un pretil de piedra que se prolonga á uno y otro lado por espacio de una á dos cuadras. Una larguísima alameda de árboles sombrea otras hileras de bancos de piedra y de madera que ofrecen comodidad á los peregrinos.

Después de orar un rato al pie de la gruta, quisimos subir por las pendientes escaleras de mármol hasta la Basílica. Hallabase colmada de gente é iluminada con centenares de luces. El Santísimo Sacramento estaba expuesto, y numeroso clero llenaba el presbiterio; en medio resaltaban los vestiduras moradas de un Obispo. Un sacerdote rezaba en el púlpito el rosario, á cuyas preces contestaba la multitud con el mayor fervor, y de vez en cuando entonaban todos á la vez uno de esos cánticos que sólo en Lourdes se oyen; cánticos que son capaces de electrizar al corazón más frío, y que luégo se graban indeleblemente en la memoria.

II

No era ese el momento oportuno para visitar la Basílica, lo cual hicimos al día siguiente, despacio y á una

(1) La pequenísima fuente que Bernardita excavó con las manos en la gruta produce hoy día la maravillosa cantidad de 85 litros de agua por minuto, ó sean 122,000 por día. ¡Este es un milagro patente!



INTÉRIEUR DE LA BASILIQUE N. D. DE LOURDES.

hora en que no había oficios religiosos en ella. Creemos que la descripción, siquiera sea incompleta, de sus maravillas, llame la atención del lector y edifique su piedad.

Este magnífico templo, edificado á costa de inconcebibles esfuerzos, sobre una mole de gigantescos peñascos, está rodeado por un terraplén, desde el cual se disfruta de una bellísima vista sobre el valle. Los ojos no se sacian de contemplar ese paisaje encantador : esas praderas verdes como la esmeralda, atravesadas por el azul y espumoso Gave ; ese castillo fuerte, circundado de las angostas y apiñadas calles de la población vieja, haciendo frente á la extensa explanada y sus blancas estatuas, que termina al pie de las tres iglesias superpuestas sobre la gruta ; esas numerosas lomas y colinas, cada una de ellas coronada por algún blanco é imponente monasterio, y sus huertas de árboles frutales ! Los Pirineos forman el



INTÉRIEUR DE LA CHAPELLE DU ROSAIRE

marco del risueño paisaje, y el cielo azul del mediodía es su magnífica techumbre. Pero ya volvemos la espalda al valle y contemplámos el exterior de la Basílica. Domina el rosetón central un hermoso retrato de mosaico romano que representa al Santísimo Papa que proclamó el dogma de la Inmaculada Concepción de María; una sola torre se levanta sobre la parte central de la Basílica, cuyas formas son puras y elegantísimas, imitando el estilo romano del siglo XIII. Sobre la puerta principal se encuentra una estatua de mármol de la Santísima Virgen; y más arriba una de Jesús en actitud de bendecir y rodeado por los símbolos de los cuatro Evangelistas.

El interior del templo—que no es muy espacioso, puesto que sólo mide 51 metros de largo por 21 de ancho—sólo tiene una nave central, orlada por su corona de 15 capillitas laterales, de las cuales cinco están dedicadas á Nuestra Señora en varias de sus advocaciones, y las demás á diversos santos. El aspecto entero del edificio es imponente y deslumbrador, y aparece siempre como si estuviese adornado para una fiesta. Y es la verdad: en

151
152

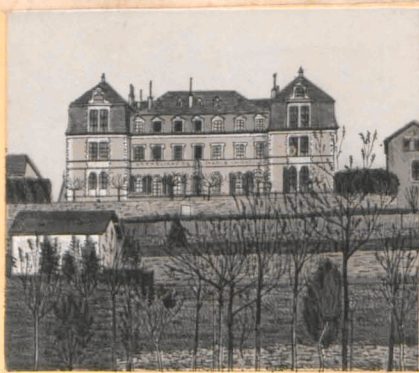
Lourdes todos los días son de fiesta, y todos los días se efectúan allí peregrinaciones y milagros. En contorno no hay espacio vacío: por todas partes cuelgan estandartes bordados de oro y piedras preciosas, banderas, banderolas y pendones de riquísima seda, regalados por las diputaciones de peregrinos que de todas las principales ciudades de Francia y de muchas otras del universo entero, han venido y vienen continuamente á postrarse ante Nuestra Señora de Lourdes. Corazones de oro, lámparas de todas dimensiones tapizan las paredes y esmaltan las bóvedas de estrellas: obsequios son de todos los que han obtenido alguna gracia de la Madre de Dios. De la bóveda central bajan multitud de arañas de cristal que iluminan el recinto con mil luces que se reproducen en los objetos de oro, los cristales y los metales preciosos que se ven por todas partes.

El altar mayor es de mármol de Carrara, y en su base se halla un bajo relieve que representa cuatro de los misterios de la Virgen: la Anunciación, la Visitación, la Asunción y la Coronación gloriosa. En las gradas superiores del altar hay riquísimos mosaicos, ocultos muchas veces por la soberbia alfombra bordada en sedas, que fué trabajada por las damas más aristocráticas de Francia, y se llama la alfombra de la manifestación nacional. Encima del Tabernáculo hay una estatua de la Virgen, coronada con doce estrellas de oro engastadas en diamantes, y al pie una palma de oro y esmaltes preciosos enviada por el Santo Padre. El presbiterio todo está rodeado de una rica verja dorada.

Allí hay también 20 arañas de cristal que, cuando están encendidas, forman un círculo de fuego en contorno de la Virgen coronada, y doce lámparas de oro se mecen ante el sagrario. Obra son de un distinguidísimo artista francés, al cual se debe también la magnífica custodia de Nuestra Señora, que es todo un poema y cuya forma y belleza le dan un valor inapreciable: pesa 32 libras y tiene

más de un metro de altura. En el centro del santuario está la lámpara de Irlanda, notable por sus soberbios bajos relieves; y del lado del Evangelio llama la atención una lámpara de plata maciza y de forma triangular, obsequiada por los peregrinos de Macao. Todas las lámparas las arañas, las mil banderas y objetos de arte que adornan el recinto son obsequio de ciudades, de cofradías, de Reyes, Príncipes y particulares del mundo entero, desde la China hasta Irlanda, desde Australia hasta América, y desde Africa hasta el Polo Norte. Aquí se ven unas charreteras en una caja de cristal—recuerdo de una conversión milagrosa—más allá una corona de novia con una fecha; acullá un rosario de piedras preciosas—dón de una madre agradecida—en otra parte una cruz de la Legión de honor, recuerdo de una curación extraordinaria. En dondequiera que se fija la vista tropieza con espadas de oficiales, camándulas microscópicas, navíos de plata y oro, cirios engastados en metales preciosos y mil objetos que tienen todos su historia, y todos prueban los milagros obrados allí por la intercesión poderosa de Aquélla que nunca pide en vano.

Debajo de la Basílica se encuentra la iglesia de la Cripta, oscura, misteriosa, imponente por las tinieblas que adentro reinan, y que apenas disipan tenuemente la suave claridad de las 23 lámparas que arden noche y día en ese misterioso santuario. Ha sido excavada dentro del cerro, abierta en la peña viva. Dos galerías entapizadas con centenares de banderas, y cubiertas desde el pavimento hasta las bóvedas con ex-votos y placas de mármol conmemorativas de otros tantos milagros conducen al interior del templo. Allí se ven multitud de columnas sosteniendo el techo, y varias capillitas laterales en donde continuamente se dice misa, desde el amanecer hasta el medio día. La del centro es la de Nuestra Señora, y no se distingue de las demás sino por algunas pinturas y por la aureola luminosa que corona la estatua de la Virgen.



ORPHELINAT DE MARIE IMMACULÉE

Quien haya leído el libro de los *Episodios milagrosos* (¿y quién no ha leído los libros de Enrique Lasserre?) recordará las portentosas curaciones efectuadas al pie de ese altar, y se imaginará fácilmente la emoción con que vimos por primera vez ese sitio, y con que oímos en él la misa durante los 13 días, demasiado cortos, de nuestra permanencia en Lourdes. Las paredes de esas capillas son, como las de la Basílica, un museo de cuantos ricos y artísticos objetos han podido aglomerar la devoción y la gratitud, y entre todos ellos distingue el peregrino con interés un toscos rosario que perteneció al santo Cura de Ars. En la puerta de entrada hay una enorme estatua de San Pedro con las llaves en la mano, que á su derecha tiene la de San Benito Labre—el pobre de las 40 horas—y á su izquierda la de Santa Germania, una de las Patronas de la Francia. Las dos galerías laterales están llenas de confesionarios, siempre ocupados.

De las tres iglesias superpuestas, la última que fué construída es la del Rosario, la cual puede contener hasta 35,000 personas. En épocas de peregrinaciones se llena, y los fieles se derraman por el atrio y sobre los escalones que la comunican con la explanada.

La arquitectura de esta iglesia es una mezcla de estilo gótico, bizantino y romano, sin contar con el aire moderno que se respira en todo el templo y le da un aspecto *sui generis*. Tiene una nave central y dos angostas, orladas de 13 capillas, y tiene comunicación con la Basílica por medio de escaleras interiores, así como con la cripta.

Esta iglesia, en la cual se han invertido hasta ahora más de tres millones de francos y cuya ornamentación exterior aún no estaba concluída en 1894, fué entregada al culto en 1889, en presencia de un Arzobispo, 16 Obispos y 20,000 personas más que allí acudieron de todas partes de la Francia y de otros países.



PROCESSION A LA GROTTTE N. D. DE LOURDES.

XIV

EL ROSARIO EN LA GRUTA DE LOURDES.

Nada más imponente que el Rosario vespertino rezado en la gruta santa, al cual asistíamos cada noche, durante nuestra permanencia en Lourdes. La primera vez lloviznaba algo, y el tiempo estaba aparatado y sombrío. Delante de la explanada de la gruta había poca gente cuando llegámos, á eso de las siete, pero poco á poco fueron acercándose muchísimas personas, que en breve ocuparon todos los bancos, abriendo paraguas los que lo tenían, y los demás recibiendo con entera impasibilidad sobre la cabeza la menuda lluvia que caía. Nosotras entramos dentro del recinto de la gruta, en donde pudimos conseguir dos reclinatorios, y allí permanecimos una hora presenciando, con indecible edificación, el recogimiento y la piedad de la gente aglomerada adentro y afuera. Como acontecía cada noche, Lourdes entero parecía haberse despoblado para refluir en oleadas hacia la gruta, y acudían ansiosamente á ella gentes de todas las categorías sociales y que habían ido de todas partes del mundo. Pa-

155
156

dres con sus hijos al lado, madres con los niños en los brazos, damas cubiertas de sedas y de joyas, aldeanas del pueblo y de las montañas vecinas con su pintoresco vestido popular, sacerdotes en gran número, pobres, ancianos, niños, monjes carmelitas y franciscanos, Hermanas de la Caridad con sus cornetas de distintas formas, Religiosas de todas las Órdenes conocidas; toda esa gente entraba en larga fila por la una puerta de la verja, daba lentamente la vuelta á la gruta, besando la roca en cuya cima había puesto la Virgen Santísima sus plantas, retocaba cada cual en ella sus camándulas y medallas, y luégo volvía á salir por la puertecilla opuesta, en el mismo orden y compostura. Todo el mundo rezaba en voz baja, sentándose en el suelo los que no habían podido conseguir asiento. La gruta estaba brillantemente iluminada con el resplandor de los centenares de cirios que ardían ante el nicho, y á los cuales á cada rato un peregrino acudía á agregar uno nuevo; y esas luces hacían brillar como ascua de oro la inscripción de la aureola de María, y ponía más y más en relieve la blanca estatua bajo el marco verde de los arbustos que la rodeaban. Desde el pie de la roca hasta el púlpito, había un espacio para los ramilletes de flores que los devotos traen continuamente á Nuestra Señora, y éstos iban aumentándose hasta formar una especie de trono perfumado de azucenas y rosas y margaritas dobles. No se oía más ruido que el chisporroteo de las ceras; el sonido cristalino de los vasitos colocados sobre el pretil de la fuente, á medida que allí los volvía á colocar cada uno de los que bebía en ella; el sosegado suspirar del viento entre las ramas de los árboles, y el manso murmullo de las aguas del Gave.

Al dar las ocho en el reloj de la Basílica, llegó á la gruta uno de los Padres Misioneros y subió al púlpito para dirigir el Rosario. Este fué rezado en dos inmensos coros alternativos, respondiendo el uno al otro, y deteniéndose todos entre cada decena para dar lugar al cánti-

156
157



GROTTE PRIMITIVE.

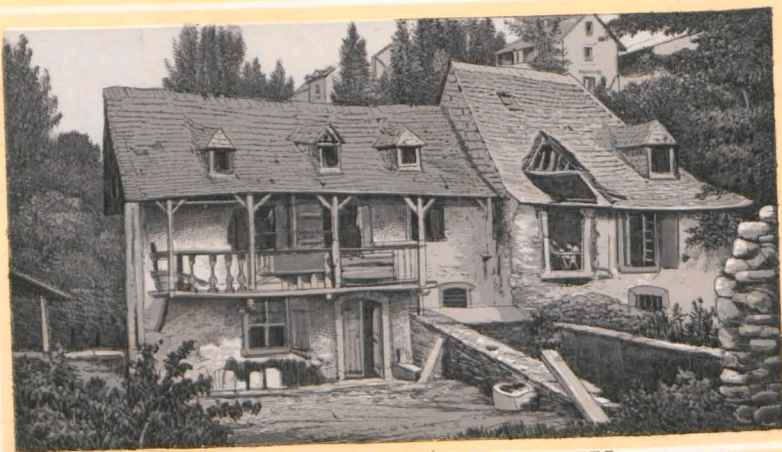


co que entonaban las niñas de la Escuela de las Hermanas de Nevers. Terminado éste, volvían á empezar las plegarias y todos esos centenares de voces, hondas unas y vibradoras otras, llenas de la más acendrada devoción, subían reunidas hacia la Reina de los Cielos, manifestándole el amor que le profesa la parte sana y religiosa de esta hermosa Francia que Ella ha amado tanto. Cuando el Rosario acabó, volvimos al hotel por enmedio de esas calles, débilmente iluminadas por faroles encendidos colocados á largas distancias. La lluvia había cesado del todo hacía rato, y en el cielo brillaba suavemente la misteriosa luz de las estrellas.

El día 8 debía tener lugar la llegada de una numerosa peregrinación que venía de Perigueux.



ABRI DES PÉLERINS A LOURDES.

MAISON OU EST NÉE BERNADETTE
7 JUIN 1844

XV

LA PEREGRINACIÓN DE PERIGUEUX.

Desde antes de clarear el día empezámos á oír el rumor de las gentes que llegaban. No bien nos levantámos, cuando salimos á ver aquel espectáculo digno de notarse. Las calles estaban llenas de gente forastera: labriegas llevando al brazo canastos con el fiambre, y de la mano á sus hijos más pequeños, se detenían delante de las tiendas de objetos religiosos, y muchas compraban las enormes camándulas que ya hemos mencionado, cuyas cuentas son del tamaño de una nuez, y atándoselas á la cintura, se dirigían á rezar en la gruta. Los hombres del pueblo llevaban cantimploras más ó menos grandes, para llenarlas del agua de la fuente; señoritas bien vestidas, jóvenes elegantes, ancianos asidos del brazo de sus hijos; ancianas, niños, todos llevaban sobre el pecho una cruz roja que era el distintivo de aquella peregrinación.

En breve se fueron juntando al pie de la gruta, pastoreados por los Curas de sus diversas parroquias. A poco se reunieron por grupos, levantaron en alto sus pendones de raso de colores diferentes y cantando himnos á

la Virgen, se dirigieron en orden hacia la Basílica, llevando en medio á los enfermos, arrastrados en carritos de mano.

Todo el día la escena fué muy animada en torno de la gruta. Las piscinas estaban llenas de enfermos; una multitud devota circundaba los chorros de agua en el exterior y en ella bebía, se lavaba las manos y la cara y empapaba los objetos que habían llevado con ese fin. A las doce del día los peregrinos pobres se dirigieron á los innumerables bancos á las orillas del río, sombreados por árboles espesísimos. Allí cada familia, cada grupo de conocidos se reunieron, y todos fueron sacando del canasto el fiambre, el mantel y servilletas, los platos, cubiertos y botellas, y en breve la escena se hizo en extremo pintoresca y animada, recordando los *agapes* de los primeros cristianos cuando participaban de alimentos en el interior de las iglesias.

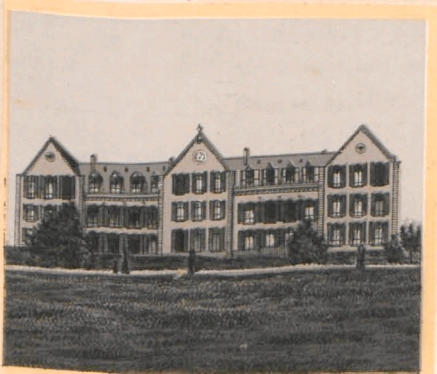
Pero esto no impedía las oraciones, los cánticos y



BERNADETTE SOUBIROUS.

alocuciones religiosas que sin cesar tenían lugar al pie de la gruta: llamados por su pastor se turnaban los feligreses de cada parroquia para implorar á la Virgen Inmaculada, presentándola sus propias necesidades y la de los enfermos que habían llevado, y haciendo patrióticas invocaciones en favor de la Francia. "Hijos míos!" les decía un sacerdote desde el púlpito, "recordad que la Virgen Santísima en este sitio dijo por tres veces á Bernadita: penitencia! penitencia! penitencia! atendamos á su voz y recemos con los brazos en cruz por los pecadores"! El entusiasmo y unción de su voz y de sus palabras excitaba iguales sentimientos entre sus oyentes, y cada momento se elevaban al cielo centenares de brazos suplicantes, y centenares de voces repetían el estribillo del más popular de los cánticos que en Lourdes oímos:

"Sauvez, sauvez la France!... ne v abandonnez pas!"
Ah! es verdad que la impiedad, la francmasonería, el anar-



COUVENT DE L'ASSOMPTION.

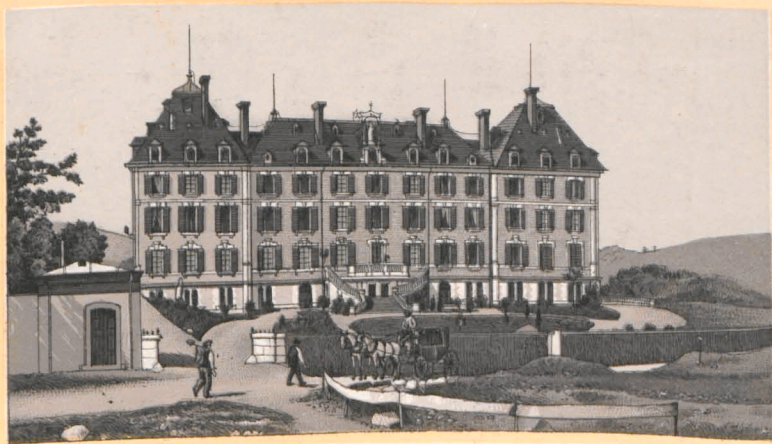
159
160



quismo, las doctrinas socialistas han hecho inmensos estragos en Francia, pero no han logrado descatozar la gran maza de su población. Quien dijere otra cosa, nunca ha visitado sus santuarios y presenciado sus fiestas religiosas; nunca ha subido á la Basílica de Montmartre ni ha orado ante la gruta de Lourdes.....

Pero la escena más interesante de aquel día fué la procesión de la noche.

Desde las 7½ p. m., cuando aún el sol, que acababa de ocultarse en el horizonte, incendiaba el poniente con sus rojizos resplandores y arrojaba una luz tranquila y misteriosa sobre el suelo, yá todos los contornos de la gruta estaban colmados de gente; todos los asientos, todas las gradas de piedra, todos los pretiles se hallaban invadidos por la muchedumbre y sin hueco para nadie más, ocupando todo el ámbito los que habían quedado de pie, y llegando sin cesar más y más peregrinos. Estos llevaban en la mano ceras rodeadas por una arandela de papel. En medio de los pobres veíanse grupos de damas elegantes, de gomosos con flor en el ojal, que iban sin duda en calidad de curiosos. Las labriegas no usan ni cofia ni sombrero, sino que con la punta de un pañuelo de seda se atan el moño y dejan caer las otras tres puntas sobre la espalda. Como cada cual lleva pañuelo de color diferente (aunque predominan los blancos entre las jóvenes y los negros entre las viejas), el aspecto de la multitud es muy pintoresco.



COUVENT DE L'IMMAGULÉE CONCEPTION ET ABRI DES PÉLERINS.

Todos conversaban, y aunque lo hacían en voz baja, oíase un murmullo continuo. De repente hubo un silencio general, y al dar el reloj de la Basílica las 8 de la noche, un sacerdote subió al púlpito, frente á la gruta, y empezó á hablar con unción y entusiasmo de la infinita bondad de Dios y de la poderosa intercesión de su bendita Madre. Los que estaban más cerca y oían las palabras del sacerdote, levantaban con él las manos hacia la Virgen y oraban con fervor, pero los que se hallaban más lejos y

no podían oír bien, hablaban en voz baja y se preguntaban unos á otros por los enfermos que habían llevado

—¿Se ha curado? preguntó una mujer á nuestro lado.

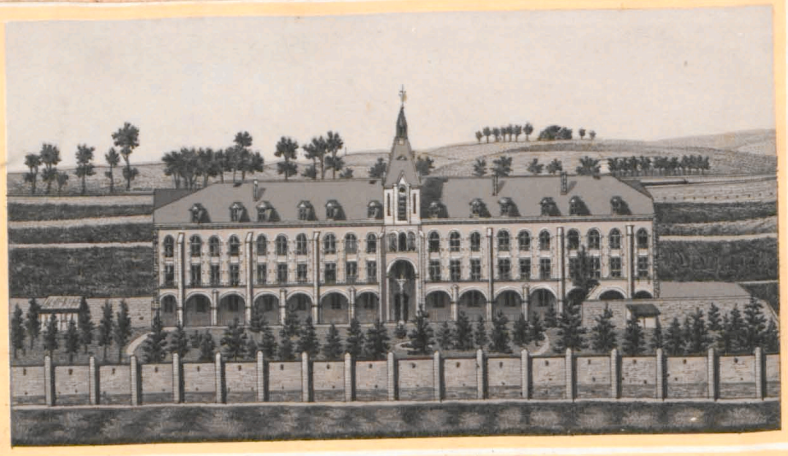
—No enteramente, repuso otra, yo hablé con el tío de la muchacha Ayer, después, de haber orado delante de la gruta con los demás, parecía una muerta, pero al cabo de un rato pudo tragar algunos sorbos de agua de la fuente, y levantó la cabeza con mayor facilidad; la llevaron á la posada y allí se tomó una taza de caldo, cosa que no había hecho hacía semanas, y aún pasó algunos pedacitos de pan sin mayor dificultad

—¿Y la han visto los médicos?

—La examinaron al llegar y declaráronla muy grave; y esta tarde se quedaron pasmados al ver la mejoría!

Una oleada de gente que se interpuso entre las dos mujeres nos impidieron seguir oyendo, pero después supimos que realmente habían ocurrido algunas curaciones

161
162



COUVENT DES CARMELITES A LOURDES.

milagrosas. (1)

Concluído el sermón y el rezo, los curas de cada parroquia organizaron la inmensa procesión. A la derecha de la gruta el camino sube desde ella hasta la cumbre de la roca en donde está situada la Basílica, en sinuosidades

que forman una gigantesca M, y que llaman en Lourdes las *lazadas*. Imagínese el lector esas lazadas compuestas de seres humanos con ceras encendidas, que tejen de cordones de luces toda la falda del peñasco, y que van subiendo y subiendo por ella en brillante, ordenada é interminable fila. Las luces van, vienen, se mueven al través de follaje; millares de voces acordes cantan á un tiempo :

¡ Virgen, esperanza nuestra,
No desatiendas la instancia
De aquestos tus pobres hijos !
¡ Tén compasión de la Francia !.....

(1) Durante esta peregrinación de Perigueux y la de la Diócesis de Beziers, habo varias curaciones, pero nada comparable á los inauditos prodigios obrados en Lourdes durante la anual y espléndida peregrinación nacional, á la cual tuvimos la pena de no poder asistir. De esta peregrinación (compuesta de muchos miles de personas, y que llevaba más de 900 enfermos á la gruta), nos escribía una amiga nuestra colombiana, que estuvo en Lourdes todos aquellos días: " Renovándose están en este bendito y privilegiado santuario los prodigios que se vieron en Judea durante la vida mortal de Nuestro Señor Jesucristo. Los cojos y los paralíticos andan, los ciegos de nacimiento ven; y estos milagros no es que los haya leído ni oído, sino que *los he visto realizarse en mi presencia*, unas veces en la gruta y otras durante las procesiones del Santísimo Sacramento." Junto con sus cartas, nuestra amiga nos envió los periódicos de Lourdes y las comprobaciones oficiales de esos hechos, que no pueden leerse sin entusiasmo y ternura. Los milagros en Lourdes son tan constantes que ya no llaman la atención: los forasteros se maravillan de ellos, pero los mismos habitantes del lugar los consideran como la cosa más natural del mundo.

Millares de voces cantan las estrofas de un himno que refiere las apariciones de Nuestra Señora á Bernardita, á los cuales contestan otros: "Ave, Ave María," repetido sin cesar; y á pesar de las tonadas diferentes que van cantando los diversos grupos, el conjunto es maravillosamente armonioso.

La procesión desemboca delante de la Basílica (es decir la cabeza de ella, porque los últimos no llegan sino cuando ya los primeros han regresado de la gruta); comienza á descender por la larguísima rampa que se extiende desde ahí hasta la explanada, y se desenvuelve en interminables espirales de fuego al rededor de la pradera y de los caminos que la circundan. Lejísimos se oyen las voces de los primeros grupos; vibradoras y armoniosas las de los que siguen; y á medida que éstas se apagan en la distancia, otras y otras las reemplazan, y todos los ecos de las montañas repiten el Ave María. El Gave refleja en sus ondas azules la llama de esas ceras, incontables, á cuyo brillo responde el de las ventanas iluminadas de los conventos escalonados sobre la margen opuesta del río. La multitud de espectadores cubre las plataformas, las rampas, los edificios lejanos, los caminos, los atrios de las tres iglesias; y hasta los más indiferentes, los que han ido como simples *turistas* á conocer "lo

que sucede en Lourdes," se olvidan de todos sus fríos y mundanos sentimientos. La fe y el entusiasmo renacen en el corazón, los ojos se llenan de lágrimas de fervor, y las conversiones producidas por espectáculo semejante son hechos no menos admirables que las curaciones corporales que registran á millares los anales de Lourdes.

Y téngase presente que los peregrinos que forman esas procesiones son gentes que llegaron ese día por la mañana de una ciudad distante de Lourdes; que han pasado las 12 horas de la noche en el tren, y no han comido sino las frugales provisiones que trajeron consigo; que han pasado todo el día rezando en la gruta, y que, después de trepar esas rocas durante hora y media y caminar al rededor de esa pradera y cantar himnos sin des-

canso, habrán de tomar el tren de las diez y media para regresar á su pueblo, y pasar la segunda noche de insomnio en el wagón. Muchas de esas gentes son pobres mujeres con sus niños pequeñitos en los brazos, pero ninguna se imagina haber hecho nada notable con ese viaje, sino antes bien, se dan por bien servidas de haber tenido con qué satisfacer su piedad y su amor por Nuestra Señora. Todas sus economías las emplearon en hacer esta romería: ahora lo que les importa es trabajar y ganar lo necesario para hacer la del año venidero, ó para ayudarles á sus parientes y amigos á hacer la suya.

Mientras que todo esto oíamos decir entre los espectadores de la Procesión, y mientras nosotras, de pie en la galería exterior del *Abrigo de los peregrinos* (1) contemplábamos en silencio la escena, veíamos regresar las últimas filas de luces, y encaminarse todas juntas hacia la iglesia del Rosario. El atrio y la explanada se llenaron de peregrinos; uno de los sacerdotes de la Procesión dirigió la exhortación final á los fieles, y después de unos

instantes de silencio, todos á la vez entonaron el canto grave é imponente del *Credo in unum Deum* como postrer acto de fe de ese día inolvidable. Ese canto imponente de todo el Credo, entonado por dos mil voces en una noche estrellada de estío; ese canto vibrador y pausado resonando en todo el valle y pregonando creencias tan firmes é incontrastables como las rocas que sirven de peldaño á la Basílica, era uno de esos espectáculos que jamas podrán olvidarse! Era la voz de la Francia católica, oponiéndose á la Franica impía, era la realización de esas altivas y elocuentes palabras pronunciadas en otra época por el Conde de Montalembert: "Somos los hijos de los Cruzados, y jamás retrocederemos ante los hijos de Voltaire!"

(1) *Este Abrigo* es un espacioso edificio construido expresamente para dar hospitalidad á los peregrinos pobres que no tienen en dónde pasar la noche. Está situado á la vera de la extensa explanada, enfrente del Rosario.

164
165



LAC DE LOURDES.

Un lago—El Santuario de Betharram—Pannorama—Diorama—Conventos y hospitales.

Durante nuestra permanencia en Lourdes, una tarde en que el calor era agobiador en aquel valle, resolvimos ir á buscar aire fuera de él. Tomámos uno de los coches abiertos que se alquilan en las estaciones, y partimos en busca de la frescura que ofrecen los contornos del lago de Lourdes.

Salimos de la población ; atravesamos lentamente risueños paisajes perfumados por flores silvestres y heno recién cortado que los segadores amontonaban en pirámides en las dehesas vecinas. Orillando casitas rodeadas de jardines cuyas flores escalaban las paredes y se asomaban curiosamente hacia el camino real, pasando bajo la sombra de árboles frutales, gozábamos de puntos de vista en nada inferiores á los de Suiza.

Lourdes, encerrado en campestre cuadro dentro del gigantesco marco de los Pirineos, cuyos cerros levantaban su cúspide en una atmósfera azul y diáfana, tiene grandes encantos.

De vez en cuando nos encontrábamos con algún carro tirado por esos buyecitos amarillos de los Pirineos tan curiosamente disfrazados, con su

XVI

manta blanca en la espalda, su redcilla de flecos en la cara, y su sombrero de cuero de oveja en la cabeza; ó tropezábamos con un rebaño de cabras, conducidas por el pastor, al melancólico són de la chirimía que éste les tocaba.

Por fin llegámos, cuando menos lo

pensábamos, á la orilla de un hermoso lago, circundado de follaje por todos lados, y en cuyas aguas cristalinas se reflejaban los cerros con entera fidelidad.

Dice la tradición que—así como el Mar Muerto cubre con sus aguas las cinco ciudades culpables de la Palestina,—el lago de Lourdes encierra dentro de su seno la primera población que se fundó en el valle. Su historia es una imitación completa de la de Sodoma. Para que nada falte en ella, los campesinos señalan una gran piedra que señorea el valle, la cual, dicen, es nada menos que una mujer que, habiendo logrado huir de la inundación que sumergió su aldea natal, quiso contemplarla desde aquel sitio y quedó convertida en piedra, como la mujer de Lot se cambió en estatua de sal.

Tiene el lago una longitud de 1,700 metros, 6 kilómetros de circunferencia y 8 á 9 metros de profundidad. Muy frescas y agradables se veían sus azulosas ondas en esa tarde calurosísima de verano, y queriendo examinarlo mejor, pusimos pie á tierra y nos dirigimos hacia la orilla.

Siendo este un lugar muy frecuentado, hay en él un restaurante durante los meses de estío, y á él acuden en multitud los turistas. Muchos había alrededor de las mesitas que habían sacado afuera; y varios coches esperaban, como el nuestro, á que regresasen á ellos las señoras que los habían tomado, y que paseaban á pie por las márgenes del lago. Las imitamos durante algunos minutos; pero era yá hora de regresar á la población, y en breve dejámos atrás aquel tranquilo y apartado sitio.

Otro día resolvimos ir á visitar el antiquísimo santuario de Betharram, que dista hora y media de Lourdes. Alquilámos un cómodo carruaje con dos caballos, y salímos de la población á las nueve de la mañana.

No habíamos andado mucho, cuando el cochero nos dirigió la palabra, y con sonrisa de orgullosa satisfacción nos dijo en español:

- Entiendo lo que ustedes hablan, señoras, soy compatriota de ustedes.
- Compatriota... es decir, usted es español?
- Catalán, señora, y me llamo *Lluccas*. Muy á la disposición de ustedes (tocándose el sombrero) para cualquier excursión en que necesiten de mí.

Y con esto, nuestro titulado compatriota nos comunicó que llevaba muchos años de residir en Francia, y aprovechó toda ocasión de explicarnos lo que veíamos; manifestando el gusto con que hablaba lo que él llamaba castellano, pero que en realidad no era sino un conjunto poco armonioso de catalán, español y francés.



STE. MADELEINE A LA GROTTTE DES ESPELUGUES.

Seguímos las orillas del Gave por el lado fronterizo á la población de Lourdes, y en las cercanías del ferrocarril, cuya vía atravesámos dos veces.

El paisaje era variado, montañoso y muy bello; subiendo y bajando cuestras pobladas de árboles y orillando casi continuamente la del río Gave. De vez en cuando oíamos un sonido extraño en aquellos parajes solitarios, y veíamos aparecer numerosas partidas de vacadas, capitaneadas por una que llevaba una campana al cuello, la cual sonaba como si hubiera procesión. Cada vez que se acercaba á algún maizal, el tañido de la campana ponía sus intenciones en conocimiento del pastor, quien salía á toda prisa de su cabaña para expulsarlas de ahí. Los bueyecitos de capa y redecilla solían pasar á su lado uncidos á sus carros, pero ellas no se dignaban mirarlos.

166
167

Al cabo de una media hora nos encontramos en la única calle de una triste y antiquísima población. Sus casas, que imitan la forma de viejas torres feudales ennegrecidas por el tiempo, le dan un carácter peculiar al paisaje montañoso que la circunda y cuya severidad acreditaban las arboledas oscurísimas de abetos y pinos en medio de las cuales se levantaban aquí y allí rocas escarpadas, cercas de piedra y ennegrecidos troncos de árboles.

Un poco más lejos, pasamos por la población de San Pé (San Pedro), que si bien se enorgullece con el título de ciudad, no es muy superior á la tristísima aldea que acabábamos de atravesar. Es este un centro fabril, industrial, en donde se fabrican clavos y pañuelos. Levántase la población sobre un sitio escarpado sobre el Gave, y se compone tan sólo de una calle larga y angosta, orillada por casas tristes y desvencijadas; pero en medio de las cuales vimos algunos jardines, cuyas vistosas flores sonreían encima de las ruinosas tapias. Hacia la mitad de la población hay una pequeña plaza rodeada de casas con portales húmedos y ahumados, teniendo á un lado una antiquísima iglesia, edificada en el siglo XI; la cual, arruinada por los hugonotes hace más de tres siglos, nunca volvió



RE. DAME DES SEPT DOULEURS GROTTES DES ESPELUGES.

á recuperar lo perdido. Sin embargo, San Pé posee un seminario en donde

se educan 300 jóvenes de esa y otras comarcas, los cuales dan opimo fruto á la Iglesia Católica.



PONT DE BETHARRAM.

A la salida de la población veíanse algunas casas modernas rodeadas de florecidos jardines, y opulentas huertas cuyos peros, manzanos, duraznos y ciruelos se doblaban bajo el peso de sus frutas. Seguimos poco trecho por en medio de agreste paisaje, y á las 10½ llegamos á Betharram.

Esta población está situada á la orilla izquierda del Gave, y no puede verse nada más lindo, como punto de vista, que el puente que se atraviesa para llegar á ella. Es de piedra, y sus pretilos están cubiertos de un flotante encaje de hiedra y plantas parásitas que caen sobre el río, dejando ver bajo la arcada las azulísimas y tran-



VUE GÉNÉRALE DE BÉTHARRAM.

quilas ondas, y los árboles y arbustos retratados en ellas. Ese puente pintoresco; ese cortinaje elegantísimo ondeando sobre el agua y tocándola con sus orlas de esmeralda; el paisaje montañoso de un lado; la ciudad del otro, con su loma tachonada de blancas capillas. . . . Todo aquello parecía más bien una decoración teatral que un paisaje verdadero. Otro seminario más grande que el de San Pé se extiende sobre la ribera opuesta del río. Poco más allá se detuvo el coche frente de la iglesia levantada en el siglo XVII, sobre el antiguo Santuario que fue destruido por los árabes en el siglo XVIII, y que desde entonces lleva el curioso nombre de *Betharram* (que significa *bella rama*, y de cuya tradición hablaremos adelante).

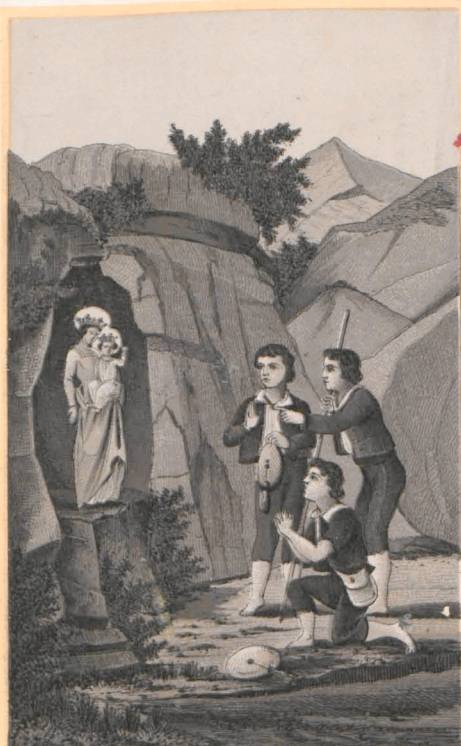
Echámos pie á tierra y nos dirigimos en primer lugar á la iglesia de Nuestra Señora, que tenemos delante. Los conocedores ponderan la fachada toda de mármol de los Pirineos con estatuas de los cuatro Evangelistas; pero no nos pareció que tuviera mayor interés. El interior sí es lujoso, lo que llama la atención en aquel humilde rincón de las montañas.

Muy á la raíz del cristianismo, dice

la tradición, pacían sus ovejas dos partorcillos inocentes por las márgenes del Gave, cuando de repente encontraron en medio del bosque una estatua de la Virgen con el niño en los brazos. Corrieron á dar parte de este hecho á los labriegos de los contornos, y éstos se reunieron para recoger fondos y edificar en ese mismo lugar una Capilla á la Virgen. Desde aquella remotísima época—y apesar de la subsiguiente invasión de los árabes que fueron de España, hasta la época de la guerra de los albigenses,—se rindió culto á Dios en aquel lugar, y la Virgen hizo allí infinitos milagros. Pero las aciagas insurrecciones de los albigenses primero, y de los hugonotes después, echaron por tierra el sagrado edificio, y dícese que un piadoso devoto se llevó la estatua milagrosa hasta España, temiendo algún desacato de los llamados *Reformadores* del Catolicismo. Aseguran algunos que la efigie de



INTERIEUR DE LA CHAPELLE N. D. DE BÉTHARRAM.



APPARITION DE LA STE. VIERGE
AUX PETITS BERGERS.

vantar, á costa de muchos sacrificios de dinero, las monumentales *Viacrucis* que se encuentran en el cerro que se levanta abrupto encima mismo de la poblaci3n, y cuya cúspide est3 coronada por un hermosísimo *Calvario*.

Desde la iglesia parroquial de Betharram, en cuyo atrio est3 edificada la primera, hasta el Calvario, en donde se levanta la última, catorce capillas de mármol blanco señalan las estaciones de las *Viacrucis* y esmaltan el cerro de pintorescas construcciones. Cada una tiene su altar, con el bajo relieve que representa la estaci3n correspondiente, y una verja de hierro se interpone entre la puerta abierta y el pendiente camino que sube al devoto peregrino. No todas son iguales en tamaño, pero todas son muy lindas, y un trecho, como de una cuadra de distancia, separa cada una de la que la precede y la sigue. Intentamos ha-

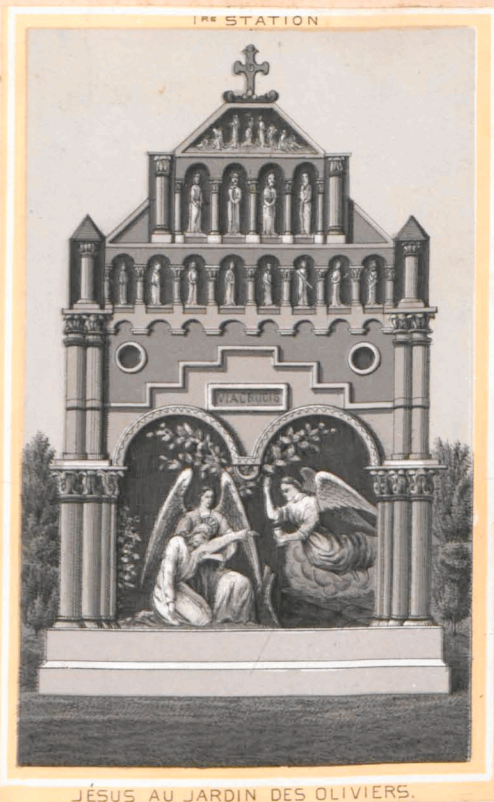
María que se venera en *Fauste-Villa*, puebl3 que dista unas ocho leguas de Zaragoza, es la misma que tantos milagros obraba en Betharram durante toda la Edad Media.

Entre tanto, los vecinos de Betharram no olvidaban su derruido santuario, y durante las veladas de invierno se referían unos á otros que la Virgen había aparecido á los pastores de los contornos pidiendo que volviesen á levantar la antigua iglesia. Súpolo Luis XIII, que amaba mucho el antiguo Bearn—cuna de sus mayores—y siempre procuraba proteger las pobres poblaciones de los pirineos; así fue que mandó que se hiciese lo que deseaban los vecinos de Betharram y le volviesen á construir una capilla sobre las ruinas de la antigua. Erigióse en 1614 la que hoy existe, y pocos años después empezaron á le-





CHAPELLE BÉTHARRAM.



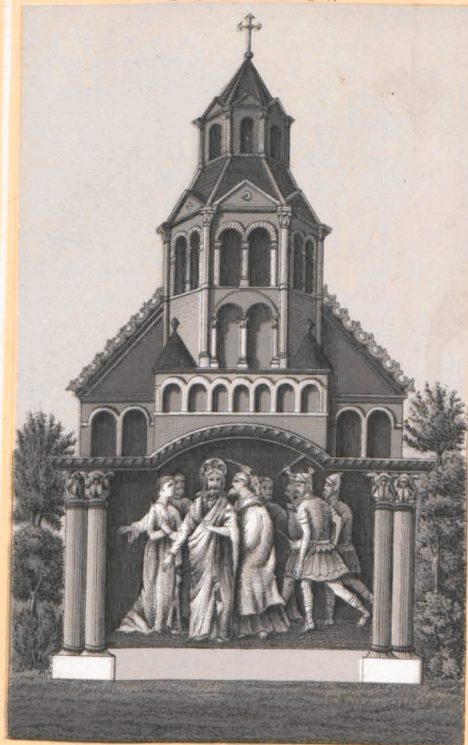
JÉSUS AU JARDIN DES OLIVIERS.

cer el ejercicio entero y empezamos á subir la cuesta, con otras personas que también iban rezándolo; pero el sol era de Agosto, es decir, canicular, y la hora no lejos de mediodía; el calor era sufocante y el camino empinadísimo, de manera que en la 9ª estación estábamos rendidas y nos fue imposible subir hasta el Calvario. Nos detuvimos, pues, deshechas en sudor y medio muertas de cansancio, y para descansar volvimos nuevamente á la iglesia de abajo, que visitamos con mayor despacio que la primera vez.

La actual Virgen, de gran mérito artístico, es de mármol blanco y se halla sobre el altar mayor. El resto de la iglesia lleva el sello de la época florida del Renacimiento, con sus antiguos retablos, sus vistosos dorados, sus

ricos marcos y contesonarios de madera esculpida y de forma cóncava, sus cuadros de buenos maestros, etc. El abovedado techo es azul y recamado de estrellas de oro. Las vidrieras de las ventanas son modernas, y lleva cada una un medallón en el centro, que representa un paisaje agreste,—curiosidad que hasta ahora no habíamos visto en ninguna iglesia.

En la sacristía nos señalaron algunos objetos que allí se conservan, á saber: el velo matrimonial de María Antonieta (pues todos los Reyes de Francia profesaban gran devoción á Nuestra Señora de Betharram, y solían hacerla valiosas donaciones); el traje de boda de la Condesa de Chambord, hecho todo de encaje finísimo; varios báculos de ilustres prelados, y el bonete de S. S. Gregorio IX.



TRAHISON DE JUDAS.

Betharram es un lugar de numerosas peregrinaciones, de las cuales las más populares son las que se efectúan anualmente el 8 y el 14 de Septiembre. En esos días, nos dijeron, se ven los caminos de la montaña cubiertos de las caravanas que vienen del Bearn y de otras provincias, y los peregrinos se aglomeran á orar en el santuario y luego hacen todos juntos las Viacrucis del cerro. Se les ve subir por centenares la escarpada cuesta y rodear las blancas capillas de las estaciones, asemejándose desde lejos á las innumerables hormigas que invaden un pan de azúcar; y terminado el santo ejercicio regresan, al caer de la tarde, á sus respectivas aldeas, haciendo vibrar esos campos solitarios con los piadosos cánticos que vienen entonando.



JÉSUS DEVANT CAÏPHE.

Frente á la Capilla se encuentra una fuente dedicada á San Roque de Montpellier, obra del siglo XVII. Parece que el origen de ello fue que en los tiempos de la gran peste de Marsella, cuando todos los pueblos de los Pirineos fueron diezmadados por aquella horrible enfermedad, los habitantes de Betharram se encomendaron á San Roque, y merced á su intercesión y á la protección de Nuestra Señora, lograron preservarse del azote.

A corta distancia del puente, y levantada en alto sobre el pretil que costea el Gave, nos llamó la atención una gran piedra en forma de libro abierto, con una llave—también de piedra—incrustada en su reverso. Sobre la primera está grabada en carac-

171
172

terres negros la historia del santuario de Betharram, y con la segunda tuerce el lector cada una de sus cuatro páginas hasta llegar al fin de la relación. Riéndonos todavía de tan curiosa ocurrencia, llegámos al lugar en donde nos esperaba bostezando el buen Lluscas, y montando en el coche volvimos á tomar el camino de Lourdes.

De trecho en trecho encontrábamos casitas de pobres jornaleros, y al sonar las ruedas del coche en las piedrecitas del camino, de cada encrucijada y de cada habitación salían tropas de niños que nos ofrecían florecillas del campo y nos pedían limosna. Este espectáculo, rarísimo en Francia, y que solamente entonces presenciábamos, excitaba la virtuosa indignación de nuestro catalán, quien blandía el látigo en el aire y exclamaba:

—Lejos de aquí, holgazanes! A la escuela . . . á la escuela!



LA FLAGELLATION.



JESUS COURONNÉ D'ÉPINES

¡Válgame Dios! agregaba, es verdaderamente vergonzosa la mendicidad de estos chicos y de toda esta gente francesa.

Mucho nos entretuvo la furia de nuestro "compatriota," y algo nos indignó su injusticia, pues la mendicidad es casi desconocida en el resto de Francia. Ganas nos dieron de preguntarle maliciosamente ¿si no sería la proximidad de la frontera lo que influía en el presente caso?... pero nos pareció más prudente callar.

La plaga de los pequeños mendigos llegó á su apogeo en la puerta de la iglesia de San Pe, que deseábamos visitar á la pasada. Entrámos á ella rodeadas por una bandada de niños, los cuales nos pedían, nos imploraban y nos exigían la limosna con los desesperados gritos de: "Un sueldecito, señora! un sueldecito, por amor de Dios!" Estaban bien vestidos y



ECCE HOMO.

con aire de salud y bienestar y deberían ser los hijos de los burgueses acomodados del lugar. Les preguntámos si no tenían respeto por el lugar santo (otra cosa inusitada en Francia, en donde no hay quien no dé ejemplo de compostura en los templos), pero nuestro severo semblante mucho más los movía á risa que á contrición.

Derrotadas por ellos, salímos de la iglesia sin haberla visto, pues hasta para que nos dejaran arrodillar y per-signarnos había sido preciso distribuir entre aquella chusma de pequeños pordioseros los *sueldecitos* que de ninguna manera merecían. Viendo ellos que no obtenían todo lo que deseaban, al fin no nos pedían sino que nos perseguían con burlas; y en medio de ignominiosa rechifla fue como logramos escaparnos de ellos y entrar al coche, arrancando los caballos á todo galope en medio de una nube de polvo.

Todos los días llegaban nuevas peregrinaciones y se sucedían las impo- nentes y edificantes escenas que en el principio procuramos describir.

Entre las enfermas que llevó la peregrinación de Montpellier notá- mos dos jóvenes cuyo aspecto ins- piraba mucha compasión. Ambas iban arrastradas en cochecillos de mano y rodeadas por sus parientes. Una de ellas parecía sufrir mucho, casi no se movía ni abría los ojos; sus mejillas estaban pálidas y cadavéricas; tenía los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho. Pasaba lar- gas horas callada y como muerta, tendida frente á la Gruta. Una hermana de la Caridad estaba siem- pre á su lado y le alcanzaba de vez en cuando agua de la fuente, que la enferma bebía con suma dificultad. Después nos dijeron que esta joven había regresado á su país muy mejo- rada.



JÉSUS CONDAMNÉ À MORT.

8 ÈME STATION.



JÉSUS RENCONTRE SA SAINTE MÈRE.

Dos ó tres veces vimos, ya comulgando en la Cripta, ya rezando con gran devoción ante la Gruta, un peregrino revestido de las insignias que usaran en otro tiempo los de su gremio para visitar el Santo Sepulcro en Jeruralem, y la tumba del Apóstol Santiago en Compostela. Usaba una especie de túnica blanca, y sobre ella una esclavina negra con tres grandes conchas adheridas á ella; otra concha del mismo tamaño adornaba el frente de su sombrero, y se apoyaba con una

mano sobre un grueso bordón, mientras que con la otra pasaba lentamente las enormes cuentas de su tosco rosario.

Esa extraña aparición, que parecía ser la de un hombre que se hubiese dormido en la Edad Media y despertase ahora en Lourdes, rezaba duran-

9 ÈME STATION.

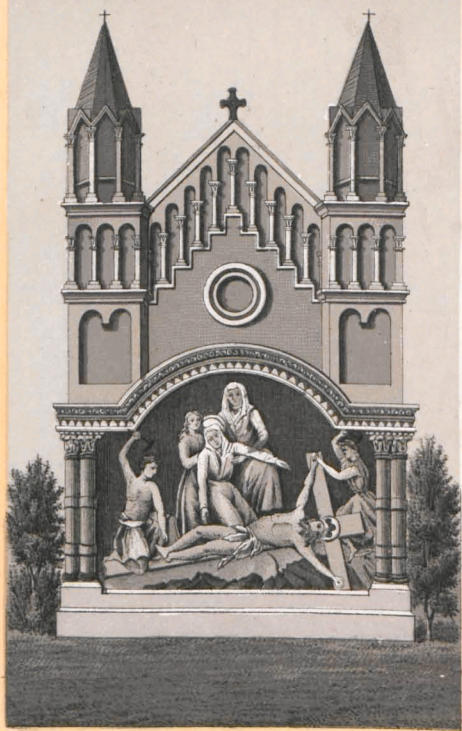


JÉSUS CONSOLE LES FILLES DE JÉRUSALEM.

te horas enteras, sin moverse de su puesto ni levantar la cabeza, y se hubiera dicho que no era solamente la devoción el móvil de su peregrinación á Lourdes, sino acaso también el cumplimiento de alguna severa penitencia.

Decorana XVII

No hay en Lourdes museos, teatros, conciertos ni diversiones profanas de ninguna especie, ni es eso lo que va á buscar el viajero en esos sitios benditos, cuya atmósfera es exclusivamente religiosa. Los dos únicos espectáculos (si tal nombre puede dárseles) que ofrece la población, tienen un carácter esencialmente piadoso y son la reproducción y complemento indispensables de la historia de Bernardita.



JÉSUS EST ATTACHÉ À LA CROIX.

El primero es el *Panorama*, edificio redondo cuya cúpula alcanzábamos á ver continuamente, pues estaba situado frente á nuestro hotel. Entramos por un pasadizo oscuro, subimos unas escaleritas y nos encontramos en una plataforma circular, rodeada por todos lados de una inmensa tela pintada al óleo, que tiene 126 metros de circunferencia por 15 de altura. Esa tela reproduce con exactitud el paisaje de Lourdes en 1858 y la aparición 17^a de la Santísima Virgen á Bernardita,—aquella que se conoce con el nombre de *el milagro de la cera*. La niña, en éxtasis delante de la aparición, ha dejado deslizar hasta el suelo la cera encendida que tenía en la mano, y la llama oscilante entra y sale al través de sus dedos sin causarle quemadura ninguna, en presencia de centenares de personas.

174
175

El médico conocidísimo de Lourdes, el Dr. Douzous, está con el reloj en la mano, contando los minutos que dura el prodigio; y todos los personajes que menciona Enrique Lasserre en esa página de su libro inmortal * se ven allí pintados en diversas actitudes de asombro y de admiración. A la derecha se ve el Castillo de Lourdes, á la izquierda la humilde habitación de Bernardita, y todo lo demás de la inmensa pintura reproduce con entera fidelidad los variados aspectos de ese hermoso y montañoso paisaje, en medio del cual se erguían las desnudas rocas que hoy son el pedestal gigantesco de la Basílica. El golpe de vista es encantador y la ilusión completa.

El *Diorama* es el segundo, y se encuentra su pequeño edificio á la salida de la ciudad. Contiene dos grandes telas—obra de un renombrado pintor belga—de las cuales la primera representa la Gruta de Lourdes, tal como estaba en el día de la primera aparición de Nuestra Señora. Además del interés religioso, curiosísimo es el contraste de lo que era entonces ese agreste y despoblado sitio, con lo que es ahora.

* *Historia de Nuestra Señora de Lourdes.*
Lib. V.



JÉSUS MEURT SUR LA CROIX.

12 ÈME STATION.



DESCENTE DE LA CROIX.

El segundo cuadro representa la muerte de Bernardita, á la edad de 35 años, en el convento de San Gildars, en Nevers. Ahí se la ve tendida sobre su lecho mortuario y espirando en presencia de las demás religiosas sus hermanas; mientras que la Santísima Virgen baja del cielo, rodeada de ángeles, para coronar á la humilde niña que ha llenado el mundo con el renombre de su Madre celestial. El pia-

doso pincel del artista se ha complacido en bosquejar ahí, no solamente el fin visible de esa pura y santa existencia, sino también su invisible recompensa, y ha dejado en esa pintura una obra de imperecedera devoción. Las figuras parecen de bulto, y su contemplación renueva una vez más en el alma las emociones que la lectura de estos hechos despertaron en ella.

13 ÈME STATION.



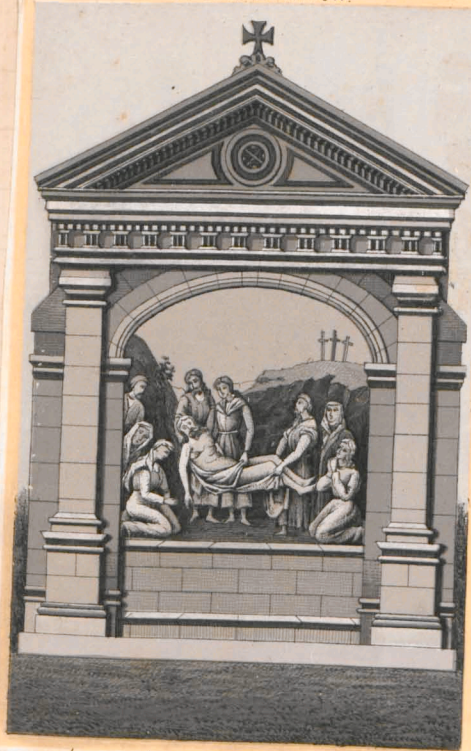
JÉSUS DANS LES BRAS DE SA STE. MÈRE.

Varios son los conventos que hay en Lourdes. El de las *Hermanas de Nevers* (en cuya casa madre murió Bernardita en 1879), tienen á su cargo, además de varias escuelas, una Casa de Huérfanas, en donde se da religiosa instrucción á 40 muchachas desamparadas, y se les enseña prácticamente á ser buenas sirvientas. Estas niñas son las que contribuyen con su dulce canto á las solemnidades de la Gruta. La casa, con sus extensas huertas, está edificada sobre la colina que hace frente á la Gruta, y á su lado se escalonan sucesivamente—cada uno en su loma separada—los monasterios de las *Carmelitas*, las *Dominicanas* y las *Religiosas de la Asunción*, dominando todo el valle.

Muy cerca del Puente Viejo está el *Hospital y Asilo de Nuestra Señora de*

176
177

14 ÈME STATION.

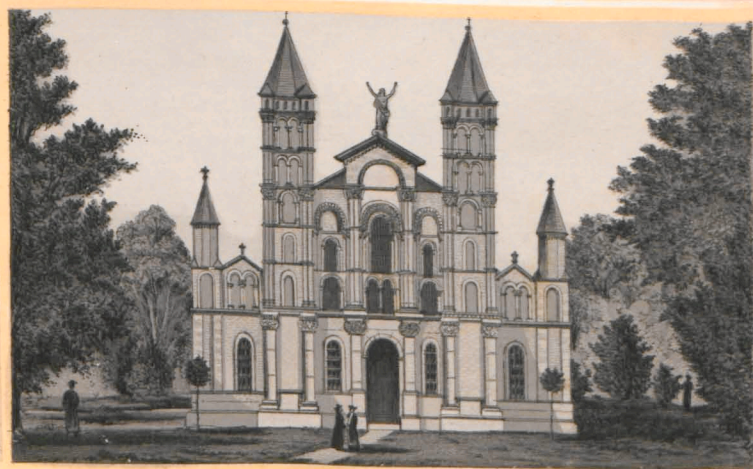


JÉSUS DÉPOSÉ DANS LE TOMBEAU.

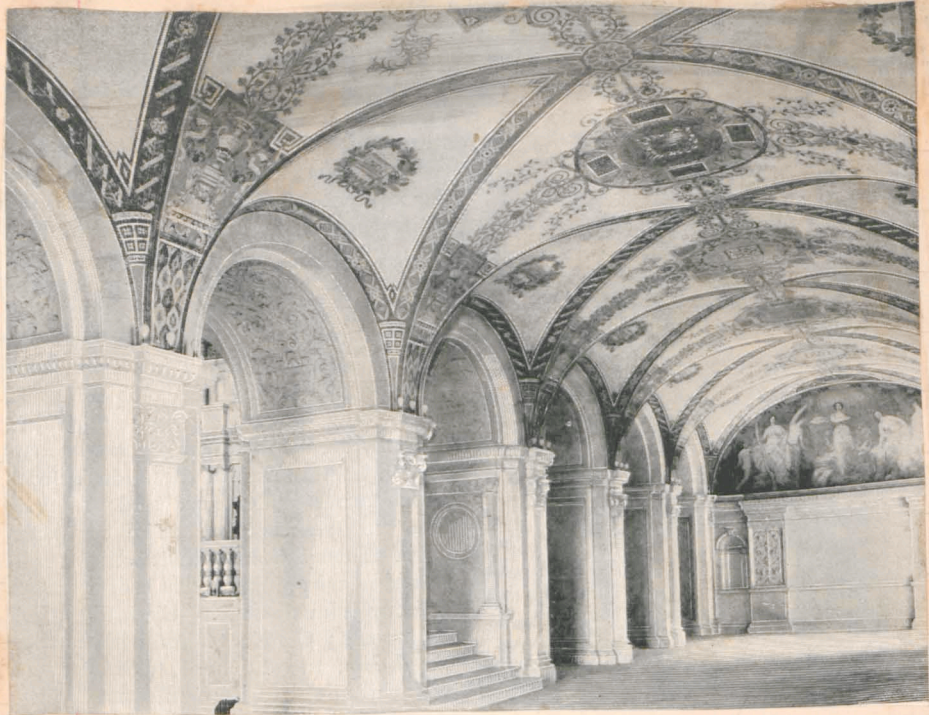
del Asilo se levantan los severos y grises murallones del monasterio de las Clarisas. Pequeña y clara es su iglesita, en la cual acertamos á entrar una tarde en el momento mismo en que se iba á dar la bendición del Santísimo Sacramento.

Las *Hermanas de San José* regentan un buen colegio, y los *Hermanos de la Doctrina Cristiana* una escuela numerosa y floreciente. Las *Religiosas de la Inmaculada Concepción* (generalmente designadas con el nombre de *Hermanas azules*), reciben en la parte externa de su convento, y en calidad de *damas pensionadas*, á las señoras que vienen á pasar una temporada en Lourdes y que apetecen mayor quietud y recogimiento de la que ofrece una vida de hotel. Está situado ese monasterio en un sitio solitario y pintoresco, á pocas cuabras de distancia de la Gruta y á la entrada de la selva. Dos veces entramos á su diminuta capilla, á sus verdes praderas, tachonadas de margaritas y bañadas por el Gave, y á sus vistosos jardines, por en medio de los cuales pasaba de vez en cuando alguna hermana con su largo velo negro ondeando sobre el hábito azul.

los Dolores, fundado por una piadosa señorita de Tarbés, hoy llamada Hermana San Juan Bautista. Allí residen en todos tiempos, en salones separados, de 80 á 100 ancianos desvalidos de ambos sexos, y en las épocas de peregrinación alberga el establecimiento de 300 á 400 enfermos, cuidados con el mayor esmero y abnegación por las religiosas. Como á esta tarea no dan ellas abasto en la época de la Peregrinación nacional, por ser tan crecido el concurso de enfermos, aceptan con gratitud la cooperación de los caballeros y señoras que vienen á ofrecérseles como enfermeros durante esos días, y muchos de los cuales pertenecen á las más nobles familias de Francia. La caridad en Lourdes es tan continua como lo son los milagros. A una cuadra de distancia



RÉSURRECTION.



A nadie conocíamos en Lourdes al principio, pero poco á poco fueron llegando otros compatriotas, que venían como nosotras á visitar el bendito santuario de la Virgen; en uno de esos días alcanzamos á contar en la población catorce colombianos.

Muy solemne es el día de la Asunción en Lourdes. Multitudes incontables de fieles llenaban la Basílica y la iglesia del Rosario; las misas se sucedían sin tregua, y era difícil encontrar lugar en la Santa Mesa, ni asiento vacío en la explanada de la Gruta. Las calles, los caminos, los atrios de las tres iglesias, las Viacrucis del cerro... todo hormigueaba de gente, apesar de un sol verdaderamente abrasador.

En aquel día se acostumbra que todos los habitantes del lugar se reúnan en la antigua iglesia parroquial de Lourdes, y después de una misa solemne se forman en largas hileras para ir en procesión á visitar la Gruta. Desde el atrio de Santa Clara con-

templamos el curioso y devoto espectáculo. Adelante iban los caballeros de la ciudad, vestidos de punta en blanco á la moderna; entre las manos enguantadas llevaban ceras, y rodeaban diez ó doce estandartes pertenecientes á diversas Cofradías de la ciudad. Tras de éstos se adelantaba el Cura párroco en medio de numeroso clero y acompañado por la música de viento. Doscientas niñas pequeñas, con traje y velo blanco y corona de rosas blancas en la cabeza, precedían á las *jóvenes solieras* de Lourdes, que ostentaban traje negro y cinturón azul, bajo los largos pliegues de un velo de muselina blanca; y tras de ellas venían, en dos largas filas, con traje negro y mantilla negra, las *matronas* y *viudas* de la población,—algunas de ellas muy ancianas y caminando con paso adecuado á sus años. Cerraba la marcha un grupo de cuatro niñas, llevando en unas andas de filigrana de plata una estatua pequeña de Nuestra Señora de Lourdes, bajo un lujoso

pabellón. Todo aquello iba circundado de multitud de forasteros con vestidos abigarrados y sombreros de colores, y los curiosos y los niños formaban la cola de esa singular proesión, que se dirigió cantando hacia la Gruta, y en el mismo orden regresó á la iglesia parroquial.

Sólo dos días más permanecemos en Lourdes, y el 17 por la noche rezábamos nuestro último rosario en la Gruta bendita. Las niñas de las Hermanas de Nevers estaban allí, como en las noches anteriores, y al oír los dulces y candorosos cánticos que entaban á María, dándole las gracias por sus beneficios y prometiendo amarla más y más cada día, nos parecieron sus palabras el eco de nuestros más íntimos é imperecederos sentimientos.

Hay en las faldas de los Pirineos curiosísimas grutas y cavernas naturales, las cuales servirían, sin duda, en remotísimos tiempos, de guarida á los primeros habitantes de Europa.

Las llamadas de los Espelugues en el valle de Lourdes son por cierto entre todas unas de las más notables y más fáciles de visitar. Estando en peregrinación en Lourdes nos encaminamos á ellas en una hermosa mañana de verano. Un camellón ancho conduce á los Espelugues por detrás de la famosa Basílica, en la cual han tenido lugar tantos milagros. La ruta serpentea por la falda del cerro que domina el valle por Occidente; pasa por en medio del Palacio Episcopal y los verdes campos que rodean el convento de los misioneros de la Inmaculada Concepción, para internarse después en la espesura de la selva y á poco trecho morir á la entrada de las grutas. Estas, bastante anchas, se comunican por un pasadizo estrecho y sostiene el techo de ellas dos macizas y enormes columnas de granito.

778
179
Dentro de la caverna más espaciosa se ha formado una galería natural que se interna por entre las rocas, y más lejos existe un túnel de un metro de ancho por seis de altura y veinte de longitud, que costea el camino de la montaña.

Muy conocidas son de los sabios estas grutas, y celebradas por las riquezas que contenían. En los años de 1860, 62, 64, 73 y más recientemente aún, las excavaciones hechas en ellas han dado por resultado el descubrimiento de hachas, cuchillos y otros instrumentos de las primeras edades del globo, así como de huesos de reníferos y otros animales completamente desaparecidos hoy de esas regiones. Los turistas también visitan mucho esos lugares, como nos lo probaron varias tarjetas que allí encontramos, y entre ellas la de un compatriota nuestro de Bogotá.

La devoción ha transformado esas grutas en dos capillas, separadas del camino por una verja cerrada con llave. Una de ellas, la más espaciosa, está dedicada á Nuestra Señora de los Dolores, y tiene un altar con un grupo de mármol que representa el Descendimiento de la Cruz; la otra se llama de Santa María Magdalena, por la estatua que de esta santa se ve sobre una roca en el centro. Han

nivelado el piso y adaptado tubos de hierro á las bóvedas para recoger el agua que brota de la roca, y para precaver de la humedad al peregrino. En el recinto no entraba sino una misteriosa y amortiguada claridad, y nosotras, sentadas al pie del altar del Descendimiento, hablábamos á media voz, de lo fructuosos que serían en ese sitio agreste y desierto, tres días de Ejercicios espirituales. Las recias voces de otras personas que entraban á ese

tiempo nos parecieron casi una profanación, y nos alejamos abandonándoles el puesto.

Al salir de las grutas y frente al valle, vimos sobre un pedestal formado de agrupadas rocas, el magnífico "Cristo de la Francia," que acaba de ser colocado ahí. A un lado y otro de ese monumental crucifijo, están las estatuas de la Virgen Santísima y de San Juan, y el grupo se alcanza á ver, según dicen, desde la estación del ferrocarril.

En la cumbre misma de ese cerro, en cuya falda se abrigan las grutas yá citadas, está el *Calvario*: plazoleta en cuyo centro se levanta una gran cruz de encina, sobre la cual está clavada otra más delgada de cedro de Jerusalén. Es ese el remate y la última estación de las *Viacrucis*, que van serpenteando por las laderas del monte hasta un camino frente á la Basílica. Cada una de ellas está señalada por una enhiesta cruz de madera, con la inscripción grabada á sus pies sobre una piedra, y ante ella se encuentran siempre grupos de habitantes de Lourdes ó de piadosos viajeros, rezando en voz baja, y disfrutando á la vez de los consuelos de la religión y de los encantos de la naturaleza: en efecto, el sendero, á medida que sube, va desenvolviendo más y más las bellezas del paisaje. La plazoleta del Calvario se eleva á cien metros de altura sobre el valle; allí se dice misa en los días de numerosa peregrinación, sin otra techumbre que la bóveda azul del firmamento, y dicen que no hay nada más imponente. Todavía se recuerda en la comarca una misa dicha en presencia de los peregrinos de Aveyron, y *cantada por cinco mil voces*.

Al bajar de los Espelugues y pasar por delante de la casa de los misioneros de la Gruta, la vista de sus magníficas huertas nos incitó á entrar

á ellas é inspeccionarlas más de cerca. Ciertamente había en la portada un letrero avisando al público que *la entrada es prohibida*; pero esta clase de obligaciones religiosamente obedecidas por todo inglés y francés, suelen ser desatendidas por el caminante español ó de raza española. Penetramos, pues, al soslayo, por la orilla de las cercas, deslizándonos de manera de no ser vistas desde las ventanas de la casa; y un hortelano que encontramos podando las matas, nos dio—por su cuenta y riesgo—el permiso de subir á una loma que dominaba las huertas, y que estaba rodeada de espeso bosque.

Muy hermosas y muy grandes nos parecieron estas huertas, cuyos árboles frutales, cuajados de amarillas peras, grandes y moradas ciruelas y enormes manzanas encarnadas, se venían abajo con la abundancia de la fruta. El Convento, sólido edificio de piedra edificado en su centro, goza de hermosísima vista, y de un lado le rodeaban verdes praderas y del otro campos sembrados de trigo y de legumbres. Andando por las veredas de la colina nos sentamos muy cerca de un recinto que allí divisamos encerrado entre verjas. En su centro alzaba sus brazos una gran cruz de madera, y crucecitas pequeñas y no muy numerosas todavía, surcaban de trecho en trecho la hierba florecida. Es el cementerio de los Misioneros; las tumbas de los Hermanos no tienen otro distintivo que la cruz; la de un Padre, recientemente muerto, se hacía notar por su blanca y sencilla lápida. Un profundo silencio reinaba en esa colinita sembrada de pinos; la brisa nos traía los mil aromas del campo; la escena entera era un elocuente comentario de aquellos versos de Fray Luis de León, siempre citados ante "La escondida senda por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido."

180
181

Estos Religiosos de la Inmaculada Concepción, comúnmente llamados en Lourdes los "Misioneros de la Gruta," son miembros de la Congregación que

fundó Monseñor Laurence, Obispo de Tarbes, para ayudar en sus tareas parroquiales á los sacerdotes seculares de la Diócesis. Cuando este virtuoso é ilustrado Prelado se hubo convencido de la verdad de las apariciones de la Virgen en Lourdes, y publicado sobre este hecho portentoso la cele-

brada pastoral que se ha grabado en letras de oro sobre los muros de la Basílica, lo primero que hizo fue encargarse á esta congregación del Culto Divino en la Gruta y en las iglesias edificadas sobre ella, y el bien que hacen es verdaderamente incalculable. En tiempo ordinario residen en Lourdes 18 Padres, bajo las órdenes de un Superior.

Uno ó dos Padres están en las oficinas que se ven á un lado y otro de la Basílica, para ponerse á las ór-

denes de los peregrinos, suministrarles los datos que requieren, inscribirles en las diversas cofradías á que deseen pertenecer, etc. Uno se ha encargado de la redacción del *Diario* de Lourdes, en donde se refieren (y solamente después de comprobados y firmados por el Consejo de médicos, de los cuales muchos son protestantes ó incrédulos) la relación de las curaciones milagrosas que van ocurriendo, así como de las peregrinaciones que llegan, de las ceremonias religiosas que se efectúan y de los discursos y sermones que se pronuncian. Todos los

demás padres se ocupan del servicio religioso en las tres iglesias superpuestas y en la Gruta, y no hay lengua ninguna del Universo en que no pueda confesarse el peregrino, porque siempre encuentra en Lourdes oídos sacerdotales que le entiendan.

Hace cortos años que murió el primer Superior que tuvo la Congregación en Lourdes, el Reverendo Padre Sempé, de venerada memoria; y probablemente era la suya esa blanca lápida, sin inscripción alguna, que vimos tendida entre la hierba del verde y tranquilo cementerio.

181
182



I

El viernes 18 de Agosto, á las dos y media de la tarde, salimos con gran pena de Lourdes, después de haber hecho nuestra última visita á la santa Gruta, y de haber llenado una botella con agua de la fuente milagrosa. Mientras el omnibus del hotel nos llevaba lentamente á la estación, comparábamos interiormente el gozo del peregrino que llega á Lourdes con el dolor del que lo deja; veíamos desfilar ante nuestros ojos la Basílica, la Gruta, los hermosos campos que miró con sus ojos la Reina de los cielos, y nos preguntábamos si alguna vez volveríamos á ver estos sitios benditos? Un recodo del camino nos ocultó el inolvidable paisaje, y pocos minutos después nos hallábamos instaladas en el tren: pareciónos entonces como que bruscamente despertásemos de un sueño cuya prolongación no merecíamos, y volviésemos á hallarnos en presencia de las miserias y trivialidades de la vida.

El cielo estaba toldado y amenazaba lluvia cuando el tren se puso en marcha y salimos de la estación. Nada nos llamó la atención en el trayecto de una hora que nos llevó á la ciudad de Tarbes.

Es ésta una población de poco más de 25,000 habitantes, edificada sobre las márgenes del río Adour. Durante la Edad Media fue la capital del Condado de Bigorra, y tuvo que sufrir mucho durante las guerras con los ingleses en el siglo XV, y durante las guerras de religión en los siguientes siglos.

Tarbes es tipo de ciudad de provincia, tranquila, atrasada, sin movimiento en las calles: posee sin embargo, muchos cafés vistosos pero desamparados, y más hoteles de los que parecen necesarios para los pocos viajeros que frecuentan la ciudad. La parte más nueva es la plaza, plaza Maubourget, y allí nos alojamos en el hotel de la Paz.

Una vez que dejamos nuestras maletas en los dos cuartos que nos señalaron, nos dirigimos á la principal curiosidad que hay en Tarbes, el jardín de Massey. Es éste un magnífico parque, regalo hecho á su ciudad natal por un caballero que fue Director de los jardines de Versalles.

A poco andar por las solitarias calles nos encontramos á la puerta de dicho parque ó jardín; que merece realmente ser visto, por ser hermosí-



simo y digno de cualquiera capital europea. ¡Qué profusión de árboles y de flores! qué arte para combinarlas el que allí se ve! Por dondequiera alamedas de corpulentos árboles intercalados con bosquecillos floridos; canastillas de heliotropos, geranios, convólvulos, petunias y mil flores más, que tejían su realzado dibujo á la vera de todos los senderos; aquí y allí palmas, plátanos y otros árboles tropicales que se levantaban en medio de verdes prados; grupos de estatuas blanqueando entre el follaje, todo esto forma un conjunto vistoso y agradabilísimo. En una encrucijada solitaria admiramos un busto de bronce de Teófilo Gautier, sorprendiéndonos el verle colocado sobre un mezzquino pedestal de madera. Hacia la

mitad del parque, una corona de arbustos cuajados de hermosas flores rosadas, en forma de coposos ramilletes, adornaba las márgenes de un precioso lago, en donde nadaban, arqueando su gracioso cuello, cisnes blancos como el alabastro: en el centro del lago hay una isla, cubierta de vegetación y sombreada por altos árboles, que no parece tener otro uso que el de dar frescura y abrigo á los cisnes (cuya casita redonda se ve en medio de los matorrales) porque no hay puente que la comunique con la opuesta orilla, ni barquetas para dirigirse á ella. Varios bancos, colocados en las riberas del lago bajo umbrosos pinos, invitaban al descanso, pero las pocas horas de que disponíamos para ver á Tarbes nos impidió permanecer allí mucho tiempo.

Cerca del lago vimos un antiguo claustro de un convento del siglo XV, llevado allí de otra parte y erigido cuidadosamente en ese lugar, tal como se encontraba en el suprimido convento de San Sever de Rustán. Es un precioso monumento arquitectónico, con sus columnas de mármol y capiteles esculpidos bastante bien preservados, algunos renovados con gusto y obediendo fielmente á la época á que pertenece la construcción.

En otro sitio del jardín vimos un edificio de ladrillo rojo, con su torre de estilo árabe, desde cuyos balcones y elevado mirador debe disfrutarse de una vista muy buena de todo Tarbes. Es un museo, cuya puerta nos abrió el Guardián, que nos introdujo en las salas pero nada nos pudo explicar: evidentemente su oficio era guar-

dar, y no conocer. Recorrimos aquellas piezas, pero nada muy interesante vimos. Las esculturas eran copias en yeso de famosas obras conocidas: entre las pinturas había pocos cuadros de pintores buenos, y por cierto de los menos perfectos, y los demás eran medianías ó copias defectuosas. Entre las curiosidades de Historia natural, lo más digno de atención era un perro terranova que perteneció á la Emperatriz Eugenia.

Siempre amenazadas por la lluvia que nos venía persiguiendo desde Lourdes, salimos del parque y nos encaminamos á la catedral. Es este un edificio que no tiene mayor mérito

artístico, á pesar de ser obra ejecutada del siglo XII al siglo XIV, en la época en que se levantaron en Europa los monumentos más bellos. Lo que más llama la atención en esta iglesia es un baldaquín enorme que cubre el altar mayor, sostenido por seis columnas de mármol rojo con sus capiteles dorados. Ante él ardía la rojiza luz de la lámpara, brillando entre las den-

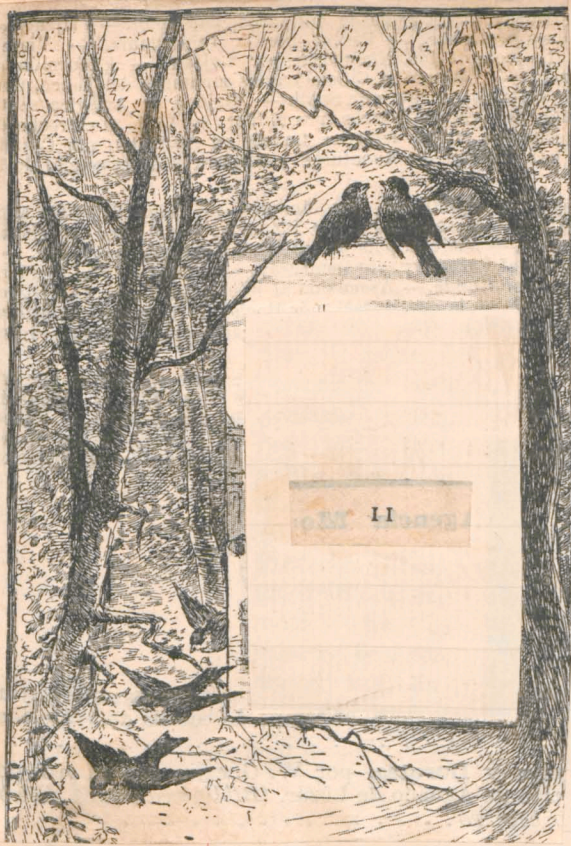
sas sombras de ese día opaco, como brilla la antorcha de la fe al través de las penas de la vida; su llama oscilante nos recordaba que en ese tabernáculo residía la única felicidad positiva; y como la delgada lluvia se hubiese convertido en aguacero y nos

impidiese salir, ahí permanecimos hasta que el cielo se despejó.

Al salir era yá tarde, y como nos hubiesen dicho que no había más que visitar en Tarbes, regresamos á nuestro hotel. Pasamos por delante del Palacio Arzobispal, rodeado por un exiguo jardín. Mucho más hermoso es el palacio que tiene en Lourdes el Obispo de la Diócesis. En el de Tarbes reside habitualmente, pero va frecuentemente á descansar de las preocupaciones de su cargo, al lado de la Basílica y de la Gruta de Massavielle. La Gruta y todos sus terrenos circunvecinos pertenecen al Prelado de Tarbes, desde que los compró Monseñor Laurence, el renombrado Obispo del tiempo de las apariciones.



184
185



monótonas llanuras de Murit, en las cuales fue derrotado en 1213 D. Pedro de Aragón. Este dejó allí, junto con su vida, el campo sembrado con los cadáveres de la garrida tropa que de España sacó para combatir á Simón de Monfort, que había despojado de su herencia al Conde de Tolosa.

En la pequeña estación de *Montregean* hubimos de desmontarnos con nuestras maletas, y esperar allí la llegada del tren que iba directamente á Tolosa, porque el nuestro tomaba otra vía en ese punto. Había allí un restaurante con mesitas al aire libre; cerca de una de éstas nos sentamos, mientras aparecía el tren, y en tanto que nos comíamos el racimo de uvas que acabábamos de comprar, nos solazábamos observando el singular vestido de un árabe que acababa de salir del wagón. Un largo bournous blanco le caía hasta más abajo de las rodillas, dejando ver las medias blancas y las curiosas sandalias; cubríale un manto blanco, con una capucha caída sobre las espaldas, y un turbante amarillento le envolvía la cabeza. Paseábase gravemente á la orilla de los rieles, y admirábamos nosotros la natural dignidad de ese hijo del desierto, cuando repentinamente llegó el tren que aguardábamos. Nos precipitamos todos con nuestras maletas hacia los wagones, tratando de conseguir cada cual el puesto más favorable; en la prisa de esos instantes olvidó nuestro árabe toda la dignidad y lentitud de su porte, y escalando ágilmente la portezuela abierta de un wagón de tercera clase, desapareció de nuestra vista.

Al día siguiente, 19, á las 8½ de la mañana, ya estábamos en la estación y tomábamos el tren que debería llevarnos á Tolosa. Desde aquella hora el calor era ya fuerte, y la lluvia del día anterior, en lugar de refrescar el aire, parecía haberlo cargado de fuego.

Después de parar cerca del hermoso jardín Massey, el tren nos llevó por un pintoresco camino, desde el cual se veían á lo lejos las montañas de los Pirineos con sus elevadas aristas y puntas que parecían taladrar el cielo azul. A todo vapor pasamos por en medio del valle de Garona y vimos surgir á un lado de él las pintorescas ruinas del Castillo de Montespán. Más allá los campos se hicieron más planos y sin sombra, pareciendo como calcinados por el ardentísimo sol del mediodía.

Nos íbamos alejando rápidamente de los cerros y penetrando por las

Poco rato después nos deteníamos en la estación de Tolosa. El tiempo urgía; apenas teníamos tres días para ver á Tolosa y á Rocamadour. Resolvimos, pues, no quedarnos allí esa noche, sino tan sólo algunas horas, y

formamos rápidamente el siguiente itinerario: dejar en la estación nuestras maletas, tomar un coche y visitar todas las principales curiosidades de la ciudad durante el día, viajar parte de la noche, dormir en Villefranche y continuar al día siguiente nuestro ca-

mino.

Tolosa ó Toulouse—como bien quiéramos llamarla para no confundir su nombre con el de la ciudad española—es una de las ciudades históricas más importantes de la Francia

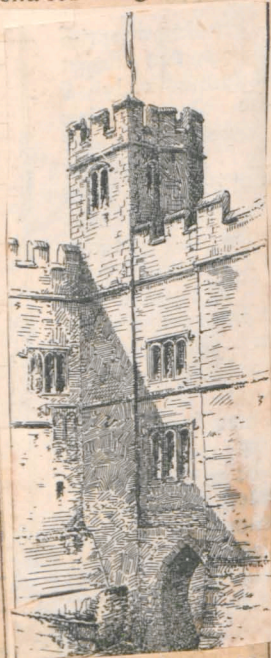
meridional, y realmente deplorábase el no poderle dedicar más tiempo. Su fundación pertenece á la leyenda y en realidad se ignora desde cuándo la habitaron los Galos y los Cimbrios.

Fue conquistada por los romanos un siglo antes de la era cristiana, y éstos hallaron allí muchos tesoros en los templos drúidicos que la poblaban. Después de los romanos se apoderaron de ella los Visigodos, los cua-

les al establecerse en España, la abandonaron á los Francos. Erigida Tolosa y sus terrenos adyacentes en Condado independiente, pasó por muchas vicisitudes, tuvo que sostener cruentas guerras con enemigos y vecinos, hasta que al fin fue adjudicado el Condado entero á la corona de Francia.

Durante toda la época llamada del Renacimiento, esta desgraciada ciudad fue presa de guerras de religión entre católicos y calvinistas; guerras que llevaron la desolación á todos los hogares y duelo á todos los corazones. En sus plazas, Tolosa vio con frecuencia erigidos patíbulos en que perecían los miembros ya de una ya de otra religión, según el partido reinante, obedeciendo, unos y otros á las violentas pasiones que agitaban á todos.

Hoy día Tolosa es una hermosa ciudad que cuenta más ó menos, 150,000 habitantes; posee un arzobispado importantísimo, una universidad, un museo, un hermoso teatro y el famoso capitolio en donde se celebra anualmente la institución litera-



ria mas antigua de Europa: los *Juegos Florales*. A imitación de las célebres fiestas que, con ese mismo nombre había entre los antiguos romanos, Carlos el Hermoso permitió que se

estableciese en Tolosa una academia llamada de la *Gaya Ciencia* (328), en la cual se premiaban públicamente las mejores composiciones poéticas que presentasen en lengua provenzal.



111

Hacia 1490, una mujer (Clemencia Isaura), descendiente, según se dijo, de los antiguos Condes de Tolosa, quiso que aquellos juegos fueran particularmente honrados y so-

Clemencia Isaura

solemnes, é instituyó ciertos premios que aún se adjudican cada año, el 3 de Mayo, después de ser juzgadas las composiciones literarias por los 36 maestros de la *Gaya Ciencia* que for-

man la academia. Dichas recompensas son las siguientes: una *flor de oro*, un amaranto, por la mejor oda; una *violeta de plata* por la mejor poesía en versos alejandrinos; una *zarzarrosa* por la más bella composición en prosa; una *caléndula de plata* por un idilio ó elegía superior á los demás. Empero como en este siglo todo se niega, ahora se dice que Clemencia Isaura nunca existió, y para probarlo se han escrito estudios muy eruditos que, para decir verdad, nada prueban.

Después de almorzar en el gran restaurante de la estación, y dejar en ésta nuestras maletas, tomamos un coche abierto con dos buenos caballos, y mandamos al cochero que nos llevase á ver el Jardín de Plantas y las iglesias más interesantes de la ciudad.

Visitámos en primer lugar el templo de la *Dalvada*, que se distingue principalmente por su atrevida arquitectura, pues siendo bastante ancha no tiene más que una nave, y su alto techo se sostiene en el aire por medio de sus sabias proporciones. La iglesia es hermosa y llama la atención el mármol rojo que profusamente la adorna.

De allí pasámos á la iglesia de la *Dorada* (Daurade), la cual casi no se ve desde la calle, pues está completamente ahogada por las casas vecinas. Su principal interés para el viajero es el estar sepultada allí, según se dice, la enigmática Clemencia Isaura bajo las losas del altar mayor; y aunque esta tradición no es un hecho comprobado, allí bendicen solemnemente las flores de oro y plata que se distribuyen el 3 de Mayo entre los vencedores en los Juegos Florales.

Después de dar una vuelta por varias calles angostas y encrucijadas antiguas nos desmontamos á la puerta de la Catedral ó San Esteban, también oculta entre las casas adyacen-

tes. Tuvimos que atravesar un largo y oscuro pasadizo y en seguida nos encontramos dentro del curiosísimo edificio, que fue empezado á edificar en el siglo XIII y continuado á trozos durante tres ó cuatro siglos más. Una

y la otra tres, separadas éstas de la primera por un muro cubierto con cuadros de pintores desconocidos y poco diestros. La parte en donde se encuentra el altar mayor posee magníficas rejas de hierro antiguas, y vidrieras del siglo XV. Diez y siete capillas rodean esta parte del templo.

Salimos por otra puerta sombreada por una antigua torre cuadrada, característica de la época, pasando bajo un portal que se abre sobre una especie de plazuela sembrada de árboles.

Había en Tolosa, en 1603, un monasterio de religiosas conocido con el nombre de las *Feullantinas*, el cual había adoptado la regla de San Bernardo y era renombrado por su prodigiosa austeridad. El buen olor de sus virtudes y de su penitencia se había esparcido por toda la Francia, y nobles damas—á veces hasta princesas de sangre real—acudían á buscar en ese santo asilo la paz y la dicha, que no había podido darles el mundo.

A sus puertas llegó un día, con el mismo intento, aquella noble Marquesa Montferrant (1) cuyo nombre mencionamos ya en la narración de Poitiers, y habiendo sido recibida como novicia, tomó el velo y el nombre de Sor Juana de San Bernardo. Pero Dios tenía sobre ella otras miras: seis meses después de su entrada, su delicada salud la obligó á salir de ese monasterio, y habiéndose revelado más tarde su verdadera misión, fundó en Burdeos la Orden docente de *Nuestra Señora*, que en nuestro país

(1) Véase la "Vida de la V. M. Juana de Lestonnac." Cap. IV.



es mejor conocida con el nombre de la *Enseñanza* y tiene un convento en Bogotá.

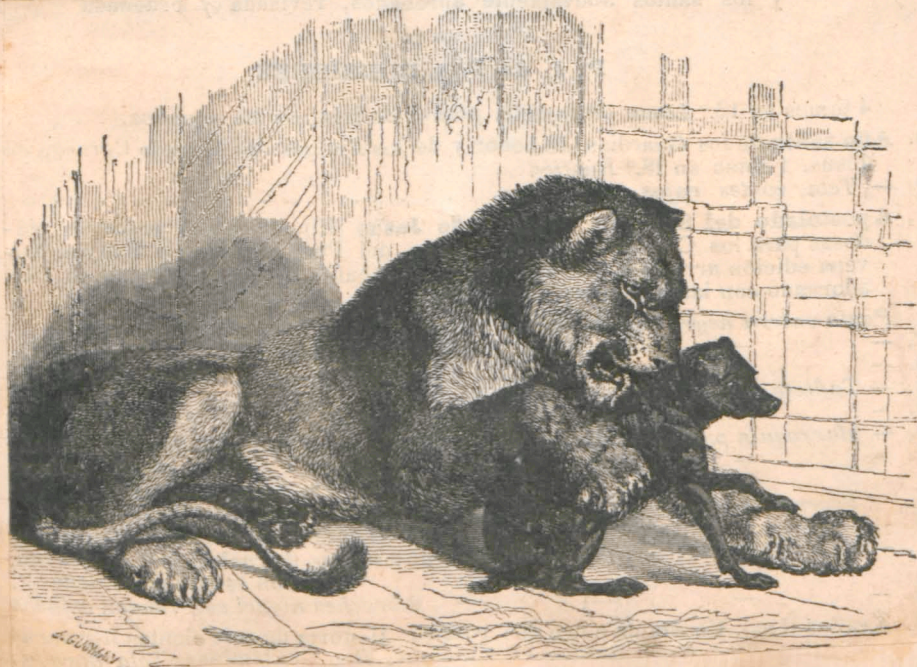
El antiguo claustro de las Feuillantinas no existe ya en Tolosa, y hasta sus ruinas han desaparecido. En cambio, florece en esta ciudad (que á tantas Ordenes religiosas brinda asilo) el convento de la Enseñanza que allí fundó la V. M. de Lestonnac en 1630. Suprimido en 1796 por la revolución que derribó todos los asilos de oración, restablecido en 1806 por una de sus anteriores religiosas, está situado en la silenciosa y retirada calle de Faraón: nosotras, como lo habíamos hecho con los de Poitiers y de Burdeos, tuvimos el placer de visitarlo en nombre de sus Hermanas de Bogotá, y de ser muy amablemente recibidas por la digna Superiora.

Nos encaminámos luego al hermoso jardín botánico, el mejor paseo de la ciudad, y recorrimos algunas de las avenidas de ese extenso parque poblado de árboles exóticos, deteniéndonos aquí y allá, á mirar los curiosos animales que guardan entre casitas de madera ó entre enrejados de alambre. Varias personas rodeaban una especie de pabellón bajo del cual, agarrado á un garfio de madera, un buitre melancólico é inmóvil, miraba sin pestañear á los circustantes, deseando sin duda que fuesen cadáveres, y que él pudiera escapar de su prisión y hacer un opíparo banquete; más allá un condor de los Andes, casi asfixiado por el calor, se paseaba por su jaula con las alas abiertas, para tratar de refrescarse. Otro grupo de curiosos contemplaba un mono encadenado á un poste, y

cual se nos acercó con la esperanza de que le diéramos pan; le tiramos un papel, que era lo único que teníamos en la mano, y lo recibió con el último desprecio. A lo lejos se oía un extraño ladrido gutural, que parecía provenir del fondo de un estanque lleno de agua; nos acercamos y vimos surgir de él un largo cuerpo de pescado con cabeza como de gente, que ladraba de esa manera al salir del agua. Era el estanque de las focas, que eran varias; los machos tienen melena (á lo cual deben su nombre de leones marítimos) y las hembras una carita fina con ojos lánguidos y dulces como los de una niña romántica. ¿Acaso como algunos lo pretenden serían estos extraños animales los que dieron origen á la antigua fábula de las sirenas? Pero si así fuere, han degenerado en nuestros días, en cuanto á la belleza de su *fisonomía*, y en cuanto á la dulzura de su canto.

Tolosa estaba sumida en la oscuridad del paganismo cuando, pocos años después de la muerte de N. S. Jesucristo, llegó á esa ciudad un discípulo de San Pedro, enviado por el mismo santo para que evangelizase aquella parte de las Galias. Después de haber esparcido allí la semilla del cristianismo, el santo emisario fue acusado ante los Delegados del Emperador romano: condenado al martirio, halló la muerte despedazado por un toro furioso, que arrastró su cuerpo ensangrentado desde este sitio en que hoy se encuentra una iglesia llamada del *Caur*, ó Coro, hasta aquél en que fue recogido por dos cristianas piadosas. Estas lo enterraron en un lugar á las puertas de la población, en donde San Hilario—segundo Obispo de Tolosa—mandó erigir un modesto oratorio.

El oratorio se transformó en un hermoso templo en los subsiguientes



siglos; pero como se hallaba fuera de las puertas de la ciudad, siempre tenía que sufrir las depredaciones de los enemigos de la ciudad, y cada vez que había alguna guerra, la iglesia se veía amenazada de ruina.

Con ese motivo, Luis el Benigno (hijo de Carlomagno) levantó al lado del templo de San Saturnino un convento que era casi una fortaleza, con lo cual podía defenderse de los que asaltaban la ciudad.

Desde entonces todos los Reyes de Francia que deseaban contentar á los ciudadanos de Tolosa se complacían en hacer regalar á su santuario favorito, fragmentos de los huesos de los santos más amados de los franceses. Al visitar la cripta deberíamos ver las urnas sagradas que contienen aquella increíble multitud de reliquias.

Estupendos acontecimientos y dramas han ocurrido en aquel recinto sagrado. Entre otros, citaremos uno que pinta las costumbres crueles, salvajes y sacrílegas que aún conservan los Reyes del principio de la Edad Media.

Corría el año de 844: el Rey Carlos el Calvo, hijo de Luis el Benigno, había entablado guerra contra Pepino II, Conde de Tolosa, el cual estaba de acuerdo con Bernardo, Conde de Septimania, quien le prestaba sus tropas y su influencia. Era Bernardo uno de los nobles más poderosos del reino, y Carlos el Calvo sabía que mientras él viviese jamás podría hacerse dueño de Tolosa. Resolvió á toda costa suprimirle, pero disimuló su intención con honda hipocresía. Como se hubiese apoderado de la

iglesia y del convento de San Saturnino, fingió que deseaba hablar con Bernardo para arreglar un tratado de paz ventajoso para ambos y le mandó llamar, asegurándole que no le vería sino en la iglesia y no le hablaría sino después de que ambos hubiesen oído misa y comulgado juntos.

El Conde de Septemania conocía la perfidia y negrura de corazón de Carlos, y dijo que no se atrevía á fiarse de su palabra y ni siquiera de su juramento.

—¿Y qué pidió como salvoconducto? preguntó Carlos al mensajero que le enviaba el Conde.

—Un documento firmado *con la sangre de Jesucristo*. . . sólo así se presentará aquí.

—Acepto, repuso el Rey; y la crónica estremecida, agrega que le fue imposible á la autoridad eclesiástica impedir que Carlos consumara el horrible sacrificio.

Bernardo de Septemania pensó que ninguno, por malvado que fuese, podría infringir la promesa que había firmado el Rey. Lleno de confianza, pero seguido por un numerosísimo séquito, se presentó un día delante del pieto de Carlomagno. La iglesia estaba de gala; el trono se hallaba al pie del altar, ante el cual los dos enemigos participaron de una hostia consagrada que dividió el Obispo entre ellos. Concluida la misa, el Rey subió al trono, y Bernardo se adelantó hacia las gradas para rendir pleito homenaje á Carlos: éste bajó un escalón, el vasallo hincó una rodilla en tierra, el Rey se acercó y le tomó la mano como para levantarle, pero en vez de hacerlo, sacó prontamente



un puñal del cinto y lo hundió en el corazón del desdichado Conde, quien no alcanzó á exhalar un ay!

—Perezcan así todos mis enemigos! exclamó aquél bárbaro coronado.

Dos días permaneció el cadáver de Bernardo postrado en el mismo sitio, pues el Rey había ordenado que nadie le levantase: al cabo de éstos, y mientras que el cruelísimo soberano

estaba en cacería, el Obispo le mandó recoger y dar sepultura. Enfurecióse Carlos, pero no se atrevió á perseguir al Obispo que se había retirado á la ciudad.

El horrible asesinato del Conde de Septemania causó una impresión tál en todo el país, que Carlos comprendió que su acción había sido contraproducentem, y que jamás podría entrar en la ciudad de Tolosa sin que su vida corriera riesgo de muerte. Se vió, pues, en la necesidad de levantar el sitio y abandonar por entonces el proyecto de someter á su sobrino Pepino y apoderarse de su herencia.

En cambio de una escena tan salvaje, digna apenas de los tiempos del paganismo, diremos que, tres siglos después, la Basílica de San Saturnino vio dentro de sus muros una de las más augustas ceremonias de que hacen mención los anales religiosos del mundo. El Papa Urbano II (como lo atestigua una inscripción en una pilastra de la iglesia actual) reunió allí

mismo 17 Arzobispos y Obispos de toda Europa y los magnates más esclarecidos de la época, y declaró por primera vez abierta la primera Cruzada. Veinte años más tarde, San Bernardo en persona predicó allí mismo la segunda Cruzada, y algunos años más tarde se reunieron bajo esas bóvedas sagradas para celebrar allí uno de los Concilios más famosos de la Cristiandad, en el cual fue solemnemente reconocido el Papa Alejandro III contra el Antipapa Víctor IV. Reuniéronse en ese recinto más de cien Obispos y Prelados: Embajadores de todos los Príncipes reinantes de Europa se dieron cita entonces para solemnizar ese acto que debería pacificar la iglesia, que tanto tiempo había gemido despedazada por el cisma y la discordia más completa.

Entre tanto la Abadía de San Saturnino crecía en poderío, en riqueza y en magnificencia.

Tiempo es ya de penetrar á la actual Basílica, cuyo imponente aspecto interior es sorprendente hasta para las personas que han admirado las maravillosas obras de arquitectura gótica florida de las catedrales de España, como las de Burgos, Santiago, León, etc. Esta de Tolosa es de un estilo romano puro, de aspecto severo y solemne y su forma es la de una gran cruz: tiene 115 metros de largo, 54 en el crucero, 32 en la parte baja y 21 en la de la cabeza. Ostenta cinco naves, de las cuales mide la principal más de 21 metros de elevación. El altar mayor, colocado en el cru-

pero, se encuentra sobre un elevadísimo presbiterio (sostenido por arcos) de 5 metros de altura é iluminado por ventanas sabiamente arregladas para que arrojen sobre el altar una vivísima luz. Las gradas para subir al altar son de ricos mármoles de color rojo, y los capiteles de las columnas parecen bizantinas. Los cuadros y los frescos antiguos (algunos del siglo XIV), que habían sido tapados con blanquimento, han sido últimamente raspados y descubiertos y son en extremo curiosos. Las esculturas del coro son también interesantes y extrañas. El famoso arquitecto moderno Viollet-Le-Duc, que restauró esta Basílica, supo hacerlo con mucho arte, respetando cuidadosamente el estilo de los siglos en que fue construída. Se baja á la cripta por una escalera de mármol antigua, que se halla detrás del santuario. En la primera plataforma se encuentra el sepulcro que guarda los restos del santo patrono de la iglesia. La urna actual, de mármol y bronce, reemplaza la antigua, que era de plata maciza y fue robada en la época de la gran Revolución francesa. Los mármoles, columnas, rejas, etc., son todas muy artísticas y elegantes, aunque los conocedores opinan que hay allí demasiados adornos. Uno de los vicarios de San Sernín, abate muy erudito y amable, fue quien nos señaló la iglesia y nos abrió la cripta, mostrándonos sus muchos tesoros á la luz de una lamparilla que encendió al efecto: él nos dijo que,—después de San

Pedro de Roma—los relicarios de San Saturnino eran los más ricos del mundo. Sin duda no había visitado á Santiago de Compostela.

Entonces fue cuando apareció allí Santo Domingo y cuando prestó á la causa de la Iglesia los importantísimos servicios debidos á su palabra apostólica, á su celo sin igual y, sobre todo, á la institución del Rosario, cuya eficacia le fue revelada por la misma Reina de los cielos y cuyas plegarias propagó por todas partes, con un éxito verdaderamente maravilloso. "¡Nunca se ha inventado una falsedad más grande y más destituida de todo fundamento, dice el más ilustre y moderno de los historiadores del Santo, que aquella que anda en boca de los que no se han tomado el trabajo de leer su vida, á saber: que Domingo de Guzmán fue el inventor de la Inquisición y el que dirigió la guerra de los Albigenses!" Prueba él lo contrario con documentos irrefutables, y en sus páginas se ve con absoluta claridad cuál fue la misión pública y privada del Santo en aquellos años calamitosos. Aconsejar á los legados del Papa y asistir á sus sesiones y asambleas; predicar incansablemente, por ciudades y caminos, en favor de la fe y para convertir á los herejes, dándoles al mismo tiempo el ejemplo de las más relevantes virtudes, é interviniendo no pocas veces para salvarlos de las hogueras á las cuales los sentenciaban sus adversarios armados; fundar en Prouille el primer convento de Hermanas Dominicanas que hubo, para preservar á las jóvenes católicas de los peligros á que las exponía el error; orar sin cesar y propagar la oración en los pueblos. . . . tal fue la múltiple labor de Santo Domingo desde el principio de la guerra de los Albigenses hasta el Concilio de Letrán en 1,215. Su nunca desmentida humildad le hizo rehusar varios Obispados que le ofrecieron, y no quiso sepa-

rarse de su querida Tolosa, en la cual —por lo mismo que era el centro de todos los errores—quería él plantar su tienda hasta que los viese destruidos. Repetidísimas veces predicó en San Sernín durante esos largos años, y de él conserva la Basílica, como una de sus más preciadas reliquias, una casulla que perteneció al Santo y con la cual dijo misa en dicha iglesia.

Entre tanto, no solamente él mismo continuaba madurando su primer proyecto, sino que muchos otros hombres eminentes por su creencia y su virtud reconocían más y más cada día la urgente necesidad de fundar una Orden religiosa cuyo principal empleo fuese la predicación. En 1215, los Cruzados victoriosos le abrieron las puertas de Tolosa, y entonces le envió la Providencia sus primeros cooperadores, á quienes revistió de la túnica blanca y manto negro que sus hijos han conservado desde entonces, completado más tarde con el tradicional escapulario de la Orden.

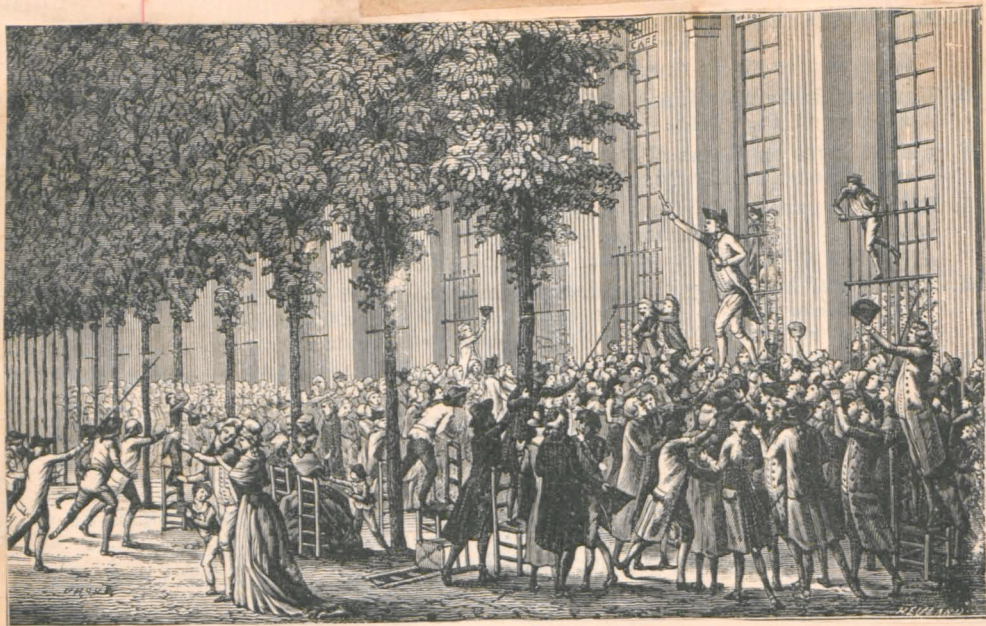
Después de haber constituido en comunidad el puñado de generosos compañeros que Dios le enviaba, y de haberlo hecho así con la cooperación y autoridad del Obispo de la diócesis, Santo Domingo partió para Roma, dejando á sus discípulos en Tolosa entregados á la oración y al estudio. Dejóles el encargo de solicitar las lecciones de un afamado Dr. en teología que había entonces en aquella ciudad, el cual los recibió con tanto mayor regocijo cuanto que acababa de ver en sueños siete estrellas que se presentaban á él, y que iban creciendo en tamaño y resplandor hasta alumbrar á la Francia y al mundo entero; y al ver entrar á los siete Hermanos Predicadores, é informarse de su misión, comprendió que de ellos se trataba.

Otra visión misteriosa tuvo en esos mismos días el Papa Inocencio III. Habíasele presentado Domingo para solicitar de él la aprobación de su nueva Orden, y el Pontífice perplejo no sabía qué contestarle, pues si por una parte lo deseaba ardientemente, por otra parecía impedírselo una reciente disposición del Concilio de Letrán, respecto á que no se permitiese por entonces la fundación de ninguna orden nueva. Soñó entonces una noche que veía bambolear sobre sus cimientos los muros de la Basílica de San Juan de Letrán, y que Domingo los sostenía sobre sus hombros para impedir que se derrumbase: este sueño le hizo conocer la voluntad de Dios, y al día siguiente hizo llamar al Santo y le mandó que regresase á Tolosa, y que allí, de acuerdo con sus compañeros, escogiese entre las reglas monásticas antiguas la que le pareciese más á propósito para formar su nueva milicia. Así quedaba zanjada la dificultad, puesto que al nuevo designio se le daría el sello y la protección de la antigüedad.

El siervo de Dios se dispuso á regresar á Francia, pero antes de eso fue cuando conoció á San Francisco de Asis, á quien la Providencia acababa de suscitar en ese mismo tiempo para resucitar entre la opulencia del siglo la práctica y el amor de la pobreza. "El encuentro y abrazo de esos dos grandes Santos, dice el P. Lacordaire, se ha transmitido de generación en generación á la posteridad: los Dominicanos y los Franciscanos han perpetuado el afecto que unió á sus fundadores, y jamás el soplo de la envidia há podido empañar el cristal sin mancha de su amistad seis veces secular."

194
195

Al volver á Tolosa, estudió detenidamente Santo Domingo las reglas de San Benito y San Agustín, y hallando la segunda más adecuada á sus planes, la tomó por base de las constituciones especiales de la Orden de Predicadores, ampliándola y adaptándola á las necesidades de la época. Tan sabiamente lo dispuso y arregló todo, tanto en su parte espiritual como en su administración temporal, que "—en tanto que la mayor parte de las Ordenes religiosas han necesitado á su tiempo de reformas, y que algunas se han dividido en distintas ramas,—la de los Hermanos Predicadores ha atravesado incólume las vicisitudes de los siglos." El primer convento se fundó en Tolosa, como era natural, y luégo esparció á sus compañeros por Francia, España, Italia y demás países de Europa, enviándolos á fundar por dondequiera sus monasterios y á sembrar entre todos los pueblos la semilla de su palabra docta y persuasiva. El Papa Honorio III confirmó solemnemente la Orden, en 1216, por medio de una Bula, en la cual llamaba á los Dominicanos "campeones de la fe y lumbreras del orbe;" y un día en que Domingo, postrado en San Pedro de Roma, oraba por la conservación y propagación de su Orden, tuvo una memorable visión que le confirmó aun más en sus propósitos. Los dos Apóstoles San Pedro y San Pablo aparecieron ante sus absortos ojos, y mientras que el primero le presentaba un báculo y el segundo el libro del Evangelio, oyó una voz que le decía: "Anda y predica, pues para eso fuiste elegido."



La siniestra Revolución de 1793

acaba de pasar, como un huracán furioso, sobre todo lo más grande, lo más augusto y lo más santo que había en Francia. La destrucción del trono había arrastrado consigo la de los altares y la dispersión de las Ordenes religiosas, expulsadas del suelo que las vio nacer y en donde tanto bien habían hecho durante tantos siglos. El siglo XIX contaba apenas dos años cuando nació Enrique Lacordaire, el 4 de Mayo de 1802, en un pueblecito de Borgoña, en Francia. (1) Aunque hijo de padres muy cristianos, los estudios que hizo en Dijon le hicieron perder la fe, é imbuído en todos los errores de la falsa filosofía, llegó á París en 1822, á seguir la carrera de Jurisconsulto. Su talento de primer orden le prometía la más gloriosa carrera civil; pero su alma noble y generosa, llena de aspiraciones desconocidas para él mismo, buscaba en todo la verdad religiosa: no bien cayó sobre él un rayo de la gracia cuando fue dócil á ella, y apenas convertido entró al Seminario de San Sul-

picio á la edad de 22 años. Recibidas en 1827 las Sagradas Ordenes, mostró desde el principio que no le había movido á ello ninguna ambición de las dignidades eclesiásticas, pues rehusó terminantemente el alto empleo de Auditor de Rota y la perspectiva segura de un Obispado, y en vez de ello aceptó con gusto el humilde puesto de Capellán de un convento de monjas, en donde todo el papel del eminente metafísico se reducía á con-

esar á las niñas del Colegio y hacerles algunas instrucciones religiosas. "No le urgía llamar la atención del público, dice uno de los que más íntimamente le conocieron. Ningún hombre se ha poseído más en Dios, ni ha esperado con más paciencia el instante señalado por la Providencia: conocía lo que su genio era capaz de hacer en bien de la sociedad, pero su hora no había llegado." Disgustado con los vejámenes sufridos entonces por el Clero en Francia, soñando por otra parte

(1) Véase la admirable *Vida del Padre Lacordaire*, por el Padre Chocarne. Paris. Librería Ponsielque.

con las heroicas tareas del misionero, estaba á punto de embarcarse para los Estados Unidos, con el objeto de buscar allí la libertad religiosa que no encontraba en su propio país, cuando la fundación de *El Porvenir*, periódico que tanto ruido hizo en Francia durante sus pocos meses de existencia, y para el cual le pidieron tan encarecidamente su colaboración, le detuvo en París y le adhirió desde entonces para siempre á la suerte y á las luchas de su Patria.

“Empero, dice el P. Chocárné, Tolosa era la cuua de la Orden Dominicana; allí había predicado Santo Domingo durante diez años y establecido su primer monasterio, y esa ciudad tan rica en reliquias se gloria de poséer el cuerpo de Santo Tomás de Aquino, el más ilustre Doctor de la Orden, y quizá de la Iglesia. Acogió pues apresuradamente el Padre Lacordaire las propuestas que le hicieron de fundar allí una nueva casa, y de allá escribía:

“Paréceme que vuelvo á mí patria y que Santo Domingo y Santo Tomás de Aquino me han salido al encuentro. . . . Cada vez que recorro estos caminos y estas calles de Tolosa, recuerdo que Santo Domingo las recorrió también, y no me canso de humillarme ni de darle gracias á Dios por haberme escogido para restablecer su Orden en Francia un instrumento que se asemeja tan poco á su santo fundador. Una vez por semana digo misa en San Sermin sobre la tumba de Santo Tomás de Aquino, por la intención de nuestra Orden.”

Los Dominicanos se instalaron en Tolosa en 1853, y en la catedral de ésa ciudad predicó el P. Lacordaire la continuación de las conferencias de Nuestra Señora de París. Entonces fue cuando una compañía de accionistas de Tolosa le cedió espontáneamente esa antigua y famosísima

196
197
escuela benedictina de Soreze, á la cual devolvió Lacordaire todo el lustre y renombre de los pasados tiempos, y en donde murió, rodeado de sus numerosos discípulos y de su inconsolable familia dominicana, el 21 de Noviembre de 1861.

La vida pública del P. Lacordaire, sus inauditos triunfos sociales, políticos y literarios, son conocidos de todo el mundo y están grabados indeleblemente en la historia contemporánea; pero solamente los que han leído su vida y penetrado en la intimidad de su existencia del claustro, pueden tener idea de lo que fue verdaderamente ese hombre humilde, austero y devorado de amor de Dios. Ante semejante revelación, la veneración más profunda por el religioso se agrega á la admiración que antes mispirase el renombrado orador, y, como dice Montalembert “reconocemos que uno de los genios más grandes de este siglo fue también una de las almas más santas y más penitentes que ha producido la Iglesia.”

Lo cuanto á sus hijos espirituales, han devuelto á la Orden en este siglo todo su pristino esplendor. Los diez hombres que vió en sueños Monseñor de Quelén se han multiplicado por centenares en el suelo de donde antes los expulsaron; y al verles aparecen en todos los púlpitos de Francia y sobre todo de París, su blanco hábito

y su palabra inspirada reviven á un mismo tiempo la regla indestructible de Domingo de Guzmán y la elocuencia sin rival del Padre Lacordaire.

197

198

XXI
Villefranche

Al salir de Tolosa el camino de hierro atraviesa pintorescas campiñas, bonitas vegas, bosques frondosos, colinas coronadas por castillos viejos, valles apacibles, frecuentes aldeas con sus casas circundadas de jardines, alpuerías con sus huerta y sus prados. Pero mientras encantados mirábamos contemplando esos alegres paisajes llegó la oscuridad cubriéndolo todo de ténue niebla, y una luna nortecina iluminó vagamente esos sonrientes paisajes que veíamos como en sueños.

A las once de la noche el tren se detuvo en la estación de *Villefranche de Rouerge*.

Bajamos prontamente del wagón y con muchas maletas volámos á buscar el "Hotel de Nuestra Señora" que nos habían recomendado como el mejor de la población. A la salida encontramos el ómnibus perteneciente al hotel y un cuarto de hora después llegamos á él.

198
199

Cuando el hotelero vió llegar pajareros á su puerta—cosa sin dudar poco frecuente en aquel rincón de Francia—abalansose á ayudarnos bajar con grandes señales de alegría. Siguiólo su madre en persona (vieja que lucía una cofia de moda anticuada) y otras dos ó tres mujeres más acudieron paurosas á contemplarnos sorprendidas.

Unas sirviéndonos de guías y otras detrás llevando nuestras maletas de mano corrieron un tropel á señalar-nos un amplio cuarto con dos camas.

Bajamos nuevamente por unas escaleras desvancijadas y pasadizos muy oscuros en busca del comedor á pedir algo de comer antes de buscar nuestro lecho, pues hacia luengas horas que no habíamos tomado alimento.

—Las señoras serán servidas dentro de breves momentos, exclamó el hotelero con aire importante, desapareciendo por un comedor oscuro.

Tomamos asiento en un desamparado salón en donde había varias mesas y aguardámos con paciencia un rato, pero viendo que se pasaba el tiempo, nos apuraba el hambre y el sueño y no veíamos venir cosa alguna, llamamos á una sirvienta.

—Que nos traigan cualquier cosa, dijimos: un pedazo de pan, carne fría. . . ¿no habrá nada?

La criada nos contestó con respeto que el patrón mismo estaba haciendo preparar la cena de las señoras."

No queremos que nos preparen nada, repetimos; nos contentaremos con lo que haya hecho en la casa.

—Solo el patrón sabe qué se les puede dar, contestó la fámula retirándose con pasos mesurados.

Poco después se presentó el patrón en persona, seguido de dos sirvientas; poniéndolo sobre la mesa un pichón asado frío, y arreglándolo en contorno un pastel de foie gras, un pan, un racimo de uvas y una botella de vino.

El pichón estaba corrompido, el pastel era demasiado pesado para aquella hora; tomamos unos bocados de pan, comimos algunas uvas, y con eso y un vaso de vino aguado nos contentamos.

Empezaban á cantar los pajaritos en los árboles del vecino huerto, cuando nos levantamos al día siguiente. Pedimos café con leche y pan y mantequilla para el desayuno.

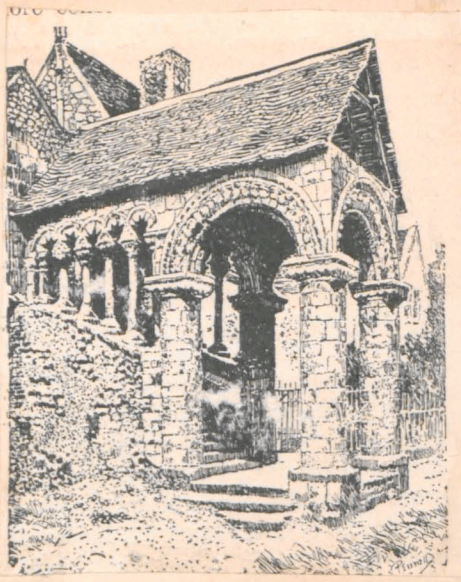
—Mantequilla! exclamó la criada, aquí no se encuentra en el mercado. Nadie quiere desperdiciar la leche de esa manera.



Villafranca de Rouergue es una ciudad de menos de 10,000 habitantes que no ha dado un paso por la vía de la civilización desde el siglo XVI, pero que fue rica é importante durante el principio de la Edad Media. Las guerras de religión la arruinaron, como la habían despedazado las contiendas de la provincia con los Ingleses. Después de las guerras, las pestes acabaron de destruir su anterior prosperidad. Muchos de sus habitantes emigraron á lugares más afortunados, sobre todo desde el siglo XVII cuando los labriegos de los contornos se armaron contra los Intendentes

generales y se hicieron fuertes tras de los muros de la ciudad. Vencidos los rústicos, los muros de Villefranche fueron desmantelados y los habitantes réciámense castigados.

Está situada la población sobre el río Aveyron, cuyos dos macizos puentes de piedra, muy cerca el uno y el otro, la dividen en dos partes. La una, más moderna, está surcada de anchos camellones y verdes prados, que sombréan altos árboles: la otra parte es antiquísima; sus argostas ca-



les dan vueltas y revueltas como otros laberintos, y las casas son feas, torcidas y de muy curioso aspecto, no hablando sus habitantes sino un francés corrompido y primitivo. Como era domingo, preguntamos á una vieja que encontramos las señas de la iglesia de Nuestra Señora.

—Esa es la *Catedral*, nos contestó con dignidad, y dejándose llevar por el vuelo de su imaginación: agregó con orgulloso acento: tenemos muchas iglesias, tanto antiguas como modernas, y varios conventos.

Como todavía no era hora de la misa, seguimos recorriendo las calles y observando lo que en ellas había. El mercado lo encontramos en la plaza mayor, que es pequeña y rodeada de arcadas. Legumbres de todas clases yacían en montones sobre las piedras, al lado de deliciosas frutas, entre las cuales llamaban la atención los hermosísimos melones, más abundantes y baratos que las calabazas en nuestro país, y que perfumaban toda la plaza. Se puede juzgar de la baratura de la vida en Villefranche al saber que pagamos 20 centimos (1) por dos libras de exquisitas uvas, y que los gastos del hotel no alcanzaron á nueve francos, incluyendo ómnibus de ida y vuelta y las propinas á las criadas.

En otra plaza, más pepueña aún, hay una grande y anticuada pila de agua, situada no enmedio sino en el

fondo de la plaza, y á la cual se baja por numerosos escalones de piedra.

Hay tres iglesias en Villafranca, pero no vimos sino la que elevó la vieja al rango de *Catedral*, y en donde oímos misa de ocho. El altar mayor está situado en la mitad del presbiterio y le rodean curiosas tribunas de madera cincelada. En las dos angostísimas naves laterales hay multitud de altares recargados de adornos, de diferentes colores, cuyo aspecto era más español que francés. La del centro tenía tal cúmulo de osientos que era difícil abrirse paso al través de ellos, y cuando al fin conseguimos puesto, nos cayó en gracia el notar que cada uno de ellos tiene doble tapa, para que puedan servir alternativamente de asiento y de reclinatorio.

El convento de las Carmelitas está situado muy cerca de nuestro hotel, y hácia él nos dirigimos al salir de misa. Entrando por una angosta puercecita que se abre sobre el camino real, subiendo 20 escalones de piedra y recorriendo dos angostos callejones que daban vuelta á una parte del pequeño edificio, nos encontramos al

pié de la gradería de una bonita iglesia en la cual penetramos. La luz en traba á torrentes por las ventanas é iluminaba el altar con sus estatuas de la Virgen del Carmen y San José, sus gradas alfombradas y la reja del coro por donde oyen misa las religiosas. Una diminuta capilla dedicada al Santo Patriarca; una imagen

del Santo Rostro con su acostumbrada lamparita; un confesonario que, si habiar pudiera, cuántas historias de nacies vacaciones no nos hubiera referido!... todo en aquel recinto tenía un aspecto moderno y hermoso, que formaba singular contraste con la antigua iglesia en donde acabamos de oír misa.



Una huertecita de legumbres se ve á la derecha de la iglesia. Las ventanas del convento estaban cerradas, y sobre todo aquello parecía extenderse, como un velo sutil, el santo y profundo recogimiento del Carmelo.

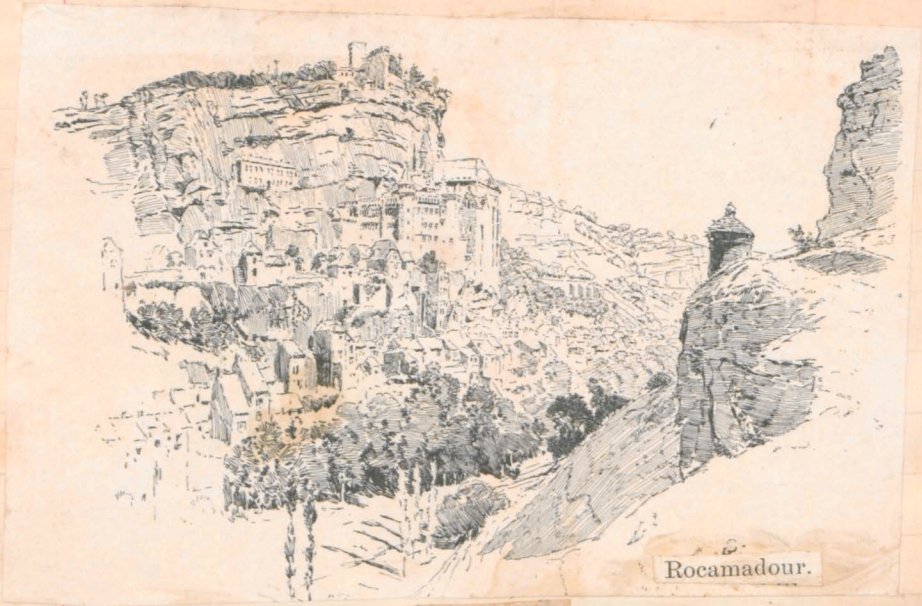
Parece que hay en Villafranca un buen hospital, y un renombrado médico oculista á quien vienen los enfermos á consultar desde muy lejos. El establecimiento está á cargo de las Hermanas de Nevers, y nos hubiera sido interesante visitarlo si hubiésemos dispuesto de tiempo para

ello, pero apenas teníamos el suficiente para tomar el ómnibus, y despedirnos de los obsequiosos dueños del hotel.

Eran las diez de la mañana del día 20 de Agosto cuando el tren se puso en marcha y salimos de la estación de Villafranca, con dirección al antiquísimo lugar de peregrinación que se llama Rocamadour.

201

202



Rocamadour.

Roc-Amadour

CONTENIDO: Figeac—La estación de Roc-Amadour—Parte legendaria y parte histórica de la Peregrinación—Iglesia de San Salvador—Capilla de la Virgen milagrosa—La espada de Rolando—La campana maravillosa.

I

Viajábamos por el sur de Francia cuando se nos antojo visitar el vetusto santuario de Roc-Amadour, el cual era frecuentadísimo en la Edad Media; pero mucho menos en la época actual, de manera que quizás no habrá una sola persona en Colombia que lo conozca.

En Villefranche tomamos el tren una mañana y emprendimos viaje hacia el Norte. Al pasar por la antigua y triste ciudad de Figeac, recordamos que esta sólo se dis-

tingue porque allí nació el famoso egiptólogo Champollion, á quien sus conciudadanos han dedicado un monumento conmemorativo en forma de pirámide.

Pasamos dos túneles y un viaducto sobre el bonito valle que fecundiza el

río Celè, y nos detuvimos en la estación de Bramat, otra población histórica y ya en decadencia.



cia, y á las doce del día echámos pie á tierra en la estación de Rocamadour ó *Roc-Amadour*.

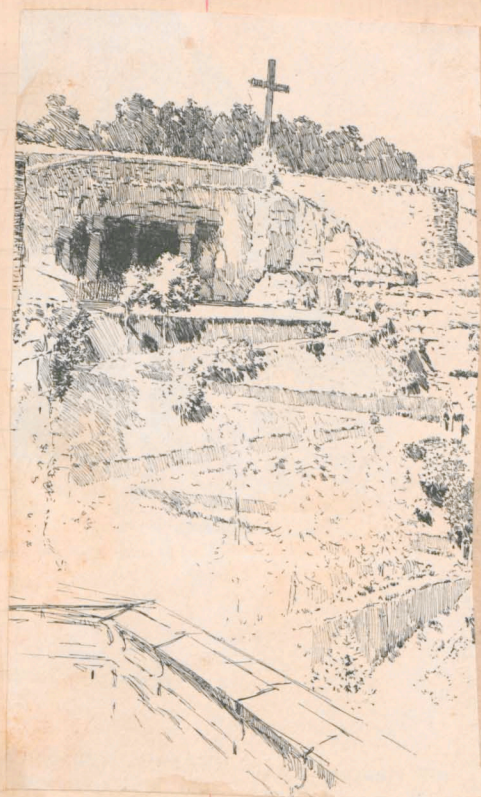
Por allí no se veía más casa que la del guarda de la estación, y en contorno una llanura árida y sembrada de piedras. Se nos acercó un hombre alto, seco, con la cabeza cubierta con un gorro de piel, cosa por cierto inadecuada para usarla en un día caluroso de ardentísimo verano.

—¿Necesitan las señoras, dijo, el ómnibus del hotel del *Gran Sol*?

—Efectivamente, le contestámos, ese buscábamos.

—Hélo allí, nos indicó señalando un desvencijado vehículo que se hallaba detrás de la casita del guarda.

Nos acercámos. Ya se habían acomodado dentro algunas personas y trabajo nos costó hallar asiento. El cochero dio un grito destemplado, que entendieron sus caballos flacos y cabizbajos, porque al punto se pusieron en marcha para atravesar una llanura pedregosa, cortada por hondonadas estériles. El sol quemaba como fuego; el ómnibus se sacudía, los caballos caminaban paso á paso, los viajeros traspiraban como en un baño de vapor. Al cabo



de media hora llegámos á unas casas miserables en donde nos detuvimos algunos momentos para continuar después nuestra marcha. Pasámos por frente de una iglesia solitaria, penetrámos por un corto túnel, y al salir de él forma el camino un recodo, y el viajero se encuentra ante un espectáculo que le sorprende. Se halla en lo alto de un cerro y tiene á sus pies un curiosísimo valle rodeado de rocas escarpadas y gigantescas. El camino serpentea por la orilla superior del valle; pero á medida que avanza, percibe en el fondo, entre cercas de piedra, algunos parches de verdes sementeras y tal cual arbolillo. Sin embargo, aquel valle parece un inmenso cráter de volcán de forma oblonga. Después de corta marcha, de repente se encuentra con una calle que tiene á la izquierda precipicios que van á caer al fondo del peñascoso valle y á la derecha una multitud de casas adheridas á las rocas y señoreadas por un castillo viejo y una iglesia con su campanario moderno.

Estábamos en la población de Rocamadour, la cual se compone, al parecer, de multitud de nidos de piedra su-



perpuestos, con ventanas y puertas pintadas con colores vistosos é incrustadas dentro de las rocas.

El camino va bajando precipitadamente hasta un sitio en que hay construcciones á uno y otro lado de la vía; pero á la vera izquierda las casas parecen mecerse sobre el abismo. Los caballos se detuvieron al fin bajo un arco antiquísimo, á cuyo pie nos desmontámos del ómnibus, y pocos pasos más adelante nos encontramos á la puerta del hotel del *Gran Sol* (*Grand Soleil*). Allí nos recibió el posadero, quien nos llevó por unas empinadas escaleras de madera á un oscuro vestíbulo en donde encontramos á una muchachuela amable y despierta, que nos introdujo á un cuarto con vista para la calle. Este era de aspecto sencillo y anticuado, pero limpio y con algunas comodidades.

Mientras que baja el sol y refresca algo la temperatura tan calurosa que no nos permite salir á visitar la curiosísima población, veamos su historia y qué significa el nombre de Rocamadour.

Dice la leyenda que al mismo tiempo que Lázaro, el

amigo de Nuestro Señor Jesucristo, y sus dos hermanas Marta y María, abandonaron la Palestina y fueron á buscar asilo en Francia, y mientras que San Saturnino sufría el martirio en Tolosa (*Toulouse*), el publicano *Zaqueo* abandonó también la Tierra Santa y se refugió en las Galias. ¿Quién no recuerda que este era aquel hombre lleno de fe, que como el Señor le viera subido en un sicomoro para verle pasar, le dijo: "Bája, Zaqueo, porque hoy quiero hospedarme en tu casa." Era ese publicano el que había ofrecido espontáneamente devolver á los pobres cuanto les había defraudado, y desde entonces seguía al Señor á todas partes hasta la muerte del Salvador. Después de la Ascensión del Divino Maestro, Zaqueo resolvió expatriarse, dice la tradición, y buscar un sitio en donde pudiese llorar sus pecados sin que nadie le conociese. Una misteriosa atracción le llevó también á las Galias, en donde al fin fue á dar á aquel recóndito valle tan salvaje y retirado del mundo entero, cuyas orcas, revueltas por los vientos del Norte y del Sur,

darían probablemente los contornos de Jerusalén y el sitio en donde Cristo había padecido y muerto por los pecadores.

Zaqueo, para escapar de las fieras que frecuentaban aquel lugar, se asiló en una caverna en donde se mantenía con raíces y hacía penitencia sin cesar. Pero Dios ama al que trabaja en su honor ó en el de sus semejantes, así fue que envió una noche á la Virgen Santísima á que le despertase y le ordenase que edificase allí mismo un templo

para atraer á los hombres

de las vecinas campiñas, en

donde debería ocuparse en

palabra de Dios. En cambio

de esa obra le ofreció que

cristianizarlos y predicarles la

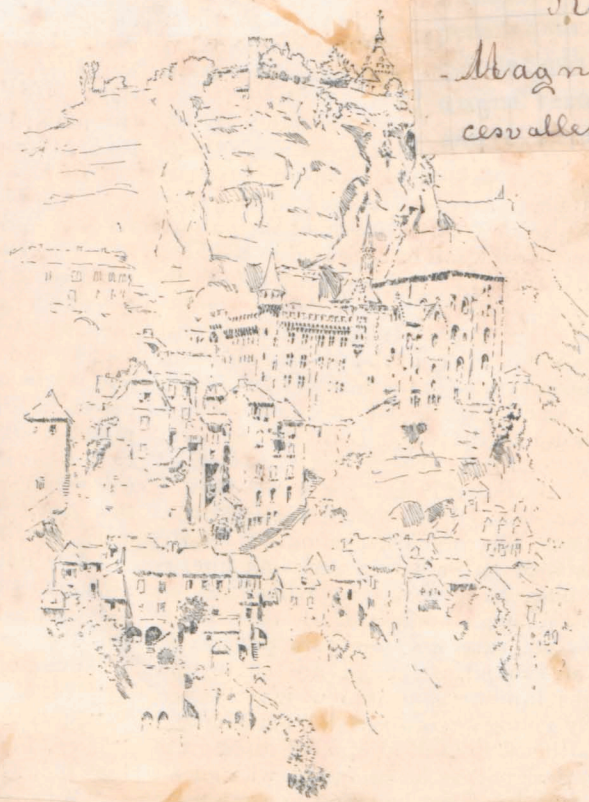
ría en ese sitio gran

señalados milagros y le

denó que cambiase su nombre por el de *Amadour*.



Zaqueo se apresuró á obedecer los mandatos divinos, con tan buen éxito, que cuando fue á recibir en el cielo la recompensa eterna, ya dejaba establecido en el antes valle salvaje el culto del Dios verdadero; y andando el tiempo los milagros que allí tenían lugar fueron tan frecuentes y maravillosos, que acudían de todas partes numerosas peregrinaciones. El sencillísimo santuario que Zaqueo había levantado con sus manos, se convirtió en suntuoso templo atestado de plata, oro y piedras preciosas, y para defender aquellas riquezas dedicadas al culto divino, construyóse un soberbio castillo sobre las vecinas rocas, y á sus pies se levantó una población que atendía y suministraba lo necesario á los peregrinos. Todos los grandes de Francia, Alemania, Inglaterra y España, hacían largos viajes para ir á postrarse en la iglesia llamada de San Salvador. Reyes, Príncipes, Santos y devotos de todas las categorías sociales frecuentaban el valle que se llamó Roc-Amadour por el



santo fundador

Rolando, aquel paladín de Carlo-
Magno que pereció en el valle de Ron-
cesvalles, antes de partir para España

dejó su espada al pie del
venerado santuario; San-
to Domingo de Guzman
- en 1219 - antes de ir
a convertir á los Al-
bigenses, oró en Ro-
camadour, varios Re-
yes de Inglaterra de
paso para la Tierra
Santa, solían dejar
valiosas joyas en

aquella iglesia. Sin embargo los Hugonotes de los siglos
XVI y XVII se complacieron en arruinar una parte del tem-
plo antiguo y su intención fue extinguir el culto á la
Virgen en Rocamadour; pero no lo lograron, al contrario,
la devoción creció de una manera asombrosa después, y los
libros están llenos de las relaciones de los milagros ocurri-
dos allí en los subsiguientes siglos. Entre otros solo citare-
mos uno, el de Fenelón. Habiendo enfermado de muerte,
la madre de la futura lumbrera del clero francés le llevó á
Rocamadour, ya moribundo, y en el acto recuperó la
salud. En prueba de su gratitud, aquella gran dama, al
morir, mandó que la sepultasen bajo las losas de la capilla
de San Amadour, en donde aún se encuentra.

La desolación causada por la gran Revolución del fin
del siglo XVIII fue tan radical, que parecía como si jamás
volvería á renacer el culto en aquel santuario santo. Pero
hace pocos años el Obispo de la ciudad de Cahors resol-
vió revivirlo; restauró el templo y las capillas, rehizo los

edificios abandonados que amenazaban ruina, y para que cuidasen de los edificios sagrados y atendiesen á los peregrinos que de nuevo acudieron á ellos, estableció comunidades religiosas en construcciones que mandó levantar. Hoy día se ha restablecido el culto completo tal como lo era en la época de la Edad Media! (1)

En otros siglos las peregrinaciones se hacían á pie, y para amparar á los peregrinos se levantaban asilos en los caminos de los contornos.

Después el uso de las diligencias y carruajes, y en los últimos años los ferrocarriles, han acortado las distancias y ya aquellos asilos son inútiles y se han dejado arruinar. La última etapa de los peregrinos que iban á Rocamadour era un hospital de San Juan de Dios, cuyas ruinas parece que

aún sirven de asilo á los pordioseros de los contornos y que se encuentran detrás de las miserables casas en donde nos detuvimos al salir de la estación del ferrocarril. Allí en otros tiempos se detenían los peregrinos, descansaban, remendaban sus vestidos despedazados entre los

zarzales de los caminos, para presentarse con mayor compostura en el sacro santuario; en donde se mezclaban y confundían con los magnates que se postraban como los más miseros campesinos ante los altares de Rocamadour. ¡Cuánto más meritoria era entonces una peregrinación! Allí llegaban todos, pobres y ricos, desafiando mil riesgos, sufriendo hambre y sed, descalzos, quemados por el calor en verano; temblando de frío en invierno.... Hoy se viaja en cómodos vagones, y en el verano se busca la

(1) Esto se escribía ahora diez años: hoy todo ha cambiado y los Misioneros y comunidades religiosas han sido disueltas y desterrados por un Gobierno enemigo de la Religión Católica.



207
208

frescura de los jardines que suelen rodear los hoteles; y en invierno, el calor de la chimenea y los abrigos confortables.

Aquellas peregrinaciones se hacían en la Edad Media unas veces por penitencia que les imponían sus confesores para rescatar odiosos crímenes; otras, iban voluntariamente para cumplir alguna promesa ó voto, ó para implorar algún favor de la Virgen milagrosa. De ello no se eximían los Reyes, los Príncipes y los guerreros, todos viajaban noche y día, y todavía señalan en Francia torres aisladas y altos faros que iluminaban en las noches oscuras las llanuras sin senda. Los que allí vivían habían hecho voto que encender una luz en esos sitios que pudiese guiar á los peregrinos por el buen camino.

Nosotras, como peregrinas modernas, procurábamos no sufrir incomodidades, y aguardámos á que el sol perdiera un tanto la fuerza de sus quemantes rayos para salir del hotel y echarnos á la calle. A poco andar nos encontramos al pie de unas anchas y escarpadas gradas, las cuales empezámos á subir. Las contamos: eran nada menos que ciento cuarenta gradas. Al fin llegámos arriba y nos encontramos en una pequeña plazoleta abierta dentro de la roca y rodeada de casas y jardincillos llenos de flores, los cuales parecían suspenderse en el aire sobre el abismo.

Abajo estaba el camino y más arriba los techos de las casas. Tomámos un sendero á la derecha, y á pocos pasos nos hallámos frente de un ancho emparrado, del cual pendían multitud de dorados racimos de uvas, y sobre una mesa se veían platos y jarros, y una familia entera en contorno participaba de una rústica comida. El resplandor del sol en su ocaso alumbraba aquella escena patriarcal. Continuámos subiendo, y á poco nos hallámos frente á un hotel, el más frecuentado por hallarse más cerca del santuario. Frente á la puerta del hotel vimos sembrados en grandes barriles una media docena de arbustos de Laurel-rosa, tan cuajados de flores, que parecían monumentales ramos rosados y blancos. Más lejos encontramos un Palacio: era el antiguo de los *Templarios* de la Edad Media. Es un enorme edificio levantado en las orillas del abismo, el cual, aunque restaurado, aún conserva partes vetustísimas. Allí arrancan nuevas graderías que cuentan

205

208
209

setenta y seis escalones. A uno y otro lado hay un espeso muro perforado por estrechas ventanillas, que pertenecen al convento de los Religiosos del Calvario. El último escalón remata en la plazoleta de San Miguel. Habíamos subido cerca de doscientas veinte gradas, desde abajo, y estábamos jadeantes y sin respiración. Sin embargo, antiguamente nadie las subía sino de rodillas, con el rosario en la mano ó cantando himnos á la Virgen.

Al otro lado de la plazoleta hay una iglesia, la de San Salvador, y en contorno, formando semicírculo, una serie de capillitas de piedra bruta que parecen grutas de aquellas que abrian los ermitaños en el seno de las rocas en los primeros tiempos del cristianismo. Están labradas con completa desigualdad: unas veces se baja para penetrar en ellas y otras se sube. Para entrar en el Santuario de Nuestra Señora es preciso subir veinte escalones, y para penetrar en la cripta de San Amadour tuvimos que bajar otros tantos. A la izquierda, detrás de una torre, encontramos la capilla de San Miguel, y á la derecha se ven las de Santa Ana, San Joaquín, San Blas, San Juan Evangelista y San Juan Bautista.

En una especie de tumba incrustada dentro de la roca y defendida por una reja de hierro se ve una escultura de bajo relieve que representa el cuerpo de un anciano venerable de luengas barbas; este es el primitivo sepulcro de San Amadour, según las leyendas y tradiciones. La capilla de la Virgen está enclavada por completo dentro de la roca viva. Al frente del altar venerado de la Virgen milagrosa, é iluminada por las ceras y lámparas que arden siempre allí, vimos una enorme espada de hierro sostenida por cadenas. Aquella dicen que es la famosa *Durandal*, la espada de Rolando, quien después de haberla depositado al pie del altar de María, la mandó rescatar por su peso en oro y la llevó consigo á combatir á los Moros de España. Vencido en Roncesvalles, herido y moribundo, quiso romperla, y según el conocido romance la apostrofó en estos términos:

“ Oh! espada de gran valor,
La mejor que hombre ha fecho
¡Cuánto tiempo me has servido
Y á cuántos Moros has muerto!
Con tus cortadores filos

209
210

Has partido muchos yelmos.
No quisiera te gozara
Ninguno, y por eso quiero
En esta piedra quebrarte."
Se levantó con esfuerzo,
La agarró con ambas manos
Y le dio golpes tan recios
En las peñas, hasta que
La ha partido en el suelo
Sin que en la espada se hiciera
Mella, ni señal de ello.

Recogida la espada por los compañeros de Carlomagno, fue devuelta á Rocamadour. Pero como la empuñadura era muy rica, con incrustaciones de oro y piedras preciosas, un Conde del siglo XII se la robó, dejando tan sólo la parte de hierro que no tenía nada de valiosa y artística.

La capilla de la Virgen ha conservado su aspecto antiguo, á pesar de que no es el santuario primitivo el que hoy se ve; pues sucedió hace algunos siglos lo que con frecuencia acontece en Rocamadour, y es que de la parte más elevada de aquel peñón abrupto cayó repentinamente una roca y despedazó y aplastó la capilla, salvándose solamente el altar y la imagen de María.

El edificio que contemplábamos había sido erigido en 1479; pero arruinado después por los Hugonotes, perdió todas las grandes riquezas en joyas y en ex-votos que existían en el altar. El edificio es tan obscuro que casi no se alcanza á ver el altar mayor y los más pequeños que lo circundan. Lo que allí llama más la atención son dos objetos maravillosos, á saber: la imagen antiquísima de la Virgen y una campana también vetustísima y que la consideran los vecinos de la población singularmente milagrosa.

La estatua de la Virgen es de madera ennegrecida por el transcurso de los siglos; pero como notasen que empezaba á destruirse, hace años que la repararon con láminas delgadas de oro y plata. No la exponen á la vista de los fieles sino durante las grandes fiestas de la Virgen.

En un lado del altar se encuentra un facsímile de la imagen, de plata maciza, que imita perfectamente al original que está oculto. Sólo mide 76 centímetros de altura, y como fue hecha en los primeros siglos de la Edad Media, nada tiene de artística, pero conserva los caracteres peculiares de los primeros tiempos del cristianismo, de manera

106

210
211

que algunos creen que sería toscamente ejecutada por el mismo Zaqueo ó San Amadour, y que es la imagen más antigua que existe en Francia. Al contemplarla de lejos,— pues no era posible distinguirla bien en medio de la obscuridad y de los adornos con que está recargado el altar,— no podíamos menos que reflexionar en los millones de corazones piadosos que han invocado á la Virgen y se han prosternado delante de aquel altar durante cerca de mil novecientos años!

Aquel altar, dice la tradición, es el mismo que consagró San Marcial, primer Obispo de Limoges, cuando por primera vez se dio allí culto á Dios y á sus Santos. En la parte superior del altar se ve un objeto que no se distingue bien, pero al fin pudimos ver que era una campanita de forma extraña, de unos 24 centímetros de altura y 33 de diámetro, de hierro tosco, forjada á martillo. No se sabe desde cuándo se encuentra allí, pero la tradición se la imputa también á San Amadour, junto con la imagen de la Virgen y la piedra del altar, que son las únicas obras que se conservan del primer ermitaño. Pero á esto contestan algunos que como el primer inventor de las campanas fue San Paulino de Nola (siglo IV de la era cristiana), mal pudo Zaqueo en el primer siglo labrar una campana. Sin embargo, si San Paulino puso en uso las campanas en las iglesias cristianas, ya los sacerdotes hebreos hacían uso de campanillas en los templos, y en Roma se tocaban ciertos instrumentos muy parecidos á campanas para llamar y congregar al pueblo en los mercados públicos antes del cristianismo.

Pero no nos llama la atención aquí la cuestión histórica y arqueológica, sino lo que se relata á cerca de esta campana que se considera milagrosa. Dícese que hace muchos siglos que nadie se ha atrevido á tocarla, ni tiene cuerda por dentro que mueva el badajo, y que, sin embargo, las gentes de la vecindad la oyen sonar en determinadas ocasiones.... ¿De qué manera? Nadie lo sabe; pero muchos aseguran haberla oído distintamente.

—¿Cuál es el motivo que tiene la campana para hacerse oír? preguntábamos, y se nos contestó lo siguiente:

—La Virgen de Rocamadour tiene muchos devotos entre los marinos, quienes la llaman *Estrella del mar*, y la

211
212

invocan devotamente cuando se hallan en peligro. Cuando sucede en el lejano mar que se salvan los marineros de peligro inminente de perecer, la campana misteriosa de Rocamadour suena, suena sola, como para dar gracias a la Madre de Dios por el milagro que acaba de hacer. Los

habitantes de Rocamadour, que oyen el sonido tenue pero claro de la campana, corren entonces al santuario de la Virgen á rogar por los que están en peligro, y suele suceder que pocos días después llegan peregrinos á Rocamadour para dar gracias porque se han salvado del peligro, dicen, cuando imploraban el socorro de la *Estrella del mar*.

Profésanle grande devoción á la Virgen de Rocamadour los pescadores de las costas de Bretaña, y no lejos de Brest tienen los devotos una capilla dedicada á la Virgen de Rocamadour, la cual imita la verdadera en cuanto es posible.

Dentro de la que estábamos visitando, vimos gran número de ex-votos llevados y enviados allí como muestra de los milagros obrados por aquella Virgen.

La capilla de la Madre de Misericordia está unida á la iglesia de San Salvador por un pasadizo circundado de antiguas tumbas. San Salvador es de estilo gótico, labrada dentro de la roca viva. Se divide en dos naves sostenidas por columnas de piedra maciza en su parte central. Antiguamente los monjes que cuidaban del santuario no permitían que los fieles entrasen á una de las naves que les pertenecía exclusivamente; los devotos asistían desde la otra nave á las ceremonias religiosas, que se celebraban en la de los sacerdotes.

El interior de la iglesia está adornado con pinturas murales que representan escenas de la vida de los personajes históricos que iban á Rocamadour en peregrinación. Aún se conservan algunas vidrieras donadas por éstos en la Edad Media y admiran todavía la perfección de los colores, que hoy ya no se pueden imitar, porque se ha perdido el secreto que los vidrieros antiguos tenían para fabricar ciertos tintes.

Salimos de la iglesia por la puerta exterior, la cual ostenta decoraciones del siglo XIII, y nos dirigimos á la cripta de San Amadour.

XXII

La iglesia de San Salvador—La cripta de Zaqueo—Las monumentales Viacrucis—La gruta del Calvario—El castillo—La capilla de San Miguel.

La iglesia de San Salvador queda encima de la gruta de Zaqueo, y allí, dice la tradición, se conservan las cenizas del santo ermitaño. En contorno se ven ocho cuadros que representan su vida.

En la primera se halla Zaqueo encima del árbol tradicional. Al pie lleva esta inscripción:

“Como Zaqueo era muy pequeño de estatura, no alcanzaba á ver á Jesús en medio de la multitud, y se subió sobre un sicomoro. Al verle Jesús, le dijo: ‘Zaqueo, bája pronto, porque voy á albergarme en tu casa.’”

En el segundo se lee la siguiente:

“Zaqueo era discípulo de Jesús. Verónica, su mujer, se puso al servicio de Maria. Ambos fueron perseguidos por su fe, pero un ángel bajó á librarlos de la prisión en donde los tenían encerrados.”

En el tercero así se expresa:

“Un ángel ordena á Zaqueo y á Verónica que se embarquen y salten á tierra allí en donde se detenga el navio. En aquellos lugares deberian servir á Jesucristo y á su Santísima Madre.”

En el cuarto se lee:

“El navio se detiene en Soulac; allí viven entregados á la oración y á la penitencia. San Marcial los visita, y bendice un altar dedicado á San Esteban.”

Al pie del quinto cuadro hay este letrero:

“San Amadour (Zaqueo) va á Roma á visitar á San Pedro, entretanto que Verónica permanece en las Galias y allí muere. En Soulac, San Amadour funda dos monasterios y se retira del mundo.”

En el sexto se lee:

“En el año 70 de la Natividad de Nuestro Señor Jesu-

213
214

cristo, San Amadour se retira definitivamente á una cueva que se ha llamado después Roc-Amadour. Estas rocas estaban deshabitadas, y sólo las poblaban las fieras del monte."

En el séptimo se encuentra esta inscripción:

"Los habitantes de los contornos eran completamente salvajes. San Amadour los catequiza y los hace conocer á Jesucristo."

El último cuadro tiene estas palabras al pie:

"San Amadour erige entre estas rocas un altar en honor de Maria. Este humilde y después glorioso altar fue consagrado por San Marcial, Apóstol, quien repetidas veces visitó al santo en su retiro."

Más lejos se ve un cuadro que representa la muerte del santo, que tuvo lugar al pie del altar de la Virgen.



Detrás de esta iglesia existía antiguamente un ancho terrado cubierto de árboles frutales y de flores, que llamaban el jardín de San Amadour. Pero un día cayó de alto una enorme roca que despedazó todo, y hoy no ha quedado sino un pasadizo, por el cual atravesámos para dirigirnos al *Camino de la Cruz*, ó sean las monumentales *Viacrucis* que han establecido en los últimos años en las abruptas faldas del cerro. A medida que fuimos subiendo hacia cada estación por un camino en zis-zas que se va haciendo más y más pendiente, se extendía abajo el severo paisaje del pedregoso valle, las casas, las iglesias, las torres, que se desarrollaba á nuestros pies. Cada estación se compone de una pequeña capilla gótica en cuyo fondo está esculpida cada escena de la estación y encerrado todo ello por una reja. Al lado de las estaciones han puesto bancos para la comodidad del peregrino. Hacia la mitad de la cuesta se encuentra un terrado y una enorme gruta, tan grande como una iglesia, que tiene cincuenta metros de largo y quince de ancho; en el fondo de ella hay un bajo relieve cuyas figuras son de tamaño natural y representan el sepulcro de Nuestro Señor.

En la cúspide del cerro está el Calvario, y en contorno alamedas de cedros del Líbano y otros árboles; en los bancos que están bajo su sombra descansa el peregrino y disfruta del fresco y de una magnífica vista. Dicen que nada hay más imponente que ver ese cerro, esas estaciones, esa enorme gruta en las noches de peregrinación solemne, cuando se forman allí largas procesiones iluminadas por las antorchas que los fieles llevan en las manos, y se oyen los cantos piadosos que se levantan aquí y allí de una punta á otra de la procesión. Desgraciadamente no nos tocó presenciar uno de estos espectáculos solemnes, que se efectúan siempre en el mes de Septiembre.

En un extremo del pequeño terrado estaba el antiguo castillo fuerte, hoy convertido en un convento de misioneros, el cual se comunica con los templos de abajo por medio de una angosta y escarpadísima escalera labrada dentro de la roca misma. Una parte de esta escalera está á la luz del día, y otra en el corazón del cerro, de manera que la claridad no le entra sino por pequeñas y angostas ventanillas al través de las cuales los antiguos defensores del castillo solían disparar flechas y — del siglo XIV en adelante — fuego de mosquetes y de fusiles. Hoy día la Virgen de Rocamadour no se defiende con armas sino con oraciones, y los Padres misioneros en la cúspide y las religiosas del Calvario más abajo, atienden á los peregrinos: los primeros confiesan y predicán, y las segundas itenen un edificio llamado *Casa de María*, en el cual pueden retirarse del mundo durante cierto tiempo las personas que desean pasar algunos días entregadas á la oración y al pensamiento de Dios.

Diremos cuatro palabras á cerca de la *Casa de María*. Hállase ésta entre cielo y tierra, suspendida á un lado del santuario y debajo de la torre principal del castillo. A ella se llega por un corredor en forma de balcón que se ha horadado dentro de la peña viva. El sitio que ocupa el presente edificio moderno es el mismo en donde, durante los siglos medios, se albergaban los ermitaños que desea-

ban retirarse completamente del mundo, y entonces no se comunicaban con éste sino por medio de cuerdas que arrojaban abajo para que les enviasen los alimentos estrictamente indispensables para vivir muriendo, y entregados á la meditación de las verdades eternas.

El sol hundía su ardiente disco tras del horizonte, cuando al fin regresámos al hotel, molidas y casi sin alientos, después de haber subido y bajado por las interminables escaleras, pero muy satisfechas con aquella excursión religiosa é histórica al mismo tiempo.

III

En el pequeño saloncito-comedor del hotel encontramos ya la mesa puesta para la comida, y nos sentámos á ella con un sacerdote que venía en peregrinación desde Beziers y había llegado á Rocamadour después de nosotras; pertenecía á la Diócesis de Périgueux. Instruido y de amena conversación como todo el clero francés, y habiendo viajado por muchas comarcas, resultó muy agradable compañero, y con él conversámos durante una hora. Dijonos que había estado recientemente en Tierra Santa, y que era realmente maravillosa la semejanza que tenía aquel pedregoso valle de Rocamadour con los contornos de Jerusalén, lo cual hacía verosímil la suposición de que el ermitaño San Amadour hubiera sido el publicano Zaqueo.

—Sin duda, agregó, que este lugar tenía que llamarle especialmente la atención á Zaqueo, por el parecido que tiene con su país natal.

—Pero la ciudad de Sión es triste y silenciosa, le respondió una de nosotras, y oiga usted la extraña algazara que está resonando en esta calle!

—Consiste eso, nos repondió sonriendo el buen abate, en que nuestra llegada aquí ha coincidido con la fiesta patronal del lugar. Asómense ustedes á la ventana y presenciarn los gocijos de costumbre en este día.

Ciertamente era curioso el espectáculo. Adelante de

216
217

inmensa muchedumbre venía una banda de música tocando piezas discordantes; detrás de ella marchaban tres ó cuatro individuos fantásticamente ataviados y con banderolas en la mano; y tras de éstos se veía venir toda la población masculina de Rocamadour (el bello sexo brillaba por su ausencia), dando saltos y haciendo piruetas extraordinarias, cantando, gritando y manifestando una alegría que formaba extraño contraste con la hora, el lugar y el paisaje. Al ver esa calle angosta, orillada á la derecha por altísimas peñas, y á la izquierda por un profundo abismo; al contemplar ese estrecho valle, que cualquiera diría ser el de Josafat, atravesado por anchas grietas arenosas que tal parecen el cauce pedregoso del Cedrón, y esa montaña dominada por una cruz que se asemeja á la del Calvario y que fue traída de Jerusalén, y por únicos edificios y monumentos las macizas moles de los superpuestos santuarios y de los dos conventos, no parece que debería haber en esa escena otra cosa que devotas procesiones y peregrinaciones, ni que en ella se pueda pensar en otro tema que en las verdades eternas. ¿De qué se regocijan tan estrepitosamente los habitantes de Rocamadour? Y si en la población hay mujeres, ¿en dónde viven éstas? Pues poquísimas vimos. Tales fueron las dos preguntas que interiormente nos hicimos y que no hubo quien nos contestara.

La algazara popular duró hasta muy tarde de la noche, y trabajo nos costó conciliar el sueño: sin embargo, á pesar de nuestro cansancio, á las ocho de la mañana del día siguiente estábamos en la capilla de la Virgen oyendo misa. A la salida encontramos á una señora, ya de alguna edad, cuya apariencia indicaba que era inglesa. Ella nos dijo á quién deberíamos dirigirnos para que nos abriesen la torre que se levanta á un lado de la capilla de San Miguel, y que deseábamos visitar. Y después de darnos en mal francés estas indicaciones, agregó sonriendo y con aire de piadoso regocijo:

217
218

—Dejo á ustedes y vuelvo á la capilla á acabar mi acción de gracias, pues hoy he hecho aquí mi primera comunión.

Sin duda era aquella una recién convertida á la fe católica, y aquel sería uno de tantos milagros de la Virgen; pero nunca supimos su historia, que tan interesante debería de ser.

Una de las religiosas del Calvario, que había ido á traer la llave, llegó con ella y nos abrió la puerta enrejada que conducía á la recién restaurada capilla de San Miguel, una de las más frecuentadas y veneradas de Rocamadour durante la Edad Media.

—Suban ustedes esa escalera, nos dijo la portera; sigan por un pasadizo y otras escaleras, y al fin encontrarán lo que buscan.

Desde la puerta arrancaba una escalera de piedra, angosta, en forma de caracol, labrada dentro de la roca, y cuyos escalones estaban ahondados con las pisadas del crecido número de generaciones que por allí habían subido desde los primeros siglos de la Iglesia, pues se cree que después de la capilla de la Virgen (la cual, como sabemos, no es exactamente la misma de San Amadour), la de San Miguel es la más vetusta. Es, pues, en realidad el más antiguo de los santuarios de Rocamadour.

Subimos; subimos hasta perder el aliento, y cuando pensábamos haber llegado, tuvimos que tomarnos un corto descanso y volvimos á escalar por aquellas rocas hasta encontrarnos casi á nivel con el castillo. La capilla, muy pequeña, es del estilo romano más antiguo, pero el altarcillo nuevo y de colores frescos y brillantes hace contraste desagradable con la vetustez de parte de sus muros, á los cuales han dejado tal como estaban, excavados dentro de la roca viva. Una escalerilla que arranca de un lado nos condujo á un mirador desde el cual se abarca una vista espléndida. Antiguamente existía allí un oratorio desde el cual, en días de gran solemnidad, se impartía la bendición

á los peregrinos que no alcanzaban á entrar á los santuarios y se quedaban sobre la plataforma exterior.

De allí bajámos de nuevo á la población; examinámos las curiosas calles, ó mejor dicho, la *única* calle, circundada por edificios á semejanza de colmenas, que amenazan derrumbarse, y regresámos al hotel á preparar nuestras maletas para emprender marcha á las once.

—¿Quieren ustedes ver una gruta curiosa que hay en este hotel? nos preguntó la dueña de él. Piensan algunos que debe ser la misma en donde vivió primitivamente Zaqueo, pues se halla exactamente debajo de la cripta de San Amadour.

Le contestámos afirmativamente: nos hicieron subir entonces varias escaleras hasta llegar á la parte superior de la casa, y allí atravesar un pasadizo horadado en la roca. La sirvienta que nos guiaba llevaba una luz en la mano.

De repente nos encontrámos en una gruta tan grande como una iglesia, en la cual se sentía un delicioso fresco, y más arriba había otra gruta más pequeña y obscurísima. La sirvienta encendió algunos manojos de paja para que viésemos su dimensión, y estuvimos observando durante un rato estas curiosísimas cavernas, qué se prestarían para mil historias novelescas. Pero la hora nos apremiaba y hubimos de salir de ellas y bajar á nuestro cuarto, siendo preciso tomar á las doce el tren que pasa por Rocamadour en dirección á París, y estando lejos la población de la estación no podíamos perder tiempo.

Preguntámos si ya estaba preparado el ómnibus del hotel, y nos dijeron que sí. Saldámos nuestra cuenta; hicimos acomodar nuestras maletas sobre el pescante, y tomámos asiento.

—¿Por qué no partimos? preguntámos.

—Aguardámos á una señora, respondió el conductor. Se pasó un cuarto de hora.

—Si no nos ponemos en marcha, dijo una de nosotras, corremos el riesgo de perder el tren.

—Dice usted bien, apoyó una anciana que estaba den-

219
220

tro del ómnibus con su criada, el tiempo para llegar está medido.

Al fin salieron del hotel la señora y su marido. Despidióse aquélla largamente de la huéspedea, que la hacía mil recomendaciones, y mesuradamente y sin afanarse tomó asiento en el interior. El cochero subió á su asiento, y el pesado ómnibus se puso en marcha.

—Detenéos! gritó una sirvienta del hotel. Se quedaban dos maletas, y se acercó con una en cada mano.

—¡Es verdad! exclamó la señora, ¡se me habían olvidado!

El cochero bajó del pescante. Sacaron una escalerilla de mano que apoyaron contra el ómnibus, y después de muchas discusiones al fin acomodaron las maletas. Otra vez íbamos á ponernos en marcha, cuando salió desalada la dueña del hotel con una carta en la mano, y para entregarla al cochero hubo otra detención.... Al fin partimos, muy lentamente por ir cuesta arriba. A la puerta de una casa aguardaban el paso seis personas. Otra parada del ómnibus.

—¿Cuántos puestos hay libres?

—Uno adentro.

—¡Somos seis! Subiremos arriba los demás.

—Imposible!... ya el ómnibus va demasiado cargado.

—¿Cómo no?... Permita usted que los niños tomen asiento.

Pusieron una escalera de mano contra el carruaje y empezaron á disputar con el cochero, que no quería dejar subir más gente sobre la imperial.

—¡Por Dios, apuren! decíamos con angustia. Con todas estas tardanzas vamos á perder el tren.

—Es lo más probable, repuso nuestra anciana compañera de viaje. Y lo peor es que no pasa para París otro tren sino mañana.

—¡Iremos á pie entonces! oímos que decían cuatro rollizas mujeres que no habían podido acomodarse en la imperial con los niños que allí izaron.

El pesado vehículo arrancó de nuevo. Despacio, muy

despacio fuimos subiendo por el empinado camino hasta que llegamos al terreno plano; pero no antes de haber arrojado nuestra mirada de despedida sobre el extraño paisaje que nos ofrecía el valle de Rocamadour con sus escarpadas rocas y sus edificios escalonados sobre ellas y que de seguro no volveremos á ver jamás.

Las mujeres que iban á pie habían subido por una vereda más corta, y nos aguardaban agrupadas arriba.

—¡Ahora sí, exclamaron, vamos á subir á la imperial! El ómnibus va por terreno llano y no hay inconveniente.

—¡No más detenciones! exclamábamos entretanto los pasajeros del interior. ¡Esto no puede ser! ¡A este paso nunca llegaremos!

Pero era predicar en desierto. El cochero se bajó muy despacio de su asiento; subió canastas, maletas y pasajeras, y al cabo de mucho trasegar encima y atar y desatar cadenas, al fin nos vimos nuevamente en camino.

—¡Debe pasar el tren á las doce menos cuarto! exclamamos mirando los relojes, y ya se ha pasado la hora y nos falta mucho que andar.

Al fin llegamos á la estación. Bajamos precipitadamente, y reclamamos nuestras maletas.

—Señoras, ¿adónde van ustedes? nos preguntó el jefe de estación.

—A París.

—El tren de París pasa por aquí á las doce menos cuarto, repuso, y acaban de dar las doce en aquel reloj.

—¡Es decir que llegamos demasiado tarde!

—Afortunadamente para ustedes el tren viene con retardo.... No hay otro hasta las cinco, y ese gasta veinticuatro horas en llegar á la capital.

En ese momento oímos el silbido de la locomotora, que se detenía á dos pasos de nosotras.

Nos precipitamos dentro de un vagón con nuestras maletas de mano. Silbó otra vez la locomotora y nos pusimos en marcha.

Doce horas después llegábamos á París de regreso de nuestras peregrinaciones por el Sur de Francia.

~~FIN~~
FIN

Indice

Cap I	La ciudad de Tours	1
" "	La Catedral	4
II	San Martin de Tours	8
III	La tumba de San Martin	16
IV	La gruta de San Martin	22
V	El santo nombre de Tours	28
VI	Origen de la devoción del Santo Rostro	33
VII	La casa oratorio del Santo Rostro	43
VIII	La ciudad de Poitiers	49
IX	San Helario	61
X	Santa Radegunda	67
XI	Burdeos.	115
XII	Pau y sus curiosidades históricas y religiosas	129
XIII	Lourdes	138
XIV	El Rosario en la gruta de Lourdes	154
XV	La peregrinación de Perigueuse	157
XVI	El lago - El santuario de Betarram	164
XVII	Diorama Conventos y hospitales	173
XVIII	De la ciudad de Tarbes a la de Tolosa	181
XIX	Clemencia Isaura.	186
XX	La basílica de S. Saturnino en Tolosa	189
XXI	Villefranche	197

223

224

XXII - Roc-Amadour - Peregrinacion famosa - 207

XXIII - La Iglesia de S. Salvador. La cripta de Zaguro 212